

ECOTOPIA

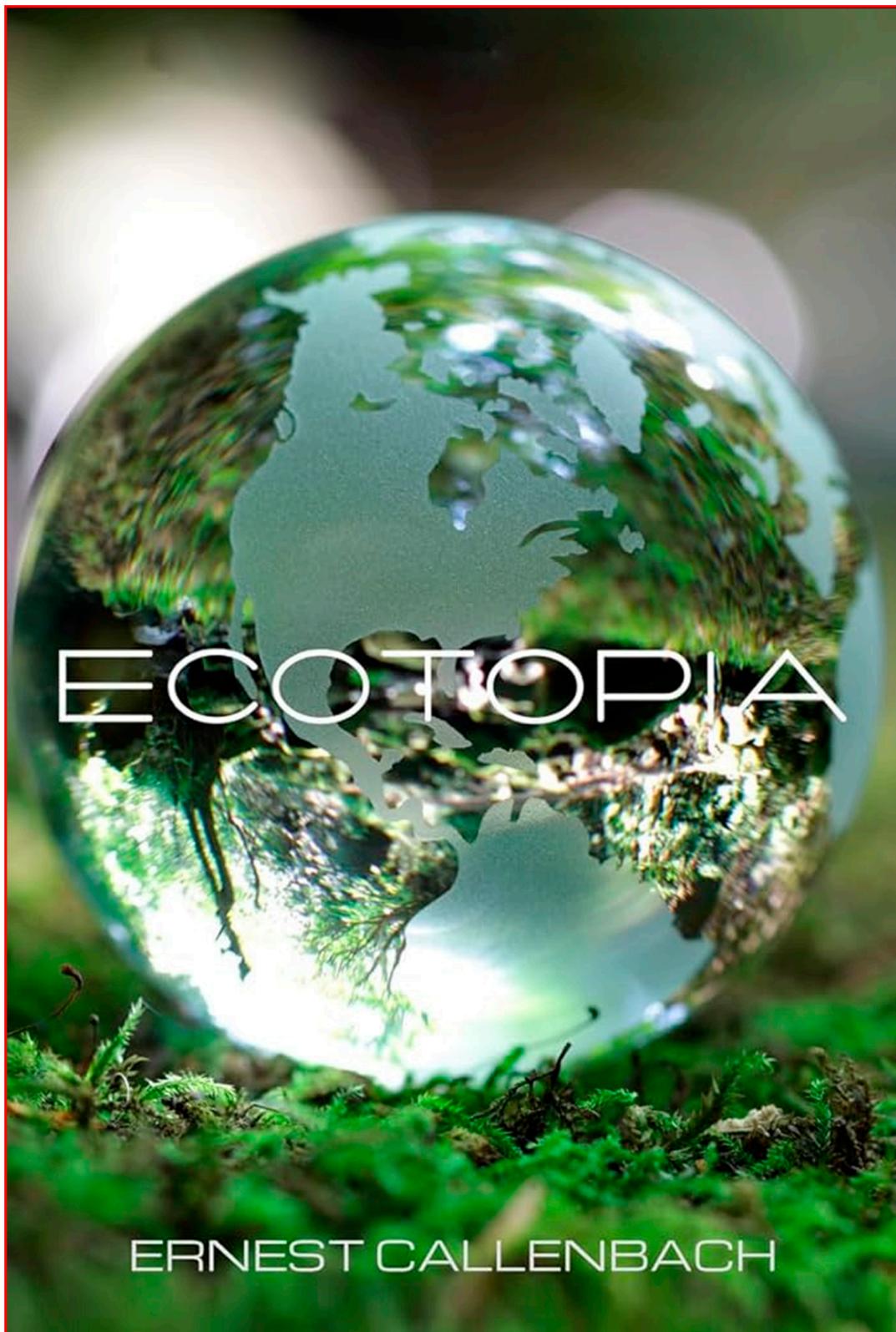
Ernest Callenbach

Ecotopia: The Notebooks and Reports of William Weston, es una novela de ciencia ficción de Ernest Callenbach publicada en 1975 y ambientada en 1999.

En ella se describe un nuevo territorio ecologista formado por el norte de California y los estados de Oregón y Washington, que se han secesionado de los Estados Unidos.

El protagonista es un periodista estadounidense, llamado William Weston, que viaja a Ecotopía para realizar un reportaje para el periódico en el que trabaja. De esta forma se descubre una sociedad sin apenas contaminación, donde se recicla y se reutiliza casi todo, sus plásticos son biodegradables, con una visión totalmente distinta del consumo y con un aprovechamiento agrícola, forestal e industrial sostenible. Su principal medio de transporte es el tren de alta velocidad, que comunica todo el país, sustituyendo de esta forma al tradicional transporte privado.

Las mujeres y los hombres gozan de derechos de plena igualdad y tienen un concepto de familia mucho más amplia y flexible que la tradicional.



ECOTOPIA

ERNEST CALLENBACH

Ernest Callenbach

ECOTOPIA

Los cuadernos y reportajes de William Weston

Título Original: *Ecotopia, The Notebooks and Reports of William Weston.*

Publicada por Bayan Tree Books (Berkeley) California. 1975

Traducción de Blanca Berlin y Mario Garviria.

Publicación en castellano: Trazo-Editorial, Zaragoza, 1980.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

Introducción. Ernest Callenbach, creador de Ecotopía, la nación sostenible. Joaquín Pi Yagüe

Prólogo 1ª Edición 1980: Crear una, dos... Mil ecotopías. Mario Gaviria

Prólogo 2ª Edición 1983: La humanidad no se plantea sino las utopías que es capaz de llevar a cabo. Mario Gaviria

I. La próxima misión de Weston: Ecotopía

II. William Weston en su viaje a Ecotopía

III. El paso de la frontera ecotopiana

IV. Las calles de la capital de Ecotopía

V. Alimentación, aguas residuales y equilibrio

VI. La ausencia de coches en los barrios nuevos ecotopianos

VII. Los deportes en Ecotopía

VIII. La TV. ecotopiana y sus accesorios

IX. La economía ecotopiana: Fruto de la Crisis

X. En los grandes bosques de Ecotopía

- XI. ¿Descenso sin caída?: el reto ecotopiano
- XII. Retorno al salvajismo: la cara oculta de Ecotopía
- XIII. Sus plásticos y los nuestros
- XIV. Las mujeres en el poder: políticos, sexo y leyes en Ecotopía
- XV. Autogestión, control obrero, impuestos y empleo en Ecotopía
- XVI. La raza en Ecotopía: ¿Apartheid o igualdad?
- XVII. Energía solar y marítima
- XVIII. Los Medios de Difusión: Prensa, TV. y editoriales
- XIX. Las sorpresas de la educación ecotopiana
- XX. La vida en tubos de plástico
- XXI. Separación de funciones: investigación y enseñanza
- XXII. La música, la danza y otras artes
- XXIII. Hospitales y salud: la vía ecotopiana
- XXIV. Ecotopía ¿desafío o Ilusión?
- XXV. Los ecotopianos, trabajan y se divierten a la vez
- XXVI. Epílogo del director del *Time Post*
- XXVII. Epílogo a la edición en castellano
- Acerca del autor

INTRODUCCIÓN

ERNEST CALLENBACH, CREADOR DE ECOTOPIA, LA NACIÓN SOSTENIBLE

Joaquín Pi Yagüe

Ernest Callenbach (Williamsport, Pensilvania, 1929) disfrutaba en sus últimos años de la jubilación dedicándose, según comentaba él mismo en la biografía publicada en su página web, a dar largos paseos. Callenbach, que murió de cáncer el 16 de abril de 2012, a los 83 años, según informó su esposa a los medios, no era, sin embargo, un jubilado más del montón: reflejó una preocupación casi visionaria por la ecología, la sostenibilidad y el uso de las energías renovables en un libro que publicó a finales de la década de los setenta: *Ecotopía*.

Callenbach imaginó un país independiente formado por los Estados de Oregón, Washington y el norte de California en 1999, año que se antojaba como un futuro lejano en el tiempo en el que publicó la obra (1977).

Los miembros de esa sociedad se alimentaban de sus propios productos, los pocos coches autorizados a circular eran eléctricos, los trenes se desplazaban por el aire mediante un complejo sistema magnético y el transporte asequible a todo el mundo eran las bicicletas blancas que se podían tomar prestadas en la vía pública. Todo se reciclaba, se prohibían aquellos materiales y objetos que no fueran reutilizables, y la energía procedía del Sol.

En la década de los setenta, la ecología basada en la sostenibilidad y el corto plazo no era un planteamiento de debate generalizado. En este contexto, unas 25 editoriales rechazaron el manuscrito de Callenbach y se limitaron a asegurar, como única justificación, que la ecología era un tema pasajero.

El autor recordó esos momentos durante una entrevista con *The New York Times* en 2008: “Algunos dijeron que no había suficiente sexo y violencia o bien que no se sabía si era una novela o un tratado”. Sin embargo, Callenbach, el hijo de un granjero de Pensilvania, se sentía hastiado del modelo de vida consumista imperante en su país y del modo de deshacerse de los residuos, así que publicó el libro con la ayuda económica de un grupo de amigos. Lo que empezó

con una pequeña tirada ha vendido hasta la fecha casi un millón de copias y se ha traducido a 12 lenguas.

Ecotopía se convirtió en una obra de culto. Hasta el punto de abrirse una biblioteca impregnada de lo que Callenbach llamaba el espíritu “ecotopiano”, en donde los libros circulaban de mano en mano, prestándose libremente. Lejos de temer por los beneficios del copyright, el autor de la utopía ecologista vio con buenos ojos la iniciativa: “Esto hunde mis derechos de autor, pero se salvarán árboles”. La obra, no obstante, también tuvo sus detractores. Las feministas criticaron los juegos de guerra rituales, en los que solo participaban hombres y tras los cuales, para festejar la victoria, se llevaban a las mujeres al bosque. Los ecologistas evangélicos, por su parte, pusieron un inconveniente opuesto al de los editores: había demasiado sexo en esa sociedad monógama con cuatro festividades para el libertinaje.

Tras el éxito de *Ecotopía* llegó otra serie de libros de temática ecologista. Entre ellos destacan *Vestir pobremente con estilo* y *Vivir de forma barata y con estilo*. Ambos inspirados en el estilo de vida de un hombre que iba al trabajo en bicicleta, condujo un coche de segunda mano durante 17 años y cultivó sus propias verduras.

30 Abril 2012

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

CREAR UNA, DOS... MIL ECOTOPÍAS

Ernest Callenbach es una de esas personas de las que a uno le gusta ser amigo y está orgulloso de serlo. *Ecotopía* es uno de esos libros que a uno le hubiera gustado haber escrito. Ecotopía es una tierra donde a uno le gustaría vivir. Ecotopía es lo que tenemos que crear. Ecotopía es radical y revolucionario.

Aquella gente de Ecotopía se lo ha montado muy bien y sólo hace veinte años que se independizaron de Estados Unidos. A pesar de que desde entonces se autogobiernan, tras la Secesión, todavía tienen un aparato de Estado. Las feministas ya han triunfado y el presidente de Ecotopía es una mujer. La vía ecotopiana a la liberación y la autogestión está siendo un éxito.

Está emergiendo una nueva moral, la gente vive relajada, se da poco golpe, se come sano, las prisas han desaparecido... En suma, que la gente vive de cojón.

Para ser imaginativos, críticos, libres y poco dóciles, hay que estar bien jodidos, en el sentido de haber jodido bien, y esa es una de las características que, parece, presenta Ecotopía.

El concepto de basura dejó de existir. Los residuos no eran más que un recurso natural amontonado y mal localizado, del que el capitalismo no sabía qué hacer. Los gitanos, los chatarreros, los traperos, auténticos ecologistas del reciclaje sin saberlo, tienen que enseñar mucho al tecnoburócrata. Los necesitaremos en las nuevas Ecotopías.

El paraíso aquí, ahora y gratis, habrá que crearlo donde se pueda. EcoBardenas, EcoMonegros, EcoExtremadura, EcoGalicia, etc., etc.

Para 1.985, el desencanto tras las terceras elecciones en España y la consolidación del capitalismo antiecológico y estatal habrá llevado a la gente a buscar soluciones a salto de mata. Las comunas de unos amiguetes que acaban riñendo habrán mostrado que no basta como solución. La gente se negará a trabajar en fábricas y oficinas alienantes. La crisis económica y energética habrá comenzado de verdad (hablar en estos momentos de crisis cuando el Producto Nacional Bruto está creciendo en más de 3 por cien

al año y el consumo de energía en el 7 por cien, es pura demagogia de los capitalistas que se ha tragado la izquierda convencional). Para entonces, la gente que creía encontrar soluciones individuales en la droga, en pasar de todo, habrá visto que no se puede superar ante el Estado capitalista la escisión entre la vida privada y la vida pública.

El Estado, cada vez más en crisis pero cada vez más represor, será atacado por todas partes, una de las cuales será la creación de Ecotopías.

Para entonces, la autodeterminación vasca habrá dado pasos gigantescos, por lo que será posible la adopción de unas medidas que permitan la existencia de territorios libres dentro de Euskadi, al interior mismo de los territorios y pueblos con autogobierno.

ECOBARDENAS

El pueblo vasco, que tiene que llevar paralelamente la liberación nacional, la construcción del socialismo, la evolución hacia una sociedad ecologista y la liberación de la vida cotidiana (sexualidad, feminismo, jesuitismo, etc.) se encontrará con muchas dificultades para el paso de una

sociedad industrial, derrochadora de energía, de materias primas, urbanamente concentrada, hacia una sociedad ecotopiana.

Como pioneros de la futura sociedad, pudieran aparecer gentes que en el proceso de transición quisieran poner en marcha comunidades experimentales de otras formas de vida.

Las comunas de pequeños grupos, que van apareciendo por pequeños pueblos de la montaña de Navarra, se han basado en el empleo de los comunales y la ganadería, pero, sin facilidades por parte del poder, lo cual ha sido un estímulo y una dificultad a la vez.

El hecho de actuar en pequeñas unidades les da fuerza testimonial, pero les dificulta la difusión de la experiencia en el conjunto de la sociedad civil. El salto de las pequeñas comunas y colectivos rurales o urbanos a la Eco-comunidad de Bardenas es profundamente cualitativo.

Bardenas es un territorio no poblado de unos 420 kilómetros cuadrados, en cuyo centro está un polígono de tiro yanqui que hay que suprimir cuanto antes, que ha impedido, entre otras cosas, la transformación de unas diez mil hectáreas en regadío, el cual sería uno de los objetivos principales de EcoBardenas. Hay 23 pueblos cogozantes de esta tierra colectiva y los agricultores cultivan aproximadamente la mitad del terreno.

EcoBardenas consistiría en que todo el que quisiera instalarse allí, obtendría los beneficios de la Carta Puebla, consistentes en exención fiscal total, exención del servicio militar y beneficio de la extraterritorialidad frente al Estado vasco, es decir, que el territorio se organiza como quieran sus residentes.

La sociedad experimental estaría basada en la superación de la sociedad industrial de mucho trabajo y mucho despilfarro, hacia modelos ecológicos de socialismo autogestionario.

Imaginemos, por un momento, que decenas de miles de parados, parados voluntarios porque rechazan la alienación del trabajo capitalista o parados involuntarios, deciden vivir de otra manera pero no suelen encontrar donde vivir de otra manera, felices y barato.

Para ello, el territorio franco, libre, de Bardenas sería adecuado. En Bardenas habría actividades de transformación en regadío, con actividad placentera para muchos años, huertos para cultivar, agua del Roncal para regar y mucho polvo, niebla, viento y sol, como dice Labordeta.

Por un lado, cultivo agrícola. Por otro lado, desarrollo de toda la nueva tecnología alternativa y energía solar y eólica. Además, teatro, cine, música, mol y porro y mucho tiempo por delante sin nada que hacer.

Bardenas tiene más de 2.800 horas de sol al año. Es un sitio ideal para desarrollar la energía solar en terrenos que están tan erosionados que son irrecuperables (otras tierras erosionadas habrá que recuperarlas). Bardenas tiene un cierzo maravilloso que completaría la energía solar con la energía eólica. En Bardenas se puede vivir al aire libre, desnudo, seis meses al año.

Dentro de Bardenas no hay pueblos ni casas de residencia permanente, por lo que la creación de un medio rural, la construcción de un tipo de nueva arquitectura a partir de materiales locales –adobe, teja, madera–, el desarrollo de la piscicultura de agua dulce en los futuros lagos del Águila y Cabeza del Buey, la silvicultura pecuaria, permitirían a muchísima gente el poner en marcha ya lo que tendrá, evidentemente, que llegar un día, si no se ha producido antes la guerra nuclear.

Todos los tipos de vida, todas las formas de organización, tendrán cabida. Que florezcan miles de flores y miles de escuelas de pensamiento. Gaiteros, chistularis, jotos, calderetes y menestres. Bardenas permite el autoabastecimiento.

Algunos principios mínimos podrán regir. Por ejemplo, no se constituirá un Estado burocrático de Bardenas, no come el que no se gana la comida, está prohibida la compraventa entre los ecobardeneros, está prohibido explotarse unos a otros, está prohibido mandar y obedecer. Muchos dirán que

ya empezamos prohibiendo, a lo que hay que responder que estaría prohibido prohibir.

Evidentemente, es muy difícil el probar la viabilidad de Ecobardenas, pero a los que lo intenten o lo intentemos, aunque fracasáramos a corto plazo, nos quedará una cosa segura: que no nos podrán quitar lo bailao.

Mario Gaviria

Agosto de 1980

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN DE ECOTOPÍA.

LA HUMANIDAD NO SE PLANTEA SINO LAS UTOPIÁS QUE ES CAPAZ DE LLEVAR A CABO.

El alto nivel de consumo y de despilfarro de los países industrializados avanzados, los capitalistas, los del norte, de los que el Estado Español es el 13° más industrial entre los, casi, 170 que hay en las Naciones Unidas, no ha traído ni la revolución ni el comunismo. Se suponía que el comunismo vendría con el desarrollo de las fuerzas productivas y el progreso científico-técnico y aquí está la España industrial, urbana, con un exceso de capacidad productiva que ya no sabe a quién vendérselo y, sin embargo, la abundancia no ha llegado sino en forma de consumismo, despilfarro de objetos en lugar de la plenitud de la propia vida. Se ha sustituido el ser feliz por el tener más y la población se divide, groseramente, en tres grupos: los capitalistas que

viven de la plusvalía de los que trabajan, los que trabajan (en parte la aristocracia obrera), y los que no trabajan o porque no encuentran curro o porque no quieren.

El Socialismo Científico no trajo el comunismo y la clase obrera no llevaba en su seno la superación de todas las clases, el fin de la lucha de clases. En resumen, España se aburguesó, pero el pueblo no está satisfecho. El obrero no acaba de creerse que el desarrollismo dure mucho tiempo, pues le amenazan constantemente con crisis y paro, ni acaba de sensibilizarse a la utopía. Marx robó la idea del comunismo a los utópicos franceses pero, al igual que el comunismo primitivo, el Socialismo Utópico quedó deslucido ante la magna promesa de lo que se dio en llamar el Socialismo Científico que ha resultado poco fascinante como modo de vida. Los pocos que votan hoy comunista, no hablemos ya de los muchos que votan social-demócrata o reaccionario, han perdido la capacidad simbólica de la utopía, el obrero, el trabajador pide lo que le han enseñado que pida: más de lo mismo. Los utópicos nos estarnos montando otras cosas.

Tres años después de la primera aparición de *Ecotopía* en castellano, y ocho después de su aparición en inglés su frescura, su capacidad estimulante han ido ganando¹.

1 El mismo autor antes de *Ecotopía* publica en España *la Enciclopedia Ecotopiana*. Editorial Miraguano. Madrid 1983, que recomendamos por su fantasía y utilidad.

El pensamiento ecotopiano requiere gente rebelde, disconforme con el capitalismo de consumo tecno-burocrático dirigido. Los utópicos somos cada vez más, aunque con muchos nombres, somos los mismos: feministas, homosexuales, ecologistas, pacifistas, no-violentos, objetores, marginales, alternativos, libertarios, conviviales, anti-autoritarios, anti-jerárquicos, radicales, minorías étnicas, todos los que no caben en el aparato de Estado o en la aristocracia obrera.

La utopía es necesaria a la sociedad como la sal a la vida, el porno y el erotismo al sexo, las especias a la comida, el sol a las plantas, la adrenalina a la agresividad y la violencia.

La capacidad manipuladora del lenguaje del poder y del capitalismo ha llevado a la gente a hablar de ello como algo desagradable o imposible descalificándolo como algo anárquico o utópico, ya que, en realidad, la anarquía y la utopía son las pesadillas de los poderosos.

Vivir la utopía es algo a lo que la revolución marxista decimonónica se resistía. Se esperaba que el cambio de las relaciones de producción cambiaría las formas de vida. Lenin decía que la Revolución es cambiar la vida, pero cada vez está más claro que si no vamos cambiando la vida no habrá Revolución y que ésta será totalmente distinta de las fantasías de Lenin. No basta con un Estado poderoso militarmente organizado y la supuesta desaparición de la propiedad particular para que el modelo nos haga tilín.

Gigantescas fábricas, trabajo masivo, individualismo pequeño-burgués, degradación del entorno, prioridad a la cantidad sobre la calidad son amenazas a la Revolución desde el Estado.

Mientras tanto la gente va inventando sus fórmulas: comer sano, trabajar poco, cooperar con los afines, cuidar la salud, evitar el despilfarro, limitar las ambiciones, salirse de la carrera del éxito, agruparse por el placer de estar juntos.

El éxito en la vida es la propia vida y nada más.

Hubo tal vez una época en que el ser comunista o socialista, el luchar por la Revolución, suponía una ética obrera y un entusiasmo por crear otras cosas. Aquello se fue perdiendo y hoy son los alternativos, con decenas de nombres variados, los que proponemos otras cosas en lugar de hacer más de lo mismo o de racionalizar la irracionalidad.

Hoy no se encuentra gente que diga o presuma de vivir como comunista, sin embargo, hay muchas gentes que vivimos feminista o ecologistamente, esa es la profunda diferencia. Vivir ecologistamente produce placer personal y envidias de terceros.

Mario Gaviria
Cortes (Navarra)
Junio1983

ECOTOPIA

Diario íntimo y reportajes de William Weston

El texto escrito en letra normal representa los artículos que el periodista envía a su periódico; *el texto escrito en cursiva representa lo que escribe en su diario personal*

I. LA PRÓXIMA MISIÓN DE WESTON: ECOTOPÍA

El *Times-Post* puede por fin anunciar que William Weston, su más renombrado especialista en asuntos internacionales, pasará, a partir de la próxima semana, un mes y medio en Ecotopía. Este acontecimiento periodístico sin precedentes ha podido ser posible mediante una serie de acuerdos al más alto nivel diplomático. Va a ser la primera visita oficial de un americano a Ecotopía desde que tuvo lugar la independencia en 1.980, a raíz de la cual se interrumpieron todo tipo de comunicaciones. El *Times-Post* envía a Weston a esta misión de investigación tan especial y difícil convencido de lo esencial que resulta efectuar un juicio objetivo y directo de la realidad de Ecotopía en los umbrales del siglo XXI. Antiguos antagonismos han impedido durante largo tiempo todo examen mínimamente serio de lo que ha estado

ocurriendo en Ecotopía una parte del mundo cercana, querida y familiar para nosotros en una época, pero alejada y cada vez más misteriosa durante sus dos décadas de independencia. Lo que importa ahora no es tanto oponerse a Ecotopía, como comprender su experiencia –algo que no puede más que beneficiar a la causa de las buenas relaciones internacionales. El *Times-Post* está, como siempre, dispuesto a servir a tal causa.

3 de Mayo 1999

En marcha de nuevo, querido diario, Un cuaderno nuevo con un montón de hojas en blanco esperando a ser rellenas. ¡Qué agradable estar por fin en camino!

Los pretextos quedan ya muy lejos; no son más que pálidas olas verdes en un charco cubierto de algas. Pienso en como comenzó este viaje –¿hace ya casi un año? Las veladas insinuaciones que se dejaban caer en la Casa Blanca como migas para que la mente de aspiradora del Presidente las absorbiera. Hasta que, finalmente, se fundieron en una especie de bola, y surgieron como su propia y osada idea: de acuerdo, no creo que sea perjudicial enviar a alguien de forma oficiosa, alguien ajeno, al mundo oficial –un reportero

no demasiado identificado con la Administración, que pueda curiosear por allá e hinchar algunos globos de prueba. Un momento estremecedor aquel en que finalmente abordó el tema, tras una larga rueda de prensa sobre Brasil. ¡Su famosa sonrisa confidencial! Diciendo, después, que tenía una pequeña aventura en mente que quería discutir conmigo en privado...

Su actitud cautelosa ¿se trataba de su prudencia habitual o era, por el contrario, una señal de que si algo salía mal la visita (y el visitante) serían sacrificados por razón de Estado?

Constituía, sin duda, una oportunidad importante para nuestra política exterior –multitud de argumentos de peso así lo afirmaban. La brecha que partió la nación en dos en 1.980 se cerraría y el continente podría mantenerse unido contra la creciente marea de hambre y revolución. Los halcones que quieren recuperar las “tierras perdidas del oeste” por la fuerza parecen estar volviéndose cada vez más fuertes y deben ser neutralizados. Las ideas ecotopianas se filtran peligrosamente por la frontera –no pueden ser ignoradas por más tiempo. Tal vez si se las expone abiertamente pierdan su efecto insidioso. Etc.

A lo mejor encontramos interlocutor para nuestra propuesta de reapertura de relaciones diplomáticas, y ¿por qué no? también de relaciones comerciales. La perspectiva de la reunificación no debe ser descartada. Puede que, incluso, hasta una charla con Vera Allwen, susceptible de

publicidad, resultara útil –el Presidente con su acostumbrada flexibilidad, podría utilizarla para defenderse tanto de los halcones como de los contestatarios. Además, como le dije a Francine –que, naturalmente, y aún después de tres coñacs, se burló– tengo ganas de conocer Ecotopía simplemente porque existe. ¿Serán las cosas allí tan extrañas como cuentan? Me lo pregunto.

He estado reflexionando sobre qué materias son tabú. Debo evitar el tema de la secesión: todavía podría ocasionar un fuerte encarnizamiento. Pero probablemente existirán un montón de fascinantes historias sobre ella, la forma en que los secesionistas sustrajeron uranio–combustible de las plantas de energía para las minas nucleares que pretendían haber instalado en Nueva York y Washington. Cómo se las arregló su organización política, dirigida por esas malditas mujeres, para paralizar las instituciones existentes y suplantarlas después, haciéndose con el control de los arsenales y de la Guardia. Cómo se llevó a cabo la secesión por medio de engaños –a lo que naturalmente contribuyó la severidad de la crisis económica nacional que se produjo de forma tan providencial para ellos. Muchas historias que contar algún día– pero no es este el momento...

Me resulta cada vez más difícil decir adiós a los chicos al partir hacia un largo viaje. En realidad, no es para tanto; aun cuando ando por aquí, falto algún que otro fin de semana. Pero parece que el marcharme tan a menudo empieza a afectarles. Puede que Pat tenga algo que ver en el asunto;

tendré que hablar con ella. ¿De quién, si no, habría sacado Fay la idea de proponerme que la llevara conmigo? ¡Qué barbaridad! –perdido en lo más profundo de Ecotopía con una máquina de escribir y una hija de ocho años...

Sin Francine durante seis semanas. Siempre resulta estimulante alejarse durante un tiempo, y además, sé que la encontraré a mi regreso, reanimada por alguna que otra aventura. De hecho, es en cierta forma emocionante pensar que voy a estar totalmente desconectado de ella, de la Redacción, en definitiva, de todo el país. Sin comunicación telefónica o telegráfica directa: ¡ese extraño aislamiento que los ecotopianos han insistido en mantener durante 20 años! En Pekín, en Bantustan, en Brasil siempre tenía un intérprete americano, que impedía romper todo contacto con mi país. Esta vez no habrá nadie con quien compartir mis pequeñas reacciones americanas.

Y esto puede resultar peligroso. Los ecotopianos serán probablemente bastante exaltados y no sería difícil que me viera envuelto en algún problema. El control que ejerce el gobierno sobre la población no es, al parecer, tan severo como el nuestro. Los americanos son cordialmente aborrecidos. Si hay disturbios, puede que la policía ecotopiana no sirva de nada –creo que ni siquiera va armada.

Bueno, habrá que redactar el primer artículo. Quizás no sea el aire el peor sitio para empezar.

II. WILLIAM WESTON EN SU VIAJE A ECOTOPÍA

A bordo del vuelo 38 de TWA, de Nueva York a Reno, 3 de Mayo 1999. Comienzo mi misión en un jet que vuela en dirección oeste, hacia Reno –la última ciudad americana antes de la impresionante barrera de Sierra Nevada, que guarda en su seno las cerradas fronteras de Ecotopía.

Con el paso del tiempo, el trauma que en su día ocasionó la separación de Ecotopía de los Estados Unidos se ha suavizado. Y lo que entonces impresionó a los espíritus de la época como algo nuevo, se encuadra en realidad en una serie de fenómenos análogos. Biafra había intentado la secesión de Nigeria en 1.969. Bangladesh se había independizado con éxito de Pakistán en 1.971. La secesión de Ecotopía en 1.980 fue seguida por la de Quebec de Canadá en 1.983. Los informes de nuestros servicios de inteligencia hablan de continuos disturbios “minoritarios”

hasta en la Unión Soviética. Es una tendencia general a todo el mundo. El único caso importante de evolución de signo opuesto que podemos señalar es el de la unión de los países escandinavos en 1.985 –e incluso ésta es quizás sólo la excepción que confirma la regla, ya que, en cualquier caso, los escandinavos eran prácticamente un mismo pueblo desde el punto de vista cultural.

Sin embargo, muchos americanos todavía recuerdan la terrible escasez de frutas, lechuga, vino, algodón, papel, madera y otros productos de la zona oeste, que siguió a la ruptura con el resto de la comunidad nacional de lo que había sido Washington, Oregón y California del Norte.

Estos problemas exacerbaron la depresión económica de aquel período, general a todos los Estados Unidos, aceleraron nuestra crónica inflación y causaron una extensa insatisfacción hacia la política del gobierno. Además, Ecotopía todavía representa un constante desafío a la filosofía sobre la que se apoya el régimen americano actual: la creencia en los beneficios de la industrialización, el culto al progreso y el aumento del Producto Nacional Bruto.

Durante las dos últimas décadas, la mayoría de nosotros intentamos ignorar lo que estaba ocurriendo en Ecotopía –con la esperanza de que no resultara ser más que una necesidad, cuyo final llegaría con el tiempo. No obstante, es ya manifiesto que Ecotopía no va a fracasar, como muchos analistas americanos predijeron en un principio. Ha llegado

el momento de que realicemos un examen más objetivo de la experiencia ecotopiana.

Si sus innovaciones sociales resultan ser absurdas e irresponsables, dejarán de constituir una tentación para los impresionables jóvenes americanos. Si sus extrañas costumbres se revelan en la realidad, tan bárbaras como los rumores sugieren, le costará la indignación mundial. Si las pretensiones ecotopianas son falsas, los artesanos de la política americana podrán beneficiarse de saberlo. Por ejemplo, necesitamos enjuiciar la aseveración de que en Ecotopía ya no se producen muertes a causa de la polución química y atmosférica. Nuestra propia tasa de defunciones ha descendido desde 75.000 muertos anuales a 30.000 –una mortalidad trágica todavía, pero sugiere que las medidas de severidad adoptadas en Ecotopía no son, tal vez, necesarias. En resumen, deberíamos enfrentarnos al reto ecotopiano más sobre la base de un sólido conocimiento que apoyándonos en la ignorancia y los informes de tercera mano.

Mi misión, durante las próximas seis semanas consiste, por tanto, en explorar exhaustivamente la vida ecotopiana –descubrir las realidades que subyacen a los rumores, describir con detalle y en concreto el funcionamiento real de la sociedad ecotopiana, documentar sus problemas y, cuando así sea necesario, reconocer sus logros. Mediante el conocimiento directo de la situación en que nuestros antiguos ciudadanos se encuentran, tal vez podamos incluso

comenzar a reconstruir los lazos que en un tiempo les vincularon a la Unión y que tan tajantemente rechazaron.

3 de Mayo 1999

Reno es una triste sombra de su pasado esplendor. Con el cese, a raíz de la secesión, de su lucrativo negocio de juego, California fue, poco a poco, presenciando el fin de su prosperidad. Los lujosos hoteles de los casinos no son ahora más que simples pensiones –sus propietarios hace tiempo que huyeron a las Vegas. Caminé por las calles cercanas a la terminal aérea preguntando a la gente su opinión sobre Ecotopía. La mayoría de las respuestas que obtuve fueron evasivas, aunque me pareció detectar en ocasiones un rastro de amargura. “Que cada uno viva como quiera”, dijo un viejo canoso, “si se puede llamar a lo que se hace allí vivir”. Un hombre joven, que decía ser cowboy, sonrió a mi pregunta. “Bueno”, dijo, “conozco algunos tipos que dicen haber ido allí a conseguir chicas. En realidad, no es peligroso si conoces las gargantas de la montaña. La gente por allí es bastante amable, siempre y cuando no vayas con ideas preconcebidas en el coco. Aunque, ¿sabe una cosa? ¡Todas las chicas llevan pistolas! Eso es lo que me han dicho los amigos. Es para hacer temblar a cualquiera, ¿no cree?”

Me costó bastante encontrar un taxista que quisiera llevarme a la frontera. Por fin convencí a uno que parecía haber pasado 20 años a la sombra. No sólo le tuve que prometer el doble de la tarifa sino, además, una propina del 25 por ciento. A cambio, obtuve un suplemento de siniestras miradas y una sarta de alentadoras observaciones: “¿qué coño se le ha perdido por allí? ¿Es que está usted chalao? ¡Si no son más que una panda de caníbales! No saldrá entero de allí –ni yo tampoco como me descuide”.

III. EL PASO DE LA FRONTERA ECOTOPIANA

A bordo del Sierra Express, Tahoe–San Francisco, 4 de Mayo 1999.

He entrado, por fin, en Ecotopía –el primer americano que oficialmente ha visitado el nuevo país desde la proclamación de su Independencia, hace 19 años.

Mi vuelo aterrizó en Reno. Aunque es algo que apenas se sabe, el gobierno ecotopiano ha prohibido, para evitar el ruido y la polución atmosférica, que ni tan siquiera los vuelos internacionales crucen su territorio.

Los vuelos que van de San Francisco a Asia, o sobre el polo hacia Europa no sólo tienen que utilizar un remoto aeropuerto a 40 millas de la ciudad, sino que se ven forzados a volar sobre el mar; y los vuelos americanos con destino a Hawai tienen que viajar vía Los Ángeles. Por tanto, me vi

forzado a aterrizar en Reno para llegar a San Francisco y hacer un trayecto bien caro en taxi hasta la estación de ferrocarril en el extremo norte del Lago Tahoe. Desde Tahoe el servicio es rápido y frecuente.

La frontera está señalada por una pintoresca valla de madera curtida a la intemperie, con una gran puerta que, como es obvio, apenas ha sido utilizada. Cuando el taxi en que viajaba paró, no había nadie por los alrededores. El conductor tuvo que bajarse, dirigirse a una pequeña caseta de piedra y hacer que los militares ecotopianos interrumpieran su juego de naipes. Resultaron ser dos hombres jóvenes con uniformes bastante mal planchados. Pero sabían de mi llegada, examinaron mis documentos con el aire de la autoridad que conoce su oficio y dejaron que el taxi pasara por la puerta –aunque sólo después de señalar el hecho de que se había necesitado una dispensa especial para que un motor de combustión interna pudiera traspasar su sagrado portal. Contesté que sólo me tendría que conducir a unas 20 millas hasta la estación del tren. “Está usted de suerte, el viento sopla del oeste”, dijo uno de ellos. “Si llega a ser del este, probablemente tendríamos que haberle retenido un rato”.

Revisaron mi equipaje con una cierta curiosidad, demorándose en las pastillas para dormir. Pero me permitieron quedarme con todo, excepto con mi fiel 45. “Puede que esto sea algo habitual en Nueva York”, dijeron, “pero en Ecotopía no se permiten las armas disimulables”.

Al notar, quizás, mi ligera reacción de disgusto, uno de los guardas comentó que las calles ecotopianas eran bastante seguras, tanto de día como de noche. Me dio entonces un folleto, *Ecotopía Explica*. Estaba bien impreso pero tenía unos dibujos un tanto extraños. Resultaba evidente que había sido preparado, sobre todo, para turistas de Europa y Asia. “Puede ayudarle a acostumbrarse”, dijo el otro guarda con voz suave, en ese tono amistoso que me empieza a parecer un rasgo distintivo de este país. “Relájese, está usted en un país libre”.

“Amigo”, le contesté, “he estado en la mar de sitios bastante más extraños que este y me relajo siempre que me da la gana. Si ha terminado con mis papeles, seguiré mi camino”.

Cerró con un golpe seco el pasaporte, pero lo mantuvo en la mano. “Weston”, dijo mirándome a los ojos, “usted es escritor. Confiamos en que meditará cuidadosamente lo que cuenta mientras esté aquí. Si lo hace así, tal vez podrá emplear esa palabra, “amigo”, con razón. Nos gustaría que así fuera”. Sonrió después calurosamente y extendió la mano. Para mi sorpresa, la estreché y me encontré sonriendo a mi vez.

Proseguimos en coche hasta la estación de ferrocarril de Tahoe. Resultó ser un lugar muy rústico, hecho de enormes maderos. Podría pasar en América por un descomunal chalet de esquí. Tenía, incluso, chimeneas en las salas de espera

–hice un inventario de las instalaciones: una especie de restaurante, un inmenso salón desierto con una tarima de música, en el que probablemente se hacían bailes y por último, una salita pequeña y tranquila con sillas de cuero y un montón de libros. Los trenes, que normalmente no tienen más que dos o tres vagones pero que pasan aproximadamente cada hora, entraban en el sótano de la estación, cerrándose tras ellos, en épocas de frío, unas gigantescas puertas que protegían de la nieve y el viento.

Era evidente que estaba especialmente preparada para esquiadores –percheros y armarios para guardar los esquís– pero a estas alturas del año la nieve se había fundido y apenas se practicaba el esquí. Los microbuses eléctricos que conducían desde la estación a los puntos de esquí y a las ciudades vecinas iban casi vacíos.

Me bajé del tren. Parecía más que un tren, un avión sin alas. Al principio creí que me había metido en un vagón a medio acabar –¡no había asientos! El suelo estaba cubierto con una gruesa y mullida alfombra y dividido en compartimentos mediante tabiques que no llegaban más que a la altura de la rodilla; unos pocos pasajeros yacían repantingados en unos cojines con aspecto de grandes sacos de cuero, desparramados por el lugar. Un hombre mayor había tomado una manta de un montón apilado en un extremo del coche y se disponía a echar una cabezada. Algunos viajeros, dándose cuenta, por mi confusión, de que era extranjero, me mostraron donde dejar mi bolsa,

diciéndome que podría pedirle un refresco a la azafata en el vagón contiguo. Tomé asiento en uno de los almohadones al darme cuenta de la magnífica vista que se divisaba a través de los grandes ventanales, que llegaban hasta una altura de unas seis pulgadas del suelo. Mis compañeros encendieron unos cigarrillos que, por el olor, reconocí como marihuana y comenzaron a pasarlos de unos a otros. Como primer gesto de buena voluntad internacional, di unas caladas y pronto nos encontramos conversando amigablemente.

Su amor por la naturaleza había llevado a los ecotopianos al extremo de introducirla incluso dentro de los trenes, llenos de helechos colgantes y de pequeñas plantas que no pude identificar. (Mis compañeros, sin embargo, enumeraron sus nombres botánicos sin ninguna vacilación). Había en un extremo del vagón unos recipientes que parecían cubos de basura, cada uno con una letra –M, V y P. Me dijeron que eran “cubos de reciclaje”. Tal vez les parezca increíble a los americanos, pero pude observar durante el trayecto que mis compañeros de viaje, sin excepción, depositaban todos los desechos de metal, vidrio o papel en su correspondiente cubo. El que lo hicieran sin experimentar azoramiento alguno, como habría ocurrido con cualquier americano, fue mi primera introducción a las rígidas prácticas de reciclaje y de reutilización de las cuales, se decía, los ecotopianos estaban muy orgullosos.

Cuando te quieres dar cuenta, los trenes ecotopianos se han puesto en marcha; prácticamente no se siente el más

mínimo movimiento. Al operar por propulsión y suspensión magnética, no hay ni ruido de ruedas, ni silbidos, ni vibraciones. La gente charla, se produce un tintineo de tazas y platos, algunos pasajeros agitan sus manos a los amigos que están en el andén. En un instante, el tren parece estar, literalmente, volando sobre la Tierra, aunque de hecho esté a unos cuantos centímetros de unos raíles en forma de artesón.

Mis compañeros me contaron algo sobre el origen de estos trenes. Al parecer, la compañía Boeing de Seattle estaba, cuando ocurrió la Independencia, tambaleándose todavía del palo que había supuesto la depresión mundial de finales de los setenta, y la cancelación en 1.971 del proyecto SST, lucrativo pero peligroso desde el punto de vista ecológico. El gobierno ecotopiano, a pesar de que su política económica a largo plazo abogaba por la diversificación y descentralización de la producción en cada pueblo y región, se aprovechó temporalmente de las facilidades que le daba la Boeing para construir el nuevo circuito nacional de trenes. Mientras que los alemanes y los japoneses habían sido los pioneros de los trenes de suspensión magnética con motor lineal, la Boeing comenzó la producción del sistema sólo un año después de la proclamación de la Independencia. Cuando pregunté en qué forma se había financiado el enorme coste del sistema, mis compañeros comenzaron a reír. Uno de ellos me informó de que el coste de la línea completa de San Francisco a Seattle había sido

aproximadamente el de diez SST y añadió que el coste social de sus trenes, por persona y milla, en cualquier distancia inferior a las mil millas, era menor que el del transporte aéreo.

Leí en el folleto que los trenes viajan normalmente a 360 kilómetros por hora, en llano. (El uso del sistema métrico decimal es universal en Ecotopía). A esta velocidad, que se traduce por unas 225 millas por hora, se puede contemplar perfectamente el paisaje. Y solo la alcanzamos después de 20 minutos de subida y tras pasar la formidable pendiente Este de la Sierra Nevada, a una velocidad que yo estimé inferior a las 90 millas por hora. El Paso Donner presentaba un aspecto desolador, similar probablemente al que les debió ofrecer a sus primeros escaladores, el grupo Donner, que perecieron allí. Hicimos una parada en Norden y recogimos a unos cuantos esquiadores de fin de temporada –un grupo alegre, no distinto de nuestros esquiadores, pero con atuendos un tanto ajados; se veían raídos chaquetones de piel francamente viejos. Llevaban mochilas hechas en casa y primitivos esquís largos, delgados, con endeble correas al viejo estilo. El tren descendió después vertiginosamente por los largos cañones de los bosques de la Sierra, dejando de vez en cuando atrás, a toda velocidad, algún que otro río, cuyas heladas aguas negro–azuladas burbujeaban entre las rocas. En pocos minutos, nos encontramos en Auburn. En el tablero indicador donde figuraban esquematizadas las rutas y horas aproximadas de

la compleja red de conexiones de trenes y autobuses, se anunciaban tres paradas antes de San Francisco. Me alegró comprobar que no nos deteníamos más de 60 segundos, aun cuando la gente subía y descendía sosegadamente, con la típica calma ecotopiana.

Una vez llegados al fondo del valle, el paisaje dejó de parecerme interesante, pero mis compañeros continuaban fascinados. Señalaban los cambios que se producían en los campos y bosques a medida que pasábamos; uno de los viajeros gritó que había visto una liebre y dos cervatillos en un arbolado; posteriormente, un conejo fue causa de gran regocijo en todo el vagón.

Pronto entramos en la accidentada zona que rodea la Bahía de San Francisco, precipitándonos a través de una serie de túneles por las verdes y suaves colinas cubiertas de hierba. Ahora se veían más casas, aunque todavía bastante dispersas. Muchas parecían ser granjas. Las huertas, campos y cercas presentaban un aspecto sano y sorprendentemente bien cuidado, casi como las que se ven en Europa occidental.

Aun así, ¡que pobres y sucias resultaban comparadas con las casitas de los granjeros de Iowa o Nueva Inglaterra! Definitivamente, los ecotopianos deben ser alérgicos a la pintura. Construyen con piedra, adobe, madera curada –me da la impresión que con casi todo lo que cae en sus manos– y parecen carecer de ese sentido de la estética que les haría cubrir los materiales con una capa de pintura. Por lo visto,

prefieren revestir sus casas con parras y arbustos antes que pintarlas.

La tristeza del paisaje aumentaba a medida que lo hacía su aislamiento. Las carreteras eran estrechas y tortuosas, con árboles situados peligrosamente cerca del asfalto. No parecían tener tráfico. Ni un cartel publicitario, ni una cabina telefónica, ni una estación de gasolina. No creo que resultara agradable verse sorprendido por la noche en un paraje semejante.

4 de Mayo 1999

Impresión general. Muchos de los ecotopianos parecen viejos hombres del oeste, personajes de la Carrera del Oro que regresaban a la vida. Bien sabe Dios la cantidad de gentes de aspecto raro que hay en Nueva York, pero su excentricidad resulta teatral, casi ostentosa –poco natural. Los ecotopianos son como caracteres de Dickens: con frecuencia sus vestimentas resultan bastante extrañas, no tienen, a diferencia de los hippies de los años sesenta, aspecto sórdido, de locos. Sombreros y peinados de fantasía, chaquetas, chalecos, polainas, mallas; creo que incluso vi una coquilla –o quizás es que el tío estaba sobrenaturalmente dotado. Hay cantidad de

ornamentaciones y decorados hechos con conchas y plumas o con telas de parches –el tejido debe escasear terriblemente si llegan a tales extremos de reutilización.

Y sus modales son todavía más inquietantes. En las calles paso momentos electrizantes cuando las mujeres me miran fijamente a los ojos; hasta ahora he apartado la vista, pero, ¿qué pasaría si la mantuviera? La gente es desenvuelta y lúdica en su trato con los demás, como si dispusiera de un tiempo inagotable para explorar cualquier posibilidad nueva. No existe esa amenaza latente de violencia criminal que impregna nuestros lugares públicos, pero tampoco faltan las emociones intensas, que los ecotopianos buscan deliberadamente. La paz del trayecto en tren fue rota, en algunas ocasiones, por discusiones e insultos a voz en grito; las personas tienen una especie de insolente curiosidad que a menudo origina altercados. Es como si hubieran perdido ese sentido del anonimato, que nos permite vivir juntos en grandes números. No puedes, por ejemplo, dirigirte a los funcionarios ecotopianos como lo harías con uno de los nuestros. El hombre que tras la ventanilla despachaba los billetes del tren, no estaba dispuesto a tolerar, bajo ningún concepto, que yo le hablase en mi forma habitual –me preguntó que si acaso pensaba que era una maquina de vender billetes–. De hecho te quedabas sin billete si no le tratabas como a una auténtica persona; y además insistía en hablar contigo –hacia preguntas y comentarios ante los cuales esperaba una respuesta sincera y se enfadaba si no la

obtenía. Parece ser que esos gritos y esa furia no tienen significado alguno. Puede que haya algún loco peligroso entre tanta gente inofensiva, pero no he visto todavía ninguno. Sólo esperó ser capaz de preservar mi propia cordura.

IV. LAS CALLES DE LA CAPITAL DE ECOTOPIA

San Francisco, 5 de Mayo 1999

Cuando me encontré en la calle al salir de la terminal del tren, apenas sabía lo que esperar de esta ciudad –la cual, en una época, se vanagloriaba de haber resurgido de sus propias cenizas después de un terrible terremoto al que siguió un incendio. San Francisco, conocida en un tiempo como “la favorita América”, ejercía una poderosa atracción sobre los turistas. Sus encantadoras colinas, sus puentes espectaculares, sus pintorescos teleféricos y sus habitantes –aunque sofisticados, relajados– habían atraído a multitud de visitantes que volvían una y otra vez. ¿Me encontraría con que todavía merece su reputación de lugar elegante y civilizado?

Dejé mi equipaje en consigna y salí a explorar. Recibí el

primer sobresalto en el momento de pisar la calle. Un extraño silencio lo impregnaba todo. Esperaba encontrarme, al menos, con algo parecido a la apasionante animación de nuestras ciudades –las bocinas de los coches, los taxis pasando a toda velocidad, coágulos de gente empujándose a trompicones en la vorágine de la vida urbana. Lo que vi, al irme poco a poco recobrando de mi sorpresa, fue que Market Street, el gran boulevard que atravesaba el corazón de la ciudad para desembocar en los muelles, se había convertido en un paseo con miles de árboles. La calzada, por la que discurrían los taxis eléctricos, los microbuses y las furgonetas de reparto, había quedado reducida a un par de simples veredas. El espacio restante, enorme, lo ocupaban caminos de bicicletas, fuentes, esculturas, kioscos y absurdos jardincillos con verjas a su alrededor. Sobre todo esto se cernía una quietud casi siniestra, interrumpida por los chirridos de las bicis y los gritos de los niños. Hasta se escuchaba, ocasionalmente, el canto de algún pájaro, con todo lo increíble que pueda parecer en la arteria principal de una gran capital llena de gente.

Unos gigantescos pabellones de techo cónico, diseminados por doquier, tenían como centro unos kioscos en los que se vendían periódicos, libros de comics, revistas, frutas, zumos y bocadillos. (También cigarrillos –los ecotopianos no han conseguido desterrar el hábito de fumar). Los pabellones, al parecer, son las paradas del

circuito de microbuses y la gente espera allí al resguardo de la lluvia. Los microbuses son unos armatostes muy cómicos que funcionan por baterías, de aspecto muy parecido a los antiguos tranvías tan del agrado de los habitantes de San Francisco. No llevan conductor y son dirigidos y controlados mediante un aparato electrónico que funciona por cables enterrados bajo el pavimento. (Un parachoques de seguridad bloquea el vehículo si alguien no se aparta a tiempo). A fin de que los viajeros puedan subir y bajar fácilmente durante los 15 segundos de parada, el suelo del autobús no está más que a unos centímetros de la calle; las ruedas se hallan situadas a ambos extremos del vehículo. Los asientos están colocados en fila y miran hacia el exterior. En los trayectos cortos, te puedes sentar un rato o permanecer en pie, agarrándote a los asideros que penden del techo. Cuando hace mal tiempo, una capota de tela, que se extiende hacia fuera, proporciona un cobijo adicional a los viajeros.

Estos microbuses no van a más de diez millas por hora, pero pasan aproximadamente cada cinco minutos. No cuestan nada. Cuando me subí experimentalmente a uno de ellos, pregunté a un viajero el por qué de esto. Me dijo que los microbuses se pagan, al igual que las calles, por medio de impuestos generales. Añadió, sonriendo, que llevar un cobrador en cada uno de ellos costaría más que lo que los propios billetes producirían. Como muchos de los ecotopianos, tenía cierta tendencia a charlar y me explicó

con todo detalle las ventajas económicas de este sistema, casi parecía que estuviera intentando vendérmelo. Le di las gracias y un poco después me apeé.

Quizás se juzgue mejor la atmósfera bucólica del nuevo San Francisco si se sabe que Market Street y algunas otras calles están surcadas, en la actualidad, por pequeños riachuelos. Anteriormente y a costa de grandes gastos, eran desviados por conductos subterráneos, como es habitual en las ciudades. Los ecotopianos gastaron todavía más en sacarlos de nuevo a la superficie. Gracias a ello, ahora se pueden contemplar en el boulevard unas encantadoras y diminutas cascadas, con el agua gorgoteando y salpicando y canales rodeados de rocas y árboles, bambúes y helechos. Creo que hay incluso, pececillos, aunque no consigo adivinar cómo se las arreglan para preservarlos de los niños y gatos que merodean por el lugar.

A pesar de la calma reinante, las calles están llenas de gente, pero nunca con la densidad con que lo están en Manhattan. (Parte del tráfico viandante ha sido desplazado a las diáfanas pasarelas que conectan unos rascacielos con otros, de hasta, a veces, 15 ó 20 pisos). Al ser peatonal prácticamente todo el espacio de la calle, nadie da importancia a los estorbos –o a los pequeños socavones que se han ido formando en el pavimento, y en los que se han plantado flores. Me crucé con un grupo de músicos callejeros que tocaban a Bach con un clavicémbalo y otra media docena de instrumentos. Se ven vendedores de

comida empujando carros de alegres colores, en los que ofrecen bocadillos calientes, castañas y helados. En una ocasión, hasta vi un malabarista y un grupo de prestidigitadores actuando para un enjambre de niños. Parecía una escena de alguna película medieval. Hay también paseantes, tipos con aire despistado, holgazanes –gente sin ocupación aparente que toman la calle como una prolongación de su sala de estar. No obstante, a pesar del alto número de personas desocupadas, las calles de Ecotopía parecen ridículamente desprovistas de puertas de seguridad y de porteros, vigilantes u otras precauciones contra el crimen. Y nadie aparenta sentir esa necesidad nuestra de utilizar los automóviles como medio de protección para desplazarse de un sitio a otro.

Me di cuenta en el tren de que los trajes ecotopianos tienden a ser muy holgados y de colores luminosos con los que se intenta compensar la falta de estilo y corte. Lo que he observado en miles de habitantes de San Francisco no ha hecho más que confirmar mi impresión. El hombre ecotopiano típico lleva unos pantalones increíbles (hasta los vaqueros son algo corriente –¿tal vez por nostalgia de las modas americanas de los años setenta, anteriores a la secesión?), y unas camisas, jerseys, ponchos o chaquetas con frecuencia de mal gusto. A pesar del frío habitual, las sandalias son algo normal en ambos sexos. Las mujeres, a menudo, llevan también pantalones, pero son mucho más corrientes las faldas sueltas y anchas al estilo gitano. He visto

algunas personas con unos extraños ropajes muy ceñidos a la piel, parecidos a los trajes de los submarinistas, pero de un tejido que desconozco. Puede que sean miembros de algún grupo especial, pues su atuendo no es muy corriente. El cuero y las pieles son, por lo visto, los materiales favoritos –se utilizan en bolsos y carteras y para pantalones y cazadoras. Los niños visten versiones en miniatura de los trajes de los mayores, no parecen existir ropas especiales para ellos.

Los ecotopianos que se tienen que desplazar a más de una o dos manzanas suelen coger unas bicicletas pintadas de blanco que hay, por centenas, en todas las calles y que se pueden usar gratis. Dispersadas a lo largo del día por toda la ciudad, unos equipos especiales se encargan de devolverlas, durante la noche, a los lugares en que serán necesarias al día siguiente. Cuando le comenté a un amable viandante que este sistema debía ser una delicia para los ladrones y los gamberros lo negó con vehemencia. Me dio como argumento, y no pienso que muy descabellado, que resulta más barato perder unas cuantas bicicletas que poner más taxis o microbuses.

Esta gente, según voy descubriendo, te empieza a soltar cifras en cuanto tocas temas como este, con una ligereza desconcertante. Tiene una forma de introducir los “costes sociales” en sus cálculos que denota, inevitablemente, una cierta dosis de conjetura y de optimismo. Sería interesante confrontar a semejantes informadores con algunos de los

realistas expertos de nuestra industria del automóvil o de las autopistas –quién, naturalmente, se quedaría horrorizado por la abolición de los coches en Ecotopía.

Al pasear por la ciudad me llamó la atención el hecho de que los barrios periféricos estuvieran curiosamente superpoblados de niños y padres, además de otras personas con aspecto de oficinistas y dependientes. Las preguntas que formulé a algunos transeúntes (los cuales me contestaban con una paciencia sorprendente) me descubrieron uno de los hechos que hasta el momento más me han sorprendido en Ecotopía: ¡los gigantescos rascacielos del extrarradio, anteriormente sede de importantes empresas han sido convertidos en apartamentos! Tendré que hacer más averiguaciones para estar seguro de ello, pero lo que me contaron repetidas veces en la calle es que las áreas residenciales aisladas han sido hace mucho tiempo abandonadas. Además, gran cantidad de edificios de tres pisos resultaron seriamente dañados en el terremoto de 1.982. En los barrios nuevos, millares de hileras de casas de construcción barata (despectivamente llamadas por mis informadores “latas de sardinas”) fueron despojadas de los cables, cristales y accesorios y posteriormente demolidas. Sus residentes habitan ahora en la periferia, en edificios en los que no sólo hay apartamentos, sino guarderías, fruterías y restaurantes, además de las tiendas y oficinas de la planta baja.

Aunque en Ecotopía las calles todavía conservan un cierto

aire americano, resulta extremadamente difícil identificar las cosas. Solo se permite poner rótulos, de tamaño muy pequeño, en las fachadas de los edificios; los letreros de las calles son escasos y difíciles de divisar, y están principalmente colocados en las esquinas. A pesar de ello, conseguí volver, por fin, a la estación, recuperé mi maleta y localicé un hotel cercano que me habían recomendado como bastante apropiado para los americanos, añadiendo que, probablemente, hasta me brindaría “un cierto regusto de la forma de vida ecotopiana”. Este respetable establecimiento sobrevivía a su reputación gracias a que es prácticamente imposible de encontrar. Pero es bastante confortable y me servirá de base para sobrevivir aquí.

Como todo en Ecotopía, mi habitación está llena de contradicciones. Es cómoda, tal vez un poco pasada de moda para nuestro gusto. La cama es atroz –no tiene somier, ya que es simplemente un trozo de goma espuma sobre una tabla– pero eso sí, con una colcha muy lujosa. Hay una gran mesa de trabajo equipada con una tetera y un calentaplatos. Su superficie es lisa, de madera vista con unas manchas extrañas, pero encima hay un video–teléfono pequeño y lustroso. (A pesar de su aversión por muchos de los inventos modernos, los ecotopianos disponen de algunos bastante mejores que los nuestros. Sus videoteléfonos, por ejemplo, aunque tienen que estar conectados a una pantalla de televisión son más fáciles de utilizar que los nuestros y dan una mejor calidad de imagen). El wáter (wc) tiene la

cisterna colocada encima, en la pared, como los que se usaban en los Estados Unidos hacia 1.945. Funciona tirando de una cadena mediante un curioso mango tallado de color blanco; el papel higiénico, una abominación ecológica supongo, es de lo más áspero y ordinario. La bañera, sin embargo, tiene un tamaño y una profundidad poco corrientes. Es de madera ligeramente aromática, como las bañeras de lujo que aún hoy en día se ven en los hoteles japoneses.

Utilicé el video-teléfono para confirmar la visita, que previamente había concertado para mañana, con la Ministro de la Alimentación. Comenzaré por investigar los pretendidos ecosistemas estables ecotopianos, que tanta controversia han desencadenado.

5 de Mayo 1999

Quizás es que han retrocedido, efectivamente, a la edad de piedra. A primera hora de la noche vi a un grupo de cazadores, armados con extraños arcos y flechas, saltar del microbús, en el que habían metido un ciervo recién cazado. Lo alzaron entre dos de ellos, suspendiéndolo de un largo palo que sujetaban entre los hombros y comenzaron a andar

calle arriba. (Un gran perro cazador les acompañaba en la marcha –el primer animal doméstico que veía en Ecotopía, donde por lo visto, se deja a los animales en la mayor libertad posible. Las personas no parecen sentir la necesidad de su compañía). Una multitud se congregó para contemplarles, los chiquillos daban vueltas alrededor llenos de excitación. Los cazadores hicieron una parada, cerca de donde yo estaba, para descansar, y también, sospecho, para que la gente admirara la pieza. Los ojos de uno de ellos se cruzaron por un momento con los míos y debió advertir que reflejaban un cierto disgusto. Frotó su mano en la herida del ciervo, que todavía tenía la sangre húmeda y me pasó el dedo por la mejilla, como si quisiera implicarme en la caza. Sorprendido, di un salto hacia atrás y la muchedumbre rompió a reír de una forma que no me gustó.

Más tarde, al hablar con algunas de las personas allí reunidas, me enteré de que el grupo había estado cazando en las afueras de la ciudad donde al parecer los ciervos son numerosos. Los cazadores tenían un cierto aspecto salvaje (largos cuchillos, barbas, trajes rústicos) pero es evidente que no eran más que unos ciudadanos normales que habían salido de cacería. El ciervo sería descuartizado y su carne dividida: la caza pasa por ser un importante proveedor de carne en la dieta ecotopiana, ¡está muy bien considerada por sus cualidades “espirituales”!

Todavía no sé si la implantación de tales prácticas se ha visto forzada por la escasez, o si es producto de una

deliberada política de regresión. Pero esta escena, en la oscuridad creciente resultaba bastante macabra. La mayoría de las calles ecotopianas están muy oscuras por la noche –es obvio que su política energética les ha llevado a restringir la iluminación nocturna prácticamente al límite. Me pregunto por qué esto no produce el desbordamiento de crímenes que suscitaría entre nosotros. He preguntado a algunas personas si se sienten seguras por la noche y me han contestado que “sí” sin ningún tipo de vacilación –alegan que pueden ver perfectamente y cambian de conversación hacia derroteros intrascendentes: el aspecto de los faros de las bicicletas, que oscilan en la noche como luciérnagas, a lo agradable que resulta poder contemplar las estrellas aunque estés en la ciudad. Gracias a Dios que no tienen coches; si no, las tasas de accidentes serían espectaculares.

Tuve, anoche, un pequeño problema con la doncella. Me estaba intentando explicar que hay ciertas cosas que no se pueden permitir (yo había cogido unas flores de la calle y las había puesto en mi habitación). Por lo visto, los ecotopianos no arrancan las flores, ya que prefieren disfrutar de ellas en el lugar donde crecen. La chica me lo comentó con mucha amabilidad, tanta que creí que se había “quedado” conmigo; sin embargo, al primer intento me paró en seco. ¿Será que la sublimación te la empina? (No, lo que pasa es que siento unos deseos enormes de traerme a Francine durante un par de días).

Me gusta vestir bien, pero mi ropa neoyorquina no pega en este ambiente; de forma que me he procurado un nuevo guardarropa. Un abrigo verde oscuro con capucha, ligero pero de un tejido tan tupido que, dicen, protege de la lluvia (y con el que, probablemente, olerás a oveja mojada). Un par de camisas anchas de colores, aunque vivos, no demasiado llamativos, un chaleco, una chaqueta holgada de ante, dos pares de pantalones vaqueros. También un par de zapatos cómodos –¡está claro que mis elegantes zapatos italianos de calle no son muy adecuados! Me miro al espejo y suelto una carcajada –si llamara a la puerta de Francine de esta guisa, avisaría a la policía. (Un juego que no hemos practicado es el de la violación cometida por un agente ecotopiano que entra a hurtadillas en Nueva York y seduce a la mujer de un conocido periodista, para obtener información secreta).

Según lo que he podido observar en mi breve expedición de compras, la ropa aquí no lleva ni nailón, ni orlón, ni dacrón ni otro tipo de fibra sintética. (“quiero un par de camisas de las de lava y pon”. El incrédulo dependiente: “¿quiere decir camisas de fibra sintética? No las vendemos desde hace 20 años”. Seguido de un discurso sobre la excesiva cantidad de energía eléctrica y de agua que se necesita para la producción de las fibras sintéticas, que además, no pueden ser recicladas). Noté que algunas prendas llevan etiquetas en las que se declara con orgullo que son de “lana reutilizada”. Tanto los tejidos como las ropas son de elaboración doméstica y sus precios están por las nubes.

No me gusta la supresión fetichista de lo sintético, pero había ya olvidado lo agradable que resulta la sensación de las camisas de algodón sobre la piel. Esta es una cualidad que recalcan los fabricantes –insisten en que las telas han sido lavadas varias veces antes de su puesta en venta.

V. ALIMENTACIÓN, AGUAS RESIDUALES Y “EQUILIBRIO”

San Francisco, 6 de Mayo 1999

Cuando llegué al Ministerio de la Alimentación para entrevistarme con la Ministro, descubrí con disgusto que estaba demasiado ocupada para recibirme. Me pasaron, en su lugar, con un Subsecretario, un hombre de treinta y pocos años, que me recibió en mono de trabajo. Su despacho era sorprendentemente insignificante para una persona de su importancia. No tenía ni escritorio, ni mesa de juntas, ni mullidos sillones. En una de las paredes se veía una serie de archivos de madera muy desorganizados, estanterías de libros y mesas con montones de papeles en perfecto desorden. Apoyado contra otra pared había una especie de laboratorio, con diversos materiales de experimentación.

El subsecretario es, como muchos ecotopianos, relajado

hasta la exasperación, con una voz profunda y pausada. Se repantingó sobre unos almohadones de punto colocados en un soleado rincón del suelo, bajo una claraboya junto a la que pendía una especie de hiedra, mientras su ayudante de laboratorio calentaba agua en un hornillo Bunsen. Me senté a mi vez, con bastante torpeza y comencé a plantearle las cuestiones sobre la producción agrícola de Ecotopía que con tanto esmero había preparado. Las ignoró. En cambio, el Subsecretario insistió en ponerme en antecedentes. Empezó entonces a hablar, no de agricultura, sino de aguas residuales. El primer proyecto importante de su Ministerio tras la Independencia, me contó, había sido hacer equilibrado el ciclo alimenticio del país: todos los desechos alimenticios, aguas residuales y desperdicios habrían de ser convertidos en fertilizantes orgánicos y aplicados a la tierra en donde de nuevo entrarían en el ciclo de la producción de alimentos. En todos los hogares es, por lo tanto, obligatorio clasificar la basura en categorías reciclables y de compostaje, lo que, pienso, requiere un gran esfuerzo personal, además de hacerse necesario el incremento de las flotas de camiones de basura.

Según el Subsecretario, el sistema de aguas residuales heredado del pasado no puede ser considerado más que un sistema de “distribución”. En él, no se reciclan productivamente las aguas residuales y los desechos industriales, sino que simplemente se vierten en condiciones más o menos tóxicas en los ríos, bahías y

océanos. Mantuvo que esto no solamente es peligroso para la salud pública y para la vida de las criaturas acuáticas, sino que su mismo objetivo resulta antinatural y despilfarrador. Añadió, con una sonrisa, que algunas de las prácticas de vertidos serían incluso consideradas delictivas si se llevaran a cabo en la actualidad.

“En aquellos papeles que tengo por allí”, dijo, “podrá encontrar informes históricos de las grandes sumas que se han gastado en incineradores para quemar los residuos de las aguas. Sus diseñadores se enorgullecen de que sus chimeneas apenas producen humo.

Se nos acusó, por supuesto, de practicar un “socialismo de cloacas”, como nuestros predecesores de Milwaukee. A pesar de eso, construimos un sistema nacional de desecación de residuos y de producción de fertilizantes naturales. Siete años después estábamos en condiciones de prescindir, por completo, de los fertilizantes químicos. Esto se consiguió mediante el reciclaje de las aguas residuales, la transformación de los estiércoles en compost, la adopción de nuevas variedades susceptibles de fijar el nitrógeno, la rotación de los cultivos y la utilización intensiva del estiércol animal.

Probablemente habrá usted observado desde el tren que nuestros animales no están, como los suyos, confinados en espacios cerrados. Nos gusta que vivan en las condiciones más naturales posibles. Pero no sólo por razones

sentimentales. Ello impide la acumulación de estiércol, que tan grave problema representa en sus cebaderos y granjas agrícolas”.

Como es natural, este discurso tan suficiente despertó mi escepticismo y me dispuse a interrogarle sobre los inconvenientes económicos de tal sistema. Mis dudas, sin embargo, chocaron con una negación rotunda. “Por el contrario”, replicó, “nuestro sistema es considerablemente más barato que el de ustedes, si desglosamos todos los costes. Muchos de estos son ignorados por ustedes, o transmitidos mediante subterfugios a la posteridad y al público de la calle. Nosotros, por otra parte, tenemos que admitir la existencia de todos los costes. De otra forma no podríamos ni soñar con alcanzar los sistemas equilibrados de vida que constituyen nuestro fundamento ecológico y nuestra meta política. Si, por ejemplo, hubiéramos conservado la costumbre del “libre” vertido de los residuos en los cursos de agua, tarde o temprano otros habrían tenido que calcular (y soportar) el coste resultante de la muerte de ríos y lagos. Preferimos hacerlo nosotros mismos. Es obvio que no resulta fácil cuantificar algunos de estos costes. Pero hemos podido hacer aproximaciones en términos de política práctica, especialmente, al ser nuestro país relativamente sensato en comparación”.

Me proporcionó los análisis detallados en que sus declaraciones se basaban y los he estudiado con calma. Haría falta una investigación rigurosa y objetiva para

reconocer su fundamento o rechazarlo. Parecen ser sorprendentemente coherentes. Naturalmente, la situación ecotopiana ha permitido que su gobierno emprenda acciones que resultarían imposibles en una democracia como la nuestra. A continuación, interrogué al Subsecretario acerca de la producción y método de elaboración de los alimentos. Sabía que debía estar al corriente del éxito que representaba para nuestra industria alimentaria la introducción de la carne sintética y de otros alimentos proteínicos, así como de los grandes progresos realizados durante las dos últimas décadas en los platos precocinados y los envasados en general. Tenía la curiosidad por ver como justificaba los métodos regresivos que, según numerosos rumores, habían hecho retroceder a la agricultura del Oeste a tiempos remotos enviando de nuevo a sus cocineras a las antidiluvianas cocinas. (Los hornos de microondas no están legalmente permitidos en Ecotopía). Voy a citar textualmente su respuesta. Es, según voy descubriendo, muy característica de la forma en que los ecotopianos justifican las políticas más extremas.

“Probablemente recuerda”, comenzó, “que en un principio Ecotopía se encontró con una capacidad de producción alimenticia infinitamente superior a sus necesidades. Sólo California había producido cerca de un tercio de los alimentos consumidos en los Estados Unidos, Washington y Oregon eran los proveedores de una gran cantidad de frutas y granos. Podíamos producir, por

consiguiente, unas cinco veces la cantidad de alimentos necesarios para nuestra propia población. Al cesar nuestras exportaciones alimenticias a los Estados Unidos, debido a la crisis política, tuvimos que reducir drásticamente nuestra producción agrícola. Asimismo, queríamos acabar con las prácticas extractivas y contaminantes de los cultivos. Afortunadamente, la nueva política de empleo, que reducía la semana laboral a unas 20 horas, nos ayudó sobremanera. Pudimos, igualmente utilizar parte de la mano de obra excedente de la agricultura en los trabajos de construcción, necesarios para nuestros sistemas de reciclaje. Además de una simplificación en la elaboración de los alimentos, conseguimos también economizar considerablemente en los circuitos de distribución. Como los gerentes de sus supermercados no ignoran, un almacén con una oferta de 500 o mil artículos es muchísimo más fácil de manejar y más rentable que uno que ofrezca cinco mil o más, que es lo que suele ocurrir en su país. Pero es probable que nuestras mayores economías se hayan logrado al dejar de producir muchos alimentos elaborados y envasados. Estos últimos, o bien han sido considerados fuera de la ley por motivos de salud o bien introducidos en nuestras listas negras.

De pronto, me pareció vislumbrar la imagen de un agujero con una inmensa y totalitaria rata dentro. “¿En qué consisten esas listas negras y cómo se obliga a los fabricantes a respetarlas?”, le pregunté.

“En realidad, no hay nada que les obligue. Puede que usted

piense que se trata de mecanismos de persuasión moral. Sin embargo, son absolutamente informales y constituyen el resultado del trabajo de grupos de investigación procedentes de cooperativas de consumo. Por lo general, cuando un producto aparece en dichas listas, su demanda desciende bruscamente. La empresa que lo elabora se ve obligada a parar su producción o a venderlo solamente en las tiendas especializadas”.

“Pero supongo que estos comités de que me habla no podrán proscribir un producto así por las buenas, sin un fundamento científico o sin autoridad gubernamental”.

El subsecretario sonrió levemente. “En Ecotopía”, dijo, “descubrirá que muchas cosas se hacen sin autorización del gobierno. Pero estos grupos de trabajo actúan bajo una supervisión científica de la mayor competencia y por completo independiente. Los científicos, en Ecotopía, tienen prohibido aceptar ninguna clase de pago o favores de las empresas privadas o estatales a las que ofrezcan algún tipo de consulta o consejo. Hablan, por consiguiente, desde la misma posición incorruptible que cualquier otro ciudadano. De esta forma evitamos turbias situaciones como las que tanto abundan en su país: los expertos en petróleo funcionan pagados por las grandes compañías petrolíferas, los ingenieros y peritos agrónomos de la industria agrícola, etc., etc.”

Esto fue demasiado. “Estos son, sin duda”, dije, “los

científicos que hicieron pedazos la grandiosa herencia industrial con que contaban cuando se produjo la Independencia, destrozaron su maravillosa red de calles y autopistas y redujeron a la nada sus excelentes centros médicos. ¿Contra qué beneficios de la civilización piensan embestir ahora?”

“No voy a hablar más que de cuestiones relativas a la alimentación”, replicó. “Puedo facilitarle todos los datos que quiera para probarle que los ecotopianos están mejor alimentados que cualquier otra nación de la Tierra. ¿Por qué? Porque damos menos importancia al aspecto y a la representación de nuestros productos que a sus cualidades nutritivas y a su sabor. Nuestros alimentos no están contaminados por herbicidas e insecticidas, pues cortamos las malas hierbas y nos remitimos a controles biológicos en lo que respecta a los insectos. Nuestros métodos de elaboración de alimentos son sanos y evitamos aquellos procesos que puedan disminuir su valor nutritivo y lo que es más importante, nuestra agricultura ha alcanzado un estado de equilibrio casi perfecto, reciclándose más del 99 por ciento de los desperdicios. En resumen, hemos conseguido un sistema alimenticio que puede funcionar indefinidamente. Es decir, si la suma de sustancias venenosas extranjeras arrojadas a nuestras tierras por el viento y la lluvia no sube por encima del ya inexcusable nivel actual”.

El subsecretario se puso en pié de un salto, dirigiéndose a

las estanterías de donde extrajo media docena de folletos. “Aquí encontrará resumida una buena información”, dijo. “Permítame recomendarle que, una vez haya digerido estas páginas, siga los métodos ecotopianos para no desperdiciarlas”.

Esta broma de mal gusto me pescó desprevenido, pero relajó la tensión y me eché a reír. Me acompañó hasta la puerta. “Si se le ocurre alguna otra pregunta, no dude en telefonarme”, dijo con tono grave.

Volví al hotel y me puse a leer los folletos. Uno de ellos contenía un estudio de alta tecnología sobre las relaciones existentes entre las aguas residuales, las necesidades de fertilizantes minerales, los niveles y desagües de las aguas subterráneas, el estiércol de las granjas y las diversas enfermedades del organismo. Otro, cuyo tono moralista me pareció especialmente deprimente, recordaba las costumbres alimenticias de antes de la Independencia, analizando los riesgos para la salud que representaban. Sin el más mínimo sentido del humor venía a decir que las bebidas gaseosas constituían una especie de complot contra la especie humana. ¡Por lo visto los fabricantes americanos deberían haber sido responsabilizados personalmente de unos 10 billones de caries dentales, en un período de 30 años! Esta tendencia a atribuir implacablemente toda la responsabilidad a los fabricantes está, según empiezo a observar, muy difundida en Ecotopía, dejando totalmente de lado, en este caso, la responsabilidad de los

consumidores de tales bebidas. Tengo el privilegio de tener tres vertederos de reciclaje y como todo buen ecotopiano que se precie, he tirado cuidadosamente los folletos en el que está marcado con una P. Es una suerte que los ecotopianos no masquen chicle –¿por qué vertedero lo tirarían?

7 de Mayo 1999

El concepto de equilibrio puede parecer bastante inofensivo a simple vista, si no se miden todas sus implicaciones tanto en el plano personal como en el de la colectividad. Los zapatos tienen que tener suelas biodegradables. Se han inventado nuevos tipos de cristal y cerámica susceptibles de descomponerse en arena al romperse. El aluminio y otros metales no férricos hace tiempo que han sido abandonados, salvo en raras ocasiones en que no sirve ningún otro –sólo el hierro, que se corroe con el tiempo, es considerado por los ecotopianos como un metal “natural”. Las hebillas de los cinturones son de hueso o de madera muy dura, las cacerolas no tienen revestimiento plástico para evitar que se peguen los alimentos y suelen ser de hierro. Prácticamente no se utiliza la pintura, ya que éstas suelen estar hechas de plomo, caucho o plástico, materiales que no se descomponen. Da la impresión de que la gente

acumula el menor número de objetos posibles. En lo que se refiere a los libros, leen bastante más que los americanos pero los intercambian entre ellos o los reciclan. Hay, por supuesto, aspectos que se han escapado de la regla del equilibrio: los neumáticos de los vehículos son de caucho, se empastan las caries con plata, hay construcción de cemento, etc., etc. Pero el resultado, en conjunto, es sorprendente y resulta obvio que las personas disfrutan sobremanera llevando la regla cada vez más lejos.

(Me equivoqué al pensar que se necesitaban más camiones de basura: los ecotopianos, en realidad, generan muy poco de lo que nosotros llamaríamos basura, es decir, aquellos materiales que tienen que ser depositados en algún vertedero. Pero lo que sí necesitan es una mayor cantidad de camiones para recoger el material de los cubos de reciclaje).

Esta gente tiene una forma de dar rienda suelta a sus emociones y a sus sentimientos muy peculiar. Ayer por la noche, después de cenar, me encontraba sentado en mi habitación del hotel cuando oí unos gritos en el pasillo. Un hombre y una mujer se peleaban, amenazándose mutuamente con matarse. Al principio pensé que haría mejor en mantenerme al margen. Empezaron a alejarse por el corredor y creí que se marchaban o que volvían a su habitación. Pero retrocedieron sobre sus pasos, sin parar de gritar, hasta llegar ante mi puerta, donde se pararon, Me decidí, por fin, a asomar el morro y ¿qué es lo que vi?, otros tres o cuatro huéspedes del hotel contemplaban

plácidamente la escena, sin mover un dedo ni hacer nada por intervenir. Al parecer se trataba del desgraciado desenlace de un asunto amoroso. La mujer, con su bello rostro lleno de lágrimas casi cubierto por los cabellos, gritaba enfurecida mientras la emprendía a puntapiés con el tío, sin que ninguno de los observadores hiciera el más mínimo movimiento; hubo alguno que incluso sonrió levemente. Su compañero, rojo de ira, la agarró por los hombros haciendo además de aplastarle la cabeza contra la pared –ante esto, dos de los ecotopianos presentes se decidieron por fin a actuar, sujetándole por los hombros con intención de contenerle. Viendo frustrado su intento de reventarle los sesos, el hombre se limitó a escupir en la cara de su compañera –a lo que ella respondió con los insultos y tacos más ofensivos que he oído en toda mi vida y que, por supuesto, jamás diría ni en privado, ni mucho menos ante extraños. Pero el hombre no parecía ni humillado ni sorprendido y le contestó con otros insultos tan procaces como los suyos. La escena continuó por lo menos durante otros quince minutos, mientras los espectadores se acumulaban. No he visto, ni siquiera en Italia, una escena tan teatral como esta. Finalmente, la ira de la pareja decreció. Permanecieron un momento sin fuerzas, mirándose, hasta que se lanzaron uno en los brazos del otro, llorando e inundándose mutuamente de lágrimas tras lo que se marcharon tambaleándose hacia su habitación. Los presentes se pusieron a comentar animadamente el espectáculo, como podrían hacerlo los espectadores

exaltados de un combate de boxeo especialmente reñido. Por lo visto, a nadie le interesaban los motivos, pero se veía que habían disfrutado al presenciar tal exposición de sentimiento. Es evidente que las relaciones interpersonales se conciben aquí de una forma mucho más transigente y que se consideran como normales las más extremas manifestaciones de hostilidad.

A lo mejor ya no soy tan buen viajero como antes. Puede que los ecotopianos estén muy orgullosos de su cocina “natural”, pero a mí no me gusta lo más mínimo la alimentación sin azúcar. Me sorprende, de pronto, preocupándome sobre lo que haría si cayera enfermo o me ocurriera un accidente. La medicina ha debido retroceder por lo menos cincuenta años. Me veo siendo sangrado, como en la Edad Media.

Hasta me encontré pensando la noche pasada, casi con ternura, en los años pasados con Pat y los niños. Tal vez es que estoy empezando a añorar la vida hogareña, tranquila, ociosa. (¿Por qué será que esta excursión me ha puesto en tal estado de fatiga y confusión? Es una situación emocionante, una oportunidad única que todos mis colegas envidian. Y sin embargo, no consigo hacerme con ella). Los niños solían meterse en la cama con nosotros los domingos por la mañana –jugaban a ser osos que trepaban por una montaña– y se caían una y otra vez con gran alborozo, ¡qué adorables! Después, y una vez que se habían ido de la habitación, Pat invariablemente me preguntaba cuando

partiría de nuevo. ¿Qué hombre puede soportar que le hagan reproches antes del desayuno? Pero, a mi manera, yo la quería.

El esquema ecotopiano de trabajo y la mezcla de éste con el juego hacen que los actos más simples se conviertan en algo imposible de realizar. Ayer, por ejemplo, fui a la oficina de telégrafos a enviar mi artículo. Tiene que ir por Seattle y Vancouver, ya que las conexiones intercontinentales directas fueron suprimidas tras la Secesión. Me atendió un empleado diferente; cogió mi papel, empezó a leerlo y soltó la carcajada, intentando a continuación discutir conmigo sobre la forma en que contaba lo que me había dicho el tipo del Ministerio de Alimentación. “Oiga”, le dije, “Este es mi trabajo y ese es el suyo. ¿Quiere enviar ese jodido cable de una puñetera vez?”

Me miró auténticamente herido, como si le acabara de decir que su despacho olía mal. “No me había dado cuenta de que tenía tanta prisa”, me dijo, “no vemos periodistas americanos por aquí con frecuencia, ¿sabe usted?, y lo que escribe me parece de verdad interesante. No era mi intención ser indiscreto”.

Es imposible discutir con esta gente. “¡Venga, léalo!”, dije convencido de que se quedaría cortado y me dejaría en paz. Pero me dirigió una mirada más calmada y diciendo “Gracias” se sentó tranquilamente a leer. Tamborileé con los dedos sobre el mostrador durante un rato, pero se ve que la

concepción ecotopiana del ocio había hecho su aparición. Por fin terminó, y dirigiéndose a la máquina, se sentó mientras me decía mirándome, “No está mal para empezar. Lo enviaré lo más aprisa posible”. Y se puso a cursar el cable... ¡a 80 palabras por minuto! Tras lo que regresó adonde yo estaba para devolverme la copia con una amplia y satisfecha sonrisa. “Me llamo Jerry. Por cierto, fui compañero de colegio de George (el Subsecretario). El retrato que ha hecho de él es muy bueno”. Puede que fuera verdad. En cualquier caso, no pude evitar devolverle la sonrisa. “Gracias, Jerry”, dije “Hasta mañana”.

VI. LA AUSENCIA DE COCHES EN LOS BARRIOS NUEVOS ECOTOPIANOS

San Francisco, 7 de Mayo 1999

El nuevo régimen ecotopiano ha favorecido, en cierta forma, la división de las ciudades existentes en municipios o comunidades de barrio, pero aun así, quedan muy lejos de lo que el nuevo urbanismo concibe como perspectiva a largo plazo. Acabo de tener la oportunidad de visitar Alviso, una de esas extrañas microciudades en las que se ha podido experimentar libremente, la visión urbana más radical de esta sociedad descentralizada. En sus tiempos un pueblecillo dormido, Alviso está situado en las costas sureñas de la Bahía de San Francisco. El tren interurbano te deja en el subsuelo de un gran complejo de edificios, de los que el más importante no resulta ser el Ayuntamiento o el Palacio de Justicia, sino una fábrica, aquella en la que se elaboran los

vehículos de tracción eléctrica –difícilmente se les podría calificar en América como coches o camiones– que sirven en las ciudades para el transporte de personas y mercancías y en el campo para el transporte en general. (Los vehículos particulares fueron prohibidos en las zonas “peatonales” muy poco después de la Independencia. Estas zonas no cubrían al principio más que los barrios centrales en los que la polución y congestión del tráfico eran más graves. A medida que el servicio de microbuses se fue ampliando estas zonas se extendieron hasta llegar a abarcar, como en la actualidad, todas las aglomeraciones urbanas de población densa).

En torno a la fábrica, en el lugar donde nosotros habríamos construido un gigantesco aparcamiento, hay un montón de edificios colocados sin orden aparente y rodeados de árboles. Son restaurantes, una biblioteca, panaderías, un “drugstore” con comestibles y ropa, pequeñas boutiques e incluso pequeñas industrias y talleres –todos mezclados entre casas de apartamentos. Estos suelen ser, generalmente, de tres o cuatro pisos y están situados en torno a un patio central, a la vieja usanza parisina. Construidos casi en su totalidad de madera, material predominante en la construcción gracias al programa de repoblación forestal, la estructura de estos edificios resulta un poco anticuada, pero sus balconcitos, terrazas superiores y galerías son encantadores, con sus numerosas plantas y hasta sus arbolitos. Los apartamentos en sí son muy grandes

comparados con los nuestros –10 ó 15 habitaciones– a fin de acoplarse al modo de vida comunitario.

Las calles de Alviso se designan por nombres y no números y son casi tan estrechas y tortuosas como las de una ciudad medieval –no es fácil para un extraño moverse por allí. Apenas tienen la anchura suficiente para que pasen dos automóviles a la vez, pero como no hay coches eso no constituye un problema. Es el reino de los peatones y los ciclistas. De vez en cuando pasa un camión de reparto transportando un mueble o algún otro objeto voluminoso, aunque los ecotopianos cargan sus provisiones en bolsas de cuerda o en las grandes cestas de sus bicicletas. Los comerciantes son aprovisionados mediante containers. Es así como se reparten la mayoría de las mercancías en Ecotopía. Son mucho más pequeños que los que nosotros utilizamos para nuestros cargamentos y están proporcionados a la dimensión de los furgones de mercancías y de los camiones eléctricos del país. Los productos agrícolas, por ejemplo, se cargan en los containers ya sea en las mismas granjas o en la terminal de containers situada en la periferia de las microciudades. Un sistema de correas transportadoras subterráneo pone en conexión a todas las tiendas y fábricas de la microciudad, cada una equipada con una especie de plataforma a la que van a parar los containers. Probablemente esta idea ha sido inspirada por nuestros almacenes automatizados, pero en el sentido inverso. Da la impresión de funcionar muy bien, pero

¡vaya un follón que se puede montar si se produce algún tipo de embotellamiento bajo la superficie!

Me sirvieron de guía en mi expedición dos jóvenes estudiantes que acababan de terminar un año de aprendizaje en la fábrica y que me facilitaron un montón de información y de observaciones. Parece ser que los habitantes de Alviso, unas 9.000 personas, viven en un radio de media milla (unos 800 metros) de la estación. A pesar de semejante densidad de población, hay numerosas zonas verdes, desde simples ampliaciones de las calles hasta verdaderos jardines. Se ven árboles por todas partes –no hay nunca grandes superficies pavimentadas a pleno sol. Las escuelas y los campos de juegos están situados en la periferia. En la parte noroeste de la ciudad se encuentran los pantanos, cenagales y tierras salinas de la Bahía. Se ha instalado allí un puerto para embarcaciones de poco tonelaje, del que parte un canal navegable para que los barcos de carga puedan llegar hasta el mismo muelle de la fábrica. Mis informadores admitieron, con cierta reticencia, que existe un modesto comercio de exportación de vehículos eléctricos –los ecotopianos se arrogan el derecho de importar sólo la cantidad de metal necesaria para reemplazar el utilizado en la fabricación de los motores eléctricos y de otras piezas metálicas exportadas.

Los chavales pescan en el muelle de la fábrica, el agua allí está muy limpia. Los ecotopianos adoran el agua y el puerto alberga una soberbia colección de barcos de todos los

modelos, desde los más clásicos a los más excéntricos. Mis guías me contaron con entusiasmo que a menudo, partiendo de este puerto, remontan la Bahía a vela hasta el Delta, saliendo, incluso a veces, al mar a través de la Golden Gate, tras lo que descienden a lo largo de la costa hasta Monterey. Su barco es, aunque un poco pesado, una bella embarcación y muy orgullosos de él me ofrecieron llevarme a dar una vuelta si disponía de tiempo.

La visita a la fábrica me desconcertó. Como al parecer ocurre en muchos otros centros de trabajo de este país, la organización del trabajo no reposa en el principio de la cadena de montaje, tenido, generalmente, por esencial en toda producción en masa realmente eficaz. Ciertas operaciones están automatizadas: la fabricación de motores eléctricos, de chasis y de otros elementos importantes. Sin embargo “el ensamblaje de estos diversos elementos es efectuado por grupos de obreros que fijan las diferentes piezas unas a otras individualmente, tomándolas de unos recipientes de aprovisionamiento que máquinas automáticas se encargan de mantener repletos. La fábrica es tranquila y agradable, comparada con el estrepitoso alboroto que reina en las de Detroit, y los obreros no parecen estar sometidos al fuerte ritmo de producción de estas últimas. Es cierto que la extrema simplicidad de los vehículos ecotopianos debe facilitar sobremanera la planificación y organización de su fabricación –en realidad, no sé por qué no está totalmente automatizada.

He descubierto, asimismo, que una gran parte de la producción de la fábrica está constituida por vehículos compuestos de piezas sueltas. Siguiendo la manía del “hágalo-usted-mismo”, que es uno de los fundamentos de la vida ecotopiana, la fábrica provee, principalmente, de “partes delanteras”, “partes posteriores” y “baterías”. Cada uno, ya se trate de particulares o de empresas, las montan en carrocerías de su propio diseño. Algunos de estos vehículos, una vez terminados, tienen un aspecto tan extravagante que los microbuses de San Francisco, a su lado, resultan normales. He visto, por ejemplo, un camión con carrocería de madera prácticamente recubierta de conchas –pertenece a una comunidad de pescadores de la costa.

La “parte delantera” consiste en dos ruedas (movida cada una por un motor eléctrico y provistas de un freno), un chasis (que conecta estas ruedas con una suspensión y una dirección), un volante, un pedal de acelerador, un pedal de freno, un cuadro de mandos y dos faros. Los motores no pueden ir a más de 3 millas por hora (50 km/hora) ¡en terreno llano! No parece que hayan sido necesarios grandes estudios para su puesta a punto –sin embargo, mis guías me aseguraron que la suspensión es de un modelo profundamente innovador. Se trata de un astuto sistema hidráulico que equilibra la carga, con la ventaja, además, de requerir muy poco metal. La “parte posterior” es más sencilla todavía ya que no precisa de dirección. Las baterías dan la impresión de ser más pequeñas y ligeras que la mejor

de las que importamos del Japón y sirve para diversos tipos de vehículo; todas ellas van dotadas de un cable eléctrico enrollable de gran longitud, con el que se posibilita la recarga.

Se hacen, en esta fábrica, diversos tipos de carrocerías estándar a las cuales se fijan los elementos motores por medio de cuatro simples pernos situados en cada extremo. (Se desmontan siempre para las reparaciones). La carrocería más pequeña y más corriente es una versión miniatura de nuestra camioneta. Está compuesta de una cabina de pequeña dimensión con capacidad para un máximo de dos personas y de una especie de caja cuadrada, abierta y baja, en la parte de atrás, La trasera de la cabina puede levantarse y servir de techo en caso de mal tiempo, mientras que unos laterales de lona la cierran enteramente en ciertas ocasiones.

Todavía producen una pequeña cantidad de carrocerías para taxis. Se utilizaron muchísimo en las ciudades después de la Independencia, mientras los sistemas de microbuses y de ferrocarriles interurbanos eran puestos a punto. Estas carrocerías son de plástico y están hechas de una sola pieza.

Es evidente que estos vehículos primitivos y de escasa potencia no pueden satisfacer la necesidad de rapidez y de libertad a la que tan bien ha respondido la industria automovilística americana y nuestro extenso programa de autopistas. Mis guías y yo mantuvimos una acalorada

discusión sobre este tema y debo reconocer que resultaron unos incómodos concededores de las condiciones prevalecientes en nuestras vías urbanas –donde puede llegar a resultar imposible moverse a cualquier velocidad. Sin embargo, no supieron que contestar al preguntarles yo por qué en Ecotopía no se construían automóviles rápidos para utilizar sus miles de kilómetros de carreteras secundarias, que están ahora completamente subempleadas aun si se tiene en cuenta que sus derechos de paso han sido retomados parcialmente por las vías del ferrocarril. Intenté sembrar la duda en sus espíritus: ninguna persona puede permanecer totalmente insensible ante el placer de una carretera vacía, les dije y me dispuse a hacer una descripción del sentimiento que se experimenta al rodar en nuestros potentes y cómodos coches, el cabello de una joven al viento...

Comimos en uno de los restaurantes próximos a la fábrica, en medio de una alegre y ruidosa muchedumbre de gente de la calle y trabajadores. Me fijé en que los clientes riegan copiosamente sus comidas con excelentes vinos locales. Visitamos, a continuación, el Ayuntamiento, una modesta construcción de madera imposible de distinguir de cualquier edificio de apartamentos. Ahí me mostraron mapas de las nuevas ciudades limítrofes, construidas todas ellas en torno a la estación de ferrocarril. Parece ser que, en la actualidad, se está edificando un anillo de ciudades nuevas de este tipo alrededor de la Bahía, constituyendo, cada una, una

comunidad autónoma, pero vinculada a sus vecinos por medio del tren, de tal suerte que este lazo de pequeños centros urbanos no constituye más que una sola y única ciudad. Mis informadores me aseguran que hacen falta, como mucho, cinco minutos para llegar a la estación a pie, otros cinco para ir en tren hasta la ciudad situada cinco estaciones más allá y otros cinco para llegar, por fin, al punto de destino. Están convencidos de que nosotros empleamos el doble de tiempo en un viaje similar sin mencionar los problemas de aparcamiento, tráfico y como no, de polución.

¿Qué será de las metrópolis existentes cuando estas nuevas ciudades se hagan realidad? Serán progresivamente demolidas. Algunos barrios se conservarán como museos vivientes, reliquias de “nuestro pasado bárbaro”, los llamaron jocosamente los muchachos y el resto será transformado en praderas, bosques, huertas o jardines; tengo idea de que, a menudo, los habitantes de la ciudad poseen pequeñas huertas en el campo con una pequeña cabaña en ciertos casos. Allí se dedican al cultivo de hortalizas o simplemente a disfrutar de un cambio de aires.

Dejamos Alviso y nos dirigimos en tren a Redwood City, lugar en que se pueden ver en acción los procesos reversivos. Tres nuevas ciudades, separadas unas de otras por media milla de campiña, han surgido a lo largo de la Bahía y dos más, que formarán parte de otro cordón, están en construcción en el interior, junto a las primeras colinas. Entre estas dos series de ciudades, los barrios residenciales

de antaño han desaparecido prácticamente, convirtiéndose ora en bosques ora en praderas. Un paisaje que me ha traído el recuerdo de los veranos de mi infancia en Pensilvania. Cercas de madera bordean las sinuosidades de los ríos. Los halcones planean perezosamente. Niños cazando con arcos y flechas hacen signos al paso del tren. Los símbolos de, lo que en su día, fue una civilización muy activa –calles, coches, estaciones de servicio, supermercados– han sido completamente suprimidos, como si nunca hubieran existido. Este espectáculo me deprimió y me hizo pensar en que sentirían los Cartagineses tras la destrucción de Cartago, viendo a los Romanos victoriosos roturar el terreno sobre el que se había erigido la ciudad.

8 de Mayo, 1999

Aquí está pasando algo extraño. Todavía no puedo determinar con precisión por qué siento esta sensación. Es como cuando te despiertas de un sueño que no puedes recordar con fidelidad. La actitud de los individuos con las personas que les rodean –y conmigo también– me trae continuamente algo a la mente, pero no sé el qué. Siempre me pesca desprevenido, como si un don maravilloso me estuviera siendo otorgado –una amistad, un amor, una verdad esencial– para serme retirado enseguida... Y veo que

me miran sorprendidos, tal vez un poco decepcionados, como si yo fuera un niño no muy dotado para el aprendizaje. (¿Pero qué es lo que tengo que aprender?).

Siento la impresión de que la vida aquí me devuelve a un pasado que tal vez he conocido por viejas fotografías, o que por el contrario, me proyecta hacia el futuro: esta gente, tan americana a pesar de sus extrañas costumbres sociales, podía muy bien ser aquello en lo que nosotros nos vamos a convertir. (Por supuesto no pierden ni una oportunidad para decirme que deberíamos hacer lo mismo que ellos). Tengo también la constante impresión de estar de vacaciones forzadas en el campo. En parte por toda esta cantidad de árboles y quizás también a causa de la oscuridad de las noches. (No puedo evitar pensar que se ha producido un corte de luz). Es difícil, también, habituarse al silencio. Probablemente, esta quietud perturba mi paranoia de neoyorquino condicionado por los ruidos de los claxons y los chirridos de los neumáticos, de los teléfonos, los portazos, los gritos y los chillidos que se oyen por doquier. En el campo se espera silencio. Pero aquí en una metrópolis de varios millones de habitantes en la que se está constantemente rodeado de una multitud de personas, no se oyen, en realidad, más ruidos que los gritos humanos y los llantos de los niños. No existe esa mierda del "Hombre Nuevo". ¿Pero cómo hacen los ecotopianos para soportar el silencio?

Por otra parte, ¿cómo soportan el estar aislados de nosotros? Este aislamiento ha engendrado en ellos una

especie de fuerte voluntad de autosuficiencia. Me sorprende saber que están, según creo, en muy buenos términos con el resto del mundo, pero, en lo que a nosotros se refiere la escisión es total –como adolescentes que han rehusado la forma de vida de sus padres. Con toda seguridad, acabarán por superar ese estado.

He notado que son bastante imprecisos en lo concerniente a la hora; muy pocos llevan reloj y hacen más caso de cosas como los amaneceres, las puestas de sol y las mareas que de la hora propiamente dicha. Se pliegan, hasta cierto punto, a los imperativos de la civilización industrial, pero de mala gana. “Nunca verás a un indio llevar reloj”. Muchos ecotopianos profesan un cierto culto a los Indios, a los que envidian por ese lugar natural que perdieron en las profundidades de la gran naturaleza americana. Creo que éste es uno de los principales mitos ecotopianos; constantemente se escuchan referencias a lo que harían o no harían los Indios en determinadas circunstancias. Ciertos artículos del país –los vestidos, las cestas, las joyas– están, en mi opinión, inspiradas por los Indios. Pero lo que más llama la atención es la aspiración de sus gentes de vivir en equilibrio con la naturaleza, de “caminar con ligereza sobre la Tierra”, de tratarla como a una madre. No sorprende, pues, que para una moral semejante la mayoría de los progresos, modos de trabajo y productos industriales resulten sospechosos; ¿quién haría pasar un bulldozer sobre el cuerpo de su propia madre?

En el hotel me sentí bien por un tiempo, pero está empezándome a resultar aburrido. Ahora paso una buena parte del día en “Franklin's Cove”, una especie de comuna de la prensa a pocas calles de aquí, junto al mar, donde viven unas 40 personas, periodistas, escritores y gente de la televisión. Son verdaderamente hospitalarios –me siento a mis anchas entre ellos. Debió ser en una época un almacén, antes de que lo distribuyeran en habitaciones como está en la actualidad. La comida la hacen colectivamente. Hay habitaciones de trabajo (he notado que no tienen máquinas de escribir eléctricas, pero sí numerosos video-casetes ligeros y prácticos) una especie de gimnasio y, detrás de la casa, un hermoso jardín en estado salvaje, donde la gente pasa en los días soleados gran parte del tiempo. Una parte del jardín está poblada de escombros procedentes de las ruinas de una de las salas del almacén que nadie se ha preocupado por terminar de derruir, llevándose los escombros. (“El tiempo sigue su curso y nosotros no se lo impedimos”, me respondió uno de los residentes al transmitirle mi extrañeza por semejante negligencia). La habitación más importante es el salón–biblioteca, lleno de mullidos sofás y sillones. He ido allí tantas veces que ya tengo incluso mi sillón preferido.

Los ecotopianos, tanto hombres como mujeres, poseen esa especie de seguridad natural propia de los animales. La Cove está siempre llena de personas tumbadas por un sitio u otro en perfecto relax, arrebuajadas en grandes almohadones e

incluso en el suelo, largas al sol sobre las alfombras y esteras, como si fueran gatos. Se estiran, cambian de posición, hacen misteriosos ejercicios de yoga y, en definitiva, dan la sensación de sentirse muy a gusto dentro de su propio cuerpo, que muestran abiertamente, con toda naturalidad; muchas veces me he tropezado con parejas haciendo el amor sin que ello parezca avergonzarles ni molestarles, como si hubiera sorprendido a alguien tomando un baño. Me encuentro, de pronto, envidiándoles esa relación tan relajada con su propio ser biológico. Parecen respirar mejor, moverse con más soltura. Yo pruebo a hacer lo mismo, trato de imitarles...

Los habitantes de la Cove se reúnen a charlar especialmente por las tardes, aunque disponen de mucho más tiempo libre durante el resto del día. Una relajada conversación que me recuerda a mis tiempos de estudiante. Se salta de un tópico a otro, y se gastan bromas; cuando es necesario, se dan ánimos unos a otros, pero la comunicación siempre se mantiene. La pasada noche estuve hablando con un tipo muy interesante, al que conocí en la Cove, Bert Luckman (creo que no es seudónimo). Estaba estudiando en Berkeley cuando se produjo la Independencia –un tipo muy brillante, hijo de unos judíos de Nueva York. Tras pasar por una etapa maoísta, se adhirió al movimiento secesionista.

Escribe artículos científicos y de política (una combinación nada extraña aquí) para el San Francisco Times. Ha escrito un libro de cosmología. En ciertos sentidos es un místico,

pero un periodista es siempre un periodista: escribe lo justo, de una manera irónica y precisa. Me sorprende su escepticismo acerca de la ciencia americana, a la que considera esclerotizada y desperdiciada por pensadores burócratas. “Habéis cometido el grave error”, me dijo, “de dejar vuestra ciencia en manos de científicos reconocidos, de científicos de confianza. Pero las grandes ideas innovadoras suelen surgir primordialmente de los científicos jóvenes, aquellos de los que nadie se fía. Todavía aparecen brotes nuevos en tu país, pero habéis perdido el impulso que tanto necesitabais”. (Me pregunto si será cierto. Tendré que verificarlo cuando regrese).

Después de algunas copas, la conversación se fue animando y tomó derroteros más personales. Decidí tantearle un poco. “¿No crees que todo este asunto del equilibrio se está convirtiendo en algo espantosamente estático? Creo que cuando alcancéis un determinado nivel os volveréis locos”.

Bert me miró con una cierta sorna y me devolvió la pelota. “No olvides que nosotros no tenemos porque permanecer en la estabilidad. El sistema proporciona el equilibrio y nosotros somos libres de asumirlo o no. Quiero decir que no intentamos ser perfectos, simplemente procuramos ajustarnos a la media con todos sus altibajos”. “Pero esto es igual que renunciar a toda idea de progreso. Sólo queréis alcanzar el punto de equilibrio y permanecer en él, como borregos”.

“Es posible que de esa impresión, pero en la práctica no existe ese punto en que el equilibrio se alcanza. Luchamos continuamente por aproximarnos a él pero nunca lo conseguimos. Y sabes muy bien que no todos coincidimos en lo que hay que hacer con exactitud. Sólo estamos de acuerdo en los principios fundamentales, el resto está siempre en cuestión”. Sonreí burlonamente. “¡He observado que sois un tanto quimeristas!”. “Nos podemos permitir el lujo de serlo, gracias a ese acuerdo en lo básico. Además, eso nos procura la mitad del placer de la relación de unos con otras –intentar trabajar con perspectivas diferentes, ver lo que otros individuos piensan de las cosas”.

“Me mantengo en la idea de que esa lucha por el equilibrio es un tanto utópica”. Bert tomó este último comentario más en serio. “¿Tú crees? Sin embargo, hemos llegado en la práctica a algo parecido á la estabilidad. Nuestro sistema se abre camino tranquilamente, mientras que el vuestro sufre constantes convulsiones. El nuestro es como un prado al sol. Está en constante evolución –unas plantas crecen, otras se mueren, las bacterias las descomponen, los ratones se comen a las semillas, los gavilanes se comen a los ratones, uno o dos árboles empiezan a crecer y dan sombra a la hierba. Pero el prado vive en estado de equilibrio –salvo si los hombres hacen su aparición echándolo todo a perder”.

“Comienzo a comprender lo que quieres decir. Puede que no les parezca estático a los ratones”.

Al terminar sus años de estudiante, Bert viajó mucho –Canadá, Latinoamérica, Europa, Asia; incluso pensó en ir a los Estados Unidos clandestinamente, pero no lo hizo (al menos eso dice). Está enrollado con una encantadora y voluble mujer que se llama Clara. Es algo mayor que él y también periodista. Viven en la Cove en dos habitaciones diferentes. Bert tiene aspecto de nómada –ha trabajado también en otros periódicos de Seattle, Vancouver y en una pequeña estación de la costa llamada Mendocino. Hablamos, después, de nuestra vida privada. Trató de sonsacarme lo que había detrás de mis viajes, mis relaciones con las fuentes del gobierno, etc. Me pescó en un par de embustes, pero creo que comprendió su causa y no dio al asunto más importancia que la que realmente tenía.

Continuamos conversando de una forma sincera y casi fraternal por lo que yo me esforcé en ser lo más franco y honesto posible. Le hablé de Francine, él quiso saber la naturaleza exacta de mis relaciones con ella y pareció sorprendido de su provisionalidad, tras tres años de duración. “Veo algo contradictorio en ellas”, me dijo. “Vivís en apartamentos separados, os veis dos o tres veces por semana, a veces pasáis semanas enteras sin veros. Y por otro lado, no tenéis un grupo de gente con el que convivir, que os apoye en el plano afectivo y os ofrezca otras posibilidades de relación interpersonal mientras estáis separados. Es extraño que no hayáis roto hace tiempo, aprovechando una de esas ausencias; que uno de vosotros no se haya enamorado de

otra persona; se habrían formado otros dos pequeños mundos aislados, en lugar de, los dos que tenéis ahora. Me parece un tanto jodido”.

“Es que es jodido”, dije, “en un par de ocasiones hemos ligado con otras personas, pero siempre terminamos por volver el uno con el otro”. “Me parece una concepción muy frívola”, me dijo en tono desaprobador. “Deja demasiado espacio a la soledad. Aquí nos las arreglamos para no sentirnos solos con demasiada frecuencia. Esto nos impide cometer más errores de los precisos en el plano emocional. No creemos en los compromisos a dos que no se inserten en una estructura, en un entorno social en el que se pueda confiar. El hombre, como sabes, es un animal tribal. Necesita mucha comunicación”.

“Puede que estés en lo cierto”, le dije sin gran convicción. “Nunca he enfocado las cosas desde ese ángulo. Aunque recuerdo que alguna vez me he preguntado sobre hasta qué punto es bueno tener un montón de hijos”. “Bueno, también hay otro tipo de familias”, me dijo con una pequeña sonrisa. “Ya te llevaré a visitar alguna”.

También he mantenido más de una conversación interesante con Tom. Escribe en una importante revista llamada Flow. Debe rondar los treinta y cinco, pero ya se aprecian arrugas en su rostro. Tiene, también, bastante genio; cuando le conocí, hablaba acaloradamente con alguien que le discutía su opinión sobre la estrategia

recientemente adoptada por los americanos en el Brasil. Al principio no intervine, pero conocía el tema y sabía que Tom tenía razón: habíamos instalado en Sao Paulo un sistema de enclaves protegidos por cercas electrónicas, a fin de poder controlar los movimientos de guerrilla, aunque se presentó a la opinión pública como una medida de desarrollo urbanístico. “Espera”, dijo Tom por fin, “precisamente tenemos aquí a uno de esos condenados periodistas americanos. ¿Por qué no le preguntamos a él?” “De acuerdo”, me dijo el otro tipo, “¿Sabes algo de todo este embrollo?”.

“Por supuesto que sí”, dije, “y Tom ha dado en el clavo. Han puesto detectores por todo Sao Paulo. El ejército está al tanto del más mínimo movimiento que se produce”. “¿De dónde has sacado esa información? ¿Estás seguro de lo que dices?”.

“Totalmente seguro. Oí al Presidente cuando daba la orden y también le oí decir a la prensa que si se difundían sus palabras, las desmentiría”. Tom soltó la carcajada. No volvieron a hablarse en varios días, su adversario y él, pero lo suplimos entre los dos. No charlamos solamente sobre Brasil, también lo hicimos sobre la función de los periodistas y los cambios que se habían experimentado en Ecotopía en las relaciones hombre–mujer. Según él, las mujeres aquí habían dejado totalmente atrás la situación de dependencia a la que todavía tendían a estar sometidas en nuestra sociedad. No quiere decir que ellas dominen a los hombres,

sino que tienen el mismo poder que éstos, tanto en el trabajo como en las relaciones interpersonales. Sobre todo, significa que no tienen que manipular a los hombres: tanto el Partido de la Supervivencia como el progreso social en general, han creado una sociedad en la que la situación objetiva de la mujer es igual a la del hombre. De forma que las personas pueden ser simplemente personas, sin la carga simbólica de los roles sexuales.

(He notado, no obstante, que las mujeres ecotopianas siguen resultando femeninas y que parecen aceptar, con un encanto natural, su atractivo biológico, incluso su fertilidad, aunque no me explico cómo pueden combinar esto con las pesadas responsabilidades que asumen y el duro trabajo que ejecutan. En cuanto a los hombres, a pesar de expresar sus sentimientos con mayor libertad que los americanos –sin disimular ni siquiera los sentimientos de debilidad– resultan aún más viriles).

Tom es inteligente y cínico, como todo buen periodista. Sin embargo, es extrañamente optimista con respecto al futuro. Cree que la naturaleza del poder político está cambiando, que la sociedad y la tecnología pueden ser puestas al servicio de la humanidad, en vez de lo contrario. Es un escéptico, pero no un amargado. Debe resultar cómodo pensar así.

Añoro las amables “atenciones” de mi fiel Francine. (Siempre que estoy lejos me doy cuenta de hasta qué punto es una compañera leal, a pesar de que hayamos decidido

deliberadamente no sernos nunca fieles). Tengo la terrible sospecha de que todas las mujeres que hay a mi alrededor están secreta, constantemente follando y que las podría poseer sólo con saber el santo y seña, pero no lo conozco. Me debe faltar algo –¿será que simplemente y por razones misteriosas no les resulto atractivo a las periodistas de la Cove?

Ellas mantienen conmigo un comportamiento amistoso, directo, abierto, incluso a veces me tocan y el contacto me produce una sensación agradable y un cálido escalofrío. Pero, insisto, es algo totalmente fraternal: si las toco a mi vez, parecen pensar que estoy tomándome libertades y retroceden enseguida.

¿Es qué, tal vez, en este país existe un gesto apropiado para cuando una mujer se te aproxima que yo no sé hacer? El caso es que observo a los tíos ecotopianos y no parece que hagan nada, excepto, quizás, sonreír levemente, tras lo que o ligan o no pasa nada –es algo muy natural y nadie parece concederle excesiva importancia. Todo esto me tiene perplejo; siento la impresión de no poder desprenderme de mis propios esquemas.

Hay muchas ecotopianas hermosas, de una belleza simple, sin artificios. Su atractivo no depende de cosméticos o ropajes. Dan la impresión de ser fuertes, seguras, amantes del placer, muy honestas y directas en el plano afectivo. Parece que les gusto: tanto en la Cove como por la calle me

miran directamente a los ojos, están contentas de hablar conmigo, de tratar, incluso, aspectos muy personales. Y sin embargo, no puedo ir más allá de este estadio. Tengo que darle más vueltas al tema. Puede que aprenda algo.

VII. LOS DEPORTES EN ECOTOPÍA

San Francisco, 9 de Mayo 1999

Los americanos aficionados al deporte no lo pasarían bien en Ecotopía. Ni béisbol, ni rugby ni baloncesto, ni siquiera hockey sobre hielo. Los periódicos tienen una sección que titulan “páginas deportivas”, en realidad dedicada a los más excéntricos deportes individuales. El esquí, especialmente en sus modalidades “de fondo” ocupa un importante lugar. La marcha y el camping, combinados habitualmente con la pesca y la caza, son considerados como deportes. La natación, la vela, la gimnasia, el ping-pong y el tenis gozan asimismo de una situación privilegiada. ¡Lo mismo pasa con el ajedrez! No se practica ni el boxeo, ni la lucha, tampoco las carreras de patines.

En resumen, para los entusiastas del deporte Ecotopía es

el país más aburrido del mundo: las zonas deportivas se montan única y exclusivamente en función de los participantes.

Por otra parte y desde el punto de vista de la forma física, el individuo ecotopiano medio tiene un aspecto realmente sano. A su lado, los americanos como yo tendemos a sentirnos un tanto flojos. Están acostumbrados a recorrer a pie grandes distancias, llevando pesadas mochilas y voluminosas cestas de compra; además, consagran, por lo general, mucho más tiempo que nosotros a las actividades físicas.

Las mujeres, en particular, presentan un aire de salud envidiable, aunque sus cánones de belleza no coinciden con los nuestros. No se ven, como en nuestras calles, ni personas obesas ni enfermos, e incluso los ancianos parecen más animosos y su condición física mejor, al interrogarles sobre esto, los ecotopianos me respondieron: “Bueno, en realidad es que la naturaleza nos ha dotado bien y además llevamos una vida físicamente muy activa”, u otras frases similares, Yo creo que ni se les pasa por la imaginación la idea de que en otros países los seres humanos no están, ni mucho menos, en tan buena forma física.

Al proseguir mis pesquisas, he descubierto que los ecotopianos observan un programa de actividad física de un rigor casi espartano, constituyendo la participación en algún que otro deporte menor una práctica generalizada entre

todos ellos. Hasta el balón–bolea, qué Dios les ampare, es uno de sus pasatiempos favoritos; se les puede ver jugar hacia media mañana y en otros momentos del día en los terrenos de la fábrica o por la calle. No resulta excesivamente competitivo, pero es, sin lugar a dudas, divertido.

A los habitantes de Ecotopía también les encanta bailar, un buen ejercicio en definitiva; y andar mucho: se ven forzados a ello por la prohibición de los coches, probablemente consiguen, a cambio, una excelente salud. (Es algo muy frecuente ver a la gente correr ya sea porque tienen prisa o para mantenerse en forma). Uno de los muebles más habituales es la mesa de ping–pong, debo confesar que en una ocasión desafié a una partida a una adolescente de apariencia un tanto torpe; pues bien, me dio una buena paliza.

Gracias a la calidad del clima y a sus horarios escolares relativamente flexibles, los niños ecotopianos disfrutaban mucho más del aire libre que los nuestros, Y, por tanto, la juventud hace mucho más ejercicio físico durante los años escolares. Las escuelas organizan frecuentes excursiones. No es extraño ver a críos de seis años, con la pesada mochila a la espalda, caminar junto a otros chicos de más edad en largas marchas que, según me han dicho, duran hasta cuatro o cinco días, alcanzando lugares de difícil acceso. A partir de un cierto nivel (no se emplea el término “curso”), los niños consagran una gran parte de su tiempo al entrenamiento en

la pesca, la caza y los ejercicios de supervivencia, que se consideran una parte importante de la educación básica. Además de las técnicas básicas tienen que aprender, por si alguna vez se encuentran perdidos en una zona salvaje, a improvisar un equipo ecológicamente aceptable: ganchos, ceños, arcos, flechas, etc.

Los adultos, ya sean padres o no, participan voluntariamente en las excursiones de los chavales –a veces por amor al deporte, pero también para aprovisionarse de carne, ya que los animales salvajes han reaparecido en grandes cantidades en las áreas forestalmente repobladas. Ahora se pueden cazar tanto leones, gatos monteses, osos (incluso pardos) y lobos, como ciervos, zorros y conejos. (Se caza normalmente con arcos y flechas, no con armas de fuego, aunque todo bicho viviente en Ecotopía tiene fusil). Los ejercicios que realizan los niños se conjugan con el estudio de las plantas, los animales y el paisaje. Me he quedado impresionado del conocimiento que hasta los chavales más jóvenes tienen de tales materias –un niño de seis años te dirá todo lo que quieras saber acerca de los nichos ecológicos de las plantas y de las criaturas con que se encuentra en su vida cotidiana. Sabrá también qué raíces y granos son comestibles, como utilizar el amole (en México, planta cuyos bulbos y rizomas se usan como jabón) y como tallar una jabalina de una rama.

Los ríos y los lagos parecen ejercer una atracción magnética sobre la gente joven para la práctica del deporte,

aun las más heladas aguas costeras. Poco después de la Independencia, todos aquellos que poseían un terreno ribereño fueron expropiados y sus dominios declarados “parques acuáticos”. Se recuperaron hermosas haciendas, que quedaron convertidas en comunas de pesca, escuelas, hospitales, institutos oceanográficos y limnológicos y museos de historia natural.

Los lagos, antes propiedad privada y rodeados de alambradas, fueron abiertos al público para remar, pescar y nadar. El nuevo gobierno llegó al extremo de dinamitar algunas de las presas erigidas en los ríos, con la dudosa premisa de que impedían la navegación recreativa y dificultaban la marcha de los salmones (que habían sido restablecidos a base de grandes esfuerzos y que gozaban de una gran simpatía popular).

Un aspecto curioso que denota la buena forma física de los ecotopianos, es que en las escuelas los cursos de carpintería y otros trabajos manuales que requieran del uso de herramientas (a los cuales asisten la mayoría de los estudiantes, tanto chicos como chicas) van acompañados de trabajos prácticos de construcción, en los que a menudo es necesario manejar maderos, ladrillos y otros materiales pesados.

Pero, en lo que se refiere al deporte en Ecotopía, lo más difícil de comprender para un americano es el que los ecotopianos puedan vivir sin la emoción, el drama y el

suspense que proporciona en nuestro país la locura de los campeonatos de liga y la caza de récords y copas; tampoco se da aquí ese deseo, tan frecuente en los jóvenes americanos, de identificarse con las grandes figuras del deporte. Aparentemente, los ecotopianos derivan la excitación que en nosotros producen los grandes deportes hacia lo que ellos llaman “juegos de guerra”. No se habla nunca de ellos en las páginas deportivas ni se les menciona jamás en ningún tipo de publicación. La gente se muestra evasiva cuando se les interroga sobre estos “juegos” pero, por los rumores que llegaron a mis oídos en América, parece que se trata de una costumbre que implica actos brutales. Según lo que he podido cazar al vuelo en algunas de las conversaciones mantenidas, sobre todo entre hombres jóvenes, es evidente que los ecotopianos se apasionan por estos ritos sangrientos, con ocasión de los cuales, al parecer, perecen cada año cientos de jóvenes ecotopianos. Espero tener pronto la oportunidad de presenciar uno de estos controvertidos espectáculos para describirlo en un artículo.

10 de Mayo 1999

Mis esfuerzos por obtener una cita con la Presidenta Allwen han resultado, hasta el momento, infructuosos. No obstante, su ayudante se ha conducido muy amablemente

conmigo. Me asegura que tarde o temprano conseguiré la entrevista, sugiriéndome veladamente que siga curioseando por el país “para tener tema de que hablar”. Ha insistido, además, en que no deje de proporcionarles copia de todos mis artículos inmediatamente después de haberlos escrito. ¿Esperan, quizás, ver lo que escribo antes de concederme esa anhelada cita?

Vi a Allwen en la televisión, con ocasión de la inauguración de una central de energía solar. Los actos de este tipo no tienen absolutamente nada en común con nuestras ceremoniosas celebraciones. Aquí son las personas que han hecho el trabajo quienes hacen el acto de su presentación. Los cámaras deambulan entre la gente y reina un cierto desbarajuste. No hay mirones pasivos, todos hablan con todos. Los cámaras pasan de un grupo a otro; en uno de ellos hay una mujer, desconocida para mí, de aspecto bastante vulgar y corpulento, que habla y ríe con las demás. Le muestran unos papeles y ella gasta bromas. Después de un rato me doy cuenta que se trata de Vera. Pero nadie le pide un discurso. Por el contrario, se vuelve hacia una mujer próxima a ella y le dice: “¿Por qué no le cuentas a la gente como empezó todo esto?”

Con mucha seriedad pero sin la más mínima petulancia, la mujer describe los antecedentes de la instalación de la central –por qué se juzgó necesario construirla en el lugar donde se halla ubicada, cómo los habitantes de las ciudades a las que va a abastecer de energía optaron por este tipo de

instalación y en qué grado representa una innovación en el plano científico. Inmediatamente después, se volvió hacia sus vecinos con los que conversó sobre el desarrollo de la obra en un tono más bien humorístico, lejos del estilo solemne y pedante con que hablan nuestros hombres públicos.

Es evidente que la instalación no es ni mucho menos perfecta en ciertos aspectos al menos así lo creen algunos –y no faltaron las críticas. Cuando la atmósfera comenzó a ponerse algo densa, Allwen intervino de nuevo en la conversación. Sin la más mínima pretensión de adoptar el rol de arbitro o madre, evocó otro caso en que las cosas no habían salido del todo bien y contó una anécdota política sobre cómo la gente, al final, había terminado por unirse y corregir los fallos. Las nubes se disiparon y surgió de nuevo la solidaridad entre los participantes.

Y entonces, cuando ya parecía que todo el mundo había dicho lo que tenía que decir, se decidió de una forma bastante amorfa que había llegado el momento de conectar el interruptor. Entre bromas sobre si funcionaría o no funcionaría, avanzó un chaval para apretar, por fin, el botón. Funcionó. Las bombillas se encendieron; la gente reía y repartía abrazos; cuando trajeron el champagne, los cámaras cambiaron sus aparatos por vasos y ya no vimos más.

En mis ratos de ocio he escuchado en el vídeo algunas de

las grabaciones de los discursos de Allwen. (He comprado toda una serie de video-casetes con sus discursos, para llevarme cuando me vaya). No cabe duda de que se trata de una mujer extraordinaria: una personalidad acusada, capaz de transmitir en un lenguaje simple y lleno de imágenes los pensamientos políticos más elevados. Sabe dar calor a sus palabras y, al mismo tiempo, conservar un tono amenazador: a nadie le gustaría tenerla por enemiga. ¿Sería, tal vez, así la antigua Reina Isabel? Allwen tampoco parece confiar en la táctica de “buenos y malos”. Siempre la preocupación subyacente de la unidad; existe un sentimiento familiar incluso cuando está sermoneando a alguien. No creo que nadie, sea cual fuere su punto de vista político, pueda caer absolutamente en desgracia a los ojos de esta mujer. La confianza con la que se dirige a su auditorio es muy convincente y se termina siempre compartiendo y aceptando la lógica de sus argumentos. Nunca pensarás que está tratando de venderte algo, como tan a menudo ocurre con los discursos televisados de nuestros políticos. Por el contrario, se tiene la sensación de que está dando: claridad, fuerza, sabiduría. ¿Es, quizás, tanto un líder religioso como político? ¿Papisa de la Iglesia Ecológica del Estado, sacerdotisa entre las sacerdotisas? ¡Bien sabe Dios que no lo parece! En cualquier caso, una fuerza con la que hay que contar.

VIII. LA TELEVISIÓN ECOTOPIANA Y SUS ACCESORIOS

San Francisco, 10 de Mayo 1999

Los ecotopianos se jactan de haber pasado por la criba a la tecnología moderna y de haber rechazado una buena parte de ella por razones ecológicas. Sin embargo, a pesar de esta austeridad tecnológica, emplean casi con más intensidad que nosotros los aparatos de vídeo. Persuadidos de que no hay que moverse de un lado a otro más que por placer hacen muy pocos “viajes de negocios” tan frecuentes entre nosotros. En su lugar, suelen despachar sus asuntos por medio del viedoteléfono. Las transmisiones videofónicas pasan por los mismos cables que las transmisiones de televisión; el país entero; a excepción de algunas zonas rurales aisladas, está interconectado mediante cables. (No existe una emisión habitual). Hay aparatos de vídeo por todas partes, pero rara vez he visto a la gente pasivamente

sentada delante, anulada por lo que ve en la pantalla como ocurre en América. Todavía no sé si es que se trata de un misterioso rasgo nacional o que los programas son muy diferentes a los nuestros. Pero lo que sí sé es que los ecotopianos saben utilizar la televisión en lugar de dejarse utilizar por ella.

Algunos canales, al parecer, son parte integrante de la estructura política y forman una especie de “teleconsejo nacional”. La gente los mira cuando se transmiten actos de los Ayuntamientos y del Parlamento. (No hay prácticamente ninguna reunión política a puerta cerrada cara a los periodistas y el público en general). Los telespectadores no se limitan a observar pasivamente sino que participan formulando preguntas y haciendo comentarios por videoteléfono a las personalidades presentes o a los presentadores. Con esto se logra que la televisión no sea meramente una portadora de noticias, sino la noticia misma. Entre los programas dedicados a la actividad gubernamental hay que destacar los debates con participación de personajes públicos o de aspirantes a algún puesto político; los consejos de ministros; algunos procesos importantes; las sesiones del Parlamento y en especial de sus comisiones. El contenido y tono de los comentarios puede variar considerablemente, yendo desde la asepsia e imparcialidad de los efectuados por los locutores a la vehemencia de los realizados por los analistas más partidistas. La regla de la objetividad en la presentación de noticias, que en nuestro

país es sagrada, aquí es considerada peyorativamente como un “fetiche burgués”. Los comentaristas políticos piensan que sirven mejor a la verdad exponiendo su opinión con sinceridad y dejando que los telespectadores reaccionen a su manera.

Otros canales presentan películas y programas de entretenimiento. Cosa curiosa, en lugar de intercalar los spots publicitarios a lo largo de toda la emisión los proyectan unos detrás de otros, entre cada programa. De esta forma, no sólo se pierde el ritmo al que nosotros estamos acostumbrados en nuestra televisión –los intermedios publicitarios ofrecen al telespectador un respiro en los dramas que presencia– sino que, al pasar todos los anuncios comerciales de una vez, se aumenta la tendencia a la competitividad entre ellos. Otro lado negativo de esta peculiaridad es que los spots se limitan a ser meros anuncios, sin que aparezcan personificados en ellos las amas de casa o los consumidores de todo tipo ni se prodiguen apenas los objetivos. (Debe existir una prohibición en todos los medios de comunicación, ya que los anuncios de las revistas y periódicos son igual de lacónicos). Es difícil emocionarse ante una lista con la descripción de distintos productos, pero los espectadores ecotopianos se las arreglan para seguir mirando la televisión. Tengo la sospecha de que, en el fondo, los siguen única y exclusivamente con la esperanza de que aparezca un anuncio en contra al que hacer caso –un spot de un producto

de la competencia en el que el anunciante se desternille comparándolo con el otro.

El que la gente mire los anuncios puede deberse también a que éstos representen para ella unos islotes de sentido común en ese océano de imágenes caóticas, declaraciones contradictorias y extraños personajes que es la programación normal de la televisión ecotopiana. En algunos canales se pasa con toda tranquilidad de unos géneros a otros totalmente distintos; una cadena que ha estado transmitiendo programas de tipo político o noticias se pone súbitamente a ofrecer –al mediodía o a las seis de la tarde– consejos domésticos, o a emitir música de rock duro y películas surrealistas de horror, con terribles pesadillas en los colores más chillones. (Los ecotopianos no parecen respetar las tonalidades de los colores. A veces, los técnicos se ponen en plan cachondo y empiezan a transmitir deliberadamente imágenes de personas en color verde o fucsia y de cielos anaranjados. No es raro que a continuación aparezca en antena un programa de gran seriedad importado de Canadá o Inglaterra. Algunas personas llegan a captar las emisiones americanas transmitidas vía satélite y se desternillan de nuestros sketches publicitarios, pero, al parecer, no se trata más que de una moda de adquisición reciente que sólo practican unas cuantas minorías, ya que para ello se requiere un adaptador especial carísimo que recoge las ondas directamente.

Tal vez habría que buscar en la reglamentación de la

publicidad de televisión una de las causas de peso para la peculiar actitud de los ecotopianos hacia los bienes materiales. Además de que un cierto número de ellos son considerados ecológicamente dañinos y que, en consecuencia, no se encuentran en el mercado: los abrelatas, tenacillas para el pelo, sartenes y cuchillos, todos ellos eléctricos, son totalmente desconocidos. La posibilidad de elegir entre una gran variedad de productos, tan característica de nuestros grandes almacenes, apenas existe aquí; con ello se pretende frenar la proliferación de las industrias. Los bienes de consumo básico están, en su mayoría, estandarizados al máximo. Por ejemplo, las toallas de baño sólo se hacen en un color, el blanco, con lo que los compradores tienen que teñirlas y decorarlas según sus propios y originales diseños, (he oído decir que utilizan para ello tintes naturales inofensivos extraídos de plantas y minerales). Cuando los ecotopianos viajan no llevan prácticamente nada encima, apenas un par de cosas, si bien cada hogar está equipado con todo aquello necesario para la vida cotidiana. Los objetos personales más apreciados y comunes entre los ecotopianos son los cuchillos, herramientas, ropa, cepillos e instrumentos musicales, y se preocupan de que sean siempre de buena calidad. Suelen estar hechos a mano y son considerados por sus propietarios como auténticas obras de arte; hay que reconocer que a veces lo son.

Los artículos de las tiendas suelen ser bastante anticuados.

He visto pocos accesorios de fabricación ecotopiana que no resulten primitivos a nuestros ojos. Afirman, como justificación, que están diseñados para ser fácilmente reparables por los propios consumidores. Sea como fuere, tienen que admitir que carecen de esa pureza de línea a la que estamos acostumbrados en América –de pronto, en el sitio más insospechado aparece un saliente, los cerrojos y pernos a la vista, las piezas de madera...

He podido comprobar, sin embargo, que los ecotopianos arreglan por sí mismos sus propios aparatos, No hay tiendas de reparación en las calles. Consecuencia curiosa es que, al parecer, no existen garantías de ningún tipo. La gente presupone que los bienes manufacturados son sólidos, duraderos y fácilmente reparables –y por ello, muchísimo menos sofisticados que los nuestros. Se ha llegado a esta situación no sin cierta dificultad: me han contado infinidad de anécdotas divertidas sobre los ridículos diseños que salían al principio, los procesos que en su día se abrieron contra los fabricantes y muchas otras calamidades. En la actualidad, hay una ley que exige que el modelo piloto de todo artículo nuevo sea presentado ante un jurado compuesto por diez personas del pueblo (es de mala educación emplear el término consumidor). Sólo cuando estas diez personas estiman que pueden reparar fácilmente los objetos en cuestión con sus herramientas normales, su fabricación queda autorizada.

El material electrónico, y concretamente el de los equipos

de vídeo, constituye un caso aparte, Están obligatoriamente compuestos de elementos desmontables tipo estándar; en las tiendas hay un amplio stock de piezas de recambio y de aparatos de control con los que los usuarios pueden localizar y reemplazar la pieza defectuosa. Además, la mayoría de los equipos electrónicos han llegado a ser tan pequeños que, si se estropean, son directamente enviados al reciclaje. Hay que mencionar que los ecotopianos han conseguido fabricar mecanismos electrónicos increíblemente diminutos; aparatos de estéreo no mayores que un plato, ingeniosos dispositivos de control de gran sensibilidad para sistemas de calefacción solar, equipos industriales y radioteléfonos para comunicaciones a corta distancia incorporados a minúsculos auriculares... Esto responde, evidentemente, al deseo de la población de no tener más que utensilios ligeros, de escasas dimensiones y bajo consumo de energía.

11 de Mayo 1999

Esta mañana he sido testigo, por vez primera, de esa curiosa costumbre ecotopiana llamada “autocrítica colectiva”. Había hecho un alto en uno de esos cafés abiertos a la calle en los que te puedes tomar un copioso y

reconfortante desayuno. Era todavía temprano y reinaba un ambiente familiar, se oían fragmentos inconexos de conversación. De pronto, la tranquilidad quedó interrumpida por uno de mis vecinos, a quien acababan de servir los huevos revueltos que había pedido.

“¡Pero miren que huevos!”, gritó dirigiéndose no al camarero, como haríamos cualquiera de nosotros, sino a toda la parroquia. “¡Están completamente secos!”. Yo creía que al oír esto el camarero intentaría calmarle ofreciéndole un nuevo plato de huevos. Pero, en lugar de eso, ambos, cliente y camarero, se dirigieron hacia la cocina, en una esquina de la habitación separada sólo del resto del local por un mostrador. (A los ecotopianos les gusta ver que ingredientes se usan y cómo se guisa la comida que van a consumir. Sus cocinas siempre están a la vista y se contempla a los cocineros con la misma curiosidad con que nosotros seguiríamos las evoluciones de nuestros expertos en pizzas).”¿Quién ha hecho estos huevos?”, preguntó el cliente. Uno de los cocineros, una mujer, dejó una cacerola que tenía en las manos y se acercó para ver.

“Yo he sido. ¿Por qué?”. El hombre repitió su queja. La mujer cogió un tenedor y probó los huevos. “Probablemente los he dejado esperar demasiado rato”, dijo ella, “el plato está ya frío”. Varias manos se alargaron para tocar el plato, iniciándose a raíz de ello pequeños brotes de discusión. Al final, se llegó a la conclusión de que el plato estaba todavía templado y que, efectivamente, la mujer había dejado

demasiado tiempo los huevos al fuego. “¿Por qué no ha tenido más cuidado?”, preguntó el cliente. “¡Porque tengo a mi cargo al mismo tiempo dos cocinas y casi catorce pedidos!”, replicó la mujer.

Algunos clientes intervinieron, llegado este punto, para decir que Ruth era una cocinera excepcionalmente responsable y que sus huevos habían sido cocinados a la perfección. Todo el mundo se puso, entonces, a discutir sobre la excesiva carga que representa para ella la elaboración de tantos platos, (mientras tanto, otros clientes se habían ido incorporando a la discusión, con lo que todos los desayunos se estaban quedando helados; a nadie le importaba). Alguien le preguntó a Ruth por qué no había pedido ayuda viéndose tan sobrecargada de trabajo; se sonrojó y contestó, mirando con resentimiento a los otros cocineros, que era su trabajo y que podía hacerlo perfectamente. Uno de los clientes, que parecía conocerla mucho, dijo que sabía muy bien que ella era incapaz de pedir ayuda a los demás cocineros, tan ocupados como ella, pero que si alguna vez se veía desbordada por el exceso de trabajo no tenía nada de particular que lo admitiera pidiendo ayuda aunque fuera a los clientes.

Esta intervención provocó la intervención de numerosos clientes, los cuales se apresuraron a afirmar que estarían orgullosos de echar una mano en la cocina durante un rato. Al oír esto, Ruth rompió a llorar, no sé si de vergüenza o de alivio. Un par de personas entraron en la cocina y

abrazándola, se pusieron a ayudarla; lo más probable es que algunos pedidos llegaran a sus destinatarios salpicados de lágrimas, pero todo el mundo retornó a su mesa con aire de satisfacción por el episodio; el cliente que había originado el percance se comió sus nuevos huevos con ganas, después de haber dado calurosamente y en voz alta las gracias a Ruth, al llevarle ella personalmente el plato; había una atmósfera de alborozo general.

Estos pequeños dramas son, por lo visto, muy corrientes en la vida ecotopiana. Tienen algo de embarazoso y vulgar, pero son, en cierta forma, encantadores y creo que tanto los participantes como los espectadores salen de ellos con nuevas fuerzas.

En todos mis viajes siento, a los dos o tres días, una cierta frustración sexual que intento superar como puedo. No consigo comprender por qué demonios estas mujeres ecotopianas, tan independientes, no responden a mis señales. Es obvio que no es por falta de interés por el sexo. El otro día me puse a vacilar con una tía a la que conocí por la calle. “Oye”, me dio después de un rato, “si no quieres más que follar ¿por qué no lo dices claramente?”, y se largó de mala leche. Este incidente me hizo reflexionar. Me di cuenta de que no es sólo follar lo que quiero, a diferencia de lo que me suele ocurrir en otros viajes. No, quiero comprender cómo son las relaciones entre hombres y mujeres aquí, e intentar experimentarlas yo mismo: su comportamiento en este aspecto es, evidentemente, muy diferente al nuestro.

Me siento envidioso y desplazado, pero a la vez lleno de curiosidad y de deseos de aceptar el reto. Hay momentos en que mi confusión cede ante una sensación de disponibilidad, paciencia y calma, como si me fuera a encontrar, de pronto, con alguien que me hiciera ver todo claramente. Pero el hecho de que los ecotopianos sean tan escandalosos al hacer el amor no me ayuda en absoluto. A través de las paredes de mi hotel, que no son excesivamente delgadas, se oyen gemidos, suspiros, lamentos, gritos. Es evidente que no les importa lo más mínimo que otros les oigan.

IX. LA ECONOMIA ECOTOPIANA: FRUTO DE LA CRISIS

San Francisco, 12 de Mayo

La creencia de que los ecotopianos son gente perezosa y sin ambición está muy extendida entre los americanos. Llegamos a esta conclusión después de la Independencia, cuando los ecotopianos adoptaron la semana laboral de 20 horas. Sin embargo, creo que no ha habido absolutamente nadie en América que haya comprendido lo que este hecho tuvo de ruptura con respecto a nuestro modo de vida –incluso ahora resulta sorprendente pensar en cómo pudo el gobierno ecotopiano, en plena euforia por el poder recientemente adquirido, llevar adelante una medida tan revolucionaria.

Lo que se puso en cuestión, insisten los ecotopianos más

informados, fue ni más ni menos, que la ética protestante del trabajo, sobre la que América entera se yergue. Las consecuencias fueron graves. En el aspecto económico, Ecotopía se vio forzada al aislamiento para protegerse de la competencia de otros países con una concepción más dura del trabajo. Su industria sufrió durante años gravísimos reveses. El Producto Nacional Bruto descendió en más de un tercio. Pero, sobre todo, lo que siguió a la reducción del tiempo de trabajo fue una toma de conciencia filosófica y ecológica: el hombre, según los ecotopianos, no está hecho para producir, como se pensaba en el siglo XIX y principios del XX. Debe simplemente ocupar, sin hacer destrozos, el modesto lugar que le corresponde en el continuum en perpetua renovación constituido por el conjunto de los organismos vivientes. Esto significa que el despilfarro actual debe ser restringido en beneficio de la supervivencia futura –un objetivo casi religioso, muy próximo a la noción cristiana de la “salvación”. El hombre debe encontrar la felicidad no en el hecho de dominar a las demás criaturas terrestres, sino en vivir en armonía con ellas.

Este cambio de actitud filosófica pudo parecer, a simple vista, inofensivo. Sin embargo, pronto se vieron sus graves implicaciones. Los economistas ecotopianos, entre los cuales se encontraban algunas de las más eminentes figuras de la nación americana, no ignoraban que sólo se podría mantener y aun subir el nivel de vida mediante una incesante presión sobre las horas de trabajo y la

productividad. Los trabajadores podrían llamar a esto “explotación”, aunque no resultaba menos cierto que sin un aumento lento pero constante del rendimiento en el trabajo se asistiría a una fuga de capitales, rápidamente seguida por una crisis financiera.

En ese estadio, un grupo de militantes ecotopianos se las arregló para introducir y extender una idea revolucionaria: las consecuencias sobre los individuos de una catástrofe económica serían muy diferentes a las de un desastre de supervivencia –la crisis financiera, en particular, podría volverse a su favor si la nueva nación se organizaba para consagrar sus fuentes de energía, su potencial intelectual y manual y sus bienes a las necesidades básicas para la supervivencia. Si se hacía así, incluso un descenso en picado del Producto Nacional Bruto (compuesto además, según ellos, fundamentalmente por actividades inútiles) podría revelarse políticamente favorable.

En resumidas cuentas, no sólo no habría que soportar un caos financiero, sino que habría que provocarlo deliberadamente. Con la fuga de capitales que se produciría a continuación, casi todas las fábricas, granjas y unidades de producción caerían como chinches en las manos de los ecotopianos.

Y bastaron unas cuantas medidas cruciales para poner esta teoría en práctica: la nacionalización de la agricultura; el anuncio de una inminente moratoria en todas las

actividades de la industria del petróleo; la fusión forzosa de las diferentes cadenas de comercio al por menor, Sears, Penney, Safeway y otras; y la implantación de una serie de draconianas leyes de conservación para restringir los beneficios de los intereses madereros.

Estas decisiones provocaron, como es natural, la indignación general en Washington. Los grupos de presión de los distintos intereses afectados intentaron obligar al gobierno federal a intervenir militarmente. Sin embargo, la Independencia databa ya de varios meses atrás. Los ecotopianos habían tenido tiempo suficiente para formar una milicia popular, equiparla con armas procedentes de Francia y Checoslovaquia y entrenarla intensivamente. Se creía, asimismo, que habían conseguido minar, en el momento de la Secesión, una serie de ciudades importantes del Este de los Estados Unidos con armas atómicas fabricadas en secreto o sustraídas de los laboratorios de investigación del ejército. Todo lo que pudo hacer Washington fue minar los puertos ecotopianos y lanzar una feroz campaña de intimidación económica y política contra Ecotopía, renunciando finalmente a la idea de la invasión.

Sobrevino a esto una oleada de liquidaciones y ventas forzosas de multitud de negocios –que recordaba, me dijeron, a lo sucedido a los japoneses de origen americano detenidos en la II Guerra Mundial. Ciertos miembros de las familias de más solera de San Francisco se vieron forzados a tratar, en condiciones desfavorables, con los representantes

del nuevo régimen. Numerosos ranchos, cuya existencia se remontaba a la época de las concesiones españolas, fueron liquidados a toda prisa. Gigantescas sociedades, habituadas a dictar sus condiciones en los ayuntamientos y cámaras legislativas, se encontraron, de pronto, mendigando indemnizaciones y humillándose para explicar que sus propiedades valían infinitamente más de lo que había sido declarado en el fisco.

Como consecuencia, docenas de millares de personas se encontraron de la noche a la mañana en la calle. El nuevo Gobierno resolvió el problema de dos maneras. Una, empleando la mano de obra parada en la construcción de la red de ferrocarriles, en la puesta a punto de la infraestructura de aguas residuales y unidades de reciclaje necesaria para el establecimiento de los nuevos sistemas de equilibrio y en el desmantelamiento de todas las instalaciones del antiguo régimen, nocivas o inútiles, como las gasolineras. Otra, adoptando la semana laboral de 20 horas –medida que multiplicó por dos el número de empleos disponibles, al tiempo que disminuían en la mitad las rentas individuales. (Se mantuvo, durante varios años, un control riguroso sobre los precios de los productos alimenticios básicos y otros artículos de primera necesidad).

No hay duda de que el período de transición que siguió fue de una gran turbulencia, aun cuando muchas personas lo recuerdan todavía con cierta emoción. Numerosos testigos de aquellos años difíciles aseguran que nadie careció

totalmente de alimentos, ropa, casa o tratamiento médico –aunque la población tuvo que soportar una serie de incomodidades, al atravesar la industria del automóvil e industrias anexas, las escuelas y demás instituciones sociales por una grave crisis. Mucha gente se vio privada de aquellos elementos de confort conseguidos a base de sacrificios y esfuerzo, y convertidos ya en una parte integrante de la vida cotidiana: se acabaron los coches, los, tan sofisticados, platos preparados, los vestidos y accesorios de última moda, las empresas de servicios tan útiles a la hora de arreglar las pequeñas averías domésticas. Este cambio de vida se hizo especialmente difícil para las personas de mediana edad. Sin embargo, un hombre, ya anciano en la actualidad, me dijo que después de haber vivido de niño en Varsovia durante la II Guerra Mundial y haberse alimentado de ratas y patatas podridas, la experiencia ecotopiana había sido para él relativamente fácil. Para los jóvenes, estas perturbaciones no parecen haber representado más que esa especie de conmoción que acompaña a los años de guerra; es posible, también, que la perspectiva de un posible ataque por parte de los Estados Unidos haya hecho menos penosos los sacrificios sufridos.

Según algunos, el hecho de que el gobierno adoptara como objetivo la supervivencia, bajo un plan fundamental biológico, tuvo algo de reconfortante y sirvió para intensificar la solidaridad nacional. Raros fueron los casos de individuos que, presos del pánico, se dedicaron a acumular

reservas alimenticias. (La generosidad en todo lo concerniente a los alimentos, tan característica de los ecotopianos de hoy, proviene quizás de aquella época).

Hay que tener en cuenta que la región donde se halla ubicada Ecotopía es rica en recursos naturales, lo que influyó para hacer la transición más fácil. Los estados que abarca tenían un mayor porcentaje de médicos, un nivel cultural más elevado, más ingenieros, técnicos y obreros cualificados que casi todas las demás zonas de la Unión. Exceptuando a Seattle, sus grandes ciudades estaban fundamentalmente centradas en torno a la industria y el comercio, por lo que se producía en ellas prácticamente todo lo necesario para vivir. Sus universidades eran excelentes y sus institutos de investigación se contaban entre los más avanzados y mejor equipados de los Estados Unidos. Lo templado de su clima favorecía la vida al aire libre y hacía de las restricciones de petróleo, exigidas por la nueva política ecológica, una mera molestia y no una cuestión de vida o muerte, como habría ocurrido de tratarse de los rigurosos inviernos del Este. La población, a su vez, estaba excepcionalmente versada en materias de naturaleza y conservación y entrenada en el camping y las diferentes técnicas de la supervivencia.

No hay que olvidar, tampoco, el contexto político en que tuvo lugar la transición. Según la versión que los militantes ecotopianos daban de la situación, la acción militar en Indochina databa en 1.980 de un cuarto de siglo atrás. La intervención americana en Asia Oriental estaba al final de su

tercer lustro. Se habían producido numerosos momentos de cese el fuego, reemprendiéndose a continuación el combate. La Administración americana, hábil en la evasión de los controles fiscales del Congreso, había continuado el esfuerzo de la guerra, esperando llegar algún día a una “solución final” del problema revolucionario asiático. La carga de los gastos militares necesarios para mantener tan poderoso ejército tuvo una gran relación con la crisis económica, sobre todo al perder los ciudadanos la posibilidad de controlarlos. La persistente sucesión de períodos de inflación y recesión de los años setenta provocó un empobrecimiento general de la población y minó la fe de los americanos en el progreso económico, las huelgas salvajes y las ocupaciones de fábricas por los trabajadores hacían necesaria la movilización casi permanente de la Guardia Nacional. Tras el fracaso de la campaña antipolución de la primera parte de los años setenta, la curva de muertes y destrucción llegó a un techo. Las sucesivas crisis de energía habían engendrado un gran desequilibrio económico y una escalada de precios. Para colmo, los escándalos, ya crónicos, de Washington redujeron considerablemente la confianza de los americanos en el gobierno central.

“Todo esto”, me dijo un ecotopiano, “nos convenció de que si queríamos sobrevivir tendríamos que tomar las riendas de nuestros asuntos”. Le repliqué que todos los conspiradores revolucionarios decían lo mismo, atribuyéndose la representación de la mayoría, sin permitir

que ésta vislumbrara ni de lejos el poder. “Lo único que puedo afirmar”, me respondió, “es que las cosas iban de mal en peor –la población estaba verdaderamente dispuesta a cambiar. Literalmente saturada de aire contaminado, de alimentación química, de enloquecedora publicidad, se volvió hacia la política como única salida para su autoconservación.

“O sea que”, contesté, “para obedecer a un programa ecológico draconiano, millones de personas consintieron en comprometer su bienestar económico y social”.

“Llegado ese punto, tal bienestar dejaba mucho que desear”, dijo. “Algo había que hacer. Y aparte de nosotros nadie parecía dispuesto a intentar ninguna acción”. “Además”, añadió, encogiéndose de hombros mientras sonreía, “tuvimos mucha suerte”. Esta especie de humor negro, tan parecida al de los judíos vieneses, es muy corriente en Ecotopía y ayuda a comprender un poco mejor cómo ocurrió todo.

13 de Mayo 1999

Un misterio: Los ecotopianos no se sienten “ajenos” a su tecnología. Albergan, en cierta forma, el mismo sentimiento que debieron experimentar los Indios: para ellos, el caballo y

la tienda, el arco y la flecha habían salido, como los seres humanos, de las entrañas de la naturaleza, orgánicamente. Es evidente que los ecotopianos manejan los materiales naturales más extensivamente y con mayor complejidad que los Indios, con sus puntas de flecha y sus tiendas. Pero lo hacen con el mismo espíritu de respeto y camaradería. El otro día me paré a contemplar a unos carpinteros mientras trabajaban en una obra. Torneaban y aserraban la madera con gran cariño (usando la energía de sus músculos y no sierras como nosotros). Los calvos estaban colocados artísticamente y sus martillazos sonaban rítmicos, casi plácidos. Para ensamblar las maderas, las sujetaban con cuidado mientras ensamblaban unas con otras (utilizan casi tanto como clavos, simples muescas en la madera como juntas). No daban la impresión de forzar la madera en su nueva forma, sino de colaborar con ella...

Ayer por la noche, en el hotel, recibí una extraña llamada telefónica de un hombre de voz ronca, que me preguntaba si podía venir a verme con un par de amigos. En un principio no conectó la imagen de su vídeo, hasta que le dije que estaría encantado de recibirle. Nos citamos, a sugerencia suya, en un café que parecía un club de hombres: paneles de madera oscura, periódicos en estantes sobre las paredes, cerveza, buen café, pastas. Empezaron hablando de la alegría que supuso para ellos el enterarse de mi próxima visita, añadiendo que esperaban que las relaciones entre los dos países mejoraran en el futuro.

Esto era para mí una novedad: no me había encontrado todavía con ningún ecotopiano que pareciera interesarse mínimamente por las relaciones entre su país y el mío. Empecé a estudiar a mis interlocutores con más detenimiento. Se trataba, evidentemente, de gente de negocios, no sé exactamente de qué tipo –esa forma tan especial de sentirse propietarios de todo me resultó familiar. De pronto, comprendí quienes podrían ser: ¡la oposición!

El hombre de voz ronca hizo las presentaciones. Después, con bastante amargura, comenzó a explicar su postura: en su opinión, muchas de las reformas ecológicas del nuevo gobierno habían sido necesarias e incluso deseables, mientras que otras no habían hecho más que poner trabas al espíritu de empresa. “La economía, como habrá podido observar, va hacia una crisis. Es terrible todo lo que hemos perdido. Y lo que es peor, vamos derechos hacia un enfrentamiento con Estados Unidos”.

“¿Qué quiere decir?”, pregunté.

“Hay que ser objetivos. Somos una pequeña nación en la periferia de otra muy grande. Si persistimos en esta locura ecológica, tarde o temprano llegaremos a un conflicto armado y desapareceremos del mapa de un plumazo. Sabemos lo que hicieron los americanos en Vietnam, lo que están haciendo ahora en Brasil. Es probable que esa historia que se cuenta de nuestras minas atómicas no sea más que un bluff y si es así, podría muy bien ocurrir lo mismo aquí.

“¿Qué es lo que cree que habría que hacer?”

“Adoptar una política menos intransigente –llegar a unos cuantos compromisos. Su visita nos ha llenado de optimismo ya que podría ser el preludio de una reapertura de las relaciones normales entre los dos países. Si esto ocurriera, podríamos comenzar por un cambio en las fábricas piloto –las gentes de aquí comprobarían como van las cosas cuando se deja a los directores dirigir –para después pasar gradualmente a la instauración de unas relaciones de interdependencia económica cada vez más estrechas, con la esperanza de que, con el tiempo, nuestra economía recupere de nuevo la categoría de economía moderna”.

“¿No es eso lo que propone el Partido Progresista?”

Hubo una pausa. “Sí, pero su combate no es tal, más que en apariencia. Se dicen partidarios del cambio, pero cuando se presenta la oportunidad de cambiar se retiran con el rabo entre las piernas. En realidad, no son mejores que los del Partido de la Supervivencia. Hemos desistido de conseguir nada de ellos”.

“¿Qué es, entonces, lo que van a hacer ustedes?”

Se movieron inquietos. “En primer lugar, hemos puesto grandes esperanzas en su visita. Confiamos en que se pronunciará, tanto aquí como de regreso a Washington, en favor de la normalización de las relaciones. Esperamos que

esto dinamizará las cosas. Pero queremos asimismo confesarle que estamos dispuestos a combatir por nuestros ideales”.

Les miré estupefacto. “¿Combatir?”

Me devolvieron la mirada con solemnidad. Fue probablemente en ese momento cuando decidieron jugarse el todo por el todo. “Tenemos buenas razones para pensar que los Estados Unidos dan su apoyo a grupos clandestinos en los países cuyos gobiernos mantienen una línea ideológica diferente a la suya. Hemos llegado a un punto en que la acción de la política oficial se revela prácticamente ineficaz. Ecotopía tiene que darse cuenta de la necesidad en que se encuentra de cambiar de rumbo. Estamos dispuestos a todo. Pero necesitamos ayuda.

“¿No temen ustedes verse catalogados como simples agentes americanos?”.

“Es un riesgo que tenemos que correr. Naturalmente tendríamos que pedir materiales cuya procedencia estadounidense no pudiera ser detectada”. Esta vez fui yo quien hizo una pausa. “¿Quiere decir que pretenden abastecerse de explosivos y fusiles?”. Me miraron con una cierta decepción. “Por supuesto. Sólo así podremos denunciar públicamente los costes inaceptables de la situación actual. Y hay un único medio de hacerlo”.

“¡No se si se han dado cuenta de que soy un periodista y no un agente de la C.I.A.!”, les dije. Me respondieron con una sonrisa cortés pero escéptica. *“No obstante, tal vez pueda transmitir su información a las personas interesadas”*. *“¿Con cuánto apoyo cuentan ustedes?”*

“Ya sabe usted como es la gente –se adapta a las ideas en boga, incluso cuando éstas van en contra de sus propios intereses. Pero en cuanto nos hayamos lanzado a la acción, el entusiasmo será general”.

Les observé con atención. Me costaba imaginarlos como unos terroristas en potencia, aunque, probablemente, ocurre lo mismo con todos los terroristas. Dos de ellos pasaban de los cincuenta; en los Estados Unidos serían miembros de algún club local o rural –ciudadanos productivos, normales– aquí, se sienten totalmente desplazados. Los otros dos eran jóvenes, ardientes, agresivos, peligrosos. No sé cómo habrían llegado a ese estado, pero supongo que fuese cual fuese el régimen imperante, estarían en contra. Por lo que había podido comprobar hasta el momento, no parecían contar con un sólido apoyo popular. De todas formas, tomé nota de como localizarles. Al salir del café podríamos muy bien pasar por hombres de negocios que acabaran de repartirse el mercado...

15 de Mayo 1999

Marissa Nube Luminosa. Un nombre de inspiración india que ella mismo eligió, como hacen la mayoría de los ecotopianos, vino a esperarme ayer al tren para conducirme hasta el campamento forestal en el que debo observar, durante unos cuantos días, como funciona en la práctica la política de explotación y preservación de los bosques. Pensé, al principio, que se trataba de una public-relations o de una funcionaria del gobierno. Más tarde supe que se encontraba entre los siete miembros del comité elegido para dirigir el campamento y administrar decenas de miles de hectáreas de bosque. Presencia física fuerte y vital; esbelta, pero con caderas anchas; cabello negro y rizado; grandes ojos de mirada penetrante: yo diría que procedente de una familia de origen italiano. La mañana era todavía fresca y húmeda, llevaba un jersey gordo, pantalones vaqueros y zapatos para caminar o trabajar. Sólo un ligero toque de coquetería: un pequeño foulard al cuello de seda estampada, muy bonito.

Traía una bicicleta para cada uno. ¡Horror!: ¡no había cogido un trasto de esos desde hacia años! Al principio no pude ni mantener el equilibrio. Marissa seguía mis evoluciones con una calma divertida; por fin, cruzamos el pueblecillo de la estación en dirección al bosque. Casi no hablaba, pero me miraba con curiosidad. Nos paramos en una ocasión en lo alto de una colina para contemplar la

hermosa vista del bosque. Me lo mostró con un gesto, tras lo que apoyó su mano en mi brazo como esperando mi reacción. Era un bosque magnifico, pero todo lo que se me ocurrió decir fue “¡Qué hermosa vista!” Me miró con una cierta impaciencia preguntándose qué tipo de persona sería.

“Este bosque es mi hogar”, dijo pausadamente. “Cuando mejor me siento es cuando estoy entre los árboles. En los paisajes con horizonte siempre me siento incómoda. Nuestros ancestros, los monos, sabían muy bien lo que hacían. Entre los árboles se está seguro, puedes sentirte libre”. Y sonrió misteriosamente.

No sabía qué responderle. Se puso a pedalear. ¿Es posible que fuese más rápida que yo o es que me empezaba a cansar? Me costó bastante mantenerme a su altura, aunque creo que lo disimulé bien. Llegamos, por fin, al campamento.

Estaba formado por un grupo de destartalados edificios rodeados de frondosos árboles. Viejos y sin pintar, pero con una cierta gracia, tan sólidos como los viejos barracones del campamento de verano; irregularmente dispuestos en torno a un gran edificio central que servía de lugar de reunión. Un poco más atrás, un granero con maquinaria; más allá, un inmenso vivero-semillero con miles de arbolitos recién plantados. Un agradable olor a bosque, ese olor que desprenden las hojas al descomponerse y formar un mullido lecho de humus. Los rayos de sol filtrándose a través de las ramas de los gigantescos árboles, la extraña dulzura del

ambiente –todo ello hizo que me sintiera raro, como en la oscuridad de una iglesia.

A nuestra llegada, vimos salir de todos los edificios a docenas de personas que venían a saludarnos. Se ve que una visita es un acontecimiento para ellos. Marissa permaneció a mi lado en actitud protectora mientras me rodeaban y acribillaban a preguntas: qué había visto, dónde vivía en los Estados Unidos, qué quería ver aquí, cuál era mi árbol favorito (no se me ocurrió más que el “árbol de navidad” –la botánica no es mi plato fuerte– pero se rieron amablemente). Puyas sobre mi aspecto urbano. De pronto me di cuenta de que algo así como la mitad del grupo eran mujeres. Pensé que probablemente se ocuparían del semillero y de la plantación de árboles; más tarde supe que también talan árboles, manejan tractores y conducen gigantescos camiones.

“Antes de mostrarle nuestro trabajo, nuestro invitado querrá darse un baño”, declaró sonriendo Marissa. Me llevó entonces a tomar el baño ceremonial con que los ecotopianos reciben a sus huéspedes –aun cuando, como en mi caso, el viaje no hubiera durado más de una hora. Estaba más comunicativa. Había vivido en este campamento durante varios años, con una estancia ocasional de cuando en cuando en la ciudad –en parte como vacaciones y en parte para tomar contacto con otros ambientes. Era evidente que se trataba de una persona muy trabajadora. Resultaba a la vez vital y femenina, bastante maliciosa al hablar sobre

aquellos miembros del campamento que venían de las ciudades a hacer su “servicio forestal”. Cuando un ecotopiano quiere comprar una gran cantidad de madera (por ejemplo para hacerse una casa) debe cumplir un período de trabajo de algunos meses en un campamento forestal –plantando árboles, cuidando los terrenos del bosque y, se supone, reponiendo los árboles que un día reemplazarán la madera que compre (una costumbre poética, pero un tanto absurda, aunque puede contribuir a cambiar la actitud de los individuos hacia los recursos madereros de su país).

Quería saber si tenía familia, qué personas componían mi hogar (pareció sorprendida de que no viviera con mi esposa y mis hijos, ni con abuelos, primos, amigos o colegas, sino completamente solo, a 30 millas, aunque pasara mucho tiempo con otra mujer). Me preguntó cuáles eran las cosas que me proporcionaban placer –una pregunta difícil de contestar con sinceridad; lo intenté, sin embargo, y su curiosidad me hizo la respuesta más fácil. “En primer lugar, la sensación de poder llegar a la gente, a masas de gente e influenciar a las personas con poder de acción a través de mi trabajo. Después, los sentimientos de maestría al escribir, de inteligencia, de saber que tienes la preparación y originalidad suficiente para comprender el sentido de los acontecimientos más extraños y saberlos enfocar desde una perspectiva. Y el amor al lujo, o por lo menos, a las cosas de calidad: comer en los mejores restaurantes, llevar la mejor ropa; ser visto en compañía de personas de la alta sociedad”.

Marissa me interrumpió con perversidad. “¿Pertenece tu novia a la alta sociedad?”

“En cierta forma, si. O mejor dicho, gusta mucho a la gente de la alta sociedad, aunque no pertenezca a ella”.

El pabellón donde están los baños se encuentra a unos cuantos metros del campamento, dentro del bosque. Cuando llegábamos, la conversación había adquirido un giro curiosamente personal. “No has mencionado el placer de las relaciones con los individuos, hombres o mujeres. ¿No tienes amigos? ¿No te gusta el amor?” “¡Claro que sí!”, repliqué con la sensación de haber sido cogido desprevenido. Empujó la puerta de la casa de baños y me llevó de la mano hacia su oscuro interior. Abrió los grifos, puso un poco más de leña en la chimenea y con una sonrisa cálida y misteriosa se aproximó a mí poniéndome la mano en el hombro “¿Quieres hacer el amor conmigo?”

Me había sentido verdaderamente frustrado en los últimos tiempos, pero su forma tan directa de plantear las cosas me irritó durante unos instantes. No era una mujer sumisa ni tampoco obsequiosa. No quería más que acercarse a mí, jugar, hacer el amor conmigo. Me imaginé que sucedería después del baño, pero, de pronto; me encontré lanzado al suelo de madera de la casa de baños. ¡Dios mío!, dije para mis adentros, ¡pero si esta mujer es más fuerte que yo!

Haciendo acopio de fuerzas, conseguí que rodara sobre mí.

Al instante, nos sentimos ambos muy excitados. A ella le entró una risa nerviosa cuando vio el follón que habíamos organizado en pocos segundos con nuestras ropas. Nos quitamos la suficiente para movernos con soltura –me miraba ahora con intensidad, sin reírse ya. Cuando la penetré, cerró con fuerza sus musculosas piernas en torno a mí. Fue muy violento y muy breve. Sudábamos por todos los poros. El aroma de su sexo era muy intenso. Yo había perdido toda conciencia de la dureza del suelo y del agua caliente que continuaba vertiéndose regularmente en la gran bañera redonda. Después se echó a reír, desprendiéndose de mí. “Estuvo muy bien”, dijo, “me di cuenta, cuando te vi en el tren, de que no te importaría”. Me miró con curiosidad. “¿No pensaste en intentar algo cuando me paré para mostrarte el bosque? Sé de un sitio maravilloso por allí y pensé...”

“Me temo que mi sensación de invitado es todavía demasiado fuerte como para que se me pase por la imaginación semejante idea”.

“Claro, ya lo pensé. Me gustaste. Eres una persona seria, ¡aunque no se te dé muy bien la bicicleta! Parecías, además, tan... no sé, tan abatido. De todas formas, no hacemos tantas distinciones entre los invitados y los que no lo son. Se espera de ellos que participen en todo. Te daremos trabajo mañana. Ahora voy a enseñarte como nos lavamos”.

Nos frotamos el uno al otro con una divertida esponja, utilizando una cacerola para coger agua de la bañera y

echárnosla por encima. (Al parecer, no tenían duchas). Después, nos metimos dentro para enjabonarnos, Marissa sonriendo alegremente. Se desprendía de ella un encanto totalmente nuevo para mí. No es exactamente lo que se dice bella, al menos para lo que yo estoy acostumbrado. Pero a veces, cuando me mira, se me pone la carne de gallina, como si estuviera ante una criatura misteriosa y salvaje, animal y humana a la vez. Los ojos de color marrón oscuro, con una expresión indescifrable. Cuando chapoteábamos en la bañera se comportó con una cierta brusquedad; me mordió alejándose de un salto. Por fin descubrí que quería que dejara de ser dulce y suave con ella. Pero no podía evitar caer una y otra vez en una especie de estúpida ternura. Y cada vez que lo hacía, ella me sacaba de mi actitud mediante un empujón o un mordisco. Este juego terminó por resultar muy excitante. Con los ojos brillantes, saltó fuera de la bañera y salió de la habitación chorreando agua. La seguí con la vista, estupefacto. Volvió de un salto a la puerta, hizo una pequeña y seductora danza con mucha comicidad; desapareció de nuevo con una carcajada, volvió a reaparecer, todo esto sin una sola palabra. Salí de un salto tras ella por un sendero del bosque. Es increíble lo rápida que es y como sorteando los árboles. Nos metimos en lo más profundo del bosque. De pronto, se puso a correr en torno a un enorme secuoya y desapareció bruscamente en una cavidad que había en su base. Me metí detrás, encontrándome enseguida en una especie de santuario. Allí estaba ella, tumbada en un lecho de agujas de secuoya, jadeante y sin aliento. Apenas podía

distinguir en la penumbra los amuletos y hechizos que pendían del calcinado interior del árbol, hechos de huesos y dientes, de plumas y refulgentes piedras preciosas. Tuve, de pronto, la sensación de desaparecer, absorbido por el árbol, en el seno de algún poderoso espíritu y caí sobre ella como desde una prodigiosa altura en el vacío, por espacios oscuros, dejando atrás mis despojos de periodista.

Creo que hicimos el amor durante horas y horas. No lo puedo describir. Ni lo voy a intentar. Por fin, nos levantamos y regresamos a la casa de baños. Marissa hizo una pausa al salir del árbol para murmurar unas palabras que no pude discernir. Me vino a la mente la idea de que tal vez se tratara de una especie de oración, que esta sorprendente mujer pudiera ser una hechicera, ¡una adoradora del árbol!

De regreso al campamento, sentía como si mis pies no rozaran apenas la tierra. Al llegar, encontramos a todo el mundo reunido, comiendo. La animación y el ruido reinaban en torno a las largas mesas. Nos sonrieron, haciéndonos sitio. (Hubo dos mujeres que no sonrieron pero que me miraban apreciativamente o al menos eso me pareció. ¿Será que todas son como Marissa? Me gustaría saberlo).

Más avanzado el día, supe por alguien del campamento que Marissa tenía la reputación de ser uno de los miembros más competentes y trabajadores del comité ejecutivo. Se me hace difícil verla desde esa perspectiva, aunque más tarde pude comprobar la soltura con que desempeñaba su rol.

Supe también que tenía un amante habitual en el campamento, pero que se las había apañado para permanecer junto a mí durante mi estancia. El amante en cuestión es un tío rubio, tímido, que se ruboriza fácilmente por cualquier motivo, pero que no parece estar celoso en absoluto por la idea de que su amante haya hecho el amor conmigo. ¡No hay duda de que hay una gran cantidad de mujeres con las que consolarse! No tenía yo muy claro quién dormiría con quién por la noche, pero ella se presentó en la pequeña cabaña que me asignaron, sin el más mínimo aspecto de estar preocupada por la situación.

Nuestras relaciones sexuales son diferentes a todas las que había tenido hasta entonces. Ahora que los primeros momentos han pasado, nos sentimos completamente relajados. Nos abrazamos suavemente, otras veces con pasión, como si libráramos un combate o permanecemos inmóviles mirándonos, acariciándonos dulcemente –con caricias a veces eróticas, a veces no. Sin reglas, ni programas: no me siento forzado a follarla, aunque mi deseo por ella sea muy intenso. Ella nunca dice con palabras si lo que hago le gusta o le disgusta. Es como si la revolución sexual americana de estos últimos años y esa manera que tenemos de considerar el sexo como una prueba a superar –reivindicaciones mutuas, ejercicios de entrenamiento y perfeccionamiento– se hubieran esfumado en mi cerebro. Todo lo que hacemos está realizado con los sentidos. A veces nos excitamos con una simple mirada. Otras, llegamos a

sentir unos orgasmos absolutamente brutales. Ninguno parece ser más importante que el otro. Lo que ocurre entre nosotros es tan extraordinario que ni me acuerdo que tiene un amante, ni me preocupa lo que pueda hacer con él.

Solo hay una cosa que no me gusta: no me deja acariciar sus pezones con mi boca. “No eres un bebé”, me dijo apartándome y poniendo mi mano sobre sus pechos: son firmes, se acoplan a mi mano perfectamente, sus pezones responden rápidamente a mis caricias. “¿Has tenido algún niño?”, le pregunté. “Todavía no”, dijo, “pero, pronto los tendré”. “¿Con Everett?” “¡No, por Dios! No somos más que buenos amigos –follamos juntos, pero eso no es suficiente. Necesito otro tipo de compañero”. “¿Cómo lo encontrarás?” Se encogió de hombros. “¡Vaya una pregunta, ¿lo sabes tú acaso?”

Pensé en Pat. “Creí haberla encontrado en una ocasión, pero pronto descubrí que no éramos más que –¿cómo decirlo?– simples compañeros de vivienda, Tuvimos dos hijos, pero al comprender que las cosas no marchaban, rompimos. “Debe ser terrible eso para los críos, en tu país. Ya es bastante difícil aquí, en un lugar donde, además de los padres, tienen muchas otras personas que les aman alrededor”. “Sí, es verdad. Si tuviera que hacerlo otra vez no me marcharía”. La dulce claridad de la luna se filtraba a través de las ramas; la vi mirarme –creo que con aprobación. Me abrazó después apasionadamente, volviéndose para dormir.

X. EN LOS GRANDES BOSQUES DE ECOTOPÍA

Healdsburg, 17 de Mayo 1999

En el desbarajuste de la economía ecotopiana, la madera constituye una de las materias primas básicas y se emplea no sólo como material de construcción y en la preparación de la pasta de papel, sino también como un elemento fundamental en la composición de las singulares materias plásticas obtenidas por los científicos ecotopianos. Tanto los habitantes de las ciudades como los del campo sienten un profundo y renovado interés por la madera. Les encanta olerla, tocarla, tallarla, pulirla. A mis preguntas sobre el por qué de su persistencia en la utilización de un material tan obsoleto (sustituido, naturalmente, en los Estados Unidos por el aluminio y el plástico), me contestaban con airadas y acaloradas respuestas. Con objeto de asegurarse un aprovisionamiento constante de madera para los años venideros, los ecotopianos se apresuraron a repoblar de árboles inmensas zonas que las compañías madereras

habían despojado de su riqueza antes de la Independencia. Asimismo, reforestaron superficies enormes, en otro tiempo roturadas para ser transformadas en jardines y huertas pero que el éxodo masivo del campo a la ciudad había dejado en abandono.

He tenido recientemente la oportunidad de visitar un campamento forestal donde se procede a la extracción de madera y a la implantación de árboles y he podido comprobar por mí mismo hasta qué extremo llevan los ecotopianos su amor por los árboles. No practican nunca la tala de una zona completa y sus bosques contienen árboles de distintas edades y especies. Según ellos, la tala de árboles adultos resulta menos cara pie por pie que la tabla rasa –y aunque no fuera así, habría otras razones para abogar por esta solución: la inferior cuantía del daño ocasionado por los insectos, una menor erosión y una mayor y más rápida producción de madera para carpintería. Tales argumentos probablemente corresponden a un esfuerzo de su parte por racionalizar eso que se podría casi llamar culto a los árboles y no me sorprendería descubrir, si profundizara más en la vida ecotopiana, la existencia de costumbres que reforzaran esta hipótesis. (He visto, por ejemplo, que a veces tienen tótems de feroz aspecto frente a sus viviendas).

Existe, en todo caso, una regla en Ecotopía que debe resultar de lo más cruel para los que tienen que sufrirla: todo desafortunado, ya sea individuo o grupo, que desee construir una casa de madera, tiene primero que cumplir un

“servicio forestal” –período de trabajo durante el cual, ateniéndose a la teoría, se ven obligados a contribuir de manera activa al crecimiento de nuevos árboles que reemplacen la madera que van a consumir. Esta costumbre debe ocasionar enormes pérdidas en lo que se refiere a la eficacia y continuidad del trabajo, pero esto no parece preocupar en absoluto a los ecotopianos –por lo menos, a aquellos que viven y dirigen los campamentos forestales.

La recolección de la madera es realizada con una eficacia sorprendente, si se tiene en cuenta la manga ancha con que los ecotopianos, en general, se toman los asuntos de trabajo. Se pasa mucho tiempo en los campamentos sin dar ni golpe, pero cuando un equipo se pone a trabajar, no he visto jamás a nadie que lo haga más rápido ni con mayor espíritu de cooperación. Cortan y podan los árboles con un respeto extraño, casi religioso: ponen tanta emoción y cuidado en ello como nosotros en preparar un ballet.

En ciertas regiones se utilizan, al parecer, yuntas de bueyes e incluso caballos para la extracción de la madera, como en la época de la Carrera del Oro. En otras, arrastran los leños cortados por medio de globos y cables hasta las rutas de troncos cercanas. Sin embargo, en el campamento que yo he visitado –que es, probablemente, el campamento modelo que enseñan siempre a los visitantes– disponen de unos enormes tractores eléctricos provistos de cuatro neumáticos de caucho. Al parecer, estas máquinas causan menos estragos en el suelo del bosque que los mismos

leñadores, ya que éstos tienen que arrastrar los troncos sobre una especie de trineos. Para ser máquinas tan pesadas, estos tractores resultan sorprendentemente manejables, ya que tanto las ruedas delanteras como las traseras disponen de dirección independiente. Tienen en el centro una cabina cerrada para el conductor y en uno de los extremos, un brazo articulado provisto de una sierra de cadena lo suficientemente grande como para atravesar todo tipo de árboles, a excepción de los más grandes, diseñada de tal forma que puede aserrarlos casi a ras del suelo. (Además de representar una buena contribución a la estética del bosque, parece ser que, se ahorran millones de pies de tabla cada año, facilitándose, asimismo, la conservación del sotobosque). Esta misma sierra puede cortar los troncos en tablones de la largura adecuada para su transporte.

En el otro extremo, los tractores están equipados de una enorme grúa con la que pueden elevar los troncos, girarlos a lo largo sobre el tractor y llevarlos hasta el camino, donde los cargan en enormes camiones diesel.

Según los habitantes de los bosques ecotopianos, estos tractores permiten trabajar sin peligro incluso en épocas de sequía, ya que no llevan tubo de escape que pueda ocasionar incendios en el sotobosque. Parece cierto que sus métodos son prácticamente inofensivos para el bosque, que mantiene siempre un aspecto natural y atractivo. Se yuxtaponen, generalmente, árboles de variedades distintas con lo que, al parecer, se facilita el desarrollo de la fauna y

se disminuyen los riesgos de plagas de insectos o de invasiones de hongos. Es curioso ver cómo, en algunos tramos, se respetan árboles muertos (ante mi extrañeza se apresuraron a explicar que constituían un buen refugio para los pájaros carpinteros, grandes devoradores de insectos). De cuando en cuando hay un pequeño prado, donde los ciervos y otros animales encuentran su hábitat. Los árboles se reproducen naturalmente, por lo que sólo se efectúan plantaciones artificiales en las regiones que se quieren repoblar. El suelo del bosque está recubierto de una densa capa que lo mantiene fresco y húmedo y que hace agradable el caminar sobre él. Aunque llovió unas cuantas horas durante mi estancia, me di cuenta de que el arroyo que discurría cerca del campamento no se ponía turbio –una prueba más de que, como ellos afirman, el modo ecotopiano de explotación de la madera deja la capa superficial del suelo intacta, disminuye la erosión y favorece el poblamiento de los ríos. (En realidad, no vi ningún pez, aunque también es cierto que soy de ese tipo de personas que no ve jamás peces en ninguna parte).

Los campamentos forestales en sí no están provistos de sierras. Disponen de unos dispositivos portátiles que les permiten cortar los tablones gruesos en trozos pequeños para su propio abastecimiento. Pero casi todo el corte y aserramiento, así como la recuperación de todo lo que pueda ser utilizado para la producción de pasta de papel, se lleva a cabo en unas serrerías situadas en el somontano.

Compran la madera en troncos y las planchas resultantes son vendidas, después, casi exclusivamente dentro del límite de la comarca de la serrería. La madera no se comercializa más que en el país; Ecotopía cesó su exportación inmediatamente después de proclamada la Independencia. Como los Estados Unidos exportaban antes una cantidad de madera igual a la mitad de la que utilizaban en la construcción de las viviendas y teniendo en cuenta que una gran parte de esta madera provenía de las regiones del Oeste, la nueva nación se benefició desde el principio de un excedente de este material. Los habitantes de los bosques ecotopianos afirman que, posteriormente, han doblado con creces sus recursos per cápita de madera. Sin embargo, no existe por el momento plan alguno de reanudación de las exportaciones.

Resulta interesante saber que los ecotopianos mantienen un debate, en la actualidad, sobre la utilización de los grandes camiones diesel para el arrastre de troncos. Numerosos trabajadores forestales han tratado de justificarse ante mí por tener que depender todavía de esas máquinas ruidosas malolientes y toscas. Sin embargo, todo el mundo se aglutina en torno a ellas al terminar la jornada para dejarlas bien limpias –una de las pocas formas de expresión que quedan todavía, en esta sociedad sin coches, del culto del hombre a la máquina. Vi una vez un camión cuyos dueños habían sustituido el parachoques perdido por una sólida pieza de madera. A medida que estos camiones

vayan convirtiéndose en chatarra, serán sustituidos por vehículos eléctricos, Mientras tanto, la gente discute con ardor sobre los parachoques: los ideólogos radicales afirman que deberían ser reemplazados por parachoques de madera (ahora son de acero inoxidable, no cromados), en tanto que los tradicionalistas mantienen que los camiones deberían ser tratados como piezas de museo y conservados en su condición original. Las dos posiciones parecen contar con un número igual de seguidores, lo que quiere decir que los tradicionalistas se llevan la palma hasta el momento, ya que sólo se efectúan cambios en asuntos tan “serios” si hay auténtico consenso.

Seguramente, nuestros economistas opinarían que la industria maderera es un laberinto de contradicciones. Un observador como yo no puede deducir más que conclusiones generales. Es cierto que los ecotopianos tratan a los árboles como seres vivientes, casi humanos –vi en una ocasión a un joven de aspecto absolutamente normal y que no estaba al parecer bajo el efecto de ninguna droga, apoyarse en un gran roble, murmurando: “¡Hermano árbol!”. Es cierto que también la madera en Ecotopía es barata y abundante, sea cual sea la heterodoxia del método empleado en su producción, ocupando, en consecuencia, un sitio comparable al que ocupa entre nosotros el aluminio, los revestimientos bituminosos y tantos otros materiales modernos.

Una consecuencia importante de la política forestal

ecotopiana es que extensas áreas, demasiado desniveladas o abruptas para que la explotación maderera no provoque erosión, han sido declaradas “zonas salvajes”. Todos los caminos trazados para el transporte de troncos y todos los cortafuegos han sido suprimidos. Ahora son utilizadas, exclusivamente como campings y reservas naturales, aceptándose, al parecer, un mayor riesgo de incendio forestal. Dicho sea de paso, estos bosques son de una calma increíble, lo que se explica por el hecho de que no hay aviones que los sobrevuelen, ni motocicletas de trail, vehículos a todo terreno, ni coches para nieve que circulen por ellos. Tampoco son fácilmente transitables con prisa, ya que la única forma de desplazarse por ellos es a pie, utilizando los senderos pedestres que son los únicos que subsisten.

¿Ha sufrido la producción ganadera o agrícola por la conversión de tantas tierras en bosques? Parece ser que no; las legumbres, los cereales y la carne son razonablemente baratos, y los rebaños de bovinos constituyen todavía una estampa habitual en el paisaje; no se les mantiene jamás encerrados en cebaderos de engorde acelerado. Es por esto que un oficio ya prácticamente olvidado, el de cow-boy, ha reaparecido de nuevo. Los ranchos situados al pie de la sierra envían, como lo hacían antaño, sus ganados a pastar en verano a los altos valles de la montaña, a sus grandes praderas de húmeda hierba. Dicen que las investigaciones sobre plantas forrajeras están conduciendo a la siembra,

cada vez más frecuente, de variedades locales particularmente adaptadas al clima y susceptibles de resistir la incursión de abrojos. La irrigación de los pastos no se practica más que en algunas regiones y sólo para los ganados de vaca lechera.

Pero la verdadera pasión de los ecotopianos es el bosque, que atienden con gran solicitud y que se ocupan de mantener en el estado de equilibrio que requieren sus principios. En este aspecto, pueden alardear de haber logrado el éxito en su campaña de devolver a la naturaleza a su situación natural.

18 de Mayo de 1999

Marissa dice que me pongo muy susceptible cuando hablo sobre la violencia. Se burla constantemente de la tecnología guerrera americana y pretende que si la hemos desarrollado de tal manera es porque no soportamos la idea de matar a un hombre con la bayoneta –tenemos que gastar cincuenta mil dólares para eludir la culpabilidad y cargárnosla desde la estratosfera. Todo esto ha surgido de una discusión que mantuvimos ayer por la tarde: le confesé el horror que me inspiraban sus juegos de guerra rituales. “Te van a encantar, estoy segura”, dijo alegremente, “estás maduro para ello”. Y

diciendo esto, me lanzó una deslumbrante sonrisa: a veces me inspira un poco de miedo, sobre todo cuando la siento plenamente consciente de la fuerza animal que la habita. Después me anunció con una gran carcajada que había decidido llevarme a presenciar un combate en el Norte, no muy lejos de aquí. Tiene unos amigos que van a participar. Sus ojos brillaban con malicia al organizarlo todo. Antes, incluso, de que colgara el videófono ya estábamos tumbados el uno sobre el otro, riéndonos sin poder parar.

La perplejidad que me produce la forma en que se comportan los ecotopianos y su moral le parece muy cómica, aunque a la vez le inspira una cierta ternura. A sus ojos, soy como un niño que no sabe lo que valen las cosas. Esta mañana yo había escrito unas frases sobre una página en blanco y después, como no me gustaban, la tiré a la papelera. Entonces ella la cogió con aire disgustado. “No has utilizado más que un trozo de la cuartilla”. “No me estaba saliendo bien y preferí partir de cero”. “¿Es qué no puedes empezar de cero en la misma hoja? La pobre no tiene la culpa de que quieras empezar de nuevo; piensa en el árbol que hubo que talar para producir este trozo de papel”. Hice una bola con él y se la tiré a la cabeza. Por otra parte, si de pronto adopto un aire distraído o simplemente un poco serio, al estilo americano de hombre de negocios, se pone furiosa y me acusa de frío e inhumano. Pero en ciertas ocasiones, cuando estoy tranquilamente tumbado, reflexionando o escribiendo, me mira de una forma especial y

automáticamente dejo de ser un extranjero ridículamente inadaptado para convertirme en un hombre sin más, en un semejante. He observado que es en tales momentos cuando hacemos el amor con más ternura.

Me levanté temprano a la mañana siguiente para tomar el tren de regreso a la ciudad y trabajar en mi próximo capítulo. Fuimos juntos en bicicleta a la estación. Cuando sonó la campana anunciando la partida del tren me sentí de pronto muy triste y sin darme cuenta le dije: “Marissa, vente conmigo”. Me abrazó con fuerza, respondiendo, “me gustaría, pero no puedo. Iré mañana, de todas formas, hacia la puesta del sol”. El violento desplazamiento del aire ocasionado por la entrada del tren en la estación nos hizo retroceder. Subí al vagón y permanecemos mirándonos por la ventana hasta el momento de la partida. Mientras trato de terminar mi artículo sobre la política demográfica de Ecotopía no puedo quitarme de la mente su expresión grave e intensa. Mañana por la noche, ella estará aquí en mi habitación...

Resulta agradable estar de nuevo en el Cove. Empiezo a conocer a la gente de aquí y me siento aceptado como colega y como persona, a pesar de mi nacionalidad. Bert es extraordinariamente generoso, como casi todos los ecotopianos, un auténtico hermano, pero sin el espíritu de competición que eso puede llevar aparejado. Pasa mucho tiempo descubriéndome datos sobre la gente de aquí y haciéndome conocer personas interesantes, me prestó sus

camisas y regaló una pluma que me gustaba. ¿Es tal vez su tipo particular de economía basada en la abundancia biológica lo que les hace tan generosos?

Ha leído los reportajes que he enviado y pretende, para picarme, que va a hacer aparecer en el Times un artículo titulado “Los progresos de Weston”, pero cree que estoy luchando seriamente por superar mis “prejuicios”. En su opinión, el mejor artículo que he escrito desde que estoy aquí es el referente a la explotación de la madera, aunque dice, en broma, que está seguro que Marissa me lo ha inspirado en parte. (Le he hablado de nuestro encuentro aunque sin entrar en detalles).

El artículo sobre Alviso le ha gustado también. “Pero el dedicado a los deportes es horroroso. Harías mejor en evitar ese tipo de temas –¿Realmente, tienes intención de hacer algo sobre los juegos de guerra rituales?” Le dije que Marissa ya lo había organizado todo para que, en un par de días, pudiera asistir a presenciar uno. Me miró dubitativamente. “Espero que todo vaya bien”, dijo. “Supongo que va a ser lo más duro con que te vas a enfrentar aquí. Te podría ayudar si quisieras. Echando un vistazo a tus notas y poniéndote en antecedentes”.

“Te enseñaré mis notas, por supuesto, pero las escribiré de acuerdo con lo que piense”. Y nos estrechamos la mano, a la manera ecotopiana. (Algunas horas más tarde). Visita nocturna muy desagradable de los servicios de contra

espionaje ecotopianos que deben haber oído algo, no sé cómo, de mi encuentro con la “oposición” (¿o es qué, tal vez, me han seguido?).

“Por supuesto que usted es perfectamente libre”, me dijeron, “de hablar con todo aquel que le venga en gana mientras esté en Ecotopía. Pero no vaya a creer que ignoramos las operaciones clandestinas que trae entre manos su gobierno. Lo mejor que podría hacer sería olvidarse de transmitir el mensaje a Washington.

“¿Y si no me olvido?” “Sus amigos de aquí se encontrarán con una serie de molestias”. “No son mis amigos”. “Entonces, ¿por qué transmitir su mensaje?” “No me gusta la intimidación”.

Sonrieron. “¿Un pequeño país como el nuestro intimidando a uno grande como el suyo? ¡Vamos! No nos haga reír”. Se produjo una pausa. Me preguntaba qué podrían saber de lo que yo había dicho. “Weston, usted no es tonto. Sabemos muy bien que no es un espía. ¿Pero cree usted que alguien que actúa como un espía sería recibido en el despacho de la Presidenta?”.

“De acuerdo”, repliqué, “ustedes ganan. No habrá mensaje”.

Había pasado un mal rato –tendré que tener más cuidado de ahora en adelante y mirar donde meto las narices. Estos

ecotopianos no san tan despreocupados como aparentan. Y, a decir verdad, me han quitado un peso de encima –esa gente no me gustaba nada. He quemado la lista con los nombres y puntos de contacto.

XI. ¿DESCENSO SIN CAÍDA?: EL RETO ECOTOPIANO

San Francisco, 20 de Mayo 1999

La población de Ecotopía ha experimentado una baja constante y moderada durante casi 15 años. Cuando se busca una explicación a este sorprendente fenómeno –que bastaría para distinguir a Ecotopía de los Estados Unidos y de todas las demás naciones, excepto del Japón– se tiende a especular sobre la posible práctica, por parte de los ecotopianos, del aborto en serie y hasta del infanticidio. Al término de la profunda investigación que he realizado en torno a este tema, puedo afirmar que esta depresión en la curva de la población ecotopiana se ha producido por causas en absoluto condenables.

Tenemos una cierta propensión a olvidar que, incluso antes de la Independencia, la tasa de crecimiento de la

población había disminuido no sólo en el área que ahora pertenece a Ecotopía, sino en el resto de los Estados de la Unión. Según los demógrafos americanos, este hecho había sido debido a las persistentes crisis de inflación-recesión, a la liberalización de las leyes sobre el aborto y quizás, sobre todo, a la creencia en aumento de que un niño de más, en una sociedad industrialmente avanzada, podía representar para la familia una carga en lugar de una ayuda –lo contrario de lo que ocurre en las sociedades agrícolas o en los países en vías de desarrollo. Hay que añadir que los peligros de la superpoblación pusieron en evidencia, de una forma particularmente atroz, las terribles hambres de la “Revolución Verde”, durante las cuales decenas de millones de hombres perecieron en Pakistán, la India, Bangladesh y Egipto.

Después de la secesión, los ecotopianos presentaron oficialmente como objetivo a la nación el descenso de la población, aunque sólo tras largos y arduos debates. Casi todo el mundo estaba de acuerdo en que era necesario que la población disminuyera en cierta medida, con objeto de que los recursos vegetales y animales del país sufrieran una menor demanda y cada individuo pudiera disfrutar de mayores comodidades. Pero las opiniones diferían considerablemente en cuanto a los medios a utilizar en dicho proceso y la amplitud que éste debería tener. Muchos temían que se produjera la extinción de la nación y esgrimían este argumento frente a los defensores del

descenso de la población, mientras que los economistas advertían sobre el peligro de crisis fiscal.

Un programa en tres fases fue, por fin, adoptado. Durante el primer período, que duraría hasta 1.982, se lanzó una masiva campaña de información destinada a hacer conocer a todas las mujeres los diferentes medios de contracepción. El aborto, a petición del país, fue legalizado; su coste pronto descendió considerablemente y se empezó a practicar tanto en las clínicas de pueblo como en los hospitales. Según los datos disponibles en tan corto período de tiempo, parece ser que este programa redujo el número de nacimientos unas pocas décimas por debajo del porcentaje del número de muertes –casi lo suficiente para contrarrestar la longevidad, todavía en aumento, de la población. (Un hecho curioso: en los emocionantes meses que siguieron a la Independencia se registró un extraordinario número de inicios de embarazo).

Durante el segundo período, de 1.983 a 1.984, se luchó por descentralizar al máximo la vida económica del país, por lo que esta fase tuvo un carácter más político. El sistema de impuestos nacionales y gastos públicos fue desmantelado, recuperando las comunidades locales el control sobre todo lo que fueran necesidades básicas para la existencia. Los habitantes de los municipios se sintieron, por fin, en condiciones de decidir la forma en que deseaban organizar su vida colectiva y determinar, en consecuencia, cuál podría ser el nivel óptimo de la población y cuál su distribución. Al reinar mejores condiciones de vida en el campo, las grandes

concentraciones de población de San Francisco, Oakland, Portland y Seattle e incluso de áreas metropolitanas menores, comenzaron a experimentar una ligera dispersión. Nuevas microciudades, con sus propios lazos de enlace en las vías de tránsito, surgieron en puntos escogidos. Napa, situada a orillas de un sinuoso río comparable al Sena, pero sin la más mínima contaminación; Carquinez–Martínez, rodeada de escarpadas colinas que descienden hacia el desfiladero. Y muchas otras repartidas por todo el país. Algunas zonas residenciales de la vieja época fueron abandonadas y demolidas y sus terrenos recuperados para parques o bosques. Pueblos, como Placerville, que había tenido una población de 10 a 20.000 habitantes, fueron rodeados de pequeñas ciudades satélite que, en el espacio de 10 años, aumentaron su población a 40 ó 50.000 habitantes, cifra considerada por todos como ideal para una aglomeración urbana.

Todos los aspectos de la vida se vieron afectados por la descentralización. La sanidad, entre otros. Los gigantescos hospitales de las grandes ciudades, con sus agobiantes e interminables colas de enfermos, fueron sustituidos por una multitud de pequeños hospitales y clínicas, instaurándose, asimismo, un sistema de asistencia sanitaria de barrio. Se desmantelaron y reorganizaron las escuelas, siguiendo nuevos principios relacionados con el control por parte del profesorado. La agricultura, la pesca y la explotación de los bosques fueron también reestructuradas y descentralizadas.

Las reglamentaciones concernientes al regadío, prácticamente ignoradas antes de la Independencia, fueron desde entonces estrictamente observadas, obligando con ello al cese de las actividades de las grandes agroindustrias e impulsando a la creación de granjas de mediana dimensión, explotadas por comunas o familias extensivas.

Todos estos cambios dieron como resultado, según mis informadores, una serie notable de reajustes en el problema de la superpoblación e hicieron que algunas de las predicciones hechas por los partidarios de la natalidad se verificaran: no parecía que hubiera tal exceso de gente como antes.

Por esta razón se renunció, a lo largo del año 1.984, a tomar nuevas medidas de control de la población. Sin embargo, cuando por fin se dispuso de datos estadísticos, se supo que ésta había disminuido sensiblemente, en más de 17.000 personas en toda Ecotopía. Esta noticia no suscitó ninguna reacción de histeria colectiva, como habían pronosticado los alarmistas. Por el contrario, los ecotopianos debieron experimentar una satisfacción algo morbosa al saber que los Estados Unidos, que siempre habían sufrido de superpoblación, vieron su número de habitantes crecer en tres millones.

La tercera fase, si se le puede llamar así a un período de observación y de espera, continúa en la actualidad. El coste de los abortos ha descendido todavía más y su tasa anual se

mantiene estable. El uso de anticonceptivos se ha generalizado (digamos, de paso, que son todos aplicables a la población femenina; la píldora masculina no existe aquí). La población decrece lentamente a razón de 65.000 personas por año, de forma que el número de habitantes originales de Ecotopía, de unos 15 millones, ha descendido hasta aproximadamente los 14 millones. Los fanáticos del régimen pretenden que a este descenso le corresponde un excedente anual per cápita importante, que contribuye a la vitalidad de la economía ecotopiana. Yo me mantengo escéptico sobre sus consecuencias directas (después de todo, la disminución es sólo de un 3 por cien al año), pero reconozco que debe tener algo que ver en la confianza que el régimen ha sabido inspirar tanto en el plano económico, como en el político.

¿Qué ritmo seguirán en los años venideros los niveles de población ecotopianos? La mayoría de la gente piensa que continuarán disminuyendo lentamente. Consideran que una caída más rápida podría poner a la nación en peligro, al hacerla más vulnerable a un ataque de los Estados Unidos, pues todavía se cree que éstos están deseando recuperar sus “territorios perdidos”. Algunas personas esperan que la población americana empiece a decrecer pronto; si ocurre así, no hay duda de que muchos ecotopianos estarán dispuestos a aceptar que su propio número descienda indefinidamente. Ciertos ideólogos radicales del Partido de la Supervivencia opinan que el tamaño ideal de la población

sería el de la de los Indios que habitaban en esta región antes de la llegada de los españoles y los americanos –es decir, un poco menos de un millón de personas reagrupadas en tribus diseminadas por todo el territorio. La mayor parte de los ecotopianos reconocen, sin embargo, que no hay que limitar el problema a un asunto de cifras. Creen firmemente que la mejora de sus condiciones de vida provendría de la reorganización de sus habitantes en una constelación de microciudades y de una dispersión constante de la población en zonas rurales. Para acelerar este proceso, una campaña en favor del transporte gratuito por ferrocarril ha sido lanzada por los elementos más radicales del régimen. Estiman que un mayor número de personas habitarán voluntariamente en el campo si saben que no tienen que renunciar a los placeres y ventajas de la ciudad, ya que podrían visitarla prácticamente cuando quisieran.

Los americanos, como es natural, están hechos a la idea de que la mejora del nivel de vida sólo podrá conseguirse mediante el crecimiento económico y demográfico. Hará falta mucho tiempo para que la experiencia ecotopiana, a pesar de sus aparentes logros, consiga hacerles cambiar de idea. También hay que tener en cuenta que todas estas transformaciones han sido hechas en condiciones particularmente favorables, de las que no se podrían beneficiar el resto de los Estados de la Unión: una tierra muy fértil, una masa de edificios susceptibles de convertirse en viviendas y una tradición de independencia y autosuficiencia

muy característica de los Estados del Oeste. La población ecotopiana se ha encontrado, gracias a ellas, en una posición de fuerza al contar con excedentes y no sufrir escaseces, que sólo han afectado a la energía y al metal y que ella misma se ha impuesto.

Una cosa particularmente alarmante para los americanos es que se asiste, al tiempo que a una disminución de la población, a una rápida desaparición de la familia nucleica tradicional entre nosotros. Los ecotopianos todavía hablan de la “familia”, pero ellos designan con ese término a un grupo de entre cinco y veinte personas que viven juntas, tanto si hay vínculos de parentesco entre ellos como si no existe ninguno. En muchas de estas familias se comparte no sólo la comida y las tareas domésticas, sino también la educación de los niños –en la cual los hombres y las mujeres toman parte por igual, al menos en lo que se refiere al tiempo a ella consagrado, aunque en términos de poder muy particulares. La vida ecotopiana es, en general, estrictamente igualitaria –las mujeres ocupan puestos de responsabilidad, reciben salarios equivalentes a los de los hombres y como es natural, ostentan también el control del Partido de la Supervivencia. El hecho de que ejerzan un control absoluto sobre su cuerpo les permite disfrutar abiertamente de un derecho que en otras sociedades permanece oculto si no inexistente –el derecho de elegir a los padres de sus hijos. “Ninguna ecotopiana da a luz un hijo, cuyo padre no haya elegido libremente”, me dijeron con

gran seriedad. Mientras el niño no haya alcanzado los dos años, la madre continúa ejerciendo un rol predominante; los hombres participan considerablemente en el cuidado y educación de los niños menores de esta edad, pero en caso de conflicto, es la madre la que tiene la última palabra, prerrogativa que se ha utilizado en numerosas ocasiones. También resulta bastante curioso que, por lo menos en apariencia, los hombres encuentren esta situación totalmente natural; seguro que piensan que ya les llegará el turno más tarde, cuando el niño crezca y que así es como debe ser.

Es difícil para un forastero comprender cuáles son los vínculos que mantienen unidos a los grupos comunitarios; los niños son, con toda seguridad, un factor clave, aunque las necesidades económicas juegan, creo, un rol importante. Mi visita a una de estas “familias” me hizo recordar la antigua costumbre americana de los padrinos –los cuales, sin pertenecer obligatoriamente a la familia, asumen una cierta responsabilidad hacia sus ahijados, se ocupan de ellos y colaboran al enriquecimiento de sus vidas, dándoles, si es necesario, refugio en caso de hallarse en desacuerdo con sus padres. Los niños ecotopianos viven habitualmente rodeados de “padrinos” informales y no he visto nunca chavales más alegres. La voluntad de colaboración en la educación de los pequeños puede que sea el criterio base para ser admitido en una de estas familias. Pero hay también “familias” sin niños, con una atmósfera, eso sí, muy

diferente; suelen ser numerosas y, como es obvio, más transitorias que las otras. Reúnen, a veces, a personas que ejercen las mismas actividades –periodistas, músicos, científicos, artesanos o trabajadores de una misma empresa– una escuela o una fábrica, Están compuestas, en su mayoría, por individuos jóvenes, mientras que las comunidades con niños agrupan a personas de edades muy diferentes. (En Ecotopía es muy raro que los ancianos vivan solos, como tan frecuentemente ocurre entre nosotros; están, en general, integrados en las comunidades, donde desempeñan un importante papel en el cuidado y educación de los niños).

Circulan por los Estados Unidos numerosos rumores sobre la depravada sexualidad de los ecotopianos, pero me creo en el deber de informar que las relaciones sexuales en el seno de estas “familias” me han parecido tan equilibradas como las que nosotros mantenemos. Se constituyen, generalmente, parejas heterosexuales más o menos permanentes –aunque también existen parejas homosexuales de ambos sexos; las relaciones entre personas del mismo sexo dan la impresión de ser aquí muchísimo menos problemáticas, psicológicamente hablando, que en nuestro país. La monogamia no es un valor oficialmente proclamado, pero las parejas suelen practicarla (excepto durante cuatro cortos períodos al año, los solsticios y equinoccios, en los cuales la promiscuidad sexual es muy corriente).

Las personas que no viven en pareja suelen buscar amantes fuera del grupo familiar, lo que en ocasiones da como resultado el engrosamiento o disminución de la familia. Al parecer, hay una lenta y constante evolución en la composición de las comunidades, como la que probablemente se produciría en las “grandes familias” de la época de nuestros tatarabuelos.

He hecho indagaciones para averiguar si la eugenesia constituye aquí tan apasionante y polémico tema como en los Estados Unidos –tanto como ayuda a la selección natural mediante el favorecimiento de las uniones susceptibles de dar los mejores “productos”, como yendo más lejos, para obtener por partenogénesis el duplicado genético de individuos dotados de cualidades superiores, o hasta modificando la estructura de los genes con objeto de producir una raza de superhombres. He interrogado a muchísima gente, investigadores, científicos o personas profanas; todos parecen mirar este asunto con bastante repugnancia y nadie ha querido discutirlo conmigo. Al aventurar yo la hipótesis de que el hombre no sea quizás más que un eslabón intermedio entre el mono y un ser superior que tarde o temprano aparecerá, me han escuchado con una condescendencia incrédula. Su resistencia a hablar sobre este tipo de especulaciones nos indica hasta qué extremo se han cerrado los ecotopianos a las investigaciones científicas modernas y a las emocionantes posibilidades que éstas ofrecen, pero es

también una señal de que ellos aceptan mejor que nosotros el vivir de acuerdo con la constitución biológica de que estamos dotados en la actualidad.

21 de Mayo 1999

Todo el mundo se ha aglutinado bruscamente en torno a los aparatos de televisión. Los detectores ecotopianos, al parecer ultrasensibles tanto a la contaminación atómica como a la de cualquier otro tipo, han captado en el aire del Pacífico un repentino aumento del nivel de radiación. Todavía se ignora la causa. En las calles, en los periódicos, en los telediarios se especula: ¿una explosión nuclear china mal controlada? ¿Un accidente en un reactor japonés de fisión? ¿Un conflicto en la frontera chino-soviética? ¿Un submarino nuclear en dificultades? La gente está inquieta, deprimida, furiosa. Se vuelcan, nerviosos, hacia la televisión, pero no de una forma pasiva como lo hacen los americanos. Sentados en tensos grupos alrededor de ella, le lanzan invectivas y los controles se ven desbordados por las llamadas videofónicas. Hace ya una hora que Vera Allwen y su Ministro de Asuntos Exteriores se hallan en antena, a la defensiva, respondiendo lo mejor que pueden a aquellos que les preguntan con cólera

por qué el gobierno no actúa, (así como a los calenturientos que les sugieren enviar comandos para dismantelar todas las fábricas de Japón, China y Siberia que puedan contaminar el mar o la atmósfera). Allwen declara que está preparando una enérgica protesta que formulará ante los responsables cuando éstos aparezcan. Entre tanto, los barcos y agentes especialistas ecotopianos se hallan en estado de alerta, esforzándose por localizar el origen de la contaminación. Silencio absoluto por parte “de los servicios telegráficos de Estados Unidos, recibidos aquí vía Vancouver, aunque es casi seguro que nuestros satélites de reconocimiento sabrán ya a qué atenerse.

Existe aquí una tendencia general a imputar a los americanos la responsabilidad de los desastres tecnológicos y, desde que empezaron los rumores, me siento un poco incómodo. Los grupos con los que he estado viendo a Allwen y los otros políticos en televisión parecen pensar que el gobierno ecotopiano es demasiado tolerante con la contaminación procedente del exterior. Se habla de “indemnizaciones” en la televisión. Parece, en efecto, que se está planteando seriamente la posibilidad de implantar algún sistema internacional de penalizaciones antipolución. A los japoneses les va a encantar la idea.

He seguido casi todas estas emisiones desde el Cove, donde me he instalado desde hoy, aceptando la invitación de mis amigos (y presionado por Marissa que odia los hoteles). “Tú eres periodista ¿no?, luego debes vivir con nosotros”. Una

proposición que me ha encantado; creo que encontraré tiempo para cumplir con la parte que me corresponde en los trabajos domésticos y en la cocina. Me han asignado una pequeña habitación en el último piso, con una tronera que da a Alcatraz –pequeña protuberancia verde que se vislumbra en la Bahía, con su alegre faro naranja. Es difícil imaginar que una pequeña isla tan fresca y verde pueda haber albergado en algún momento a nuestros ciudadanos más desesperados y que pueda haber estado cubierta de acero y cemento.

(Más tarde). El trabajo doméstico en equipo me ha resultado un poco desalentador. Mi primera experiencia, la vajilla de la cena.

Puse manos a la obra al estilo americano, llevando los platos a toda mecha a las pilas. Después de un momento, me di cuenta de que todo el mundo había dejado de hablar para mirar lo que hacía. “Pero, por Dios, Will”, dijo Lorna, “¿Se puede saber qué es lo que haces? ¿Acaso piensas batir un récord?” Todos se echaron a reír.

Me puse rojo, o al menos creo que así fue. “¿Qué quieres decir?” “Manejas los platos como si te pagaran por cada uno de ellos. ¡Es totalmente lo contrario de lo que haría un ecotopiano! “Eché una ojeada de pronto, en torno y me di cuenta de que mis camaradas trabajaban con muchísima más calma que yo.

Lorna y Brit se habían inventado una especie de juego; mientras uno lavaba, el otro le hacía un pequeño masaje en la espalda. Bert describía, entre tanto, el divertido encuentro que había tenido hoy cara a cara con uno de sus lectores, el cual le había amenazado con pegarle. Y Red bebía una cerveza sin apenas hacer nada; de vez en cuando, cuando su mirada caía sobre una cacerola sucia o cualquier otra cosa por el estilo, la llevaba a la pila.

“¿No tenéis ganas de terminar pronto?”, repliqué a la defensiva. “Cuando tengo una tarea que hacer, me gusta acabarla lo más rápidamente posible. ¿Es malo ser eficiente?” “Poco a poco se va lejos”, dijo Lorna, “Nuestra opinión es que si hay una obligación que cumplir, hay que conseguir que su cumplimiento sea lo más agradable posible –de otra forma, nunca valdrá verdaderamente la pena hacerlo”.

“¿Cómo conseguís que se hagan las cosas?”, pregunté exasperado. “No pretenderéis decirme que lavar platos es divertido”. “Pues sí, de la forma en que nosotros lo hacemos”, dijo Bert. “Casi todo puede serlo, si se concede menos atención a los fines que al proceso mismo”.

“De acuerdo”, dije, “lo intentaré”. Y me puse a trabajar a la ecotopiana –me bebí una cerveza, arrojé unos cuantos cubiertos a la fregadera, conté un chiste que había oído y limpié unas cuantas mesas. Sin embargo, me costó un gran esfuerzo mantener el ritmo lento y, sobre todo, estar a

buenas con los demás –me concentré en el trabajo y en olvidarme de mis compañeros. Pero se dieron cuenta y discurrieron un juego. “¡Eh, Will!”, gritaban, “que estamos aquí”. Y alguno me hacía cosquillas o me golpeaba el hombro. Un día u otro conseguirían reeducarme.

23 de Mayo 1999

Creo que Marissa goza, en efecto, de poderes hipnóticos: cuando está cerca de mí pierdo la noción del tiempo, de mis obligaciones, de mis prejuicios americanos. Ella vive con intensidad el momento presente y consigue hacérmelo vivir de la misma forma. En alguna parte escondida de su cabeza debe tener el campamento forestal, sus responsabilidades allí; sus planes de volver mañana. Pero parece capaz de olvidar todo completamente y existir sin más. En realidad, la creo capaz de hacer cualquier cosa. Es la persona más libre y menos angustiada que conozco. Cuando consigo reunirme con ella en la esfera donde se mueve, me siento en un extraño estado de exaltación, como bajo los efectos de una droga. Sigo pensando que es como un animal salvaje: está claro que se sabe plegar a las limitaciones sociales y que no es insensible a la influencia de los demás animales que la rodean (incluido yo); pero éstos, no sé cómo, no están dentro de su cabeza. Es totalmente imprevisible, variable,

temperamental; sin embargo, en todo lugar donde esté, está intensamente presente, conmigo o con quien quiera que sea. (No sé cómo hacer para no sentirme celoso cuando la veo dirigir su atención, como el hermoso haz de luz de un faro, hacia otra persona. Pero consigo soportarlo).

No es que nos pasemos todo el tiempo metidos en la cama –por el contrario, estamos más bien bastante ocupados; me lleva a conocer a sus amigos, me muestra sus rincones favoritos de San Francisco, vamos a comer a pequeños restaurantes, nos reímos mucho, a veces nos sentamos simplemente y vemos a la gente pasar, miramos a los pájaros, los árboles. Tiene árboles favoritos por todas partes, y son de una gran importancia en su vida, (¡Me ha dicho que debería consagrar un artículo entero a los árboles de Ecotopía!). Estudia sus particularidades, mide lo que han crecido y su desarrollo, algunas veces trepa por ellos (es muy ágil y tiene pies firmes), salta de alegría cuando están en buena forma y se muestra, por el contrario, abatida cuando no van bien. Incluso les habla, mejor dicho, les susurra cosas, pues sabe que me parece una estupidez.

Me doy cuenta de que dependo cada vez más de ella. Lo que en principio parecía no ser más que una pequeña aventura, el típico pasatiempo de un viajero, está transformándose rápidamente en algo muy serio. Marissa es un ser excepcional: sabe cuáles son mis fallos, pero ve siempre algo valioso detrás de ellos, En comparación, Pat me parece horriblemente autocontrolada. Ni siquiera Francine,

con quien tanto me he reído y tan buenos ratos he compartido, pesa tanto como ella. Con Marissa estoy conociendo sentimientos que ni siquiera sospeché que existieran: nuestros cuerpos se unen y es como si los dos nos fundiéramos en un solo ser; es algo misterioso, casi terrorífico. Para qué negarlo, estamos comenzando a sentirnos enamorados. Y a pesar de la libertad de sus costumbres y de que todavía continúa viviendo con Everett cuando está en el campamento, tiene, con respecto a mí, reacciones salvajes y posesivas. Siempre que se menciona el tema de mi regreso a los Estados Unidos se pone furiosa.

Ayer por la tarde nos fuimos a dar un paseo en barco por la Bahía, con un par de amigos del Cove. Marissa invitó a su hermano mayor, Ben. Me di cuenta enseguida de que es visceral y profundamente anti-americano. Apenas acabábamos de embarcar, cuando vino derecho hacia mí con toda clase de recriminaciones y acusaciones. Por cortesía, intenté desviar la conversación, pero no sirvió para nada. Estamos todavía a comienzos de la estación; el viento no sopla con la suficiente potencia y pasamos mucho rato virando de un lado a otro para aprovechar la brisa. Después, todos se tumbaron sobre el puente para tomar el sol y mirar el agua pasar. Yo me dirigí a popa y me senté junto a Ben, ofreciéndome a tomar el timón.

Con el ceño fruncido, me dijo roncamente, en voz baja: “¿Se puede saber para qué coño andas rondando a mi hermana? ¡Malditos americanos, que tenéis que poner las manazas en

todo!", le contesté con calma, "Nos gustamos mutuamente -¿hay algo de mal en ello?" "Sabes muy bien lo que tiene de malo, estúpido hijo de puta -ella se está enamorando de ti y tú te marcharas tarde o temprano", "Nunca he ocultado a nadie mis intenciones, Ben". Me miró. "¡Debería tirarte al agua y largarme!" Y diciéndolo, hizo un brusco movimiento con las manos. Me agarré a la barandilla creyendo que sería verdaderamente capaz de intentarlo. Sonrió con maldad: "¡Reptil!" A lo que yo repliqué: "¿Qué es lo que pretendes intentando controlar la vida de tu hermana? ¿Qué es lo que pretendes con tus amenazas? ¿Te crees la Mafia o qué?" Al oír esto, los otros se levantaron y vinieron hacia popa. Ben y yo nos miramos ceñudamente. "Hemos tenido una pequeña discusión, eso es todo", dijo. Me levanté y me senté junto a Marissa, al otro lado de la cabina. Me miró primero a mí, luego a Ben. "Te lo contaré luego", dije. "Yo también" replicó Ben.

Seguimos navegando hasta una estación ballenera situada en el lado este de la Bahía y desembarcamos para visitarla. Ahora se ha convertido en un museo en el que se exhiben escalofrantes muestras de la extinción de las ballenas y de los mamíferos en general. Ben no perdía ocasión de señalar que los americanos, con su tecnología, habían estado a la cabeza de este trágico e irreversible proceso. Debo decir que nunca había pensado en la amplitud del desastre; es verdaderamente terrible y nosotros hemos jugado un papel protagonista en él. Millones de maravillosas criaturas que

poblaban la Tierra han desaparecido del universo para siempre. Las hemos devorado en nuestro incesante crecimiento. Los hombres pesan ahora cuarenta veces más ellos solos que todos los mamíferos salvajes juntos.

Marissa se interesó especialmente por las vitrinas consagradas a la vida de las ballenas. (Entre los ecotopianos hay unos increíbles fotógrafos de la naturaleza –dan ganas de creer que viven con las especies que fotografían– aunque, por lo que he podido observar, no suelen tomar, como nosotros, el tipo de instantáneas para inmortalizar los momentos concretos). Por lo visto, ha nadado en alguna ocasión con delfines, pero no me ha contado casi nada sobre la experiencia, excepto que fue muy emocionante y bastante inquietante.

En el camino de vuelta nos cruzamos con unos barcos que iban a la pesca de gambas y otras especies marítimas –al parecer la Bahía, en su día un pozo negro al aire libre, se ha convertido de nuevo en el fértil hábitat típico de los estuarios (esto es, al menos, lo que me dijeron mis entusiastas compañeros). Me informaron con orgullo sobre el número de toneladas de deliciosas gambas que se consumen o exportan cada día; incluso las almejas, cuyas conchas los Indios de la localidad solían apilar en gigantescos montones de residuos, han retornado a sus bancos de antaño.

Con un poco de insolación y ligeramente bebidos, volvimos al atardecer arrastrados por el viento hacia el Cove y nos

metimos directamente en la cama. “Ben es, de verdad, el mejor de los hermanos, pero nunca conseguiré hacerle comprender hasta dónde puede llegar”, dijo Marissa en tono de disculpa, (me había percatado de la reprimenda que le echó mientras retirábamos los bártulos del barco). “Se preocupa mucho por mí, aunque no he logrado jamás que me comprenda. No le gusta que me arriesgue. Es el último vestigio del pasado familiar, imagino, en el que las mujeres, por lo que se ve, no gozaban de ningún tipo de independencia. Pero si no me arriesgara, no me sentiría viva”. Me sonrió, con una expresión de camaradería a la vez dulce e indescifrable y se acurrucó entre mis brazos.

¿Qué significaré para esta increíble mujer? Siempre que le pregunto lo que piensa de mí, evade la respuesta. Seguro que vuelve al campamento forestal, sigue viviendo y durmiendo con Everett, como antes; y mientras tanto, pasa conmigo una parte, cada vez mayor, de su tiempo libre.

Todavía continúa burlándose cariñosamente de mí y corrigiendo mis pequeños errores ecológicos (como despilfarrar el agua y la electricidad), como si ella fuera una persona altamente avanzada y yo un patán que no consigue acoplarse del todo a la vida civilizada.

A veces, cuando hablo sobre lo que pienso de los ecotopianos o de ella, se queda mirándome inmóvil y con gran atención. El otro día le comenté la forma en que mantienen la mirada durante largos minutos o las casi

irreprimibles sensaciones que esto me produce. “¿Qué tipo de sensaciones?”, me preguntó. “Un gran nerviosismo, el deseo de librarme, de retirar la vista”. “¿Y si te sobrepones a tu nerviosismo y sostienes la mirada?” (Todo esto, naturalmente, con sus grandes y oscuros ojos clavados en los míos). “Entonces me invade, creo, una gran ternura, un deseo de contacto, el miedo de echarme a llorar”. “¡Qué persona más extraña eres!, ¡pues échate a llorar! “Me apretó entre sus brazos durante un largo rato. Me sentí obligado a explicarle. “¿Eso no se puede hacer en nuestro país! Aunque quizás tú me podrías enseñar. No tengo por qué controlarme aquí, contigo”. “De acuerdo”, dijo con una ligera expresión de extrañeza en los ojos. ¿No seré para ella un “Misterioso Extranjero”, exótico a pesar de sí mismo?

XII. RETORNO AL SALVAJISMO: LA CARA OSCURA DE ECOTOPÍA

Marshall-by-the-Bay, 24 de Mayo, 1999

Después de múltiples negociaciones he conseguido observar de cerca esa costumbre abominable que ha inspirado tanto horror en las naciones civilizadas. Los juegos de guerra rituales. Llegué ayer y soy, según creo, el primer americano que asiste a tan escalofriante espectáculo. Mis compañeros y yo nos levantamos antes del alba para tomar el tren que nos conduciría a Marshall, ciudad situada al norte de San Francisco. Desde la estación, un paseo de 20 minutos (que nos hizo pasar junto a dos de las pequeñas capillitas, hechas por manos aficionadas, que salpican el paisaje ecotopiano) nos condujo hasta una colina desde la que se podía dominar un vasto y ondulado valle con un riachuelo que lo atravesaba hasta el cenagoso borde del agua.

Cuando llegamos, los preparativos del combate estaban ya avanzados. Se habían formado dos grupos de jóvenes, uno en cada lado del río. Eran, quizás, veinticinco en cada bando. Cada grupo había preparado una gran hoguera y vertido en un caldero no sé qué brebaje –probablemente un estimulante para que los combatientes pudieran superar el miedo. Cada hombre (de edades que variaban entre los 16 y 30 años), iba provisto de una larga y peligrosa lanza con una punta de piedra negra muy afilada y se pintaba afanosamente de colores, con motivos primitivos y violentos.

Después de un rato, cuando ya se habían congregado unos cuantos centenares de espectadores, se dio la señal con un golpe de gong. Se hizo un gran silencio entre los espectadores. Los “guerreros” se dispersaron por las dos orillas, dejando una distancia entre cada uno de ellos similar a la longitud de una lanza. Uno de los grupos, que parecía más agresivo, comenzó a entonar un canto de guerra que aunque sonaba un tanto sanguinario, me recordaba ligeramente a los himnos que se tocan en nuestros estadios. Pareció como si el otro grupo vacilara y se retirara un poco del agua, lo que aprovecharon los del bando más agresivo para atravesar el río y, blandiendo sus lanzas, lanzarse sobre el “enemigo”.

Este, lejos de dejarse dominar por el pánico, se organizó para la defensa. Cada vez que alguno de sus componentes tenía que hacer frente a un ataque especialmente duro, sus

vecinos venían en su ayuda, lanza en ristre y dando gritos; y esta táctica de combate, flexible y fluida, prevaleció durante toda la reyerta. De cuando en cuando, un bando se reagrupaba, lanzándose contra el otro. Pero estos ataques eran siempre rechazados rápidamente, no sin que a veces faltara poco para que alguno se las viera con las puntiagudas cuchillas de obsidiana.

Las cosas continuaron así durante una media hora; los gritos brotaban de todas las gargantas y la excitación de la muchedumbre aumentaba por momentos –de vez en cuando, los guerreros regresaban hasta donde estaban los calderos para refrescarse. Súbitamente, se oyó un alarido procedente de uno de los extremos de la línea de combate. En ese momento yo no estaba mirando hacia allí, por lo que no pude ver como se produjo el golpe fatal, pero me dijeron más tarde que uno de los guerreros se había resbalado en la hierba durante un asalto, lo que alguno de sus adversarios aprovechó para atravesarle el hombro con la lanza.

Al instante cesaron, como por encanto, las hostilidades. Las dos tribus regresaron a su posición inicial. Los miembros del grupo “victorioso” estaban eufóricos y se felicitaban y abrazaban con alegría, mientras que los “perdedores” se mostraban abatidos. Se destacaron algunos médicos de entre los espectadores, dirigiéndose al herido para examinarle. Había perdido mucha sangre, pero, según creí comprender por los comentarios que oía a mi alrededor, a pesar de su desagradable herida, la víctima no corría peligro

grave. Los vencedores iniciaron, entonces, una danza para celebrar su victoria. Sus partidarios descendían por la colina para unirse a ellos, al ritmo de la música que acababa de comenzar. Todos bebían de los calderos, en una atmósfera de intenso júbilo. Los guerreros más valerosos del equipo victorioso desaparecían por entre los arbustos llevando algunas mujeres con ellos, mientras que, en el lado de los vencidos, no se oían más que llantos y lamentos. Al cabo de un rato se encendieron de nuevo las hogueras y, con la llegada de las vituallas, comenzó a celebrarse un festín en el campo de los vencedores. Estos ofrecían con gran magnanimidad alimentos a los derrotados, quienes aceptaban respetuosamente.

Alguien dijo que una ambulancia, que se encontraba estacionada cerca mientras duró el combate, no tardaría en llevarse al herido (ya provisto de un soberbio vendaje) por lo que me apresuré a acercarme a él con objeto de intercambiar algunas palabras. Estaba tendido sobre una camilla de tela roja con una cruz blanca en el centro. Su cuerpo, sujeto por las muñecas y los tobillos con correas, había sido puesto, de forma bastante impresionante, en la posición de los crucificados y algunas mujeres, inclinadas sobre él, le hablaban dulcemente, enjugándole la frente de cuando en cuando con un paño húmedo.

“¡Dios mío, como debes sufrir!”, gritaba una. “He cumplido con mi obligación de hombre”, replicó en un tono muy de circunstancias, “¡Tu pobre cuerpo está herido!, ¡podrías

haber muerto!”, dijeron las mujeres. “No penséis en mí, pensad en nuestra familia: yo sufro por ella”. “¡Todos sufrimos!”

Al oír esto, el joven las miró casi con compasión. “Ya ha terminado todo”, dijo suavemente y cerró los ojos. Creí por un momento, por el tono empleado, que los médicos se habían equivocado y que se estaba muriendo. Pero esto no era, al parecer, más que la señal convenida para que las mujeres se retiraran, ya que apenas desaparecieron, abrió de nuevo los ojos y se puso a mirar con aire de estar bastante alegre y animado.

Aproveché para acercarme a él. “¿Cómo se siente?” “Me siento como un hombre”, replicó de nuevo en tono de circunstancias. “He sobrevivido una vez más”. “¿Querría usted decirme por qué combatían?” “Era una lucha de nosotros contra ellos, para ver, naturalmente, quién ganaba”. “¿Sólo por eso?”

Me lanzó una mirada de extrañeza. “También para ponernos a prueba –¿es qué no puede imaginarse lo maravilloso que es sentir miedo y ser capaz de superarlo?” “¿Lo haría de nuevo?” “Claro que sí. Está ya previsto; mantendremos un nuevo combate probablemente en la segunda luna llena a contar desde hoy. ¿Es usted forastero?”

“Soy un periodista americano”, dije y estoy realizando un reportaje. ¿Puedo hacerle una foto?” Y saqué mi cámara sin

esperar que opusiera la menor resistencia, pero el joven replicó airadamente: “¡No! De ninguna manera! ¿Cómo puede usted comportarse con tan poca delicadeza?” Y todos los que se encontraban lo suficientemente cerca para oírle, se volvieron hacia mí con aire amenazador.

“Perdone usted”, le dije al darme cuenta de que acababa de cometer una espantosa torpeza. Y guardé la cámara a toda velocidad (supe más tarde que los ecotopianos ven en la fotografía algo maléfico; según ellos, hacer una fotografía es intentar inmovilizar el tiempo, engañar a la biología y desafiar al cambio y a la muerte –algo que, en las circunstancias en que nos encontrábamos, habría estado particularmente fuera de tono). Los ecotopianos que había a mi alrededor no se conformaban con dejar las cosas así. Uno de ellos, creo que de los más mayores, me pidió que me sentara a su lado y después de ofrecirme una empanadilla de carne, se dispuso a explicarme el significado de los juegos guerreros que acababa de presenciar.

“Los ecotopianos”, comenzó, “han considerado siempre la antropología como una ciencia de considerable utilidad práctica. Es por esto que, después de la Independencia, decidieron empezar a experimentar en la vida real ciertas hipótesis antropológicas. No sin gran oposición se autorizó legalmente algo tan radical como son los juegos de guerra rituales, a pesar de toda la astucia desplegada por los mejores juristas del país. Pero sus defensores habían persistido en su empeño, convencidos como estaban de la

necesidad de instaurar algún cauce para dar expresión al espíritu de competitividad física que parecía ser inherente a la naturaleza humana y que, de otra forma, se manifestaría de forma brutal, como en las guerras.

Los ecotopianos esperan no verse jamás obligados a hacer una guerra; saben muy bien la terrible destrucción que traería consigo. Pero, por otra parte, les parece indiscutible que el hombre no está hecho para llevar una vida apacible y rutinaria.

Los jóvenes, en particular, necesitan una oportunidad de combatir con “los otros”, de atacar y de huir, de probar su camaradería, de hacer uso de su fuerza y de sus reflejos, de descargar la adrenalina, de ser valiente y de ser cobarde. “En América”, comentó mi interlocutor con una sonrisa maliciosa, “cumplís los mismos objetivos con las guerras y los automóviles. Gracias a ellos satisfacéis vuestra competitividad y dais rienda suelta a la agresividad, arriesgando vuestras vidas y amenazando las de los demás. Tenéis, además, el fútbol profesional. Pero no es más que un espectáculo y los jugadores no disponen de armas mortales. Aunque debo reconocer que extrajimos de este deporte algunas de nuestras ideas”.

Mi interlocutor continuó explicándome que los juegos de guerra rituales de Ecotopía no ocasionan, en realidad, más que un número muy limitado de muertes (alrededor de unos 50 jóvenes al año) en comparación con las 75.000

defunciones anuales que se producen en nuestras autopistas y con los muertos de nuestras guerras, que tienden a ser unos 5.000 por año.

Dicho sea de paso, al parecer las mujeres no participan jamás en los combates; “pero antes de que nuestras feministas militantes se percaten de ello, habría que precisar que el hecho de reservar estos juegos a los hombres obedeció al principio de complementaridad hombre–mujer deseado por el Partido de la Supervivencia y a que los ecotopianos prefieren que la competitividad de las mujeres se despliegue en otros terrenos: la lucha por el poder político, la organización del trabajo (actividad en la que la mujer tiene la reputación de destacar sobre los hombres), la rivalidad en el ejercicio de la autoridad “paterna”, etc.”

Esta es la causa de que sean en su mayoría hombres jóvenes los que toman parte en los juegos de guerra rituales. Los encuentros se efectúan principalmente entre grupos vecinos, un poco como en el caso de nuestras competiciones de atletismo entre facultades, pero en menor escala. El juego de hoy, por ejemplo, enfrentó a dos comunas que ocupan territorios colindantes. Una de ellas cría ovejas para la producción de lana y vacas lecheras; la otra “cultiva” ostras en un estuario de la bahía. Por lo visto, en las ciudades los combates se hacen entre municipios o grupos profesionales –fábrica contra fábrica, almacén contra almacén, como ocurre con nuestros equipos industriales de bolos. Sólo que aquí no hay campeonatos, ni banderas, ni

nada parecido. Cada combate es un acontecimiento que se basta a sí mismo y que acaba en sí mismo.

“¿Qué significa la cruz?”, pregunté.

“Mire usted Ecotopía disponía en su nacimiento de toda una herencia judeocristiana”, fue la respuesta. “Nos quedamos con lo mejor y todavía hoy encontrará muchas expresiones de ello en nuestra cultura. En este caso particular, el joven ofrece su sufrimiento a su familia y su “tribu”. Tenemos cantidad de poemas y de piezas de música que se centran en este sufrimiento, así como en la valentía y la heroicidad. Hay, también, una pequeña ceremonia para el momento en que el herido sale del hospital. Adivine como la llamamos: la resurrección. El herido se pone en pie y anda”.

Estos espantosos espectáculos, en el curso de los cuales vigorosos jóvenes se intentan matar unos a otros, constituyen, eso está claro, ritos semi-religiosos y están lejos de haber sido instituidos a la ligera, pese a lo que nosotros, los americanos, podamos pensar. De hecho, tienen con seguridad un antecedente en las corridas de toros, los partidos de fútbol, la misa o las guerras rituales entre tribus salvajes. Pero su violencia sin sentido, la sangre vertida sin justificación posible, mancharán gravemente el nombre de Ecotopía ante los ojos de las naciones civilizadas.

25 de Mayo1999

¡Esta mujer es un demonio! Los juegos de guerra le apasionan. Permaneció sentada a mi lado durante la pelea, explicándome en voz baja presa de una gran excitación. Después, se precipitó hacia el caldero, bebió un tazón enorme, lanzó a su alrededor una provocativa mirada y no manifestó ninguna resistencia cuando uno de los vencedores se dirigió hacia ella y tras hacerle alguna proposición, se la llevó en brazos. (Pesa unos 60 kilos, según me dijo en una ocasión, pero eso no pareció asustar al tío). Ella no echó ni una mirada en mi dirección.

Al cabo de bastante rato, mientras estábamos comiendo, se unió a nosotros tan tranquila, congestionada y sudorosa, Hizo como si no se diera cuenta de mi evidente mal humor. Más tarde, cuando volvíamos al hotel Marshall, apenas se tenía sobre las piernas; la tiré sobre la cama con una cierta rudeza y sin dejar que se levantara, prácticamente la violé. Se diría que era eso lo que esperaba. Al principio, me sentí de una forma extraña, confundido entre el odio y el deseo, pero pronto todo se fundió en un apasionado abrazo –ella me recibió con cariño y yo la acepté tal como es, enteramente. Me gusta su libertad, incluso cuando ésta me hace sufrir.

Justo antes de despertarme y escribir mi artículo sobre los juegos de guerra, tuve una pesadilla horrorosa. Me encontraba preparado para el combate, mi cuerpo pintado de colores guerreros, aceitoso, brillante, soberbio –me sentía lleno de vitalidad, de fuerza. Las mujeres me sonreían y yo deseaba hacer el amor con todas ellas. Entonces sonó el gong; sus vibraciones repercutieron en mi cabeza y el pánico me invadió. Agarré la lanza con todas mis fuerzas y corrí al ataque con mis compañeros. Pero apenas llegamos a la línea de combate y comenzamos a esquivar los golpes y a blandir las lanzas, se volvieron hacia mí y mirándome con extrañeza se percataron de que yo no era uno de ellos. Una violenta desesperación me invadió, pues sabía que eso significaba que no lucharían por mí: no formo parte de su tribu y estoy allí, solo, expuesto a las lanzas de mis enemigos –mi hora ha llegado...

Me desperté sudando, con las manos apretando con fuerza la lanza de mi sueño. No sé lo que habría dado por estar en mi tranquila casa de Nueva York.

¡Salvajes!

XIII. SUS PLÁSTICOS Y LOS NUESTROS

San Francisco, 25 de Mayo 1999

Sorprendente similitud entre Ecotopía y la América contemporánea: ambas utilizan enormes cantidades de plástico. En un principio, lo tomé como una señal de que, después de todo, nuestros modos de vida no diferían tan drásticamente, pero al realizar una investigación más profunda descubrí que, a pesar de esta aparente similitud, los dos países utilizan el plástico de una forma diametralmente opuesta.

Los plásticos ecotopianos son fabricados enteramente a partir de materias biológicamente vivas (plantas) y no de materias fósiles (petróleo y carbón), como ocurre con la mayoría de nuestros plásticos. Después de la proclamación de la Independencia se realizó un gran esfuerzo de

investigación en este terreno que todavía prosigue. Según mis informadores, dos eran los objetivos principales: uno, producir a un precio muy bajo los plásticos más variados, ligeros o pesados, rígidos o flexibles, transparentes u opacos y hacerlo utilizando una tecnología no contaminante; el otro, que fueran biodegradables, es decir, susceptibles de descomposición. Retornarían, de esta manera, a los campos bajo la forma de fertilizantes, alimentando a las nuevas cosechas a partir de las cuales serían producidos nuevos plásticos –y así sucesivamente, indefinidamente, en lo que los ecotopianos llaman, con auténtico fervor religioso, “ecosistemas estables”.

Una de las características más interesantes de los plásticos biodegradables es que se destruyen automáticamente al cabo de un cierto tiempo o bajo determinadas condiciones. (Los ecotopianos, con su típica mentalidad biologista, dicen que estos plásticos “mueren” cuando se inicia su proceso de descomposición). Con estos plásticos se hacen envases para cerveza y otros productos alimenticios, materiales de embalaje con apariencia similar al celofán, etc. “Mueren” al cabo de aproximadamente un mes, sobre todo si se exponen a los rayos ultravioletas del sol. He notado que los ecotopianos, tan limpios de ordinario, no sienten ningún escrúpulo en abandonar en el suelo (y pisotear) los envases de cerveza vacíos; no ignoran, en efecto, que algunas semanas más tarde sus restos se habrán descompuesto y mezclado con la tierra. De la misma forma, los dueños de las

casas tiran los materiales de embalaje sobre el compost, sabiendo que se deteriorarán junto con el resto de los residuos, constituyendo, al final, un excelente fertilizante para sus jardines.

Se consagró, por otra parte, mucho tiempo para conseguir producir plásticos más duraderos que pudieran reemplazar al metal, tan escaso a raíz del cierre, en los primeros años, de las explotaciones mineras y fundiciones y de su sustitución por una industria basada en la recuperación de los metales procedentes de la chatarra. Consecuencia curiosa: el país se lanzó a una campaña de alcance nacional para el reciclaje de los cementerios de automóviles que afeaban el paisaje ecotopiano tanto como en América. Estos montones de chatarra, antes sin valor, llegaron a alcanzar precios fabulosos; se iba a buscarla al lecho de los ríos, a los solares vacíos, a los hangares abandonados y, sobre todo, a los vertederos que les estaban destinados. En una campaña paralela, varios billones de botes de cerveza y bebidas gaseosas fueron recuperados y reciclados.

Estos plásticos de larga duración, con los que se hacen las carrocerías de los microbuses, las “casas móviles”, monedas, botellas y toda clase de utensilios mecánicos, tienen una estructura molecular análoga a la de nuestros plásticos y son prácticamente imposibles de descomponer en circunstancias ordinarias –en particular, mientras no estén en contacto con la tierra. Sin embargo y por medio de procedimientos químicos descubiertos y mantenidos en

secreto hasta el momento por científicos ecotopianos, sus moléculas se hallan dotadas de “cerraduras” que no pueden ser abiertas más que por ciertos microorganismos contenidos en la tierra. Una vez abiertas, la estructura se descompone con rapidez.

Gracias a este sistema tan misterioso e ingenioso, todo objeto de plástico, aun de grandes dimensiones, es susceptible de descomposición si se le deja largo tiempo en contacto con la tierra húmeda. No obstante, cuando un objeto debe ser reciclado, se corta generalmente en pedazos fáciles de manejar y se deposita en un “biocubo”, enormes recipientes con una mezcla especial de tierra donde los microorganismos del suelo encuentran un medio propicio para su desarrollo. Cuando llega el momento, el plástico así descompuesto es deshidratado y convertido en barro, tras lo cual, se devuelve a la tierra (es en estos biocubos donde se vierte el contenido de todos los recipientes de reciclaje marcados con la letra P).

Sean cuales sean sus ventajas, estos plásticos están lejos de ser apreciados por todos los ecotopianos, especialmente por aquellos que aman la madera. Se reconoce, sin embargo, que al ser moldeables, los plásticos son susceptibles de adoptar formas que la madera nunca puede adquirir y que suelen ser más sólidos, flexibles y con frecuencia, duraderos. Pero los partidarios más intransigentes del régimen se niegan rotundamente a todo tipo de utilización del plástico, alegando que es un material artificial y que, como tal, no

tiene cabida en una sociedad regida por las leyes de la ecología. Estos puristas no viven más que en casas de madera y no utilizan más recipientes que las cajas de madera, bolsas de cuerda, cestas de paja trenzada y pucheros de arcilla. Por su parte, los defensores de los plásticos disponen de argumentos económicos de peso y han conseguido fabricar con cierto éxito algunos cuyo aspecto y tacto apenas se asemejan, me parece a mí, a los de tal material.

No obstante, tengo la impresión de que pese a los éxitos conseguidos por los científicos ecotopianos en la obtención del plástico, el porvenir podría muy bien pertenecer a los puristas, ya que tanto en este dominio como en muchos otros hay una fuerte propensión en Ecotopía a renunciar a las facilidades de la Tecnología moderna, por muy inofensiva que sea, en favor de un retorno poético, pero costoso, a eso que los ecologistas intransigentes llaman la “naturaleza”.

26 de Mayo 1999

Fuerte discusión con Bert a propósito de los juegos de guerra rituales, en realidad, no por los juegos en sí, sino porque no le consulté antes de escribir mi artículo, como le había dicho que haría. “¿Haces siempre las cosas solo, sin

consultarlas con nadie?”, me dijo furioso. “¿No has pensado nunca que te arriesgas a olvidar algún detalle importante? ¿Es que no conoces el valor del trabajo colectivo?” “Oye”, dije tratando de defenderme, “corría prisa y tú no andabas por allí, además... Me cortó en seco, “vete a la mierda con tus excusas. Me había ofrecido a trabajar contigo como un hermano. ¿No te parece importante? No sabes lo competitivo e insolente que me pareces”. Estaba muy enfadado y yo muy incómodo de notar que tenía razón –había desperdiciado una ocasión preciosa. Discutimos un buen rato y yo le dije que lo sentía, pero hará falta tiempo para que recuperemos nuestra comunicación de nuevo. Esto me entristece más de lo que nunca habría pensado: habíamos llegado a ser auténticos amigos.

Estoy añorando en este viaje a los críos más de lo habitual y no sé por qué... Bien sabe Dios lo abandonados que les tengo cuando estoy cerca de ellos –renuncio a mis fines de semana con ellos en cuanto encuentro la más mínima excusa y después intento arreglarlo con regalos. (No les he comprado nada en Ecotopía; en realidad, no hay nada aquí que valga la pena llevar. Mejor dicho, hay muchas cosas, pero nada que pueda ser comprado o transportado). Creo que me gustaría tenerlos aquí, conmigo, que vieran lo que yo estoy viendo, que conocieran a la gente que estoy conociendo. ¿Qué pensarían de Marissa? Ella no tardaría en conocerles, descubriría enseguida su faceta de niños malcriados (¡con ella los caprichos no servirían de nada!).

Ellos la respetarían y amarían. Fay me dijo una vez, cuando iba a cumplir los seis años, que no se fiaba de Francine. Marissa inspira confianza fácilmente. Pero ella nunca pretende que eso no comporte riesgos...

Esta mañana tuve una conversación con Kenny, un chaval que vive en el Cove. Su madre se ha marchado fuera una semana y le pregunté si se sentía solo sin ella. “¿Por qué habría de sentirme sólo? Todos los demás están aquí”. De súbito, me puse triste de pensar en mis hijos viviendo tan lejos de mí, una vida al fin y al cabo peligrosa y con trazas de serlo cada día más. No pienso solamente en los criminales y maniáticos que andan sueltos por todas partes, sino también en el hecho de que los hijos de nuestros hijos estarán, tanto o más que nosotros, envenenados por la atmósfera contaminada de nuestras ciudades (¡a menos que Nueva York y Tokyo consigan producir una raza de mutantes capaces de respirar monóxido de carbono!).

¿Cómo sería su vida si hubieran nacido en Ecotopía? Ni clases de ballet, ni grandes coches familiares, ni expediciones de compras a los grandes almacenes. Un trabajo de adulto en los jardines, las tiendas y las escuelas. Una familia “tumultuosa” de una docena de personas por lo menos, en el seno de la cual vivirían, en una atmósfera sexualizada, experiencias que les harían más pronto adultos –adultos en el amplio sentido de la palabra, eso sí, aunque creo que es algo que me daría miedo (querría que se sintieran protegidos). Sería un mundo más real que el de Nueva York,

debo admitirlo, con relaciones humanas más verdaderas) un mayor contacto con los procesos básicos de la naturaleza. ¡Qué cambio más increíble en su existencia! Pero ¿cómo saber si sería beneficioso?

Algunas notas sueltas que no sé en qué artículo meter:

Ya he descubierto lo que son esa especie de trajes de submarinista. La gente de aquí los llaman “trajes de pájaro” y a menudo bordan pájaros en ellos; los denominan también “uniplumas”. No son uniformes, sino nuevos tipos de vestido. No son del agrado de muchos ecotopianos, a pesar de sus excelentes cualidades. (¡Se llaman “trajes pájaro” porque por lo visto cubren tan bien el cuerpo como el plumaje de estos animales). Están hechos de una combinación nueva de fibras; la cosa no está clara, unos dicen que de keratina (huesos, pezuñas, pelo), otros que de fibras de madera. Lo único que puedo asegurar es que la capa interna es un tejido grueso y esponjoso (tiene un espesor de un cuarto de pulgada). Se les atribuyen propiedades casi mágicas: cuando llueve, las fibras de algodón que forman la capa exterior se hinchan y el tejido se vuelve tan tupido que la lluvia no puede penetrar en él; cuando hace calor, las fibras de la capa interna se esponjan y al retener menos aire, permiten que el calor del cuerpo salga al exterior con más rapidez; cuando

hace frío, por el contrario, se comprimen, retienen más aire y mantienen el calor del cuerpo. (Es por esto, obviamente, por lo que estos trajes deben ir totalmente ceñidos al cuerpo). Hay, todavía, una tercera capa muy suave en la parte de dentro, para que el tejido tenga un tacto agradable a la piel. Me los he probado y he comprado dos para llevármelos a mi país –¡aunque no me imagino paseando de esta guisa por las calles de Nueva York! Será interesante observar que resultado tienen con nuestras temperaturas bajo cero –eso sí, tendré la precaución de llevarme un abrigo.

“Medios de locomoción preventivos”. Así es como el doctor Jake, un hombre optimista e irónico, primo de Marissa, llama a las bicicletas. Según él, cada caso de crisis cardíaca cuesta al sistema médico, a la “familia” y al grupo profesional algo así como uno o dos años de salario. Evitar el que una crisis se produzca es economizar lo suficiente para pagar 500 bicicletas Provo de uso gratuito. Aparte de esto, pretende que la bicicleta es, desde un punto de vista estético, muy bella ya que es el más eficaz de los medios de locomoción (si se considera la cantidad de energía calorífica consumida por persona y milla) jamás inventado para el desplazamiento de la gente de un punto a otro –incluso los grandes aviones Jumbo Consumen, según él, más energía que las bicis. (Me miró por encima con aire profesional y me dijo que, para ser americano, no estaba en demasiada baja forma. “Algunas semanas más aquí y te sentirás nuevo. La alimentación, el aire, el recuperar el contacto con lo que verdaderamente

eres". "¿Qué quieres decir?" "Quiero decir cuando te sientas, como nosotros, animal, una criatura más de las que pueblan la Tierra. Ya verás cómo estás más cómodo que llevando el tipo de vida que llevas ahora". "Ya te contaré como me va", le dije).

Nota sobre el comercio exterior: el caucho natural procede de Vietnam e Indonesia. Los plásticos y las máquinas utilizadas en su fabricación constituyen, al parecer, las exportaciones más importantes. Algunos dispositivos electrónicos son importados del Japón. Los libros, discos, videodiscos, músicos y actores vienen de todo el mundo –excepto de los Estados Unidos! ¿Cómo es posible?

La otra noche me pasó algo curioso. Bert se puso a ridiculizar el viejo eslogan de la firma Dupont: Las mejores cosas para una vida mejor mediante la química. "¿Y qué quería decir?", proclamó, "el nylon, el orlón y la prostitución absoluta del estado de Delaware. Es la biología a la que nos tenemos que remitir para una vida mejor. No pensamos en términos de "cosas", las cosas no existen, sólo hay sistemas". Por vez primera este tipo de afirmación no me resultó totalmente abstrusa. Me pareció que lo que Bert decía también se aplicaba a mí: yo estoy integrado en un conjunto de sistemas; nadie, ni siquiera yo, puede considerarse como una cosa individualizable. (Esta toma de conciencia vino acompañada de una especie de sensación de zambullida no del todo desagradable. ¿Mmmm...?).

Estos tíos son intolerablemente pedantes; un imberbe de 20 años me salta: “¡Pero si el automóvil es un armatoste del siglo XIX! ¿Por qué os aferráis a él de esa manera?” Y a pesar de todo los ecotopianos siguen siendo muy americanos en muchas cosas. Con una curiosa influencia francesa –por ejemplo, los horarios de sus trenes y las listas de precios son de una rigurosa precisión. ¿Es qué quizás este rigor intelectual les es necesario para contrarrestar la ausencia de normas que caracteriza su vida personal?

El dinero: casi solté la carcajada la primera vez que vi uno de sus billetes. Pero ahora que han pasado tres semanas me resultan más agradables a la vista que los dólares que quedan en mi cartera. Tienen un aspecto muy romántico: con escenas tipo Rousseau, vegetación abundante, casi tropical, animales extraños y plantas maravillosas. Nada de retratos de celebridades ecotopianas –cuando les pregunté por qué, la gente se reía. Tal vez haya que ver en ello una consecuencia de su forma de tratar el dinero: como algo útil pero no demasiado importante –cogen los billetes y los enrollan; luego se los tiran entre ellos como si fueran pelotas; no he visto tratar así el dinero más que a los jugadores empedernidos.

Las viviendas: pocas veces se ven en las casas ecotopianas muebles comprados en tiendas. O bien ponen los colchones directamente sobre el suelo o se fabrican unas inmensas camas de tablones de aspecto casi bárbaro, como debían de ser las de los antiguos vikingos; hay también casas sin

camas, sólo hamacas enrollables que se despliegan por la noche, al estilo japonés. ¡Pero algo que no se ve jamás son las camas convencionales con sus somieres y sus colchones de muelles!

Ya he visitado un buen número de “familias” ecotopianas y sigo asombrándome de la calma que reina en sus casas. Después de la Independencia se esforzaron, me han dicho, en eliminar el ruido al máximo y se trabajó mucho para conseguir máquinas y accesorios prácticamente silenciosos. Los frigoríficos, por ejemplo, que en Estados Unidos acompañan nuestra vida cotidiana con sus vibraciones y gruñidos, no hacen aquí ningún ruido y funcionan con el metano de la fosa séptica de la casa (sistema muy simple, sin descongelación automática pero que, según mis informadores, consume muchísima menos energía). Los coches, el origen de la mayor parte de los ruidos que reinan en nuestras ciudades, han sido suprimidos, como es evidente. Las lavadoras y secadoras de ropa, que no han conseguido hacerse totalmente silenciosas, están instaladas fuera de las casas, en pequeñas casetas aisladas. Los lavaplatos, tal vez nuestros aparatos más antipáticos, no se fabrican.

Si consiguiera acostumbrarme a esta tranquilidad, tal vez encontraría placer en no oír más que los ruidos naturales: el viento, la música procedente de las casas vecinas, los pasos, los llantos de los bebés...

¿Podré escribir alguna vez en el campamento forestal? Cuando estoy allí los amigos de Marissa se meten conmigo porque no colaboro en su trabajo. Marissa misma, aunque comprende mi situación, piensa que debería participar más. Me quedé estupefacto al saber que había contado un montón de cosas a los miembros de su “familia” sobre nuestras relaciones. Furioso, le espeté, “¿Es qué no tienes el más mínimo sentido de la privacidad?” Me respondió en el mismo tono, “¿De qué hablas? Esta gente vive conmigo y me aprecia. ¡Es normal que quiera saber lo que me pasa! Y por eso se lo cuento. Me dan consejos, observo sus reacciones, me miran y me veo a través de ellos igual que a través mío”. “No me gusta, de todas formas. Me podrías haber dicho por lo menos que ibas a hablar sobre este tema”. Más furiosa todavía: “Oye, ¿es qué te avergüenzas de nuestras relaciones? ¿Qué tiene de terrible hablar de ellas?”

Finalmente, nos reconciamos. Empecé a darme cuenta de que la necesidad que siento de guardar mis historias amorosas para mí solo es un poco excesiva y creo que conseguí que Marissa comprendiera lo poco habitual que es para mí su forma de comportarse. Ella parte siempre del principio de que soy perfectamente adaptable. Esa actitud me mortifica –aunque siento un gran placer cada vez que consigo acoplarme a algo, por ejemplo, cuando recibo felicitaciones por un trabajo bien hecho o al descubrir algún avance en mis relaciones interpersonales.

Siento unas ganas enormes de pasar más tiempo junto a

Marissa, pero casi todas mis fuentes de información están en la ciudad. Es verdaderamente difícil hablar con ella y ver su imagen en el videófono sin poder tocarla. Pero no le va a ser posible venir durante una pequeña temporada. A lo mejor me marchó para allá esta tarde, aunque sólo sea para una noche.

Tengo la impresión de que debe ser bastante angustioso vivir en íntimo contacto con la tierra, como los ecotopianos.

No estoy muy seguro de cómo me las arreglaría. Sus pequeños relicarios no son simplemente la expresión de su devoción hacia la naturaleza, ahora me doy cuenta. He visto incluso uno que conmemora un asesinato célebre (y que supongo, habrá alcanzado la dimensión de mito –un poco, creo, como pasó en Tombstone, Arizona), pero la mayor parte están dedicadas a los espíritus que, se dice, presidieron los acontecimientos felices (o, a veces, desgraciados, como la muerte de un niño). Algunos no son apenas otra cosa que poemas grabados en trozos de madera que no tardarán en deteriorarse –pero el hecho de que sean perecederos forma, evidentemente, parte de la tradición. “Son como varas de maíz secas”, me dijo una jovencita, “duran un cierto tiempo para mostrarnos que hubo algo allí y después desaparecen para dar paso a los frutos de la nueva estación”.

De todos los que he visto hasta ahora, el que más me ha gustado ha sido un bonito laberinto hecho de conchas de ostra, que está colocado en una colina mirando hacia el mar.

En el centro, una inscripción, sobre un trozo de madera sacado del océano:

*Sol, te hemos visto ocultarte desde aquí.
Como si fuera la última vez que te veíamos.
Gracias por darnos la mañana.*

XIV. LAS MUJERES EN EL PODER: POLITICOS, SEXO Y LEYES EN ECOTOPÍA

San Francisco, 27 de Mayo 1999

Todo el mundo sabe, por supuesto, que el Jefe del Estado ecotopiano es una mujer, Vera Allwen. Pero casi todos los americanos ignoran que el Partido de la Supervivencia está dirigido y dominado por mujeres y que esta organización jugó un papel clave en la lucha por la Independencia.

Los miembros del Partido de la Supervivencia son, en su mayoría, mujeres, aunque hay también un considerable número de hombres, algunos de los cuales gozan de posiciones importantes. No obstante, el espíritu cooperativo que reina en el partido y su política centrada en torno a la biología han tenido su origen fundamentalmente y según se dice, en las actitudes e intereses femeninos; el principal

partido de la oposición, el Partido Progresista, continúa preconizando el individualismo y la productividad, con todo lo que ello comporta, actitud esta típicamente masculina, reaccionaria y destructiva.

En Ecotopía, como en los Estados Unidos, hay una mayoría de mujeres. Según lo que alguno de sus miembros más antiguos me han contado, lo que originó el éxito y la vitalidad del Partido de la Supervivencia fue el reconocimiento no sólo de este hecho, sino también de que las féminas tenían intereses y necesidades distintos a los de los hombres y que estos intereses, salvo algunas excepciones, habían sido ignorados durante los doscientos años de existencia de los Estados Unidos. “Dos siglos bajo semejante régimen fueron demasiado”, me dijo una mujer con un cargo muy importante en el Partido.

A causa del descontento engendrado por la tutela de Washington que había sido especialmente intenso en los estados del Oeste hacia el año 1.976 (el escaso entusiasmo observado en la celebración del bicentenario constituye una prueba de ello), fue el Partido de la Supervivencia el que lanzó la idea de que sólo la secesión ofrecería la oportunidad de sobrevivir a largo plazo. Pero para que los habitantes de la futura Ecotopía llegaran a tomar una opción tan aventurada hizo falta, al menos así se cuenta, un arduo combate. En 1.978 casi un tercio de los diputados de la región y una buena parte de los senadores eran mujeres. En sus juntas se redactaron los borradores de muchas de las

medidas que en 1.980 devinieron la base de la política ecotopiana. Pero ¿Cómo poner en práctica estas ideas? ¿Haría falta para ello la secesión? En sus largos y apasionados debates estas y otras preguntas surgían una y otra vez.

Mientras las mujeres luchaban por conseguir que sus opiniones triunfaran, los hombres que se dedicaban a la política no permanecían inactivos. Importantes personalidades masculinas fueron acusadas de preparar un “pucherazo” electoral destinado a reducir a la mitad la representación femenina. Al descubrirse el escándalo se produjo una gran crisis que polarizó a la población. Una tentativa de intervención de Washington en favor de los políticos culpables no hizo más que engendrar una gran oposición hacia todas las medidas tomadas por el gobierno federal, referentes a la polución, los impuestos y muchas otras cosas. El caos duró algunos meses y abocó a una confrontación armada y al nacimiento de comités de trabajadores y ciudadanos, nuevos órganos de gobierno bajo control local que llevaron adelante lo que ahora tanto nosotros como los mismos ecotopianos llamamos la Independencia.

Una vez estabilizada la situación, los candidatos del Partido de la Supervivencia obtuvieron un aplastante triunfo en las elecciones de 1.980. Amparados en esta victoria, pusieron manos a la obra de reestructurar la organización política de los estados y municipios, considerando desfasadas las

estructuras existentes a causa de su desconexión con las estructuras orgánicas de la producción y el consumo, así como intrínsecamente incapaces de asegurar la gestión de los sistemas ecológicos regionales. A raíz de esto, el país fue dividido en cinco regiones urbanas y cuatro rurales y las comunidades locales dotadas de poderes ejecutivos mucho mayores.

El debate nacional entró a continuación en una segunda fase: la polémica está ahora centrada en si la “ecología en un solo país” es factible o si la supervivencia de Ecotopía depende de la adopción, por el resto del mundo, de los principios aquí reinantes. Los radicales, que apoyan la segunda postura son, hasta el momento actual, minoritarios pero, al ser las catástrofes ecológicas cada vez más frecuentes en todas partes, su posición adquiere día a día mayor fuerza.

Consciente de que los americanos se preguntarán con escepticismo cómo puede funcionar un sistema político regido por mujeres, he asistido a numerosas reuniones del Partido de la Supervivencia. A juzgar por lo que he visto, este Partido no se parece en nada a ninguno de los que he conocido hasta ahora. Las reuniones se celebran sin orden del día; se inician con la enumeración en voz alta, por parte de muchos de los participantes, de los “problemas” acuciantes.

A medida que los diferentes temas van siendo abordados

(con mucho buen humor y algunos brotes de discusión), la línea general de la reunión comienza a delimitarse. No hay trámites, ni mociones, ni votos –es, sobre todo, una confrontación gradual de sentimientos, la resolución de ciertos antagonismos personales y la búsqueda en común de tareas a emprender y decisiones a tomar. Una vez conseguido el consenso, se consagra un tiempo a calmar los espíritus de aquellos miembros que han tenido que ceder para que el acuerdo se produzca. Sólo después de este proceso terapéutico se procede a la ratificación formal de las decisiones tomadas –esta etapa es la única que, en las tres horas que aproximadamente dura la reunión, presenta una ligera analogía con la actividad política a la que nosotros estamos habituados. A pesar de ello, debo reconocer que en esas tres horas se resuelven muchísimas cosas: los problemas políticos expuestos encuentran generalmente solución, pero los participantes conceden siempre una gran atención a cosas que a nuestros ojos parecen pertenecer más a la esfera social que a la esfera política. Por otra parte, hay que admitir también que los ecotopianos les encantan estas reuniones y que, desde esta perspectiva, tendríamos mucho que aprender de ellos.

Aunque muchos americanos tienden a pensar que la ley en Ecotopía no existe más que para enmascarar el autoritarismo del régimen, un examen minucioso de la situación revela que ésta funciona aquí según muchos de los principios con que lo hace en nuestro país. Nuestra

Declaración de Derechos figura en la Constitución ecotopiana, pero en su forma original, que hoy nos parecería a muchísimos de nosotros peligrosamente inadecuada. Los ecotopianos, como los americanos, mantienen un ejército de juristas y se ventilan en los tribunales todo tipo de discusiones.

Como es evidente, el contenido de la ley ha sufrido una transformación. Los ecotopianos consideran como graves atentados a la paz pública muchas faltas que, según nosotros, no serían más que delitos secundarios ni tan siquiera merecedores de una multa de la policía o la justicia. La contaminación deliberada del agua o la atmósfera es castigada con duras penas de prisión. Los delitos “sin víctima” como la prostitución, el juego y el consumo de drogas ni siquiera figuran en el Código Penal; no así los desfalcos, el fraude, las estafas y “ladrones de guante blanco” similares que son castigados tan severamente como los asaltos a mano armada o los robos –por cierto, muy raros aquí, tal vez a causa de la intensidad de las relaciones interpersonales y de la imposibilidad de mantener el anonimato. (La gente ecotopiana se interesa mucho por los forasteros, pero no forzosamente por motivos amistosos). Al parecer los tribunales ecotopianos muy raramente imponen multas, ya que prefieren castigar los delitos con penas de prisión, según ellos más igualitarias para los condenados. Espero visitar pronto una cárcel; me han dicho que todos los detenidos trabajan e incluso oí en Estados Unidos rumores

acerca de que ciertas cárceles resultan demasiado parecidas a campos de trabajos forzados.

Hacia los años 70, el gobierno americano inició algunos tímidos intentos de control de la contaminación. Pero la ley económica ecotopiana ha multiplicado las medidas destinadas a imponer a todas las empresas agrícolas e industriales la obligación de mantener el equilibrio biológico mediante el reciclaje. En un principio, se esperaba que la presión de la opinión pública bastaría para persuadir a las industrias de que debían reducir al máximo los perjuicios ecológicos.

Una campaña de información masiva difundió la idea de que la producción de fibras sintéticas requería mucha más electricidad y agua, además de crear una cantidad infinitamente mayor de residuos contaminantes, que la producción de fibras naturales; que hacía falta una gran cantidad de acero y de electricidad para fabricar los motores de alta compresión, así como gasolina de primera calidad, muy costosa, para hacerlos funcionar; que la producción de aluminio no se podía efectuar más que a cambio de un consumo enorme de electricidad; que los productos químicos sintéticos tenían sobre el hombre y su entorno unos efectos muy dañinos, a veces totalmente imprevisibles.

Se experimentaron algunos resultados positivos en los meses que siguieron a la Independencia. Sin embargo, hasta las empresas más recientes creadas por los adeptos al

régimen como reacción a la fuga de capitales, se mostraban reacias a aplicar las medidas antipolución más estrictamente que sus competidores. En cuanto a las tentativas de disuasión mediante multas e impuestos especiales, tampoco resultaron eficaces, ya que las empresas contaminantes se las arreglaban siempre para hacer pagar el pato a los consumidores, que se quejaban no sólo de sufrir las molestias ocasionadas por la contaminación emitida por las industrias, sino de tener que pagar encima los productos a un mayor precio.

Por ello, en 1.981, el Partido de la Supervivencia introdujo un paquete de leyes mediante las cuales se prohibían terminantemente diversos tipos de actividades altamente contaminantes en un proceso de fabricación. Las firmas afectadas fueron, en unos casos, expropiadas y en otros, pasaron a ejercer diferentes tipos de actividades no nocivas, ayudadas por la colectividad mediante un sistema de reparto de los riesgos financieros. Aun contando con tales facilidades, unas cuantas empresas prefirieron dejar de funcionar antes que afrontar tan drásticos cambios.

A pesar de hechos de tanta trascendencia, parece ser que la política ecotopiana en sus comienzos fue más de utilización del aparato estatal existente que de su abolición. Así ocurrió, tras la Independencia, con el personal de los grandes departamentos de la jefatura de construcción de carreteras, que no fue despedido, sino empleado, junto con sus antiguas empresas constructoras, en las obras de

recuperación de los lechos y riberas de los lagos y ríos fatalmente contaminados. En la Ecotopía de esa época, como en los Estados Unidos de ahora, los terrenos de ese tipo estaban primordialmente dedicados a fábricas, almacenes, plantas de aguas residuales, almacenaje de material de ferrocarril, vertederos de basuras y otros usos indeseables. Armada con el censurable poder utilizado en períodos anteriores, según palabras de un ecotopiano, “para hacer el mundo seguro para los coches e imposible para las personas”, la jefatura de carreteras pronto emprendió la tarea de limpiar las riberas de todos los ríos mayores y de muchos de los menores y creó embarcaderos como los del Sena, parques, muelles para pequeñas embarcaciones, playas de césped y arena, etc. En los puntos en que las carreteras habían cubierto los ríos, la calzada sirvió de solar para quioscos, restaurantes, salones de baile y otros entretenimientos, mientras que el cemento sobrante fue recuperado y utilizado en la construcción de aceras. Asimismo, se hicieron senderos para bicicletas, líneas de microbús y apeaderos, con objeto de proporcionar fácil acceso al agua a todos los ciudadanos.

De esta forma, en zonas tales como Puget Sound, los ríos Columbia y Willamette cerca de Portland y la Bahía y el Delta de San Francisco, los cursos de agua se convirtieron en vías de transporte, con abundancia de pequeños taxis de agua y de ferrys de larga distancia. Los ecotopianos son casi tan devotos del agua como lo son de los árboles y navegar a

vela o remar constituye uno de sus pasatiempos favoritos. No creo que haya un ecotopiano que no pase parte de su tiempo pescando, navegando, remando, nadando, chapoteando en el agua o simplemente mirándola. El pájaro nacional, me han dicho, es la garceta, que pasa sus días con las patas sumergidas en los pantanos.

Aunque las medidas tomadas por el Partido de la Supervivencia y el gobierno ecotopiano puedan parecernos extremadas o absurdas, no han sido tan estrictamente aplicadas como muchos sospechan. Por ejemplo, durante el período de construcción de la red nacional de ferrocarriles, las carreteras existentes fueron utilizadas como vías para los autobuses de gran velocidad. A los autobuses de remolque articulados que corrían a 100 millas (160 kms.) la hora se les otorgó el derecho exclusivo de circular por los carriles de la izquierda. La experiencia adquirida con este sistema intermedio fue, dicen, muy útil a la hora de hacer funcionar el sistema ferroviario una vez terminado. Parece, pues, que los ecotopianos son partidarios de cambios lentos y graduales al perseguir los objetivos más extremos. Puede que nosotros estemos en desacuerdo con esos objetivos, pero creo que debemos respetar la manera en que han sido alcanzados.

28 de Mayo 1999

Carta de Francine ayer por la mañana –pasada de contrabando por un contacto que habíamos establecido de antemano en Canadá para casos de emergencia. En cierta forma, fue una conmoción recibirla, no esperaba tener noticias tuyas a menos que sucediera algo grave. Siempre el mismo enloquecimiento de vida: nuevos proyectos para revolucionar el mundo del arte, un grandioso triunfo sexual en una fiesta del cuerpo diplomático –¡su primer embajador! Tal vez me echa de menos –sería una novedad. Pero ella nunca lo admitiría en una carta, ni quizás de otra forma. Latitud máxima: las reglas del juego...

Me fui a una feria ecotopiana. Se celebran, cada vez con mayor frecuencia, en diversos pueblos y ciudades. Esta me sorprendió por su dimensión y perfecta organización. Dura tres días y tiene lugar en la plaza del Ayuntamiento, que aunque parcialmente pavimentada, está recubierta de numerosos árboles que le dan sombra, un pequeño riachuelo y múltiples fuentes; en la plaza hay también unas escalinatas que pertenecen al grandioso y antiguo Ayuntamiento y que sirven de plataforma a los músicos, de escenario a los actores, los mimos e incluso a los juglares. La plaza estaba llena de puestos y quioscos de todo tipo: artesanos, granjeros que llevan sus productos a vender, vendedores de fruta y bebidas, echadores de la fortuna, dibujantes de

retratos, músicos. Adopta la apariencia de una aldea: la gente de los puestos pone tiendas de campana detrás de sus mercancías, que habitan durante el tiempo que dura la feria.

Entre los miles de personas que vagabundean por allí sería incapaz de decir cuántos son compradores potenciales y cuantos nada más que amigos, parientes o hijos de los mercaderes. En cualquier caso, la función económica de la feria no parece ser lo más apremiante. Es, fundamentalmente, una gran fiesta en la que, de paso, se venden cosas o se intercambian mercancías. Proporciona a la gente la oportunidad de ver a los amigos de otras zonas (muchos de los vendedores pertenecen a grupos que viven en el campo, pero que asisten con regularidad a las ferias para vender sus mercancías). En los alrededores hay grupos musicales tocando y por las noches se organizan bailes, a la hora en que parece que se congrega más gente.

No estamos en uno de los cuatro fines de semana del año en los que, según se dice, se impone la permisividad sexual (el equinoccio de invierno tuvo lugar hace un par de meses), pero los comportamientos son, desde luego, mucho más libres que de costumbre. Tal vez como reacción a la enloquecida carta de Francine, agarré una buena borrachera y me lancé temerariamente a la persecución de dos coquetas jovencitas hasta una tienda. Es bueno, a veces, descartar toda idea de "relación seria" y ellas estaban dispuestas a jugar el juego del anonimato. Creo que, gracias a mi herencia de puritanismo, no he hecho el amor nunca con dos mujeres

a la vez (aunque muchas veces habría deseado tener el valor de hacerlo). Las dos chicas parecían encontrar la cosa absolutamente natural y ello lo hizo todo más fácil. Había momentos en que ambas se concentraban en mí y otros en que compartía a una de ellas con la otra. Me dio la impresión de que para ellas el sexo era igual que comer o tal vez caminar –una función biológica agradable, pero sin excesivas implicaciones sentimentales. Muy relajante...

Curiosa nota de delicadeza natural: nunca me excluían de ninguna de las posibles permutaciones y combinaciones ni esperaban de mí el que fuera un mero “voyeur”. Y nada de lo que yo hiciera, aunque fuera un extraño venido de otro país, parecía desconcertarlas: deben tener unos 22 años pero no parecen sorprenderse fácilmente por nada de lo que los hombres hagan.

Fue una noche agotadora y me dejó con una sensación de aturdimiento. Hacia el alba, me vestí y atravesé la ciudad a pie para llegar al Cove, escuchando las sirenas de la niebla y pensando en Marissa. Aunque siento a veces ramalazos de celos por su causa, su comportamiento tras los juegos de guerra y el mío de esta noche presentan un gran paralelismo y creo que en cierta forma son iguales. En cualquier caso, no me siento culpable. Una vez en casa, garrapateé una nota a Francine ofreciéndole la inmunidad diplomática y contándole mi escapada, tras lo cual me quedé dormido. Por la mañana, rompí la nota y me puse otra vez a trabajar.

XV. AUTOGESTIÓN Y CONTROL OBRERO. IMPUESTOS Y EMPLEO EN ECOTOPIA

San Francisco, 28 de Mayo 1999

¿Es la economía ecotopiana socialista? Le planteé esta pregunta a un alto portavoz del gobierno. Le dije que esta era una idea ampliamente difundida en los Estados Unidos de América, pero que, como es obvio, la falta de información a que habíamos estado sometidos en las últimas décadas hacían difícil la lúcida comprensión del tema. Este caballero me ofreció un amable discurso, dejando bien claro que hablaba de lo que para él eran las principales confusiones americanas.

La economía ecotopiana, comenzó, debe ser considerada como la de los Estados Unidos, mixta; pero la diferencia

estriba en que algunos elementos de la mezcla son nuevos y en que, por razones ecológicas y políticas, las proporciones son bastante distintas. No mucho después de la Independencia, me recordó, se produjo una masiva fuga de capitales, análoga a la ocurrida tras la revolución cubana. La mayor parte de las familias con fortuna abandonaron el país para instalarse en Los Ángeles, el Este o a veces en sus propiedades de Francia o Suiza. Indudablemente, admitió, esto deterioró poderosamente la capacidad de gestión de las empresas ecotopianas, aunque el número total de tales refugiados no sumara más que unos cuantos miles, incluidos las mujeres y los niños.

El gobierno ecotopiano, enfrentado a la necesidad de alimentar, proveer de vivienda y vestir a su población, vaciló en un primer momento entre un cauteloso intento de seguir con la gestión de las empresas al viejo estilo y la adopción de un cambio radical hacia métodos nuevos e inexplorados.

Pero al cabo de unos pocos meses de prueba, continuó mi informador, se vio claro que no existía una auténtica elección, ya que los ciudadanos, al ver que los antiguos propietarios se habían marchado, comprendieron que una nueva era se cernía sobre ellos y comenzaron espontáneamente a hacerse cargo de las granjas, fábricas y almacenes. Fue un proceso caótico, pero sobre él pesaba el control de los ayuntamientos y jurisdicciones comarcales. En general, se asumía que aquellos que habían trabajado en cualesquiera que fuese la organización quedaban

convertidos en sus “propietarios” y, como no disponían de otros medios de apoyo, su problema inmediato tras la Independencia consistía en hacer funcionar las cosas más o menos como lo habían hecho sus predecesores. Había, señaló mi interlocutor, algunos ejemplos en los que basarse, y citó las empresas francesas de las que se hicieron cargo los empleados a finales de los años sesenta, además –por supuesto– de las grandes sociedades norteamericanas que pasaron progresivamente a poder de los empleados por medios puramente legales.

La toma del control por parte de los trabajadores dio el tono a la organización de las tareas de producción y distribución de los bienes de primera necesidad; y demostró ser eficaz. Pero pronto ocurrieron cambios económicos más importantes y deliberados; consistieron, especialmente, en la consagración del máximo de dinero y fuerza de trabajo por una parte, al establecimiento de un sistema de equilibrio en la práctica de la agricultura y la depuración de las aguas residuales y, por otra, a la organización técnica y científica de una nueva industria del plástico basada en plásticos de procedencia natural y biodegradables. (El sistema de transportes, que todavía constituye una violación del principio de equilibrio, consumió también entonces gran cantidad de recursos).

Le pregunté sobre la fuente de procedencia de los ingresos que el gobierno destinaba a tan ambiciosos proyectos. Al parecer, el sistema fiscal en vigor antes de la Independencia

fue enteramente abolido. Se promulgaron leyes mediante las cuales se formalizaba la pérdida de la propiedad por parte de los detentadores del capital y se instituía la confiscación de las herencias. (¡En el futuro no se podrían heredar en Ecotopía más que objetos personales!).

Los revolucionarios ecotopianos adoptaron la posición, que todavía parece prevalecer, de que uno de los principales y menos reconocidos defectos del régimen capitalista es que no permite imponer a los detentadores del capital los impuestos que en justicia les corresponderían –la gente económicamente poderosa se las arregla siempre en los gobiernos capitalistas para eludir los impuestos. El nuevo sistema fiscal, del que en la actualidad depende el gobierno ecotopiano, reposa enteramente en lo que nosotros llamaríamos los impuestos de sociedades –es decir, un impuesto sobre las empresas de producción (que, por cierto, incluye a los artesanos individuales). Se basa en parte sobre los beneficios netos, pero también sobre el “volumen de ventas” o ingresos brutos. Como la mayoría de las funciones gubernamentales, la imposición de contribuciones es llevada a cabo por las colectividades locales y sobre todo por los municipios, los cuales delegan muy limitados poderes en las instancias regionales o nacionales.

Según mi interlocutor, el razonamiento que subyace a este sistema es complejo, pero parte del principio de que, por medio del impuesto, el gobierno se apropia de una parte de la producción nacional, que consagra a objetivos

públicamente reconocidos y que, en consecuencia, esta apropiación deberá ser efectuada en lo que se refiere al recurso más apremiante de una forma simple, comprensible, justa y expuesta a la opinión pública. (Las declaraciones de impuestos no son, como en nuestro país, confidenciales).

Durante los últimos años, esta política fiscal se ha completado con leyes que han redefinido el status del trabajador de una forma para nosotros, los americanos, muy drástica. Todo hombre o mujer que trabaje en una empresa ecotopiana debe ser considerado como “socio”, no se puede montar un negocio, ofrecer salarios a los empleados, despedirlos cuando ya no sean necesarios o embolsarse los beneficios de la empresa. Por muy grotesco que pueda parecer, todo ecotopiano que entra en una empresa negocia su contrato de la misma manera a como entre nosotros lo haría un alto ejecutivo. ¡Al igual que estos caballeros preguntan sobre la participación en los beneficios, suscripción de acciones, exenciones fiscales, planes de jubilación, etc., los ecotopianos de la calle preguntan sobre las condiciones de la asociación con la empresa en la que tal vez se incorporen.

No existen en Ecotopía ni los impuestos personales ni las contribuciones sobre las ventas y la propiedad, aunque sí un impuesto sobre suelo rústico que impulsa a la concentración y a la que probablemente se debe el notable aspecto compacto urbano de las ciudades ecotopianas. Hay una

difundida animadversión hacia los demás tipos de impuestos; para ello se alega que son regresivos o que fomentan la división entre la gente –mientras que el impuesto sobre las empresas, soportado como en este caso por los grupos colectivos, es considerado como fomento de la solidaridad. (Esta noción resulta, tal vez, un poco paradójica pues tales grupos compiten entre sí con bastante denuedo).

Los ecotopianos pretenden –aunque es algo extremadamente difícil de comprobar– que no existe clase super–rica en Ecotopía. Reconocen que las personas pertenecientes a ciertas categorías profesionales, como los artistas, científicos y ciertos doctores, perciben unos ingresos ligeramente superiores a los del resto de la población, aunque la política educativa nacional intenta deliberadamente moderar tales diferencias. Se dice que ahora no hay individuos en Ecotopía que alcancen grandes fortunas personales a costa del control de los medios de producción y de la contratación de la fuerza de trabajo de otros hombres. Sin embargo, se producen a veces extrañas anomalías: una empresa puede ofrecer un producto o un servicio singular e inmediatamente originarse una fuerte demanda. Es lo que ocurre, por ejemplo, con los “trajes–pájaro”: se cuenta que los inventores y fabricantes de estos atuendos aislantes tan ingeniosamente concebidos, una treintena de personas originariamente reunidas en un pequeño colectivo de investigación, se encontraron

súbitamente ante el éxito y empezaron a ganar mucho dinero, aunque, en la actualidad, hayan preferido aceptar nuevos socios y reducir su semana de trabajo por debajo de las 20 horas habituales.

¿No ocurre, como es habitual entre nosotros, que los grupos que triunfan de esta manera en sus empresas se sirven de sus ganancias para hacerse con el control de otras empresas o para convertirse en propietarios absentistas, terminando por transformarse en capitalistas? La respuesta a este punto fue compleja; creí comprender que toda inversión directa hecha por una persona o empresa ausente en otra empresa, de modo meramente capitalista, no está permitida. Los beneficios excedentarios, por lo tanto, no pueden ser “invertidos” más que como préstamos al sistema bancario nacional, que, a su vez, presta fondos a las empresas. Este mecanismo, análogo al que los yugoslavos iniciaron en los años setenta, da a la banca, como es obvio, un inmenso poder sobre la economía y ha hecho posibles las inversiones públicas tan sorprendentemente elevadas que han caracterizado al desarrollo ecotopiano, (A lo más que pueden llegar los productores afortunados, como los que lanzaron al mercado los trajes-pájaro, es a tener la oportunidad de retirarse y vivir de los intereses que sus ganancias puedan extraer al banco). Este proceso que requiere, indudablemente, de un minucioso estudio por parte de nuestros economistas; parece contradecir muchas de las declaraciones de descentralización de los

ecotopianos, aun cuando el banco nacional mantiene agencias regionales que, según dicen, gozan de una gran autonomía.

Las empresas ecotopianas mantienen, en general, un comportamiento muy similar al de las empresas capitalistas: compiten entre ellas y luchan por aumentar sus ventas y beneficios al máximo, aunque son frenadas constantemente por toda clase de regulaciones de carácter ecologista.

Sospecho que no son inmunes a una cierta cantidad de supercherías y falsas declaraciones sobre sus productos. Sin embargo, el hecho de que los miembros de una empresa sean al mismo tiempo sus propietarios colectivos (cada uno, un voto) impone ciertos límites inherentes a lo que las empresas hacen. Por ejemplo, no tienden al crecimiento ilimitado, ya que la composición máxima funcional de una firma en propiedad colectiva es de menos de 300 personas –si se sobrepasa esta cifra la empresa se arriesga a caer en estructuras rígidas y burocráticas y pierde tanto la rentabilidad como a sus empleados, que buscarán un medio de trabajo más agradable. “Lo pequeño es hermoso”, me recordó.

Además, las empresas tienden a preocuparse tanto de las condiciones de trabajo como de los beneficios y, en muchos casos, sus miembros preferirán gustosamente aceptar beneficios y salarios menores a cambio de un ritmo de trabajo moderado y de una forma de organización del

trabajo que ofrezca unas mejores relaciones entre la gente que lo hace.

La amenaza de la competencia de otras empresas impone unos ciertos límites a esta laxitud, pero, aun así, ciertos productos ecotopianos no resultan en absoluto competitivos al lado de los productos de las industrias extranjeras de mayor eficacia. Así, la ropa y el calzado que se vende en las urbanizaciones periféricas alcanzan unos precios exorbitantes y se recurre a una reglamentación aduanera draconiana para alejar del mercado los productos asiáticos –el resultado es que numerosos ecotopianos se confeccionan su propia ropa y calzado, lo que ahora ha llegado a ser considerado como una virtud.

Es imposible calcular la carga fiscal relativa de Ecotopía, al no recaer los impuestos más que sobre las empresas. No obstante, como los efectivos militares en Ecotopía son tan pequeños (aproximadamente similares a los del Canadá) y al estar muchas de las funciones del gobierno –para nosotros muy costosa– (tales como la educación) organizadas, cosa curiosa, sobre el principio de la libre empresa, parece cierto que la carga fiscal relativa total es mucho menor que la nuestra. Esto, por supuesto, puede contribuir a explicar por qué la caída en picado del Producto Nacional Bruto a raíz de la Independencia no agitó en mayor medida a la población.

Los ingresos obtenidos mediante los impuestos son utilizados por las colectividades locales para el

mantenimiento de los servicios de reciclaje, vivienda, energía, agua, teléfono, servicios médicos, policía, tribunales y otros. Una participación prorrateada de los recursos fiscales va a parar a los ayuntamientos y al gobierno central, para mantener el funcionamiento de los sistemas de mayor escala, como son los trenes, la defensa, las telecomunicaciones y la mayoría de las fundaciones de investigación.

Algo extraño es que, a pesar de la importancia que los ecotopianos dan a la agricultura y a la vida rural, la constitución ecotopiana está fundamentada en la ciudad, mientras que la nuestra, heredada de una era agrícola, se fundamenta en el campo. Nuestros estados rurales gozan de amplio poder sobre las ciudades (incluso tienen el derecho de dar a éstas existencia legal y de fijar sus límites). Las principales ciudades ecotopianas, sin embargo, dominan en sus regiones mediante la estricta aplicación del principio de una persona–un voto. Además, todos los órganos periféricos del estado a nivel local han sido totalmente suprimidos.

Este curioso sistema entraña inevitablemente un continuo conflicto y suscita envidias en cuanto a la disposición de los recursos fiscales. En lugar de delegar en una poderosa agencia central de recaudación de impuestos (Ministerio de Hacienda) que recoja directamente los ingresos, el Estado central se ve constantemente forzado a adular a los ayuntamientos para asegurarse una afluencia continuada de fondos. Esto explica el que la estructura federal ecotopiana,

que se asemeja superficialmente a los pequeños estados existentes en el capitalismo primitivo, realice casi todas sus inversiones en actividades que indiscutiblemente benefician a todos los ciudadanos absolutamente por igual. El sistema de seguridad social estatal está sorprendentemente poco desarrollado, pero hay que tener en cuenta que los ecotopianos tienen garantizados de por vida ciertos niveles mínimos de comida, vivienda y atención médica. Mientras que algunos ciudadanos, en particular aquellos que buscan nuevas formas de expresión en el arte, se sirven de esta garantía para subsistir sin trabajar en otras actividades (y esto a veces durante años –¡para envidia de nuestros jóvenes artistas!), la mayoría de la gente estima que el mínimo garantizado es demasiado mísero como para vivir de él o desea trabajar para disfrutar de una activa vida social. Los ancianos y minusválidos deben, por supuesto, recurrir a este mínimo para vivir; y aunque su nivel de vida no es muy alto, según he podido observar, es quizás ligeramente superior al de los beneficiarios de la Seguridad Social en nuestro país.

A pesar de las severas críticas hechas por nuestros expertos a la política económica y fiscal ecotopiana, la observación directa no puede más que corroborar las declaraciones de los portavoces ecotopianos, con todo lo mal que ello pueda sentar a algunos: el sistema ha demostrado que funciona y se ha convertido en una parte integrante de la vida del país, y no va a desaparecer.

29 de Mayo 1999

Acabo de releer mi último par de artículos. Me estoy dando cuenta de que mi actitud hacia esta tierra ha cambiado muchísimo en el espacio de tres semanas. (¡Y no creo que solamente a causa de Marissa!). ¿Me estaré volviendo demasiado indulgente en mi forma de escribir? Tal vez no supe en realidad cuales eran los puntos neurálgicos a tratar en mi artículo sobre la economía. ¿O es tal vez que estoy más perdido que un pulpo en un garaje? La experiencia ecotopiana en su conjunto no me pareció al principio más que una ridícula tentativa provinciana de construir una sociedad decente en un mundo que va derecho hacia el hundimiento. ¡Habiendo visto lo que han visto los ojos en otras partes del globo, yo sabía que esto no podía funcionar, que, en definitiva, no sería más que un fraude de uno u otro tipo! Aunque nunca me había creído los rumores que corrían sobre los trabajos forzados, el retorno a la degeneración de la edad de piedra y otras exageraciones por el estilo, creo que me disponía verdaderamente a descubrir que todo esto tenía algún defecto tan tremendo y evidente que me permitiría denunciar el escaso valor de la experiencia; y mis artículos acabarían por documentar con una serie de datos este hecho y conseguirían que todo se desvaneciera...

Pero no está ocurriendo así. De hecho, cuanto más de cerca observo el estilo de vida ecotopiano, más forzado me veo a admitir su fuerza y su belleza. Y esto me deja totalmente desconcertado. Ya no parezco tener una actitud preconcebida al escribir; todo lo que soy capaz de hacer es relatar las distintas escenas individuales tal y como las veo. ¿Significará esto que estoy perdiendo la objetividad? ¿Empezará Max a censurar mis artículos? ¿Significa tal vez que ya no entiendo nada, o por lo menos, que ya no lo hago de la forma en que solía creer que lo hacía?

He venido a ver a Marissa al campamento forestal. La encontré en las profundidades del bosque, seleccionando árboles para la tala. Me dejó acompañarla con la condición de que no hablara. Camina lentamente entre los árboles, mirándolos con mucha atención. Después, se sienta o permanece inmóvil durante un rato, en actitud meditativa tras lo que se dirige hacia uno u otro árbol y ata a su tronco una cinta roja que marca su destino, murmurando una frase que no conseguí entender. Su expresión en tales momentos es triste aunque determinada. A continuación, se relaja y seguimos caminando hacia otro paraje del bosque. Esta es una de las tareas más importantes de su trabajo –pero podría también ser un acto ritual; hay en todo ello algo de sagrado.

Por fin, empiezan a surgir dificultades entre ella y Everett –no parece que él se sienta todavía derrotado, como ocurriría conmigo si estuviera en su lugar, pero han

mantenido penosas discusiones evocando la necesidad de que uno u otro abandone el campamento. (Me gustaría que él se marchara –cada vez me siento más celoso de que todavía mantengan relaciones). En la cena, surgió la discusión sobre si sería buena idea el restablecimiento de relaciones con Washington. Me quedé bastante sorprendido de ver que Marissa se pronunciaba con fuerza a favor de un eventual restablecimiento, justificando su posición con ingeniosos argumentos. Recibí un buen montón de perversas miradas, aunque apenas abrí la boca. Everett es, después de todo, un miembro de la familia y yo, un intruso.

Fui invitado a ir con otros en un viaje de aprovisionamiento a la ciudad vecina. Partimos cuatro de nosotros a tumbos en un pequeño camión eléctrico, hacia uno de los grandes almacenes. Los productos en ellos vendidos son, por lo visto, fabricados automáticamente siguiendo las recomendaciones dadas por el gobierno. Elaborados en serie, muy simples aunque con frecuencia atractivos e increíble y sorprendentemente baratos. Los calcetines, por ejemplo, cuestan cuatro veces más baratos que en Estados Unidos, pero no los hay más que en blanco y negro; los pantalones, las camisas y la ropa interior son modelo estándar y muy simples, además de igualmente baratos. Yo, precisamente, necesitaba una nueva camiseta y al ver los precios compré dos (¡de color azafrán!). Las secciones de alimentación de los grandes almacenes ofrecen una modesta selección de productos secos, congelados y en conserva. Se

podría, si se quisiera, subsistir con estos productos a cambio de una módica suma –y he conocido a algunos artistas y otros tipos excéntricos que presumen de hacerlo al no estar dispuestos a perder su tiempo en ganar un salario que les permita vivir mejor. No obstante, da la impresión de que son numerosos los ecotopianos que no compran en estos grandes almacenes más que el pan, legumbres secas, el arroz, la fruta y otros productos similares de primera necesidad, yendo a abastecerse de carne y productos agrícolas a los pequeños comercios independientes –o haciéndose enviar remesas de las comunas amigas. (El campamento forestal compra la carne, leche y hortalizas a una comuna agrícola situada a veinticinco kilómetros de distancia).

Me sorprende comprobar el grado de estandarización de los grandes almacenes. Las conservas alimenticias vienen exclusivamente presentadas en envases de tres tamaños (todos, naturalmente, biodegradables) –el primero, de la dimensión de una pequeña lata de sardinas; el segundo, de un gran tarro de mermelada y el tercero, muy grande, del tamaño de los que se emplean en nuestros restaurantes para guardar las frutas. Las cantidades son medidas en unidades métricas y no se emplean términos como “gigante”, “jumbo”, etc., tan corrientes entre nosotros, ni incomprensibles números y claves. Las etiquetas, sin embargo, son siempre muy bonitas. Y algunos artículos tienen una cierta clase, como los zapatos.

Yo había perdido, no sé cómo, mi cepillo del pelo y en estos grandes almacenes no se pueden encontrar más que de cerda natural. Cuando dije a mis compañeros que quería un buen cepillo con cerdas de plástico, me miraron un tanto extrañados y me llevaron a un “anticuario”. Resultó ser un almacén especial, donde se pueden, comprar objetos que ya no se encuentran en las tiendas ordinarias –incluso, muchos de los productos que nosotros adquirimos en las droguerías.

(Las “farmacias” ecotopianas, como ellos las llaman, son unos pequeños y angostos habitáculos donde prácticamente no se venden más que medicinas con receta. Después de la Independencia, la profesión médica en Ecotopía hizo una gran criba en la farmacopea y eliminó sin piedad cantidad de tranquilizantes, estimulantes, somníferos y muchos otros medicamentos, entre otros como los recomendados contra el catarro. No se permite ya, de hecho, la fabricación de ningún tipo de medicamento que tenga por objeto un mayor control del comportamiento de las personas. Esto puede haber sido un factor decisivo en la reorganización del sistema escolar: ¡al no ser capaces de hacer que los niños difíciles se adapten a las escuelas, tuvieron que adaptar las escuelas a los niños! Le pregunté a un médico como se trataba el insomnio. “Por lo general, el insomnio no es un problema médico, sino un problema social”, me respondió. “Por ello, tratamos de ayudar a la persona a cambiar su modo de vida, no su biología, que probablemente funcionará a la perfección. Además, puede resultar divertido estar

despierto por la noche en este país ¿sabe usted? La semana de 20 horas nos permite tomar las cosas de una forma mucho más relajada “).

Sea como fuere, la clientela del anticuario estaba fundamentalmente compuesta por mujeres mayores y por unos cuantos jóvenes de aspecto decadente, que se reían mucho y parecían andar a la búsqueda de artefactos estrambóticos. Mi cepillo de plástico me hizo merecedor de un pequeño discurso sobre la imposibilidad de su reciclaje, por tratarse de un plástico muy antiguo: “Ese maldito trasto durará cientos de años”, dijo el dependiente en tono de disgusto. “Está bien, me lo llevaré de este precioso país cuando me marche...”

Marissa y sus amigos se pusieron a contarme el origen del principio de que todos los edificios sean construidos con materiales renovables y biodegradables.

Tras la Independencia, hubo un tiempo en que sólo se autorizaba como material de construcción la madera –el más relevante genio de la época se llamaba Archibald Abeto. Escribió un notable e influyente ensayo sobre la primitiva construcción en madera y contribuyó a la elaboración de la lista de condiciones que tenían que reunir los plásticos para poder ser utilizados como material de construcción. Pregunté por qué había elegido el nombre de Abeto y no, por ejemplo, el de Sequoia. Fue Marissa la que me respondió: “Era un hombre modesto ¿sabes? y muy realista”, (Me

dijeron también que era autor de una magnífica e incisiva crítica sobre megaestructuras).

Tengo que regresar a la ciudad esta noche. Estoy intentando persuadir a Marissa para que se venga conmigo. Cada vez me voy integrando más y más en la vida del campamento. Estábamos hoy, antes de la cena, sentados en un corro, jugando (no existe otra palabra para definir lo que hacíamos). “A ver, Will”, dijo alguien, ¿qué es lo que puedes hacer tú para entretenernos?”. El pánico me invadió y me quedé absolutamente en blanco. La gente había estado cantando, yo no sé cantar. Habían contado chistes, nunca he conseguido acordarme de uno solo. Se habían reído y tomado el pelo unos a otros, como en rutinario vaudeville; yo jamás he sido capaz de mantener el justo tono entre lo hostil y lo amistoso. Súbitamente me di cuenta de que tampoco eso podría hacer –sería demasiado aburrido, poco emocionante. Sabiendo que Marissa se sentiría avergonzada por mi causa, dije sin mucha convicción, “Pues, no sé. Me temo que no soy demasiado divertido. Nadie me enseñó nunca a entretener a la gente. Entre nosotros se recurre a la televisión, creo que es eso”.

Se negaron enérgicamente a aceptar mi explicación, pensando que lo que quería era hacerme de rogar. Y después, cuando comprendieron que hablaba en serio, se sintieron tristes y azorados por mí. “Oye”, dijo uno de ellos, “no creas que te vamos a dejar escurrir el bulto así por las buenas. No negarás que sabes cantar eso de “Boga, boga,

*marinero”, ¿no? Vale. Empieza y nosotros te seguiremos”.
Tomé aliento, acerté de pura casualidad con el tono y
después de un minuto, todo discurrió de maravilla,
cambiando unos el ritmo, otros introduciendo variaciones y
todos riéndose de mí. Tendré que ampliar mi repertorio...*

XVI. LA RAZA EN ECOTOPÍA: ¿APARTHEID O IGUALDAD?

San Francisco, 29 de Mayo, 1999

Sorprendentemente, se ven muy pocas caras “de color” por las calles de San Francisco y acabo de saber el por qué. Después de la Independencia, el principio de la secesión se convirtió en un factor presente en la vida política ecotopiana. Se buscaron, para justificarlo, frases de Thomas Jefferson y de otros patriotas americanos de los tiempos heroicos. La población negra, a la que la privación económica sufrida bajo el control blanco había ido convirtiendo más y más en nacionalista y separatista aún en los tiempos anteriores a la Independencia, se unió en apariencia al júbilo general que se desbordó al producirse la gran ruptura con Washington. Pero en los meses posteriores, los partidos separatistas negros se impusieron, logrando dominar en los ghettos de Oakland y San Francisco

–después de haberse visto asfixiada durante tanto tiempo por los barrios blancos, la población negra quería controlar ahora su propio territorio. Después de una larga y amarga lucha política, las áreas negras (y también Chinatown y San Francisco) fueron designadas oficialmente como ciudades estado dentro de Ecotopía. Tenían su propio gobierno, recaudaban los impuestos habituales, poseían su propia policía, sus propios tribunales, y sus propias industrias y disponían de granjas en el campo vecino. Gozaban, de hecho, de todas las prerrogativas de los países independientes pequeños –hasta de la emisión de sellos de correo y monedas– excepto en lo que se refiere a las relaciones exteriores.

Tal situación, aunque satisfactoria para muchos negros, era, a los ojos de otros, inherentemente inestable; estos últimos sostenían la necesidad de la independencia absoluta como única solución a largo plazo. Uno de los proyectos, actualmente sometido a debate, proponía la instalación de toda la población negra en un nuevo territorio que incluyera Monterrey Bay y el Salinas Valley con lo que dispondrían de recursos agrícolas abundantes y de acceso directo a los canales marítimos del Pacífico. Los problemas económicos y políticos que se plantearían serían, como es natural, monstruosos, pero cosas parecidas fueron efectuadas en Europa Oriental tras la Segunda Guerra Mundial.

Un pequeño número de negros habría preferido continuar viviendo o trabajando fuera de los territorios negros (a lo

que frecuentemente se denomina con el nombre de Soul City). Están, al parecer, completamente integrados en la sociedad blanca y los intermatrimonios son frecuentes. La vida en los territorios negros tiene, a juzgar por mis limitadas observaciones, más reminiscencias del período anterior a la Independencia que la de toda Ecotopía en su conjunto. Por ejemplo, todavía se toleran, no se sabe cómo, un cierto número de coches privados y la gente se aferra a algunos vestigios simbólicos del pasado: el whisky de calidad superior, así como otros productos de lujo importados, difíciles de encontrar en cualquier otro punto de Ecotopía, son objeto de un intenso comercio.

Se dice que la renta per cápita es aproximadamente un 10 por ciento superior a la del territorio blanco, en gran parte a causa del horario de trabajo más prolongado que practican los negros, probablemente como consecuencia de las privaciones a las que se vieron sometidos con anterioridad a la Independencia. “Todavía estamos recuperando el tiempo perdido”, me dijo un negro de aspecto distinguido.

La vida cultural en Soul City es, por supuesto, muy distinta a la de Ecotopía en general. Su música, sus músicos, sus novelas, sus películas y su poesía son objeto de exportaciones masivas hacia el resto de Ecotopía, Europa y Asia.

Los arquitectos negros, educados en los ghettos, han protagonizado múltiples propuestas para reconstruir las

ciudades ecotopianas en función de los habitantes y no de los coches. Las empresas negras, dicen, parecen ser más espontáneamente colectivistas que las del territorio blanco.

En la Ecotopía de la primera época, como en los Estados Unidos, la proporción de crímenes y delitos cometidos por los negros resultó ser muy alta y Soul City se encontró ante un grave problema. Después de la Independencia, y tras la legalización de la marihuana y algunas otras drogas, se concedió una amnistía para aquellos prisioneros cuyos actos no fueran ya constitutivos de delito. Un cierto número de detenidos culpables de “delitos sexuales” y de otros tales como el vagabundeo, la bebida y la mendicidad fueron también liberados. La limitación del tráfico de heroína, al quedar convertido en monopolio del estado, redujo la tasa de delincuencia tanto en Soul City como en otras áreas. Mientras tanto, el número de reclusos negros continuaba siendo elevado y los penalistas de color se vieron forzados a tomar posiciones de vanguardia en la reforma penitenciaria.

Lo que más sorprende al observador americano es la severidad con que la violencia es reprimida. En Nueva York, un vulgar asaltante callejero se verá castigado con una pena de prisión de uno a cinco años, de los cuales no cumplirá más que, tal vez, dieciocho meses; aquí, será automáticamente condenado a una pena definitiva, de cinco años sin la más mínima posibilidad de obtener la libertad condicional.

Sin embargo, el cumplimiento de tales penas es muy

diferente a como se realiza en nuestras prisiones. Ni en Soul City ni en el resto de Ecotopía existen los grandes penales de nuestro país. La población penitenciaria está repartida entre numerosas instituciones de pequeño tamaño, cada una de las cuales alberga sólo unas pocas docenas de presos. Durante el día, los reclusos participan (bajo una ligera vigilancia y a veces sin vigilancia de ningún tipo) en la vida general de la sociedad. Tienen empleo, reciben salarios y se benefician de los mismos derechos y pagas que el resto de los trabajadores. Aun así, pasan una parte del día confinados (junto con sus esposas, maridos o amantes si lo desean). La justificación dada a esta extraña política es que las personas culpables de delitos de violencia tienen tendencia a reincidir una vez liberadas, con lo que vuelven de nuevo a prisión; el encarcelamiento de tipo tradicional no hace más que aumentar su propensión a la violencia (excepción hecha de los asesinos que, generalmente, han matado a su mujer o a sus conocidos y que raramente reinciden). En el sistema americano, añaden, las prisiones no son más que escuelas de aprendizaje para los delitos de los presos. Los penalistas de Soul City, por otra parte, creen que su sistema relativamente humano da a los presos la posibilidad y el tiempo necesario para desarrollar modos de vida no delictivos en las circunstancias reales de la vida. Muestran datos impresionantes sobre las tasas de reincidencia relativa de sus presos y de los nuestros, aunque naturalmente, no dispongo de medios para verificar su fiabilidad.

Algo que me parece interesante es que los juegos de guerra rituales son practicados también entre la población de Soul City, con la salvedad de que las lanzas son consideradas como un armamento excesivamente salvaje, En su lugar, se utilizan unos largos y pesados palos muy semejantes a las garrochas de los hombres de Robin Hood y los participantes llevan cascos protectores. Los juegos suelen terminar, como mucho, con la rotura de una costilla o un miembro o con el K.O. de uno de los participantes, pero nunca con aparatosas heridas.

Aunque casi todos los habitantes de Ecotopía consideran el inglés como su lengua nativa, el establecimiento de Soul City trajo consigo un considerable impulso del Swahili en las escuelas y muchos adultos lo hablan ahora. No obstante, otros negros son de hecho bilingües al dominar tanto el inglés medio como el dialecto de la calle –utilizado, cada vez más, en las relaciones comerciales y profesionales de Soul City. El swahili puede resultar útil en el creciente comercio con los estados africanos. Existe una gran conciencia africana entre los negros ecotopianos y sospecho que Ecotopía es la fuente de donde parte una gran cantidad de la ayuda financiera y armamentista que reciben los revolucionarios de Sudáfrica.

Este, como otros aspectos de la situación racial en Ecotopía, constituye una incómoda ironía para los americanos, Nos espantamos ante la política de apartheid de Sudáfrica, donde la minoría blanca dominante ha

impuesto una rígida segregación en todos y cada uno de los aspectos de la vida. En Ecotopía, la minoría negra ha impuesto una segregación similar –con la diferencia, naturalmente, de que ésta ha sido voluntaria, mientras que la de los africanos les fue impuesta por los blancos. La aceptación de que las razas no pueden vivir en armonía es, con toda seguridad, una de las más descorazonadas revelaciones de la sociedad ecotopiana y su sombra se cierne también sobre el futuro de nuestra nación. Su ejemplo no presagia nada bueno para nuestras grandes áreas metropolitanas, cuyos barrios se hallan palpitantes de ideas de secesión.

30 de Mayo 1999

Al principio, Marissa se negó a venir conmigo a la ciudad, casi por una cuestión de principios, “Es fin de semana”, le dije, “¡estoy seguro de que te podrás escapar durante un par de días!” ¿Por qué tengo que ser yo la que me marche? ¿Por qué no lo haces tú? ¿Por qué tengo que ser yo la que vaya hacia tí? Yo vivo aquí, ¡tú estás en el Cove sólo de visita!” Nuestra discusión fue adquiriendo un tono sorprendentemente amargo y pronto surgieron las palabras, los reproches, los tacos y las miradas perversas: hay demasiado en juego. Tratando de arreglar las cosas, la tomé

entre mis brazos; se soltó de un manotazo, agarró su saco de dormir y salió a dormir en alguna parte del bosque. Me tendí en la cama entristecido y hasta muy entrada la noche no conseguí conciliar el sueño. Un rato antes del amanecer sentí su cuerpo resbalar en mi cama, junto al mío. Posó su mano, muy fría, sobre mi hombro. “Tenemos que aprender a establecer turnos”, dijo. Nos abrazamos el uno contra el otro y nos quedamos dormidos.

Pero nada ha quedado resuelto, por supuesto. Su voluntad de auto-determinación es inamovible. Un poco más tarde, durante el día, me dijo que, aunque fuera su turno, seguía sin querer venir conmigo a la ciudad. La había invitado a acompañarme a la mañana siguiente a Punta Gorda, donde me iban a mostrar una instalación maremotriz. Es una proposición que he recibido con sumo placer –parece indicar un cierto caldeamiento hacia mí por parte de los medios oficiales y me hace esperar que podré ver a Vera Allwen pronto. La idea de esta excursión disgustaba a Marissa: me soltó una puya sobre los “dignatarios extranjeros”.

El recorrido del tren hacia el norte es, por lo visto, excepcionalmente hermoso –atraviesa prósperas granjas, gargantas de montaña, huertas– pero nada de eso parecía tentarla. Dijo, sin embargo, que cuando regresara de mi viaje vendría gustosamente al Cove. Esto disipó un poco mi tristeza. Pero es difícil aceptar su insistencia en ir y venir a su antojo, lo que es raro en mí, ya que Francine actúa igual: ¿será, tal vez, que nunca busqué nada más en ella? No me

puedo ni imaginar lo que sería vivir con una persona como Marissa: la idea es estimulante y terrorífica a la vez, como un terremoto. (Sentí el primero de mi vida el otro día y me recorrió un auténtico sudor frío, aunque no resultó ser más que un pequeño movimiento de tierra).

XVII. ENERGÍA SOLAR Y MARITIMA

Punta Gorda, 31 de Mayo, 1999

La gigantesca central eléctrica de Punta Gorda basada en los diferentes grados de temperatura existentes entre la superficie y el fondo del mar, que acabo de ser autorizado a visitar, es una de las menos conocidas y sin embargo, una de las más desconcertantes realizaciones de la ciencia y la tecnología ecotopiana. (Centrales análogas, pero de menor dimensión, existen también cerca de Monterrey y en diferentes puntos de la costa). Este es, tal vez, el más impresionante de los instrumentos utilizados por los ecotopianos para alcanzar su ideal de disponer de fuentes de energía no contaminantes.

Como el resto del mundo, Ecotopía sigue de cerca los ensayos cada vez más prometedores efectuados en el

campo de la energía nuclear de fusión con propósitos prácticos. Sin embargo, esta perspectiva no satisface del todo a los ecotopianos, que sienten un cierto horror, de tipo sentimental, ante la idea de llenar sus paisajes de líneas de alta tensión y piensan que es antinatural concentrar enormes cantidades de energía en un solo punto; prefieren las tecnologías que permiten generar la energía cerca del lugar donde es necesitada.

No obstante, tanto en este como en otros temas, los ecotopianos no son precisamente esos románticos desprovistos de todo sentido común que algunos americanos imaginan. Cuando visité el Ministerio de Energía descubrí que los altos funcionarios eran perfectamente conscientes de la tendencia histórica que las culturas ricas en energía habían sentido hacia la dominación y conquista de las civilizaciones pobres en tales recursos. Contrariamente a lo que comúnmente se piensa entre nosotros, los ecotopianos no están retornando hacia la Edad de Piedra. Consumen mucha más energía de lo que se podría esperar al ver sus paisajes –disimulan sus fuentes y sus usos y la utilizan de un modo más difuso y nuevo.

Los ecotopianos heredaron una serie de centrales térmicas de carbón y gas (que cerraron al cabo de pocos años) y algunas centrales nucleares de fisión. Creen que la fisión ya no puede ser tolerada por más tiempo a causa de los residuos radiactivos y de la polución térmica, pero han consentido en vivir temporalmente aceptando las centrales

de fisión localizadas en áreas remotas y escasamente habitadas –aunque redoblando las precauciones técnicas contra las explosiones nucleares y extendiendo una red de tubos de descarga de agua caliente a más de una milla en el interior del mar. (El sistema costero de descarga ha sido concebido con lo que, estoy empezando a descubrir, es el ingenio típico de los ecotopianos: las canalizaciones consisten en unos tubos enormes hechos de plástico rígido con burbujas de aire en el interior que lo hacen flotar ligeramente. El tubo está anclado en el fondo del océano mediante cables a la manera de la quilla de un barco).

Heredaron, asimismo, de los días anteriores a la Independencia una fuente de energía geotérmica no convencional y ecológicamente respetable. Al norte de San Francisco, en el lugar donde se encuentran las fuentes calientes, el vapor que sale de las entrañas de la Tierra es utilizado para hacer mover las turbinas. La escena es auténticamente infernal –los chorros de vapor brotan de los tubos y los pozos con estruendosos y sibilantes sonidos; la tierra parece que va a estallar. A pesar del contraste que representa con respecto al silencioso zumbido de nuestras centrales de electricidad, este sistema geotérmico tiene sus ventajas: el coste es bajo, no emite prácticamente ningún componente contaminante a la atmósfera y sólo una pequeña cantidad de agua templada a los arroyos cercanos –uno de los cuales se ha convertido en centro de natación de invierno.

Ecotopía cuenta también con numerosas instalaciones hidroeléctricas en las presas de sus grandes cadenas montañosas. Sin embargo, también éstas son consideradas como recursos temporales, ya que tienden a enfangarse tras unas cuantas generaciones, además de ejercer efectos nefastos sobre los salmones y la fauna acuática en general. El pensamiento ecotopiano se ha dirigido uniformemente hacia fuentes de energía como la solar, la geotérmica, la maremotriz y la eólica, a las cuales se puede recurrir indefinidamente sin que con ello se vea afectada ni siquiera la biosfera local. (Los ecotopianos sienten un placer infantil con los molinos de viento y los generadores impulsados por él, que se sitúan sobre el tejado de las casas, y que son algo muy corriente tanto en las áreas metropolitanas como en otras más remotas).

El más importante esfuerzo realizado por los ecotopianos en la investigación y desarrollo de la energía se ha dirigido hacia dos fuentes principales. Una es la energía procedente de las radiaciones directas del sol; existen en la actualidad diversos sistemas para captarlas. Algunos requieren de grandes instalaciones y otros de pequeñas, pero la mayoría son de un tamaño impresionante. Uno de ellos consiste en un espejo parabólico plateado de unos diez metros de diámetro enfocado hacia el sol. Como el sol se mueve durante el día, el receptor que concentra los rayos debe hacerlo también. Este artilugio de extraña forma actúa como una araña en una tela de finos cables en la que se mueve

hacia un lado y otro, buscando el máximo de calor y enviando vapor a través de un tubo flexible para impulsar el generador lateral. La mayor parte de la zona sur de Ecotopía está prácticamente desierta, pero estas instalaciones han demostrado su eficacia también en zonas situadas más al norte.

Otro sistema consiste en un conjunto de inmensas fotocélulas análogas a las utilizadas en los satélites, pero de dimensiones mucho mayores. He visitado una central de este tipo al sur de Livermore, en la cual se emplea un material receptor secreto. Sobre la cara sur de una serie de verdes y suaves colinas se hallan dispuestas las placas cuadradas de aproximadamente dos metros de lado, hechas de una sustancia vidriosa; su disposición recuerda a la trama de una ciudad, con sus bloques de viviendas. La falda de la colina está surcada de estrechos corredores, obviamente utilizados en su mayor parte por los equipos de mantenimiento, a los cuales vi una tarde afanarse limpiando las placas.

Durante el día, el calor y la luminosidad son muy intensos, pero reina una atmósfera de silencio, paz y tranquilidad. La hierba crece libremente en los corredores y bajo las placas, instaladas a muy pocos pies del suelo. Esta central debe abarcar una superficie muy extensa, tal vez de unos cincuenta kilómetros cuadrados en su conjunto: ¡lo que mide un gran aeropuerto! Genera energía suficiente para una cadena de miniciudades; los planificadores ecotopianos

estiman que, incluso en climas más nublados, tales instalaciones empiezan a resultar económicamente factibles.

Con todo lo espectacular que pueda resultar esta instalación, pasa casi desapercibida junto a la central térmica maremotriz de Punta Gorda, que podría ser tomada por una fortaleza medieval reconstruida, propiedad de algún duque loco. Se asienta sobre un punto de la costa distante sólo unos pocos kilómetros del agua helada y profunda y extrae el líquido elemento del mar mediante un enorme tubo. Se ven por todas partes otros tubos más pequeños, conectados a los generadores y las bombas. Los ingenieros me explicaron que se podría comparar esta instalación con un gigantesco frigorífico en el cual funcionaran los circuitos en sentido inverso. Sabido es que el agua puede almacenar enormes cantidades de energía térmica; por ello, una diferencia de temperatura, aunque sea relativamente pequeña, es susceptible de producir grandes cantidades de energía si se emplean los ingeniosos transformadores de calor adecuados –el único problema es que, para poder aplicar este principio con eficacia, habría que bombear grandes cantidades de agua. La masa arquitectónica de la central en sí es abrumadora; casi parece una prolongación de las corrientes. (El agua helada de las profundidades es muy rica en elementos nutritivos. Parte de ella es, pues, bombeada a unos estanques próximos para su caldeoamiento, antes de ser inyectada en la central junto con

el agua de superficie ya templada –pero mientras permanece en los estanques nutre a los peces y crustáceos, que constituyen un importante subproducto de la central).

Abandonemos la sublime inmensidad de este grandioso proyecto, que probablemente atraerá la admiración de cuantos lo contemplen, para pasar a uno más ridículo. Me gustaría describir un invento para generar energía, típicamente ecotopiano, que ayuda a comprender lo curiosa que es la gente con la que estamos tratando. Recientemente, visité a una “familia” ecotopiana en su casa de campo. (Muchos grupos ecotopianos poseen una pequeña cabaña en el bosque o son socios de alguna comuna rural, donde pasan parte de su tiempo). Este encantador refugio estaba situado en lo más profundo de las montañas, a muchas millas de la más próxima línea de alta tensión; pero nada más llegar escuché una música procedente de algún aparato de radio. ¡La radio estaba impulsada por una noria! Supe después que un inventor de gran ingenio ha construido una pequeña rueda que flota en medio del río suspendida de unos cables, menos costosos y más ecológicos que las estacas. Este sistema genera una electricidad de 24 voltios la cual, almacenada en un par de baterías, basta para que funcione la radio, una bomba y las pocas bombillas necesarias en el campo, donde la gente se acuesta temprano. Mis anfitriones se pusieron muy contentos al manifestarles mi admiración por tan increíble artilugio. De hecho, intentaron regalármelo para que me lo

llevara a mi país, pero gracias a que pesa unas treinta libras, la idea quedó rechazada.

Esta casa, como muchas otras viviendas de la ciudad, dispone de un sistema de calefacción muy comente en la actualidad entre los ecotopianos. Las radiaciones solares son almacenadas en un depósito de agua situado bajo tierra, y el agua es bombeada por los radiadores a las partes habitadas. Las paredes expuestas al sur, así como los tejados de los inmuebles ecotopianos están, en su mayoría, enteramente ocupados por los receptores de calor de estos mecanismos, pero los ecotopianos consienten de buena gana esta limitación al considerar que reducen sobremanera el coste de mantenimiento de la casa, además de eliminar la dependencia de energías centralizadas. Les gusta también señalar que el sistema puede ser adaptado para calentar agua para lavarse y destilar el agua del mar, lo que resulta de gran utilidad en las comunidades costeras, donde el aprovisionamiento continuo de agua no está garantizado en los meses de estío.

Para que el cuadro del desarrollo experimentado en materia de energía en Ecotopía quede completo, tendría que mencionar un proyecto muy ambicioso y verdaderamente revolucionario –si llega a funcionar. Como es bien sabido, la función de fotosíntesis de los vegetales en crecimiento permite a la planta capturar la energía solar y utilizarla para su propio crecimiento. Los científicos ecotopianos creen haber puesto a punto un proceso que

permite tratar a ciertas plantas, especialmente de vivero, de tal suerte que la energía por ellas captada puede ser convertida en electricidad. Un sistema tan increíblemente elegante como este sería casi perfecto desde el punto de vista ecotopiano: cada uno tendría asegurado con su jardín el reciclaje de las aguas residuales y la basura, la producción de alimentos y la iluminación de la casa.

1 de Junio 1999

Llegué del norte esta mañana y me encontré con que Marissa ya estaba en el Cove –sentada en “mi” sillón de la biblioteca, leyendo. Siempre me sorprende comprobar su facilidad para adaptarse a los distintos ambientes sin sentirse nunca como una intrusa, ¿Será, tal vez, que al tener los ecotopianos unos vínculos tan fuertes con su propio ambiente “familiar” se sienten seguros dondequiera que sea? ¿O es que el país es de tan reducidas dimensiones que, en cierta forma, constituye una enorme familia numerosa? En cualquier caso, se siente en el Cove como si estuviera en su propia casa.

Subimos del brazo hasta mi habitación, muy juntos y contentos. Es maravilloso sentirse amado por ella: es tan directa, tan consistente, tan apasionada; hace que cualquier

cosa sea posible. No sé muy bien qué es lo que tiene de diferente hacer el amor con ella. Utiliza su cuerpo de una manera directa e íntima, con lo que, de alguna forma, me capacita a mí para hacer lo mismo. Está plenamente de acuerdo consigo misma, con su ser biológico y como por contagio, yo me siento también así. Cuando estoy junto a ella, me siento más fuerte que nunca –también me gusta más mi propio cuerpo, confío más en su funcionamiento. No me preocupa que coja frío, que caiga enfermo o se sienta cansado, o que no se comporte bien sexualmente; casi no pienso en él en absoluto, al contrario de como solía hacer en el pasado. Y el contacto sexual entre nosotros va cada vez mejor. Nos entregamos totalmente el uno con el otro, sin prejuicios ni reticencias; a veces nos perdemos, perdemos nuestra propia conciencia en increíbles explosiones de sensaciones y sentimientos compartidos –jamás hasta ahora había experimentado una comunicación y unos orgasmos semejantes. Sin embargo, nunca hablamos de ello; simplemente lo vivimos. Y no es que hagamos nada exótico –posiciones extrañas o algo así. A veces pasamos ratos practicando el sexo oral en una u otra forma y es agradable como diversión y juego o como preámbulo, pero, para el contacto real, ambos preferimos el viejo recurso del coito. (Es extraño, ya que se piensa que los ecotopianos son muy liberados en lo que se refiere al sexo; iyo había imaginado que harían casi cualquier cosa excepto follar lisa y llanamente! Nos amamos durante lo que nos parecen horas, con momentos de mayor y menor intensidad y cambios de

tono o de calor emocional; como si subiéramos pausadamente y por placer una hermosa montaña, sin prisas por alcanzar la cumbre. Pero, en un determinado momento, la alcanzamos, a veces sin darnos cuenta de que estábamos cerca y la vista es espléndida, el aire está despejado y me siento como si, por fin, estuviera viviendo.

¿Puede esto continuar así? Me parece, en todo caso, que nunca podré saciarme de ella –busco cada oportunidad de arrastrarla a la cama, me siento casi avergonzado de este deseo, que me obsesiona, de poseerla, de vivir más y más esta extraordinaria clase de experiencia... Ella duerme ahora y yo la observo, tendida en mi cama, bajo mi edredón. Hay tanta intensidad en ella –absorbe toda la que hay dentro de mí. Cuando estoy con ella me siento más sólido– casi literalmente más pesado, como si mis pies estuvieran asentados más firmemente sobre la tierra.

Me doy cuenta de que mi relación con Marissa está cambiando completamente mi manera de concebir las relaciones entre los hombres y las mujeres. Las cosas que yo encontraba normales con Francine comienzan ahora a parecerme extrañas. Los hombres no giran su cabeza en redondo cuando pasa Marissa, como lo harían con Francine –cuya luminosa melena rubia deslumbra como un rayo de luz. Marissa no se maquilla lo más mínimo y al principio la encontré –ahora que la moda en Estados Unidos retorna al rojo de los labios, a la sombra de ojos...– un poco pálida, demasiado reservada consigo misma. Y sin embargo, ¡qué

intensidad la de sus ojos, qué expresividad la de sus labios, qué vitalidad la de su cuerpo! Es como si Francine poseyera los símbolos y señales que se supone representan sexualidad y vitalidad; Marissa simplemente tiene sexualidad y vitalidad, y por ello no necesita los símbolos...

Me gustaba especialmente ir a fiestas o restaurantes de moda con Francine. Era un poco como mostrar a todo el mundo un premio ganado en un concurso. A ella le encanta el juego sus senos parecen siempre a punto de estallar dentro de su vestido; esa mirada ambigua que deja caer sobre los demás hombres, invitándoles a la competición, a las comparaciones, al flirteo. Con Marissa, entrar en algún sitio es simplemente entrar en él. Nos relacionamos con los que allí están de manera individual o colectiva, a veces de una forma íntima o a veces no, tal y como las cosas se presentan. La mayoría de la gente encuentra atractiva a Marissa –crece dentro de ti, sutilmente– pero ella no se presenta jamás como un objeto por cuya posesión hay que luchar, y nunca pretende sentir lo que no siente. Esto no implica que ella no espere provocar en mí las más fuertes emociones –hemos tenido escenas terribles porque en su opinión, yo no me mostraba a la altura de nuestras relaciones.

Aun así, a veces echo de menos a Francine: su frivolidad, su alegría, su mundo, sus agudas réplicas –Marissa es terriblemente seria; a veces me llega a irritar el que no condescienda a jugar un poco. Francine lo toma todo a

juego, supongo que porque no siente auténtico interés por nada. ¿Será lo que me atrae de ella el que me permita mantener un comportamiento irresponsable, apoyarme en sus enormes tetas, ser infantil?

(¿Por qué pues, me tendría que resultar difícil ser un adulto?)

Pero aquí estoy, con 36 años, enrollado con una preciosa y alegre mujer en un extremo del continente y con otra apasionada y seria, en el otro. Marissa detestaría Nueva York y Francine Ecotopía. Afortunadas damas, tener a un famoso esquizofrénico por amante... Pero, ¿cómo puedo soportar semejante dualidad?

A lo mejor después de todo debería haber sido poeta, como pretendía en mi adolescencia. ¿Tal vez es que sólo los artistas pueden llegar a dominar sus propias contradicciones incorporándolas a su obra?

Marissa me hace tantas preguntas (ipaciente pero inexorablemente!) que me he puesto también a recordar mi matrimonio con Pat. Cuando observo las relaciones amorosas o los matrimonios en Ecotopía, no veo ese espantoso constreñimiento a que nosotros estábamos sometidos, el impacto de una serie de expectativas rígidas y estereotipadas –esa iba a ser la forma en que nos habríamos de relacionar siempre, esa tenía que ser para poder sobrevivir, bien o mal, en un universo hostil. Los matrimonios

ecotopianos se diluyen más gradualmente en las conexiones de las familias numerosas, en las amistades con ambos sexos.

Puede que los individuos no destaquen tan nítidamente como entre nosotros; no se presentan a sí mismos como problemas o regalos mutuos, sino más bien como compañeros. Nadie es tan esencial (o tan prescindible) como lo sería con nosotros. Todo esto me resulta complejo y denso, aunque puedo comprobar que es precisamente esa densidad la que los sustenta –siempre existen alternativas buenas y sólidas para cualquier relación, por intensa que ésta pueda ser. Los ecotopianos no sienten, pues, esas atroces angustias que nos acosan a los americanos cuando una relación se tambalea. En cierta forma, ello me entristece –se me aparece totalmente desprovisto de romanticismo. Siempre su maldito realismo: se cuidan a sí mismos y cuidan de los demás. También me doy cuenta que es ese realismo el que, a veces, les permite hacer tonterías y ser irresponsables, ya que ellos son conscientes de que pueden permitírsele; los errores nunca son irreparables, jamás nadie será recusado, haga lo que haga... Y quizás es por esto por lo que los matrimonios duran más que los nuestros –en ciertos aspectos, esperan de ellos menos que nosotros. El matrimonio no es, como en los Estados Unidos, el acontecimiento central de la vida de una persona, y no es por tanto crucial que resulte totalmente satisfactorio. Hay también personas que se separan, y a veces de forma muy

dolorosa. Pero sin esa torturante sensación de fracaso que Pat y yo experimentamos al separarnos –la sensación de que un auténtico desastre nos sobreviniera, especialmente sentida por ella, pero también, en realidad, por mí: el sentimiento de culpabilidad, el sentimiento de que no habíamos hecho las cosas correctamente, de que no habíamos hecho lo que se esperaba de nosotros, de que no le habría dado lo que se supone las mujeres esperan se les dé (en vez de descubrirlo por sí mismas o en sí mismas); en definitiva, que yo, que nosotros, habíamos fracasado y teníamos que pagar el justo castigo. Ningún ecotopiano parece experimentar semejante sentimiento de culpa. Y, aunque creo que se pierden algo intenso y valioso, estoy empezando a envidiarles un poco, al comprobar que su forma comunal de protección mutua es más fuerte y fructífera que la forma defensiva individual que yo he adoptado al mantener mi relación con Francine como algo ligero, provisional y limitado...

XVIII. LOS MEDIOS DE DIFUSIÓN: PRENSA, TELEVISIÓN Y EDITORIALES.

San Francisco, 2 de Junio, 1999

Como todo periodista en activo, siento una natural curiosidad hacia la prensa de otros países y he pasado una buena parte de mi tiempo con directores de periódicos, reporteros y locutores de televisión, hombres y mujeres. Las condiciones bajo las que trabajan nos resultarían intolerables tanto a mí como a la mayoría de mis colegas. Aun así, he llegado a adquirir un gran respeto por su integridad, la dureza de su trabajo y su dedicación al bien público tal y como ellos lo conciben.

La situación básica de los medios de difusión en Ecotopía es la siguiente: en la confusión política que siguió a la Independencia se aprobaron una serie de leyes que

acabaron eficazmente con las empresas editoriales y de radiodifusión existentes. Las personalidades políticas, que hasta entonces las habían protegido, perdieron su poder. De este modo, la ley fundamental de prensa prohibió la propiedad múltiple en cualquier circunstancia; es decir, se obligó a los grandes grupos poseedores de revistas, periódicos, emisoras de radio y televisión a renunciar a, todas sus actividades, a excepción de una sola en cada ciudad. Por lo general (y erróneamente, como se verá) decidieron mantener sus principales emisoras de televisión.

Siguió a continuación una serie de leyes confiscatorias que regulaban minuciosamente los tipos y cantidades de publicidad permitidos, imponiendo un cupo de emisiones al “servicio del público” y otras medidas parecidas. Estas medidas tuvieron como efecto la concesión de una ventaja injustificada a los grupos pequeños e independientes, que empezaron a proliferar de inmediato. En lugar de un único diario como anteriormente había en San Francisco, aparecen ahora seis –que representan los diferentes matices de opinión– además de numerosos semanarios, revistas mensuales e informativos especializados. Todos estos órganos de prensa obtienen una difusión más extensa que la del antiguo periódico de San Francisco, ya que los medios de difusión de la capital tienen ahora, en cierto sentido, una proyección nacional. Los periódicos son igualmente prósperos en otras ciudades. Seattle tiene cuatro, Portland tres; ¡incluso Sacramento también dispone de tres! Las

revistas, por su parte, han experimentado una multiplicación análoga. Esta fragmentación no parece resultar tan problemática para los periodistas y escritores como podría parecer. No suspiran por la seguridad que nuestros grandes trusts periodísticos ofrecen, pero sí parecen disfrutar de la emoción de expresarse con mayor libertad en pequeñas publicaciones, aunque sus días puedan estar visiblemente contados.

La televisión ha sido igualmente descentralizada y reestructurada. Se impuso a las emisoras existentes una programación en gran parte compuesta por emisiones de interés local –los servicios de noticias, aunque centralizados, fueron permitidos. El gobierno mismo adquirió varios canales que utiliza para transmitir programas políticos– como expliqué en uno de mis artículos, las actividades gubernamentales tanto locales como nacionales (plenos, reuniones de comité, debates), pueden ser seguidas de manera casi continua en la pantalla de la televisión.

En tales circunstancias, la tarea de entretener a los telespectadores ha sido obviamente relegada a un segundo plano y consiste fundamentalmente en el paso de viejas películas y en una plétora de espectáculos de aficionados: conciertos de música rock, comedias e interminables discusiones técnicas sobre problemas ecológicos.

Es difícil imaginar a un buen número de americanos siguiendo con atención semejantes programas, que

conceden poca atención a la realidad, además de resultar aburridos por la ausencia de los surrealistas anuncios de nuestra televisión.

¿Qué tales la cobertura de noticias en Ecotopía? Yo efectué comparaciones con la prensa americana sobre puntos precisos en los meses que precedieron a mi viaje y llegué a la conclusión de que la cobertura ecotopiana de noticias es sorprendentemente competente en aquellas áreas del mundo con las que prefiere relacionarse. Como es natural, al no existir relaciones diplomáticas, Ecotopía no puede enviar corresponsales a los Estados Unidos, de manera que la información de los acontecimientos que allá suceden es escasa, derivándose casi siempre de la transmitida por las agencias europeas de prensa. La difusión de noticias mundiales, por otra parte, es al parecer excelente: por ejemplo, los periódicos ecotopianos facilitaron información sobre los últimos bombardeos americanos en Brasil más de una semana antes de que nuestros periódicos lo hicieran.

Aunque el cuadro general de los medios ecotopianos de difusión presenta una descentralización casi anárquica, una jungla en la que sólo los más duros sobreviven, también ofrece ciertas paradojas. En los kioscos callejeros, en las bibliotecas y en los diferentes puntos de venta son instaladas terminales que imprimen el periódico bajo demanda, (en un formato aún más pequeño que el tabloide), gracias a un proceso de reproducción electrónica; estas

terminales van conectadas a bancos centrales de datos, cuyos servicios “alquilan” las empresas periodísticas. De paso diré que se pueden utilizar dos tipos de tinta: una que dura indefinidamente y otra que se disipa en unas pocas semanas, de tal modo que el papel puede ser reutilizado inmediatamente.

Este sistema se aplica igualmente a los libros. Muchas obras de lectura popular son imprimidas en la manera clásica, y vendidas en kioscos y librerías, pero los títulos más especializados deben ser obtenidos mediante un sistema especial de impresión. Se mira el número del libro en un catálogo, se aprieta el botón correspondiente en lo que parece una máquina tragaperras, se estudian los anuncios, los párrafos seleccionados y el precio que muestra una pantalla de video y se deposita el número correcto de monedas si se desea comprar un ejemplar. Tras unos pocos minutos, aparece un volumen por la ranura. Estas terminales, me dijeron, no son demasiado utilizadas por los habitantes de las ciudades, que prefieren los libros impresos a la manera tradicional más fáciles de leer, pero están instaladas en todos los rincones del país y pueden ser empleadas por los habitantes de las zonas rurales para conseguir tanto libros populares como otros más especializados. Los sesenta y tantos mil títulos diferentes publicados en Ecotopía desde la Independencia pueden ser adquiridos, así como unos 50.000 títulos de la época anterior. Está previsto aumentar gradualmente la cifra a

unos 150.000. También es posible efectuar peticiones especiales, a un costo más elevado, a la gigantesca biblioteca de Berkeley, que reproducirá y transmitirá cualquier volumen de que disponga.

Este sistema funciona por la misma razón que permite a las editoriales de libros ecotopianos ser mucho más rápidas que las nuestras: los autores mecanografían sus manuscritos en una máquina de escribir eléctrica que efectúa al mismo tiempo un registro sobre una banda magnética. Esta banda puede ser convertida en algunos minutos en placas de imprenta e ir a, “nutrir” simultáneamente un ordenador electrónico central, con lo que estará inmediatamente disponible en las terminales de impresión.

Aparte de esta edición de “profesionales”, existe también un gran número de publicaciones hechas por aficionados. El país se equipó rápidamente de imprentas offsets portátiles, sólidas y fácilmente reparables. Se instalaron en las escuelas, oficinas, fábricas; en fin, un poco en todas partes, de forma que los escritores, artistas, partidos políticos y organizaciones especializadas pudieran disponer de ellas muy fácilmente e imprimir lo que quisieran a precios muy bajos. Todos los niños ecotopianos de ocho años son capaces de hacer funcionar estas máquinas a la perfección.

Los materiales imprimidos de esta forma son increíblemente variados: libros de cocina (muchos ecotopianos son buenos gastrónomos; éste es, sin lugar a

dudas, uno de sus puntos comunes con los franceses), tratados políticos, ensayos científicos, tebeos (que se han convertido en el medio de expresión de algunos excelentes artistas y han experimentado una curiosa evolución, aumentando su número considerablemente), literatura experimental, poesía, manuales de bricolaje para diversas artes y técnicas creativas.

Varían también mucho en la calidad de su presentación, abarcando desde los que ofrecen un aspecto casero y burdo a los que resultan magníficamente personales y creativos.

A pesar de la moderna tecnología existente, la afición de los ecotopianos a abordar las cosas de una manera artesanal, gremial, casi medieval, se refleja en sus publicaciones.

Los periódicos, revistas y libros jamás dejan de indicar al final quién editó el manuscrito, quién lo mecanografió, quién efectuó el trabajo de impresión, la encuadernación, etc. Cuando dije que eso me parecía una falta de modestia inconcebible en el mundo moderno, se me dijo que la vanidad nada tenía que ver con ello –lo que se intenta es fijar una responsabilidad, que los ecotopianos intentan descentralizar y personalizar siempre que es posible.

3 de Junio 1999

Ayer noche en el Cove, pequeño corro en torno al fuego. Nos contamos viejas historias de periódicos mientras bebíamos vino caliente con, especias. Hacía mucho frío y de cuando en cuando la puerta se abría para dejar paso a un recién llegado que venía a calentarse en nuestra compañía. Pero todavía disfrutaban metiéndose conmigo. Después de un rato, fue Bert quien empezó:

“Venga, Will, cuéntanos cuál es la historia más gorda que el Times silenció en su vida”. “¿Qué quieres decir con eso de la más gorda?” Repliqué. “Bueno, la que tú consideres más gorda. La Bahía de Cochinos fue bastante importante, me parece, aunque eso ocurrió hace ya mucho tiempo y además decidieron por fin publicarla, aunque les costara tres días llegar a semejante decisión”.

“Yo me habría opuesto a semejante demora”, dije frunciendo el ceño. “Lo publicaron, según creo, cuando se percataron de que otros periódicos les iban a pisar la historia. Pero incluso entonces el jefe sintió que estaba traicionando al Presidente. Acogieron este comentario con una sarcástica carcajada, que, por supuesto, no me sorprendió –ni las personalidades ni la política del gobierno americano despiertan demasiada simpatía entre los ecotopianos. “Después de eso, el periódico publicó

absolutamente todo, según tengo entendido. ¿Habéis oído hablar de los Papeles del Pentágono?”

“Sí, eso no estuvo mal”, asintió Tom, “aunque fueran ya noticias rancias”.

“Oye, Will, dijo Bert extendiéndose en su butaca con esa expresión intensa que adquiere cuando va a tratar un asunto serio: “¿Qué vas a escribir sobre la Guerra de los Helicópteros? Nosotros opinamos que esa fue la historia más grave silenciada por la prensa después de la Independencia. Ya sé que tú no tenías más de 19 ó 20 años por esa época; igual que yo. Pero no salió ni una sola línea sobre el tema en ninguno de los principales periódicos de tu país. En los circuitos underground sí se dijo algo, pero de una forma muy tergiversada, haciéndolo parecer como un desvarío paranoico de tercera mano”.

Silencio mortal, todos los ojos fijos en mí. Respiré dos o tres veces profunda y pausadamente. Aunque en aquella época yo no era más que un insignificante reportero en un periódico estudiantil, sé que en 1.982 circularon rumores sobre la existencia de incidentes en las fronteras con Ecotopía. Un par de excelentes amigos, algunos años mayores que yo, quisieron partir hacia allá y descubrir de qué se trataba. Pero la agencia que, nos proporcionaba las noticias tenía un buen corresponsal en Reno y, como es natural, toda una oficina en Los Ángeles. Los directores del periódico pensaban que si algo importante pasaba, serían

puestos al corriente. Un poco después, el ejército pedía urgentemente y de una forma poco habitual, grandes cantidades de helicópteros de reemplazo, alegando que iban a formar parte de una operación de ayuda a Latinoamérica que se iniciaba entonces. Además, en 1.982, la conmoción producida por la secesión había ya hace tiempo expirado, y los lectores estaban cansados de Ecotopía. La atención pública estaba fundamentalmente centrada en la crisis económica crónica.

Los sondeos de opinión mostraban que aunque nadie se sentía feliz por la existencia de Ecotopía, tampoco habrá demasiada preocupación en torno al tema. La posibilidad de que nuestro gobierno se arriesgara a una invasión secreta parecía remota; a mí la historia, desde luego, no me impidió dormir.

“¿Me estás tomando el pelo? ¿Qué Guerra de los Helicópteros?” “Vamos”, dijo Bert con enfado. “¿Nos vas a venir ahora con el viejo truco del no sé nada²?” “Oímos algunos rumores”; admití. “Probablemente hubo gente que hizo averiguaciones. ¿Qué ocurrió?, ¿algunas escaramuzas en la frontera?” “¡Fue una maldita guerra, tío! ¡Hubo miles de muertos de uno y de otro lado!”

Red, un tipo que debe tener unos cincuenta años, tomó la palabra. Es un hombre menos hablador que la mayoría de los

ecotopianos y por ello sus palabras suelen tener mayor peso. “Yo estuve allí, dijo simplemente. “Mañana por la mañana podría bajar contigo y enseñarte algo que tal vez te convenciera” Pero no me quiso decir el qué.

Hablamos durante toda la noche. Lo que contaban parecía cuadrar demasiado como para tratarse de meras patrañas. Para resumir brevemente las cosas, se produjo un conflicto armado en la primavera de 1.982. No duró más que unos pocos días, pero dicen que fue decisivo para la supervivencia de la nueva nación. Los ecotopianos, como es natural, no ignoraban que Washington estaba repleto de halcones que propiciarían una “solución” inmediata –un genocidio si fuera necesario– para acabar con la secesión. Sabían también que la opinión de los halcones no había prevalecido hasta entonces en parte a causa de los problemas económicos que habría provocado la nueva anexión de Ecotopía y en parte porque se temía, desde la secesión, que Nueva York, Chicago, Washington y quizás otras ciudades hubieran sido minadas con armas atómicas.

Según Red, inmediatamente después de la Independencia, los ecotopianos comprendieron la importancia prioritaria que habrá que dar a la protección anti–helicópteros y se pusieron a punto un gran número de dispositivos de defensa bastante sofisticados. Uno de ellos, imitado por los ecotopianos del ejército de los Estados Unidos de América tras la secesión y fabricado en las antiguas plantas de misiles cercanas a Sacramento y San Francisco, consistía en un

torpedo dirigido por radar que podía ser transportado por un solo hombre (o mujer). Una vez que el proyectil (parecido a un bazooka) era disparado, el tirador continuaba apuntando el arma hacia el blanco móvil y el radar guiaba el obús hasta que acertaba. Otro, basado en un invento franco-ruso, consistía en un misil provisto de un sistema de autoguía que funcionaba con rayos infrarrojos, dirigiéndolo hacia el tubo de escape del objetivo volante; éstos eran especialmente útiles de noche. Un tercero, mucho más barato, consistía en un proyectil muy simple que arrastraba tras de sí unos largos cables hasta enredarlos entre las hélices del helicóptero haciéndole perder el control y estrellarse. Estas armas, al parecer, fueron distribuidas por todo el país. “¿Quieres decir que se entregaban a todas las unidades del ejército?”, pregunté. “A todas las unidades del ejército y a todos los hogares y comunas”; me respondió Red sonriendo. “Se distribuyeron cientos de miles de ellos por todas partes, lo creas o no”.

Lo que, según él, sucedió fue que las fuerzas aéreas y el ejército americano lanzaron un gigantesco ataque sorpresa: de las bases del Sur de California, Colorado y Montana y de numerosos portaaviones, partieron grandes escuadrillas de helicópteros escoltadas por bombarderos hacia las fronteras ecotopianas. Puede que los ecotopianos no fueran tomados por sorpresa; presumen de poseer un excelente servicio de información. Como medio de “aplanar” el terreno para el aterrizaje de los helicópteros, los jets utilizaron una técnica

ya usada en Vietnam y la destrucción fue, como es natural, considerable, aunque los ecotopianos consiguieron abatir un número impresionante de estos aparatos. Lo que es todavía peor, cuando los helicópteros llegaron, fueron acogidos desde las fronteras y la línea costera por ráfagas de ametralladora, que no cesaron hasta su llegada a los puntos de aterrizaje.

“Los derribamos a todos”, dijo Red en tono tranquilo.

“¿Qué quieres decir con eso de que los derribasteis a todos? ¡Eso es imposible!”.

“Puede que lo creas así”, replicó. “Pero nosotros disponíamos de un número de torpedos infinitamente superior al de sus helicópteros. Los fuimos liquidando a medida que iban llegando. Algunos podrían haber logrado aterrizar si los hubieran concentrado a todos en una zona más amplia que el Valle. Pero tenían un exceso de confianza en sí mismos y habían programado minuciosamente depositar hombres por todo el país. Nos trajeron como unos siete mil en tres días. Muchos cerca de la frontera, pero también por el resto del país. Cuando se pusieron a contar sus pérdidas, sin haber conseguido todavía depositar a un solo hombre en tierra, renunciaron”.

“Es increíble”; dije. “Tendrían que haberse dado cuenta enseguida de lo que pasaba y haber variado de estrategia”.
“A lo mejor es que sus computadoras no estaban preparadas

para esto”, contestó Bert secamente. “Y además les causamos también unos cuantos problemas con sus canales de comunicación. Me han contado que cuando ellos creían estar hablando entre si la mitad de las veces lo estaban haciendo con nuestros muchachos, los cuales les proporcionaban informaciones erróneas y les enviaban a puntos falsos donde no lo pasaban muy bien. Pero lo que creo que les hizo renunciar en realidad fue nuestra aseveración de que haríamos detonar las minas situadas bajo las grandes ciudades americanas si el ataque proseguía un día más. Eso fue todo”.

Me dolió pensar en esta imagen fratricida, aunque sé que todas las guerras civiles son así. “¿Qué hicisteis con los prisioneros de guerra?, pregunté. “No había muchos”, dijo Red. “Cuando un helicóptero se estrella, no suelen quedar supervivientes. Retuvimos a los pilotos durante un par de meses, hasta que tuvimos la absoluta seguridad de que todo había terminado. (Tu gente estaba, en ese momento, muy ocupada en Brasil). A los otros chicos, después de discutir con ellos un poco, los enviamos a Los Ángeles. He oído decir que algunos de ellos volvieron para quedarse.

La conversación continuó hasta horas avanzadas de la noche.

“Bueno, Will. ¿Qué piensas hacer?”, preguntó finalmente Bert. ¿Qué demonios esperaba que dijera? “En primer lugar, más averiguaciones”, repliqué. “Y después tendré que

encontrar una forma de presentarlas cosas que no resulte excesivamente incendiaria. No quiero otra guerra, como tampoco la queréis vosotros”.

“¡Qué suerte la tuya disponer de unos hombros tan sólidos para cargar con el mundo tan fácilmente!”, se ríó Bert. Y todo el mundo parecía desilusionado por mi respuesta. Pero no soy uno de esos periodistas irresponsables que escribe lo primero que le viene a la cabeza.

XIX. LAS SORPRESAS DE LA EDUCACIÓN ECOTOPIANA

San Francisco, 4 de Junio, 1999

Las escuelas representan, quizás, el aspecto más anticuado de la sociedad ecotopiana. Nuestra educación individual a domicilio, controlada mediante ordenadores, no tiene equivalente aquí. Los alumnos todavía se reúnen a diario para recibir sus clases. (Apenas se utiliza la electrónica en la enseñanza, pues se estima que el mero hecho de encontrarse ante profesores y compañeros ejerce un efecto educativo). De hecho, si se juzga por Crick School, la única que yo he visitado, las escuelas ecotopianas más parecen granjas que otra cosa.

Un profesor ecotopiano, a quien yo hice este comentario, me respondió: “Esto se debe a que nosotros hemos pasado a la era de la biología. Vuestro sistema escolar está todavía

dominado por la física. Por esa razón, las escuelas de tu país parecen prisiones. No dejáis que nada crezca en ellas”.

Crick School está situada en las afueras de la miniciudad de Reliez y sus ciento veinticinco alumnos acuden diariamente a ella a pie campo a través. (En torno a la ciudad hay alrededor de una docena de escuelas análogas). La escuela posee ocho acres de terreno, con un pequeño bosque y un riachuelo. El nombre de Crick le fue asignado en honor a Francis Crick, descubridor, junto con otros, de la estructura del DNA. No consta de ningún edificio permanente de interés; las clases tienen lugar en el exterior o en pequeñas barracas de madera de aspecto provisional, que apenas cuentan con el suficiente espacio para albergar a un profesor y a una docena de alumnos, y que se encuentran diseminadas por el terreno escolar. Al no poder encontrar la oficina de administración de la escuela, pregunté donde se hallaba situada y me indicaron que no existía tal –¡sus archivos consisten en un simple cajón lleno de tarjetas! Mis interlocutores me explicaron que, con sólo media docena de profesores, la coordinación y toma de decisiones de la escuela constituye una parte más de la vida cotidiana. Como el período de duración de cada clase fluctúa a voluntad (no hay campanadas que indiquen el final de la clase), los profesores pueden reunirse siempre que lo deseen; además, cenan juntos una vez por semana y es en tales ocasiones cuando abordan los problemas más profundamente.

Aunque parezca increíble, los niños no consagran más de

aproximadamente una hora a la clase en sí tal y como nosotros la entendemos. Cuando pregunté cómo se las arreglaban para evitar que los alumnos destrozaran las instalaciones durante los ratos en que no estaban vigilados por un profesor, me respondieron que suelen estar muy ocupados en la realización de sus “proyectos”. Yo mismo pude ver por todas partes evidencias de tales proyectos, y creo que la explicación, por muy optimista que pueda parecerse, no está desprovista de fundamento.

El bosque es un centro de actividades importante, sobre todo para los chicos, quienes suelen andar en pandillas de seis u ocho. Construyen cabañas en los árboles y refugios subterráneos; hacen arcos y flechas; salen a atrapar ardillas, muy abundantes en la colina; en definitiva, se comportan como perfectos salvajes. Sin embargo, pude apreciar que su conversación abunda en términos biológicos y que parecen poseer una sorprendente sofisticación científica. (Un chaval de seis años comentaba observando a un gusano: “Está todavía en estado larvario”). Ciertos proyectos, concretamente un enorme jardín y un taller de tejidos, parecen ser de exclusiva femenina, aunque alguna de las chicas forma parte también de las pandillas constituidas predominantemente por muchachos. No obstante, la mayor parte del tiempo que los niños pasan estudiando o trabajando lo hacen en grupos mixtos.

Cuando hablo de “trabajo”, me refiero a que los niños de las escuelas ecotopianas pasan por lo menos dos horas al día

trabajando en la más amplia extensión de la palabra. Los jardines de la escuela cuentan con ello, ya que suministran el alimento para las comidas del mediodía. Por lo visto, la mayoría de las escuelas disponen además de pequeños talleres. En el de Crick encontré a una veintena de chicos y chicas muy ocupados en la confección de pequeños objetos de madera de dos clases –que resultaron ser jaulas y semilleros. (Estos últimos son todos, milagrosamente, del mismo tipo y dimensión. Las jaulas, por el contrario, tienen diferentes tamaños y sus formas son caprichosas. Semejante diferenciación no se produce por accidente). Mediante este sistema, se pretende hacer comprender a los niños que el trabajo forma parte de la vida de las personas e inculcar en ellos los principios ecotopianos de cómo debe ser gestionado el trabajo: no hay “jefes” en el taller y los niños, al parecer, discuten y deciden entre ellos la manera de hacer las cosas.

Tienen muchos otros proyectos en una u otra etapa de su desarrollo. Al elaborarlos en conjunto, como les vi hacer durante una media hora, los niños se ven forzados a utilizar conceptos de geometría y física, a efectuar cálculos complejos y a desarrollar una gran destreza para la carpintería. Adquieren la información necesaria con un entusiasmo profundamente diferente a la forma en que los niños americanos absorben la encorsetada enseñanza formal. Según me han dicho, los niños, además disponen a su antojo de los beneficios que produce el taller. Una parte

del dinero es, creo, distribuida (equitativamente) entre cada niño, mientras que la otra sirve para comprar cosas para la escuela: me mostraron un espléndido equipo de tiro al arco recientemente adquirido mediante este procedimiento.

Hacía sol durante mi visita, pero en los inviernos lluviosos Crick School debe cubrirse de barro por todas partes. Con objeto de disponer de una cierta protección y también de un lugar donde celebrar mítines, fiestas, proyecciones de películas y sesiones de vídeo, hay en la escuela una inmensa carpa parecida a las tiendas indias. La lona blanca que la recubre no es ni mucho menos nueva y está llena de parches muy decorativos. El borde inferior de la tela suele estar habitualmente enrollado hacia arriba, hasta la altura de la cabeza, convirtiendo la tienda en una especie de pabellón. A veces, cuando llueve mucho, los niños van a jugar allí. (Nunca se les prohíbe salir bajo la lluvia y así aprenden a secarse ellos mismos). Un gran patio central sirve para la celebración ocasional de barbacoas en las que se asa y come algún ciervo (o uno de los cerdos de la escuela); en un lateral de la tienda se ve una cocina que los grupos de niños utilizan para hacer comidas o banquetes.

Puede que alguien se pregunte si una atmósfera tan libre no hará que los niños se conduzcan como salvajes. Por lo que he podido observar hasta ahora, no ocurre ni muchísimo menos así; por el contrario, la escuela es un lugar curiosamente sosegado.

Pequeños grupos de niños van de un lado a otro cumpliendo misteriosos encargos que parecen absorberles por entero. Unos cuantos grupos juegan a la pelota, pero la escuela en su conjunto dista mucho de tener esa atmósfera febril y ruidosa que caracteriza a las escuelas de nuestro país. La ausencia de ruidos es tal, que al llegar no podía creer que hubiera más de 30 ó 40 niños. Me he dado cuenta, también, de que las pandillas no están integradas por chavales de la misma edad; siempre hay en cada grupo algunos más mayores que ejercen una cierta autoridad exenta de tiranía. Los profesores, al parecer, favorecen esto o, al menos, no lo desapruueban; para el trabajo escolar dividen a los alumnos en grupos, según su nivel de desarrollo, pero no rehúsan jamás admitir a niños mayores o menores deseosos de incorporarse a una clase o de asistir a ella como oyentes.

Ciertos profesores, en particular aquellos que se ocupan fundamentalmente de los niños más pequeños, enseñan, por lo visto, de todo. Pero otros están en cierta medida especializados –uno enseña música, otro matemáticas, otro “mecánica”– esta última materia no se refiere sólo a la física, sino que también comprende la construcción, diseño y reparación de objetos materiales. De esta forma, se sienten en libertad de satisfacer aquellos intereses propios que consideran de efecto educativo para los niños. Desde luego, parecen mantener una mente muy lúcida. Todos los profesores enseñan, como es natural, gran cantidad de

biología. La importancia y programas de cada materia son flexibles y los propios profesores son quienes los establecen.

Esto, así como la organización de la escuela en su conjunto, es posible gracias a la característica más destacada de las escuelas ecotopianas: son empresas privadas. O mejor dicho, son, como la mayoría de las fábricas y tiendas de Ecotopía, propiedad de las personas que trabajan en ellas; es decir, las escuelas son empresas de propiedad colectiva y personal de los profesores que las manejan. Crick School es legalmente una sociedad; sus profesores poseen el terreno, las instalaciones y la reputación (sea la que sea) de su escuela. Son libres de organizarla como gusten, de seguir el método educacional que prefieran y los padres, de enviar a sus hijos a Crick School o a cualquier otra escuela de su elección.

El único control ejercido en la escuela, además de los límites impuestos al precio máximo y de las reglamentaciones concernientes a la higiene y seguridad del lugar, son los exámenes nacionales que todo niño pasa a la edad de 12 y 18 años. Parece ser que, aunque no existen controles administrativos directos, la presión indirecta ejercida por los padres al preparar a sus hijos para esos exámenes –y para la vida en general– es tal que las escuelas realizan un gran esfuerzo para lograr dar a sus estudiantes la mejor educación posible. Los exámenes son confeccionados cada año por un prestigioso comité, que comprende representantes de los educadores, de las personalidades

políticas y de los padres—algunos elegidos y otros designados por un período de siete años, durante los cuales se hallan, en cierta forma, aislados, al igual que nuestros senadores o jueces, de las presiones políticas a corto plazo.

La competencia entre las escuelas es aparentemente muy fuerte y los niños cambian con frecuencia de una a otra. En lo que concierne a la enseñanza secundaria, la situación de Ecotopía parece ser ligeramente comparable a la nuestra; por ejemplo, una escuela de San Francisco en la que se han formado un gran número de científicos y de líderes políticos tiene, por ello una larga lista de espera.

Es difícil explicar cómo reaccionan los niños ante el espíritu de competición existente, en ciertos niveles, de forma paralela a la relajación que caracteriza a la vida ecotopiana. Con frecuencia, he visto a niños mayores ayudar a otros más pequeños en sus deberes y todo el mundo parece aceptar sin traumas el hecho de que ciertas personas sepan más que otras y que pueden servir de ayuda a éstas. Pero el poseer una habilidad especial para algo no constituye motivo de envidia, como ocurre entre nosotros, donde el hecho de estar mejor dotado que los demás se traduce en dinero y poder; los ecotopianos parecen considerar la habilidad excepcional más bien como un don a compartir con los demás. No he visto nunca en Crick School ocurrir algo parecido a lo que presencié en la escuela americana de mi hija: un niño llamaba a otro “tonto” por no haber entendido tan rápidamente como él una explicación. Los ecotopianos

aman las cosas bien hechas, pero parecen intuitivamente pensar que se puede sobresalir en un terreno y no en otros y que hay muchas maneras de dar.

¿Aceptan los ecotopianos la idea de que las familias pobres no quieran o no puedan enviar a sus hijos a la escuela ante el alto coste de la escolaridad? En este aspecto tan crucial, los ecotopianos han evitado retroceder hacia épocas más primitivas. Sin embargo, en lugar de becas prefieren subvenciones directas a las familias con ingresos inferiores a un cierto nivel, una parte de las cuales va destinada a la escolarización. De esta forma, el estado ecotopiano, sin querer descargar totalmente a los padres del gasto que representa la educación de sus hijos (lo que equivaldría, tal vez, a impulsar la natalidad), pretende obligar a los ciudadanos a dar a sus hijos una *cierta* educación. La posibilidad de que surjan “escuelas kick back”, como ocurrió en los Estados Unidos cuando por primera vez se lanzaron los bonos de escolaridad, no parece preocupar excesivamente en Ecotopía, donde el bienestar de los niños es objeto constante de discusión –y donde los propios niños disponen de periódicos escolares que son, si se puede llamar así, exageradamente críticos con respecto a sus propias escuelas; si algo poco claro ocurre, no tardaría en aparecer a la luz.

A juzgar por lo que he podido observar en mi breve visita, el hecho de que no exista un programa formal de estudios no significa que los alumnos de Crick carezcan de los

conocimientos básicos de lectura, escritura y aritmética; simplemente adquieren estos conocimientos de una forma más concreta y en su propio contexto. Aprenden, además, una gran cantidad de cosas y técnicas secundarias. Un niño ecotopiano de diez años, según he podido comprobar, es capaz de construir un refugio (algunas de las chozas de los chavales tienen un extraño aspecto); sabe producir, recoger y cocinar los alimentos; confeccionar trajes muy simples; no ignora nada de la vida de cientos de especies de animales y plantas, tanto las que pueblan los alrededores de sus escuelas como aquellas zonas que exploran en sus excursiones. Puede decirse también que los niños ecotopianos parecen vivir en un ambiente de mayor camaradería que los niños de nuestras enormes escuelas, llenas hasta los topes y asfixiantes por la disciplina que en ellas impera. Es obvio que los niños ecotopianos aprenden a organizar sus vidas de una forma coherente y responsable. Sus escuelas, por tanto, por muy caóticas e irregulares que nos puedan resultar en su principio, parecen cumplir perfectamente la misión de preparar a sus niños para la vida ecotopiano.

6 de Junio 1999

Esta mañana fui con Red a un depósito de chatarra oculto

en el sur de San Francisco. Allí, apilados en gigantescos montones como los automóviles en nuestros cementerios de chatarra, había centenares de maltrechos helicópteros del ejército americano, la mayoría absolutamente destrozados. No quedaban prácticamente ni instrumentos, cables, ni motores; equipos de recuperación de restos los habían desguazado. Pero se trataba, sin lugar a dudas, de aparatos americanos del año 1.982. Telefoneé a Marissa para contarle la asombrosa noticia. “¿Pero es qué de verdad lo dudabas?”; preguntó. “¿Todavía crees que la gente sería capaz de engañarte?” “Ya no sé qué creer. Excepto en ti. “¿Y qué has visto?” “Te lo diré cuando te vea”.

7 de Junio 1999

Acabo de llegar del Ministerio de la Guerra, donde he intentado hacerme con la versión oficial ecotopiana de la Guerra de los Helicópteros. El Ministerio no ocupa más que tres plantas de lo que en otras épocas fue la Oficina Federal de San Francisco. ¡Carece de servicio de información a la prensa! Me condujeron a un despacho donde me presentaron, por su nombre, a un individuo joven, sin mencionar su cargo –averigüé más tarde que se trataba de un general o algo por el estilo. Me confirmó la información que había recibido con anterioridad y me dio el número de

helicópteros abatidos: 7.679, “aunque”, agregó, “parte del cálculo tuvo que hacerse basándose en trozos muy fragmentados”.

De lo que verdaderamente quería hablarme era del sistema de milicias adoptado tras la Independencia en Ecotopía. Lo consideraba como una innovación social de gran importancia, y no parecía estar enterado de que nosotros lo habíamos sometido a experimentación en 1.989 sin conseguir hacerlo funcionar. (Y si lo intentáramos ahora, nos encontraríamos probablemente con que las brigadas se convertirían en bandas armadas de saqueadores). Arsenales locales; los hombres se “entrenan” anualmente y trabajan durante un par de semanas. Su organización hace pensar más en bandas de guerrilleros que en un auténtico ejército, aunque es un hecho evidente que disponen de excelentes comunicaciones por radio y de un sistema nacional de mandos muy eficaz. Mi interlocutor afirma que no hay fortificaciones pesadas en las fronteras aunque son predominantemente montañosas y bastaría poco para hacerlas casi impenetrables. “¡Acuérdese de Dienbienphu!” me dijo riéndose. No quiso revelarme donde se llevan a cabo las investigaciones en materia de armamentos, que están evidentemente muy descentralizadas. Dijo que es de los ciudadanos corrientes de donde provienen muchas de las ideas militares más factibles: “Fue una persona vulgar y corriente la que inventó uno de los artefactos anti-helicópteros más baratos –un simple proyectil con

algunos cables pendiendo detrás. Era un mal tirador, y su idea posibilitaría a cualquiera a derribar un helicóptero aunque no tenga buena puntería”.

Me dijo, también, que les gustaría poder reducir gradualmente su potencial militar (tiene ahora aproximadamente el tamaño y coste relativo del de Canadá), pero que todavía no pueden fiarse lo suficiente de los Estados Unidos. Este hombre me pareció un militar inteligente y trabajador. Ni la más mínima traza de esa especie de mentalidad burocrática totalmente impermeable que caracteriza a nuestros militares. Apuesto cualquier cosa a que es verdad que han minado Washington,

(Más tarde) Por fin, he decidido no escribir nada sobre la Guerra de los Helicópteros. No veo que sentido podría tener a estas alturas hacerlo. Es cierto que el Times hizo mal al no averiguar lo ocurrido ni dar la noticia mientras estaba produciéndose. Y supongo, con todo lo difícil que me resulta admitirlo, que debe haber cantidad de episodios con similar importancia en nuestra reciente historia nacional –intentos fallidos o por lo menos muy arriesgados que deberían haber sido expuestos a la opinión pública, atacados, debatidos... Pero sé muy bien lo que podría ocurrir si escarbaba ahora en esas viejas heridas. (Considerando, claro, que Max publicase la historia que le enviara, lo que es bastante improbable). No haría más que reavivar el rencor entre nuestro pueblo y Ecotopía. La derecha americana me acusaría de traidor al “desvelar los secretos” de mi país. Y debo confesar que esta

acusación me dolería un poco, aunque parezca estúpido. Todas las semillas de mutua comprensión que mi serie de artículos pudiera generar quedarían destruidas. La tensión que se engendraría haría, con toda seguridad, imposible el inicio de conversaciones serias y positivas con la Presidenta Allwen –je incluso, mi permanencia en el país! (Las respuestas de su secretario son útilmente más amables –me hizo, incluso, algunos comentarios favorables sobre mi artículo sobre la economía. Mientras tanto, nada definitivo acerca de mi encuentro con ella).

“Sabrás la verdad y la verdad te hará libre”. Me acuerdo del escalofrío que solía recorrerme la espalda cuando oía esa frase. He tenido que aprender, después, que la verdad no es una cosa fácil y sencilla que se puede “conocer” automáticamente, sino un conjunto inquietante y siempre tentador de hechos, deducciones y equilibrios –inherentemente hipotéticos aunque obvios en su conjunto: lo mismo que ocurre con la ciencia, supongo. Año tras año hemos ido avanzando en el conocimiento científico, pero nunca lo hemos llegado a dominar por entero. (¿Quiere decir esto que nuestra libertad es también condicional?). Algún día escribiré la historia de la Guerra de los Helicópteros; no forma parte de mi cometido actual. Y ahora, tendré que bajar y enfrentarme a los insultos de Bert y los otros. ¡Qué suerte tienen los hijos de puta!

XX. LA VIDA EN TUBOS DE PLÁSTICO

Santa Cruz, 8 de Junio, 1999

Nosotros fabricamos, a partir del plástico, envolturas para salchichas, cables, mangueras, estructuras de aluminio y muchos otros artículos, pero los ecotopianos construyen habitaciones enteras. Han inventado una máquina que les permite cortar los tubos en porciones transversales de forma ovalada de unos 4 metros de ancho y 3 metros de alto; las paredes tienen un espesor de 15 centímetros y en su interior existe una parte plana, que es el suelo. El tubo puede ser compacto o estar provisto de ventanas laterales. Al adquirirlo, se puede pedir que sus extremos estén cortados en diagonal o en cuadrado. Las casas resultantes adoptan diversas formas –de hecho, no he visto todavía dos iguales– pero para que se puedan hacer una idea, no tienen más que imaginarse que las cabinas de los aviones pudieran ser

compradas por metros y ensambladas con, pegamento hasta adquirir cualquier forma que se les antojara.

La mayoría de las casas ecotopianos son de madera, el material preferido por los ecotopianos. Pero las casas de madera son complicadas de construir y, por tanto, muy caras si se comparan con las casas prefabricadas, hechas de un plástico derivado del algodón. Otra ventaja de las casas prefabricadas es que son transportables (una porción-tipo de unos 4 metros de largo es lo suficientemente ligera como para poder ser transportada por cuatro hombres) y los ecotopianos demuestran un gran ingenio en la manera de utilizarlas.

Según el ángulo que se les dé al cortar y ensamblar los tubos, se obtienen casas cuadradas, hexagonales u octogonales. Se pueden pegar las porciones de tubo de manera que se obtenga una estructura en forma de zigzag irregular, o una larga línea de anillos con ramificaciones y protuberancias, formando una especie de recinto –modelo que suelen utilizar los grupos de familia extensiva que habitan en el campo. Es posible construir un espacio central de madera o piedra y agregarle a su pared exterior habitaciones prefabricadas en molde. Se pueden cortar puertas y ventanas con sólo unos pocos minutos de trabajo. Y las diversas partes de las habitaciones no sólo pueden ser montadas por mano de obra sin especializar, sino que su coste resulta muy bajo –la sección de tamaño habitación tipo cuesta menos de un quinto del precio de una habitación

de construcción tradicional, incluyendo un par de ventanas. Este es, se me dijo, el sorprendente resultado de la producción de viviendas basada en un verdadero proceso industrial en cadena, en lugar de en un proceso artesanal.

Acabo de visitar una de las factorías en las que estas casas prefabricadas moldeadas son producidas. La factoría recuerda a nuestros túneles de lavado automático de coches. Se mezclan los componentes del plástico en una gran caldera hasta que alcanzan el punto de ebullición, con el fin de obtener una especie de goma espuma que se proyecta en una abertura ovalada de la talla requerida. Esta especie de goma espuma endurece en contacto con el aire. El tubo así conseguido, de forma ovalada y alargada, es deslizado sobre una cadena sin fin; caso de ser necesario, se le hacen los orificios de las ventanas y después se recubre interior y exteriormente de un componente plástico resistente, de un color indefinible – en cierto modo, el color de la hoja de maíz seca, lo que no es sorprendente si se tiene en cuenta que ha sido fabricado a partir de las matas de maíz; este material plástico interior y exterior es lavable y puede ser pintado, pero los ecotopianos utilizan poco la pintura, y hay que decir que su color natural encaja muy bien con el tono de las ramas y los árboles. La operación final consiste en cortar trozos de tubo de diferentes longitudes y almacenarlos en un terreno vecino hasta su utilización.

La parte del suelo del tubo de plástico viene provista exterior e interiormente de unas ranuras longitudinales para

el paso de los hilos eléctricos, canalizaciones de agua, etc. los que, a su vez, están cortados en secciones de longitud estándar y conectados a los aparatos sanitarios y orificios de desagüe.

A los ecotopianos les encanta hablar de “sistemas integrados”; con esta expresión designan sistemas que satisfacen a la vez a varios de sus principios ecológicos, en parte fetiches. La construcción en plástico moldeado proporciona varios ejemplos. El más sorprendente es el caso del bloque sanitario. Los ecotopianos han sabido llevar a la práctica una vieja idea de nuestros arquitectos; fabrican cuartos de baño de una sola pieza, que se integra exactamente en la sección del tubo. El bloque de cuarto de baño comprende todos los aparatos sanitarios usuales, incluido un radiador. Este bloque sanitario se combina con un amplio depósito de plástico enterrado en el exterior, al que vierten los desagües del cuarto de baño a través de dos tubos flexibles. No se trata sino de una fosa séptica con doble uso: ¡al descomponer los residuos, produce metano que alimenta la caldera de la calefacción! El agua que sale de la fosa séptica no tiene nada de desagradable; por el contrario, está perfectamente clara y es excelente para regar; tanto es así, que se suele planificar la localización de la casa de manera que el jardín quede situado junto al cuarto de baño. Los residuos sólidos son extraídos de la fosa séptica cada dos o tres años y utilizados como abonos en la agricultura. Tal vez, este sistema pueda parecer repugnante,

pero tiene sus ventajas, sobre todo en las zonas rurales. Además no hay que olvidar que el gas y la electricidad son excesivamente caros en Ecotopía (aproximadamente tres veces más caros que en Estados Unidos), lo que hace comprender que este sistema extraño pero ventajoso haya convencido a mucha gente. Otro sistema integrado –orgullo de los ecotopianos– es la calefacción solar con bombas de calor, particularmente adaptadas a las casas de plástico y que no consumen ni fuel–oil ni agua; no hace falta más que un poco de electricidad para hacer funcionar las bombas.

Por cierto, uno se da cuenta de que la energía cuesta muy cara en Ecotopía al observar que las casas están horriblemente mal iluminadas. Esta iluminación es más o menos suficiente cuando se trata de leer o trabajar –habida cuenta de que los ecotopianos no utilizan los tubos fluorescentes por considerar que su luz estropea la vista– pero, cuando se trata de encontrarse en familia o entre amigos, a la gente le basta el encender algunas bombillas de poca potencia, cuando no unas simples velas (fabricadas con grasa animal, como las candelas de nuestros antepasados).

Una vez que te acostumbras al aspecto un tanto especial de las casas de plástico, te llegas a encontrar en ellas indudablemente bien. El hecho de que haya continuidad entre las paredes y el techo te hace, al principio, sentir incómodo, para, posteriormente, darte una sensación de calor y seguridad. Los ecotopianos decoran sus interiores de múltiples maneras, pero los que tienen este tipo de casas

usan con más profusión que los otros, alfombras, mantas, colchas y telas diversas, presumiblemente, con objeto de suavizar la: líneas severamente geométricas de la estructura. Las pieles de cordero y alfombras de piel son algo muy corriente también. La capa de espuma plástica asegura un aislamiento térmico muy bueno; estas casas son, pues, muy fáciles de calentar –por lo general, sus habitantes dejan las ventanas abiertas de par en par y en el interior andan con poca ropa. (En caso de que la lleven, ya que algunos no parecen preocuparse lo más mínimo de aparecer desprovistos de ropa; un ecotopiano me abrió en una ocasión la puerta totalmente desnudo).

Querría describir aquí una de las casas más agradables que he visitado: se compone de una serie de habitaciones moldeadas en plástico dispuestas radialmente en torno a una sala central con muros de piedra. Esta sala, que reúne salón, cocina y comedor, tiene forma octogonal y está cubierta por una cúpula geodésica traslúcida. La parte central de esta gran habitación está ocupada por un jardín, en cuyo centro, a su vez, hay un árbol de unos 4 metros de altura. Uno de los lados del octógono da a un río (del que proceden las piedras que han servido para la construcción). Los otros lados están dotados de puertas corredizas que abren sobre habitaciones de plástico moldeado; cinco de estas habitaciones son dormitorio–estudio–estar; otra, un espacioso y lujoso cuarto de baño con chimenea y la última, una especie de despacho con un pequeño cuarto de baño

anexo. Se ven por todas partes telas tejidas y plantas, que forman un contraste muy armonioso con las extrañas formas y los tonos pálidos de las paredes. En una de estas habitaciones, la alfombra mullida y espesa continúa sobre los muros hasta la altura de la ventana; no hay más muebles que una cama baja y una fila de armarios en la parte opuesta. Estos armarios se pueden comprar ya fabricados, así como los tabiques que sirven para dividir las habitaciones, pero con frecuencia la gente ecotopiana dedica un gran esfuerzo en hacerlos ellos mismos, con gran maestría y madera amorosamente elegida y primorosamente trabajada.

Las casas de plástico no poseen todos los perfeccionamientos de que están dotadas nuestras “casas rodantes”, pero, probablemente, son mucho más duraderas; conozco gente que habita en casas de este tipo desde hace más de 15 años. Son, además, de fácil reparación por sus ocupantes. En cierta ocasión y para demostrármelo, un ecotopiano que me enseñaba su casa ¡tomó un hacha e hizo un gran agujero en la pared! La familia se reunió alrededor del agujero, lo tapó con unos trozos de goma espuma y pegó cuidadosamente encima una capa de plástico duro. La operación completa, que se hizo con buen humor general, no duró más de 10 minutos.

Como todos los objetos de plástico fabricados en Ecotopía, las casas moldeadas pueden ser reducidas a pequeños pedazos que se depositan en los biocubos, donde son

digeridos por los microorganismos; de esta manera, pueden volver –en forma de abonos– a los campos de donde partieron los materiales. El único problema que presentan este tipo de edificaciones es que corren el riesgo de ser arrastradas por un vendaval. Para evitar tal riesgo, en lugar de cavar cimientos, se deja el suelo intacto y basta con sujetar sólidamente la casa por sus cuatro esquinas.

A muchos ecotopianos les gustan estas casas. Pero no sienten por ellas el respeto casi religioso que sienten por las construcciones de madera. Si un miembro de la familia muere o se va, su habitación puede ser cortada y reducida a añicos y éstos, reciclados. Cuando un bebé nace o un recién llegado se incorpora a la comunidad, se añade una habitación a la constelación existente –una habitación grande si se trata de un adulto y pequeña si es para un niño. Cualquier arquitecto que se precie no podría sino irritarse ante tales prácticas, pero la casa se convierte, de esta manera, en la expresión directa de la familia que la habita.

9 de Junio 1999

Parece que las relaciones entre Marissa y yo están tomando un nuevo giro más flexible. Tras mis investigaciones y verificaciones sobre la Guerra de los

Helicópteros, me fui hace dos días a descansar al campamento y ayer Marissa me acompañó a la fábrica de plásticos para la construcción. Me di cuenta de que ella nunca habrá entrado en una casa de plástico; ¡debió hacerle falta un gran valor y mucha energía el conseguirlo! ¡Vaya corte!: de pronto, señaló como por decreto que estas casas de plástico son inmundas y se puso furiosa al ver que yo estaba impresionado y fascinado. “¡Ya lo sabría yo! ¡Estas casas no son más que un trozo de chatarra americana!” Se puso a golpear, las paredes haciendo unas muecas horribles. No me tomé la cosa muy en serio, hasta que me di cuenta que se habrá sentido afectada en lo más profundo de su ser, cuando de lo que se trataba era, simple y llanamente, de una diferencia de gustos: ella sentía la impresión de que yo estaba yendo hacia atrás, regresando, que estaba perdiendo el sentido de las cosas que ella y otros ecotopianos se esforzaban en inculcarme desde mi llegada. Empezó a llorar. “¿Cómo puede gustarte la madera tanto como dices si, al mismo tiempo, te gusta esa porquería artificial y absurda? ¡Pasa tus dedos por aquí! ¡Siéntelo!” (Pasé mis dedos por el plástico y sentí su tacto. Tenía razón: es frío, casi viscoso, sin ninguna gracia y no tiene olor). El llanto de Marissa se hizo más fuerte. Entre lágrimas me gritaba: “Nunca, ¿oyes?, nunca, nunca viviré en uno de esos artilugios. ¡Nunca!”

De pronto, sentí la impresión de que había algo en el ambiente, algo diferente que no comprendo; parece como si todo hubiera adoptado una significación nueva y misteriosa.

Ella tiene una forma de mirarme, de evaluarme, distinta a la que tentó al principio; cuando pareció no haber entre nosotros más que una divertida lucha de cultura a cultura. Yo no sé exactamente qué es lo que hay en mí que le interesa, pero sea lo que sea, le interesa de verdad... También es cierto que nuestras relaciones sexuales son otra cosa ahora, más relajadas.

Durante varias semanas, ella aceptó la sed insaciable que yo tenía de ella como una excentricidad de la naturaleza que no duraría, y de hecho, terminó por no ser más que un recuerdo –ahora hemos alcanzado un equilibrio mucho mejor. Me desea tanto como yo a ella. Cuando nos miramos, lo hacemos con la alegría de leer en la mirada del otro el mismo deseo. Parece que mi pecho se hincha, hasta casi estallar, cuando pienso en todo esto –como si mi corazón quisiera verterse entero, hundirse en ella. Anoche le dije, “Me cuesta mucho esfuerzo mostrarme sentimental, pero ¡qué voy a hacer! Es necesario que te lo diga: te amo”. Me lanzó una mirada penetrante. “¿Qué es lo que amas en mí?” “La intensidad con la que vives, tu libertad y también la alegría que sentimos al estar juntos, no solamente en la cama, sino en cualquier otro momento y lugar”.

“Escucha”, me dijo eligiendo cuidadosamente las palabras, “yo también me he enamorado de ti. Me gusta tu inteligencia, tu amabilidad. Tu extraña forma de ver las cosas me asombra. Y, de hecho, me siento más feliz contigo que con otras personas. A lo mejor es que, de una cierta

manera, tú me liberas. Eres la persona con más poder en mi vida en este momento”.

“¿Más poder? ¿Qué quieres decir? ¿Qué tengo amigos en Washington?”

Se echó a reír. “¡No, imbécil! Simplemente, que tú te las has arreglado para que sienta hacia tí un amor más fuerte que hacía ninguna otra persona”.

“¿La clase de amor que sentirías por tu compañero?”

Nos miramos con seriedad durante un instante. Me dijo, por fin, “No estoy segura. Si fueras ecotopiano, creo que responderá que sí. Pero, es precisamente porque no eres ecotopiano por lo que, tal vez, resulta tan emocionante estar contigo. Eres más cínico que nosotros y por eso quiero someterte a prueba en todos los aspectos. Pero, al mismo tiempo, ¡se te ve tan desarraigado...!”

Al decir esto, con gran sorpresa mía, rompió a llorar. A decir verdad, yo tampoco me sentía muy alegre. Tiene razón: soy un nómada, no tengo raíces y en cierto modo, este viaje me ha hecho ver bajo otras perspectivas cosas que yo no creía que reconsideraría –la forma en que Pat y yo habíamos resuelto los problemas que teníamos con nuestro entorno y nuestros niños, mis relaciones episódicas con Francine. Comienzo a darme cuenta de que para los ecotopianos –que siempre tienen una base sólida a la que ligarse, su “familia”

y el lugar en que ésta vive –mi existencia debe resultar de una inseguridad patética. Esto nunca me hizo llorar. Pero, quizás, debería haberlo hecho...

XXI. SEPARACIÓN DE FUNCIONES: INVESTIGACIÓN Y ENSEÑANZA EN ECOTOPIA

Berkeley, 9 de Junio, 1999

Las universidades americanas son nuestra mayor fuente de innovación científica y de gran importancia para la formulación de la política social de nuestro país. Pero, muy en línea con su propensión hacia la organización a pequeña escala, los ecotopianos han intentado separar las funciones de investigación de las de enseñanza, lo que ha dado lugar a una sorprendente proliferación de pequeños institutos de investigación. Estos institutos están normalmente situados cerca de las universidades y su personal está integrado en parte por gente fija y en parte por profesores de universidad en su año rotatorio de investigación. Parecen albergar entre 30 y 100 investigadores –científicos, técnicos, mecánicos, etc.– es difícil decir qué es cada cual, ya que sus papeles

profesionales no están tan bien definidos como entre nosotros. Uno de estos institutos, que yo he visitado, está situado cerca de Monterrey y se hallaba investigando una gran variedad de problemas biológicos, oceanográficos y similares. Otro, situado al sur de San Francisco, se dedicaba a la astronomía, astrofísica, etc. (Los telescopios de Monte Hamilton, me han dicho, están siendo utilizados de nuevo gracias a la disminución de la polución del aire y de los niveles de iluminación urbana ocurrida tras la Independencia). Los laboratorios de los institutos científicos que yo he visto, dan la impresión al profano de estar bien equipados y los científicos ecotopianos son, con frecuencia, invitados a congresos internacionales, en los que su trabajo es muy respetado por su originalidad a pesar de que, por supuesto, no abarque tantos aspectos como en nuestro caso, ni, con mucho, esté tan bien financiado.

La atmósfera de los institutos de investigación, a la vista de la gran responsabilidad nacional que afrontan, es sorprendentemente lúcida. Hay abundantes tertulias en las que se toma café, té o marihuana y muchos proyectos, al parecer, suelen utilizar los materiales de construcción de los juguetes infantiles. El equipo electrónico de muchos laboratorios permite, tal y como está concebido, su aplicación a juegos en los que, se me dijo, se estimula la tontería y la chorrada, con el fin de generar ideas sorprendentes y útiles.

Ecotopía también se las apaña para dar apoyo a un

considerable número de grupos, muy reducidos e independientes, a menudo laboratorios de dos o tres personas. Muchos científicos opinan que estos diminutos grupúsculos son la fuente de las ideas más brillantes de la ciencia ecotopiana –por razones que no se comprenden muy bien, pero se piensa que estimulan a ése tipo de mentes solitarias e independientes atraídas por circunstancias tan libres.

No está muy claro de donde proviene la financiación de estos pequeños proyectos, y mucho menos en qué forma son supervisados, caso de que lo sean. Evidentemente, hay fondos procedentes del gobierno central que son canalizados a través de una organización similar a nuestra Academia Nacional de Ciencias, cuyos comités asesores tienen la obligación de destinar ciertas sumas a proyectos de alto riesgo, normalmente propuestos por jóvenes científicos. Se estima que si el uno por ciento de estos proyectos aboca a un descubrimiento interesante, el dinero puede ser considerado como bien empleado. El gran ejemplo que me citaron fue el descubrimiento de un mecanismo fotoquímico que podía captar la energía eléctrica directamente de las algas y otras plantas vivas. Fue obra de dos tipos de veintiséis años, al parecer bastante antisociales y con intereses un tanto diversos, que dieron lugar a una extraña combinación de botánica, fisiología de las plantas y miniaturización electrónica. (Aunque este descubrimiento no ha sido todavía probado en la producción

práctica de energía eléctrica, les proporcionó un Premio Nobel).

Mi base científica no es lo suficientemente sólida como para hallarme en condiciones de evaluar algunos de los argumentos que me han dado, pero han mostrado una gran insistencia en el hecho de que ciertos procesos naturales han sido adaptados para producir los elementos químicos que nosotros obtenemos del carbón y del petróleo. Por ejemplo, la fermentación –que nosotros empleamos principalmente para producir licores– convierte los granos, remolacha y otras cosechas en alcohol, el cual es ampliamente utilizado para calefacción y fuego de cocina, así como para la producción de otros productos químicos. Los ecotopianos están muy orgullosos de emplear los productos del petróleo únicamente como lubricantes –e incluso están avanzando hacia la producción de aceites pesados, duraderos y resistentes a partir de materias vegetales. El cultivo de las plantas está muy desarrollado. Su cuidado ha alcanzado un nivel de sofisticación que nada tiene que envidiar de los japoneses. Ciertos tipos muy especiales de investigación oceanográfica se hallan muy adelantados. Por ejemplo, una unidad de investigación marina lleva ya funcionando varios años, en un intento de codificar el “lenguaje” de delfines y ballenas –varios grupos especialmente equipados al respecto viven durante largos períodos de tiempo en el mar, entre los delfines, como lo harían los etnógrafos que desearan aprender el lenguaje de

una tribu desconocida. También prosigue su marcha una investigación activa en nuevas formas de dominio de la energía solar, el viento y las mareas.

Los científicos ecotopianos se quejan, como los nuestros, de la falta de fondos para aquellos proyectos de investigación que resultan particularmente misteriosos. Hay cierto malestar, todavía, en torno al abandono de los costosos proyectos de energía nuclear y de fusión, cuya investigación se cortó inmediatamente después de la Independencia. Sin embargo, el dinero parece ser fácilmente disponible para un gran abanico de investigaciones biológicas básicas, y la reorientación de la producción tecnológica nacional que siguió a la Independencia se consiguió, en verdad, mediante un esfuerzo científico masivo.

Hay una laguna en la ciencia ecotopiana que llama la atención y que le recuerda a uno cuan drásticos han sido los efectos de la secesión en algunos aspectos. Ni en las universidades ecotopianas ni en los institutos de investigación se pueden encontrar profesores de ciertas materias en otro tiempo florecientes: ciencia política, sociología y psicología.

Es evidente que los profesionales de dichos saberes se pasaron a otros campos: filosofía, biología, etc. Todavía continúan apareciendo en el mercado numerosos libros acerca de estos antiguos temas, pero se les da un

tratamiento como si formaran parte de las preocupaciones ciudadanas generales, sin ser considerados de rango “científico”.

Por el contrario, la historia es una disciplina académica que ha florecido en Ecotopía, aunque una gran parte de ella se ocupa con preferencia de los archivos sobre la pre-Independencia. (Una rama poco conocida entre nosotros, la “Historia Industrial”, está dedicada a los presuntos crímenes de los líderes industriales y de las grandes sociedades anónimas americanas –cuyos archivos pasaron a ser dominio público después de la secesión). La economía también es una disciplina activa, a pesar de que, por supuesto, su óptica y orientación hubieran parecido discutibles a la mayor parte de nuestros economistas; la antropología goza de gran actividad. Estos curiosos desequilibrados de la vida académica pueden ayudar a explicar la desorganizada y caótica naturaleza que, por lo general, califica a la vida ecotopiana.

La agitación estudiantil en la universidad parece aún más crónica que en las nuestras. Mientras estaba visitando Berkeley, un decano fue expulsado como consecuencia del voto común de estudiantes y algunos profesores marginales en una asamblea de facultad –una especie de asamblea de barrio. Acorde con las nociones ecotopianas sobre descentralización, las universidades fueron desmembradas tras la Independencia en un notable número de facultades y colegios dispersos; cada uno de ellos se organiza sus propios

asuntos, sin ningún beneficio –o interferencia– por parte de la administración central. (En su día, las universidades llegarán a adoptar formas totalmente no gubernamentales, como las escuelas secundarias).

Durante los años alternos en que los estudiantes están en el campus –a menudo residen en antiguos edificios de oficinas que han sido adaptados como residencias– los profesores dedican toda su energía a la enseñanza. En cada facultad o colegio hay un grupo de profesores contratados de hecho por los estudiantes y pagados directamente con dinero procedente de la matrícula. Estos profesores “colegiales”, que son considerados frecuentemente por sus colegas numerarios gente brillante aunque excéntrica, son, muchas veces, traídos desde otras universidades por un período de un año; son eminentes hombres de letras, científicos, políticos o simplemente gente que ha vivido unas experiencias vitales poco comunes que los estudiantes desean conocer y discutir con detalle.

Otra sorpresa la constituye la composición del estudiantado, que ha variado considerablemente en la mayoría de las instituciones ecotopianas de alta educación. Da la impresión de que la gente va a la universidad porque le gusta aquella vida intelectual, no por motivos prácticos o de “carrerismo” futuro. La sociedad ecotopiana está orientada hacia la experiencia y la actividad más que hacia los títulos o colocaciones. La simple posesión de un título confiere poco status; en Ecotopía no existe la lucha

trepadora por la obtención de un doctorado, tan habitual entre nosotros. En Ecotopía no hay, por lo que yo he observado, empleos para los cuales el tener un título universitario sea requisito indispensable). En consecuencia, el respeto que se tiene a la gente es producto de sus logros y la creatividad e inventiva son muy primadas, tanto como estimulantes cualidades personales como por su utilidad a la sociedad.

Ello ha significado un menor énfasis en la experiencia avalada por un diploma y en los campos profesionales muy definidos, lo que a menudo produce muy graves consecuencias. De esta manera, el magno sistema de departamentos de la Universidad de Berkeley fue abolido, junto con su elaborada reputación de grandes cursos magistrales estandarizados. Tales cursos magistrales fueron grabados en video por los mejores profesores y proporcionados a los estudiantes en forma de video-casetes; también fueron transmitidos periódicamente por televisión, la cual asumió amplias funciones educativas tras la Independencia. La educación mediante la residencia en un colegio mayor tomó, a todas luces, una nueva forma, distinta a la anterior.

El sistema de libre elección, por el cual cada estudiante puede elegir como en un autoservicio entre las propuestas de diversos departamentos, se convirtió en una institución pública gracias al video; cualquier ciudadano puede adquirir una buena formación en biología, ingeniería, musicología o

en cientos de otras disciplinas, matriculándose en cursos de video. Sin embargo, de los estudiantes residentes en el campus se espera que desarrollen la habilidad necesaria para participar en toda la amplia gama de actividades intelectuales y creativas. Por ello, se supone que cada estudiante llegará a ser competente en el proceso mental característico de las humanidades, la biología, las ciencias físicas y el pensamiento político.

Aunque nos pueda resultar increíble, esta competencia, al parecer, puede ser objetivamente determinada e incluso objeto de test; el lograr medirla es responsabilidad conjunta de los estudiantes y los profesores, que funcionan en pequeños grupos de tutoría con 20 estudiantes cada uno. Las pruebas o tests son –por lo visto muy simples. Los exámenes, en los cursos básicos de un año de duración, se celebran una sola vez al final de cada año y son planificados y preparados por grupos de profesores de varios colegios mayores. Tengo algún ejemplar de estos tests, en los que se asume que una “persona normalmente educada” será capaz de pensar claramente tanto sobre el sistema de la tonada musical dodecafónica como sobre las funciones endocrinas del gato. A juzgar por algunas de las extraordinarias conversaciones que he podido mantener aquí, el sistema funciona sorprendentemente bien.

También hay un número de cursos especializados e incluso los cursos básicos conllevan una gran, parte de saber especializado, pero lo que nosotros llamaríamos la

formación de post-graduados ha sido convertida en programas de aprendizaje que se llevan a cabo en institutos de investigación, granjas, fábricas y otras instituciones productivas de la sociedad.

Aquí los estudiantes son medidos con el mismo rasero que sus “maestros”. La publicación de un texto corto y brillante vale más que la de numerosos textos largos y aburridos. La “inventiva”, ya sea en forma de ideas abstractas, de propuestas para mejorar los procesos de producción o de trabajos creativos, es objeto de respeto y muy discutida. Se considera importante para todos la participación en la comunidad, bien sea en el colegio mayor, en grupos de vida en común o en una asociación académica. (Los tipos solitarios disidentes llaman a esto el “test de participación y actitud comunitaria”).

De esta manera, en Ecotopía ha sido destruido el concepto de universidad como estación de servicio y fábrica de títulos, el cual todavía prevalece entre nosotros. Los servicios de investigación, desarrollo de armas, formulación de política, etc., que las universidades vendían a las empresas y al gobierno antes de la Independencia, deben ser llevados a cabo en Ecotopía por organizaciones totalmente nuevas. Esta magnífica situación de partida fue facilitada, por supuesto, por el hecho de que después de la Independencia el apoyo del gobierno federal de Washington quedara radicalmente cortado, con lo que se terminaba lo que hasta entonces había sido la vaca lechera de casi toda la

investigación universitaria. Lo que la ha sustituido no resulta, tal vez, tan impresionante como las antiguas universidades, con su emocionante “tropa” hacia la Casa Blanca y Wall Street.

Por otro lado, la curiosa combinación de rigor intelectual y de ausencia de rutinaria división en disciplinas académicas puede explicar porque tantos ecotopianos son expertos en la discusión de posiciones esotéricas. (Algunas veces simplemente para ver si son capaces de defenderlas con éxito). De la discusión intelectual se disfruta por sí misma, como un arte; esta actitud mental hacia lo hipotético, estimulada e impulsada por las universidades ecotopianas, ha podido facilitar la adopción de tan alto número de curiosas innovaciones con semejante rapidez y con relativamente escasos destrozos.

10 de Junio 1999

Alentador mensaje de la oficina de la Presidenta Allwen: ella ha expresado interés por mis crónicas y me incluirá pronto en su agenda para una entrevista. Esto justificará ampliamente una prolongación de mi estancia aquí durante otros diez días, si así fuera necesario. He enviado un mensaje a Max; en el que le pido se lo comunique a Francine y a Pat.

Me siento algo incómodo y un poco culpable con respecto a las dos.

Algo todavía peor, Marissa está molesta porque le he mencionado la próxima entrevista y mi posterior regreso a Nueva York. Me miró como si fuera un candidato al patíbulo. “¡Desgraciado, hijo de puta!”; me dijo y me soltó una bofetada. Nos peleamos ferozmente durante un momento y a continuación, comenzamos a llorar abrazados, mojándonos mutuamente con las lágrimas. Sin decir nada, simplemente llorando durante largo tiempo sin poder parar. Después de un rato, se levantó y se dirigió de vuelta a su casa todavía con lágrimas en los ojos.

Esto que hay entre nosotros, que comenzó tan fácil y naturalmente, parece estar empezando a desbordarnos. ¿Es qué, tal vez, fue algo descontrolado desde el principio y yo no me di cuenta? ¿O es qué, tal vez, yo no deseaba nada controlado? ¿Pero cómo puede acabar todo esto si no es a costa de un tremendo dolor? ¿Es esto el amor, una felicidad loca seguida de un terrible desgarramiento?

Agotado y exhausto, miro desde mi asiento la primera bruma del verano avanzar desde Alcatraz y remontar la Bahía en dirección al ardiente valle. La sirena antiniebla de Land's End suena ya, aunque no es más que mediodía...

XXII. LA MÚSICA, LA DANZA Y OTRAS ARTES ECOTOPIANAS

San Francisco, 10 de Junio

De la misma manera que los ecotopianos han borrado las diferencias entre ciencia profesional y amateur, casi no hay distinción entre los profesionales y los aficionados a las artes. Las gentes de todos los niveles de habilidad y creatividad se mezclan sin inhibiciones. Es difícil encontrar en todo el país a un joven que no toque un instrumento, baile, cante, escriba, pinte, sea actor, filme en video o intervenga en cualquier otra original actividad artística. Sin embargo, sólo algunos de éstos obtienen renombre –y mercado– para ganarse la vida sin nada más que su trabajo artístico.

A pesar de todo, la competencia en otros aspectos es dura.

El público no solamente recibe con dureza los fallos, silbando, gritando o pataleando, sino que incluso los artistas con éxito no pueden dirigirse en petición de ayudas y becas como lo hacen nuestros artistas oficialmente reconocidos. Si no pueden salir adelante con su arte los jóvenes artistas ecotopianos se ven ante dos únicas alternativas: vivir con un nivel mínimamente garantizado y continuar luchando por la fama o trabajar en otra cosa y proseguir su labor artística como una actividad a tiempo parcial.

Cosa curiosa, esa especie de frenesí con la cual casi todos los ecotopianos se entregan a las artes, va paralela a la dificultad que encuentran los artistas para alcanzar el éxito, el cual parece disminuir el respeto por el artista renombrado. Incluso en lo que respecta a la música, la gente colecciona discos de los grupos que le gustan, pero los fans no son fanáticos hasta el punto de ir a ver a un grupo forastero si al mismo tiempo y en otro lugar toca uno local. Coleccionan cuadros y esculturas, pero los mezclan con obras que les han regalado sus amigos o que han hecho ellos mismos. A pesar de que las exposiciones internacionales ambulantes de arte llegan a los museos ecotopianos, no generan un entusiasmo intenso, a diferencia de lo que nos sucede en Nueva York.

Los ecotopianos son parcos en alabanzas, muestran casi un desprecio provinciano hacia las mejores obras maestras, una especie de inversión ultrademocrática de la escala sobre las cualidades y aptitudes creativas. Da la impresión de que si el

arte es algo que todo el mundo practica, un Picasso o un Van Gogh no tiene por qué dejar con la boca abierta a nadie.

Tampoco parece que haya en Ecotopía arquitectos “divinos”. La propia gente diseña y construye estructuras en las que vivir con su grupo o para sus empresas, con una admirable competencia e imaginación, utilizando diseños modulares a medida y materiales estándar, que han alcanzado el rango de arquitectura popular. Los dirigentes de los ayuntamientos tienen personal para el diseño de edificios públicos (e incluso, es de presumir, para la supervisión de los planos antes de la construcción), pero la arquitectura no es en absoluto un coto reservado a los expertos.

Entre todas las artes, la música parece la más importante para los ecotopianos. Cada granja, fábrica o familia extensiva tiene algún tipo de grupo musical y los que han alcanzado ya un nivel profesional tuvieron, ponlo general, su origen en tales lugares. Actualmente, se componen diversos estilos de nueva música. Las bandas negras tocan una música que tiene raíces en el jazz y los blues que conocemos de Chicago o de Nueva York, y en la música de Caribe. Las orquestas de procedencia hispana tocan con una evidente influencia latinoamericana. Las orquestas blancas tienden a tocar una música que me recuerda algo a la de las orquestas de Balí –un jazz complicado, cerebral, zigzagueante, en el que predominan los tambores y los bombos artesanalmente producidos. (Se dice que esta música procede de los

primeros estilos del rock). También hay grupos que utilizan instrumentos clásicos –violines, clarinetes, flautas, etc.– para tocar una inaudita música improvisada que no se parece a nada de lo que había oído antes, y hay algunos músicos que tocan instrumentos totalmente electrónicos, de sonido sintético. La única característica dominante en todos estos estilos musicales es, sin embargo, una fuerte tendencia al baile. De hecho, es muy difícil ver a una orquesta que esté interpretando algo sin alguien al lado bailando. A propósito, la música clásica tiene una extensa audiencia, especialmente la que tocan los músicos callejeros.

Es difícil para mí captar las letras de las canciones y la gente se muestra reacia ante la idea de escribírmelas. Por los pelos fui capaz de coger los temas de unas cuantas tonadas populares. Resultaron ser unas lamentaciones terriblemente románticas, no muy diferentes a nuestra música sensiblera –lamentos por un abandono, penas por el final no feliz de un verdadero amor, expresiones de rebeldía o desesperación. Hay algo de humor subyacente a algunas de estas canciones, pero es evidente que la revolución ecotopiana, a pesar de cualesquiera otros logros, no ha tocado las miserias básicas de la condición humana.

Una discusión candente en estos momentos en torno a la música en Ecotopía es la relacionada con la electrificación. En la época de la Independencia la música rock era totalmente electrónica y los grupos musicales andaban

siempre con los amplificadores auestas. Pronto fueron blanco de los ataques de los “folklóricos”, músicos que usaban solamente instrumentos tradicionales tales como la flauta, el banjo, la guitarra y el piano, antiguos como el laúd u orientales como la cítara. Los folklóricos alegaban que la música no podía ser verdaderamente popular, accesible a todos, si dependía de componentes electrónicos muy costosos; mantenían igualmente la idea de que la música no debería depender de la ayuda artificial de la electricidad. Su argumento definitivo era que la música amplificada constituía una ofensa biológica, ya que causaba daños en los tímpanos. El desarrollo de amplificadores pequeños y baratos puso fin a la primera objeción, mientras que la segunda no parece impresionar excesivamente a los jóvenes músicos ecotopianos, al igual que sucede con los nuestros. El debate se mantiene candente.

Al parecer, una serie de artistas ecotopianos ha obtenido cierto status internacional, con exposiciones en París y Tokyo. Sin embargo, el principal foco de actividad artística en Ecotopía es agresivamente doméstico. De hecho, un joven artista llegó incluso al extremo de rehusar darme su nombre, temiendo que diera la vuelta al mundo a través de mis reportajes. “Somos como los Balineses”, insistió. “Nosotros no tenemos arte, simplemente, hacemos las cosas tan bien como podemos”. Los efectos de esta actitud se pueden apreciar no sólo en el alto nivel de belleza alcanzado por los propios artesanos –alfarería, tejidos,

joyería, etc– sino incluso en la calidad de los muebles, utensilios y objetos ornamentales del país. Algunos de estos objetos –como una extraordinaria mandala de plumas– ni son exactamente arte ni dejan de serlo. Pero, con toda certeza, aportan algo al placer estético que los ecotopianos se proporcionan mutuamente.

13 de Junio 1999

Anoto esto a toda prisa antes de que se me olvide.

Ayer por la mañana, al levantarme, me encontré con que el Cove estaba hirviendo de excitación y actividad a causa de los Juegos de Guerra en los que nuestro equipo iba a participar. Todo el mundo giraba en torno al mismo tema, pero especialmente Tom. Lorna, para mi sorpresa, fue muy militante. Mi presencia y las bromas sarcásticas que les lanzaba de vez en cuando no parecían causarles la más mínima molestia ni llevarles a plantearse ningún tipo de dudas –la cosa está clara y es perfectamente aceptada. Les gusta. Ni más ni menos. Por consiguiente, lo mejor, es no decir ni pío; tengo la impresión de ser el atontado que al final del campeonato nacional de béisbol se pregunta: “¿y por qué hacen tanto ruido por un pequeño balón que vuela?”

Desayuno ceremonial: melón y champán. Pero nadie tiene

demasiada hambre. La excitación es contagiosa y debo admitir que me va invadiendo poco a poco. A mi alrededor, se lanzan bromas en tono bravucón. Alguien comenta que hace calor y Tom, citando un viejo proverbio de los Indios de la llanura, dice: “Es un buen día para morir”.

El desfile se hará hacia las diez. Los hombres se levantan y se miran con un aire algo tenso. Abrazos por todas partes, ojeadas hacia la puerta. Nina, la amiga de Tom, ha venido y está lloriqueando. Tom se siente algo molesto: 'No llores', le dice, “Les vamos a machacar”. Pero sigue llorando cada vez con más fuerza. Yo pensaba ir también y observarlo todo. “Esto te hará un hombre”, me dijo Bert en tono burlón. Los guerreros agarraron sus lanzas y se produjo un momento de confusión en el instante en que salimos hacia la calle por la puerta principal –el grupo de guerreros de unos 15 hombres y el resto de nosotros, aproximadamente unos 30 más. Una vez fuera, los guerreros comenzaron a cantar agitando sus lanzas y los demás se pusieron detrás. Un día de calor pegajoso para San Francisco, húmedo, casi sin viento.

Varios kilómetros nos separaban del lugar del encuentro, un gran parque salvaje. Avanzábamos con bravura, los hombres cantando, el resto de nosotros repitiendo de cuando en cuando el estribillo. La gente, a lo largo del recorrido, nos miraba pasar y si uno de los hombres gesticulaba con su lanza o daba unos cuantos saltos, le animaban y sonreían. La cosa no dejaba de recordarme a los campeonatos escolares de mi juventud: nosotros, la escolta,

hacíamos de padres amables que venían a ayudar a sus hijos en los preámbulos del partido...

Hacia verdadero calor, mucho calor, y el champán, con un desayuno tan ligero, se me habla subido a la cabeza. Me quité el jersey y se lo di a una de las mujeres –Brit o Lorna, no me acuerdo bien a cuál de las dos. El canto creció de tono, el ambiente empezaba a cambiar. Como si al acercarnos al parque se hubiera aumentado de pronto el voltaje. Los componentes del grupo, se abrazabais y miraban de forma extraña; el ritmo del paso era cada vez más fuerte, más como una marcha, más como una danza guerrera.

De pronto, tras una curva, encontramos ante el parque; allí brillando al sol se encontraba el gran caldero con las primitivas jarras colgando alrededor. Y a unos cientos de metros, en el otro extremo de la pradera, estaba el enemigo reunido en torno a su caldero. Un escalofrío me recorrió la espalda, tomándome totalmente por sorpresa –¡los odiaba! Y mi orgullo hacia nuestros hombres era enorme al verles reunirse alrededor de nuestro caldero. ¡Qué hermosos, qué valientes! Se fueron quitando sus ropas uno a uno y vistiendo sus atavíos de guerra: cazadoras de cuero y pantalones cortos decorados con espléndidos dibujos, algunos de tema astrológico, otros representando totems de forma animal, otros, simples arabescos. Las jarras comenzaron a circular (nadie cogía del caldero –se bebía sólo de la jarra que te daba un hermano). Los demás nos apretujamos en torno a los combatientes y les gritamos dándoles ánimo.

No puedo recordar con exactitud lo que ocurrió después. Alguien –pienso que fue Bert– me puso una jarra en la mano y apretándomela con fuerza en torno a ella, me estrechó el brazo. No puedo acordarme de su cara. Me sentí de pronto muy débil; tuve miedo de hacer el ridículo y no poder agarrar la jarra, dejándola caer al suelo. Pero bebí, no sé muy bien como, y, de pronto, escuché en torno a mí un gran clamor, gente que me daba golpes en la espalda, que me preparaba un traje de combate, que me pon la otra jarra en la mano.

A un lado, de mi campo de visión localicé a la que creí era Márissa, sentí una sacudida en todo mi cuerpo; giré para tratar de verla y no la divisé por ninguna parte. (¡Dios mío, pensé, cuánto amó a esta mujer!). Mi corazón latía desacompasadamente, como si un latigazo de energía me remontara, algo parecido a lo que nosotros llamamos el “segundo aliento”; aunque todavía más fuerte –todos mis músculos se sintieron extrañamente poderosos.

Sonó el gong para dar comienzo a la lucha. Yo habré observado a nuestros hombres practicar el manejo de la lanza en el jardín, pero, al tenerla entre las manos me pareció pesada e incómoda. Me asustaba el que mi inexperiencia pudiera poner en peligro a mis hermanos. Pero con su mirada solidaria me animaron y nos lanzamos juntos adelante y comenzó la terrible danza –que yo había temido y soñado– con nuestros enemigos. La primera carga me dejó espantado. Yo nunca habré visto aquellos ojos desorbitados; cargados de malicia mortífera, en los ojos de ningún otro

hombre y era difícil no rendirse, correr y pedir piedad. Nos replegamos y reajustándonos después, rechazamos su avance con un frente compacto de muchas lanzas; y ellos pudieron ver que si seguían atacando, uno de ellos se expondría a la muerte. Entonces, paso a paso, pero siempre dispuestos a contraatacar al menor indicio de fallo en nuestras líneas, comenzaron a retroceder.

En ese momento, o por lo menos así lo creo recordar, alguien –¿tal vez yo o alguno de mis compañeros?– lanzó un terrible grito de guerra, un aullido bestial capaz de helar la sangre del adversario. En cualquier caso, yo nunca he sentido nada parecido a lo que en ese momento sentí. El temor de su avance fue sustituido por una impresión inexplicable de fuerza colectiva compartida, con plena conciencia, por todos. Haciendo fintas y dando golpes con la lanza, amenazando al enemigo con nuestros gritos, nos desplegamos obligándoles a retroceder, vigilando los puntos débiles y concentrando –cuando así era necesario– nuestras energías sobre alguno de nuestros enemigos, para tratar de aislarlo de sus hombres.

En una de tales embestidas y debido a mi entusiasmo, me descuidé y medí mal la distancia. El equilibrio del movimiento en estos juegos de guerra es más delicado de lo que parece y el enemigo puede aprovecharse de la ventaja en una fracción de segundo. En un momento dado, debí dar uno o dos pasos de más, o inclinarme demasiado a la derecha o a la izquierda. Jerry, que estaba allí, tuvo que dar un salto atrás

hasta que Tom avanzó de un brinco para darle nuevas fuerzas –y en ese momento, una lanza me atravesó el costado por encima justo de la cintura.

Debí perder el sentido en el acto, a pesar de que recuerdo oscuramente el haber oído gritos y el haber sentido que unas manos me depositaban sobre la hierba ensangrentada.

Preguntando a la gente posteriormente, he descubierto que fui vendado por un médico y conducido a un pequeño hospital de las cercanías, en el que me hallo escribiendo estas líneas de mi diario. Es una herida seria, a la vista, pero no interesó nada crucial. Duele mucho, aunque puedo soportarlo. Les costó más de una hora operarme, limpiarme la herida y coserme. Recuperé el conocimiento hacia el atardecer y descubrí que me habían asignado una hermosa enfermera llamada Linda. “Es usted un valiente”, dijo, después de explicarme que estaba emergiendo de la niebla anestésica. ¿Se refería al combate o a la operación? Estaba demasiado, sonado para preguntárselo. El hospital debe estar vacío –la enfermera parece tener poco que hacer, excepto cuidarme. Esto me viene bien, ya que tiendo a experimentar alucinaciones sobre nuevos combates en cuanto cierro los ojos y no me gusta la idea de quedarme dormido...

14 de Junio 1999

Anoche, después de terminar de escribir las notas de mi diario, le hablé a Linda de mis alucinaciones. Yo me figuraba que me endilgaría alguna pastilla para dormir, pero lo que hizo fue decirme que se las contara. Entonces, comenzó a darme un masaje en la nuca y la espalda, que me fue calmando la mente muy paulatinamente. Al poco rato, se sentó junto a mí, apoyando dulcemente su mano en mi pecho. Sin prisa, como si fuera a permanecer así toda la noche si fuera necesario. Me debí dormir inmediatamente y esta mañana, al despertarme, la encontré sentada en la silla junto a mi cama. Resultó que había permanecido allí toda la noche (el sofá del rincón de la habitación aparecía deshecho como si alguien hubiera dormido en él) y que, además, es algo que se hace normalmente en los hospitales ecotopianos.

Sus largos cabellos se balanceaban mientras se acercaba a mi cama, sentándose en ella. “¿Cómo estás?”, preguntó. Era difícil de decir. Estaba cansado, tanto que parecía que podría dormir muchas horas. Pero el sol de la mañana lucía y su aspecto era invitador. Comencé a estirarme. De pronto me di cuenta de mi torso vendado y del dolor que me causaba cualquier movimiento. Me quedé inmóvil, mirando a Linda.

“Unos amigos tuyos vendrán a visitarte dentro de un rato”;

dijo. “Pero a lo mejor quieres desayunar algo ¿no?” “Sí, tengo un hambre tremenda”. “El doctor vendrá dentro de un rato. Podemos fortalecerte antes. ¿Qué te gustaría comer?”

Lo pensé durante un minuto. “Me gustaría tomar un desayuno “granjero”: filete, huevos, patatas, tarta, jugo de tomate, café y tostadas”. Sonrió, “Quieres curarte, ¿verdad? Muy bien, voy a ver qué es lo que la cocinera puede prepararte”. Linda señaló un botón en la cabecera de la cama. “Si aprietas ese botón, yo oiré un zumbido aquí, en cualquier sitio que esté y haga lo que haga”. Linda indicó un pequeño receptor de radio que llevaba colgado a la cintura.

Cuando salió, me sentí en la situación del que se encuentra con una máquina tragaperras que le devuelve el doble de lo que ha metido: yo me entregué a la mano caprichosa del destino y en lugar de la pérdida que esperaba me sobrevendría, he ganado en todos los frentes; he sobrevivido, el sol brilla y han puesto a mi lado a esta maravillosa mujer...

Me zampé el desayuno, a pesar de no estar tan hambriento como había pensado. Llegó el doctor que no respondía a mi imagen favorita del médico –melenudo, algo desaliñado y haciéndome preguntas indiscretas sobre mi oficio y sobre lo que estoy haciendo aquí– pero daba la impresión de ser bastante competente. Debidamente auscultado de arriba abajo el doctor se pronunció favorablemente sobre mi proceso de recuperación. Evidentemente, los antibióticos

están actuando bien: no hay signos de infección. Mañana, dijo, podré moverme. “Hoy, te conformarás con placeres pasivos. Le diré a Linda que te de un baño por la tarde. Y tal vez un pequeño masaje ahora”.

Había estado pensando en pedir a alguien que telefonara a Marissa en mi nombre, pero Linda dijo, como poniendo los puntos sobre las íes, que ella ya se habla ocupado de eso y que lo que tenía que hacer era relajarme y disfrutar del masaje –el cual resultó ser una adorable experiencia sensual. El objetivo de Linda parecía ser el hacer consciente de sí mismo y templar cada músculo y nervio de mi cuerpo. Bajo la presión dulce y ritmada de sus manos, flotaba en un mundo de ensueños. Dejé escapar repetidos suspiros de satisfacción, lo que no pareció disgustarle. Cuando terminó, se sentó junto a mi cama, me arregló las sábanas y me hizo una cariñosa caricia en la mejilla, diciendo, “¡Eres muy agradecido!”

“Es que nunca he sido tratado tan bien en un hospital. Nuestros hospitales son, como diría yo: desde el punto de vista médico excelentes, claro, pero muy impersonales. Las enfermeras están todas ocupadas, sobrecargadas de trabajo y no son tan guapas”. “Probablemente, yo tampoco soy tan guapa como tú me ves ahora”. “Eso no importa, ¿verdad?” “No demasiado”. Se sentó y yo cerré los ojos con felicidad. Me debí quedar adormilado de nuevo. Al poco rato me despertaron unas voces y allí, en la habitación, estaba Marissa, mirándome con una expresión en la que se

mezclaban la simpatía y la burla, junto con algunos amigos del Cove. Marissa se puso a alabar a Linda con insistencia y tranquilidad; evidentemente, había decidido darle su aprobación. (Pero mientras Marissa permaneció allí no permitió, me di cuenta, que Linda se me acercara; Linda lo tomó a buenas, sintiendo, obviamente, que el paciente volvería a sus manos un poco después). Mis visitas habrán traído una cesta con merienda y vino abundante, que se dispusieron a descorchar. Linda se echó unos tragos también, como si tales cosas fueran el estilo de vida normal en una habitación de hospital. Subieron mi cama para que pudiera ver la Bahía de San Francisco, semioculta entre los árboles, y abrieron la ventana; al poco rato, la habitación estaba llena de botellas, mantelillos con comida y gente que se reía.

La actitud de Marissa hacia mí ha cambiado en algo. Tal vez se deba a mi participación, aunque algo inesperada, en los juegos de guerra: parece como si pensara que soy una persona todavía mejor –más sólida y real. Como quien no quiere la cosa, mencioné que creía haberla visto en el parque –¿pudo haber estado allí? Se rió y lo negó. Y yo estoy, en verdad, orgulloso de mí mismo después de todo. Le sacaré partido a mi cicatriz. Sobre todo, me gusta sentirme tratado por Marissa como un poco menos extranjero, incluso en broma: “En definitiva”, dijo, “¡ahora tienes un poco de sangre ecotopiana en tus venas!” (me habían hecho una transfusión de sangre durante la operación).

Con el vino y la buena compañía, la habitación se convirtió casi en una fiesta. Me gusta ser el centro de atención. No pude callarme mi sorpresa y mi alegría. “¿Sabéis?, ¡no estoy acostumbrado a ser feliz cuando se supone que debería estar sufriendo!” La frase provocó una carcajada. Linda me miró con aire de protección como si fuera un niño que acabara de decir algo inconveniente pero adorable, y todo el mundo volvió hacia mí sus ojos brillantes de simpatía. Fue casi un momento mágico. Tuve la poderosa certeza de que iba a curarme pronto y bien. “Verdaderamente, tenéis unos hospitales muy divertidos”, dije. “En nuestro país estamos suspirando siempre por abandonarlos, pero aquí son uno de los lugares más agradables para vivir”.

“De eso se trata, precisamente”; dijo Linda. La gente se recupera mejor si se siente feliz. No separamos la medicina y la vida. Por ello, nos esforzamos por hacer los hospitales lo más agradables posible. Y esta es la causa por la que tu frase sobre el lecho de dolor nos ha parecido tan absurda”.

“Pero, ¿no intentan los pacientes prolongar su estancia indefinidamente?”, pregunte yo. “¿Por qué volver a casa?”.

“No, de hecho eso no ocurre. Los pacientes se recuperan de verdad y desean vivir su propia vida. Tú mismo lo comprobarás en un par de días... “Me sonrió con ternura.”

(Me gustaría decirle, ¿no ves hasta qué punto necesito tu presencia física, tu ternura, tu calor, la de Marissa y de todos

los que me rodean? ¿Y no ves que te amo porque estuviste sentada a mi lado durante la larga noche en que estuve postrado y herido de cuerpo y alma, y porque tú, de alguna forma, adivinas lo que necesito y me lo das sin más, en el momento justo en que lo necesito, sin tener que darte nada a cambio?).

15 de Junio 1999

“Creemos que es bueno estimular todas tus fuerzas vitales”, dijo el doctor cuando le expresé el placer que me había causado los masajes de Linda. Y entonces, como ya había medio esperado (a instancias del doctor o por su propia iniciativa) al frotarme en el baño con la esponja me llevó a la erección y me corrí. Disfruté tanto que olvidé mis puntos de sutura y mis vendajes. Marissa se había vuelto al campamento, despidiéndose de Linda con palabras y actitud frías. Las manos de Linda y su mirada tranquila me fascinan, pero el dolor que siento todavía bajo las vendas me impiden mover bien la pelvis. ¿Considerarán que podré salir del hospital justo en el momento en que esté lo suficientemente bien como para follarla de verdad?

(Más tarde) Telegrama enviado desde el Cove: “¿Por qué

no agarras la guitarra y cantas bajo el balcón presidencial? Corazón timorato interviú frustrado. Vente para acá. Estarás seguro. Francine". Ésta condenada mujer me podría echar por tierra todos los proyectos. Espero que la policía secreta ecotopiana tenga sentido del humor –y entienda todavía a nuestras mujeres.

XXIII. HOSPITALES Y SALUD: LA VÍA ECOTOPIANA

San Francisco, 15 de Junio, 1999

Un desgraciado accidente me ha proporcionado la oportunidad de observar de primera mano los mecanismos de funcionamiento de un hospital ecotopiano. Me he estado recuperando los últimos días de una peligrosa herida. Pero estoy evolucionando bien y espero estar fuera del hospital mañana, a pesar de que tenga que cuidarme y vivir tranquilo durante una temporada.

La diferencia más grande entre los hospitales ecotopianos y los nuestros está en la escala. A pesar de que la atención médica que he recibido parece ser del más alto nivel de sofisticación, todo lleva a pensar, por la atmósfera aquí reinante, que me encuentro en un diminuto hospital comarcal. Sólo hay 30 pacientes en total y las enfermeras

nos superan en número. Trabajan, por cierto, más horas que las nuestras teniendo derecho, en compensación, a tantos días de vacaciones como de trabajo). Los rayos X, la cirugía, la anestesia y otros servicios parecen tan eficaces y competentes como los nuestros, a pesar de que el aspecto físico del hospital resulte, a los ojos de cualquier americano, un tanto rústico: las paredes no están alicatadas y echo en falta el olor a desinfectante que siempre he asociado con los hospitales. Por otro lado, todo parece limpio y bien cuidado y los médicos, a pesar de ser claramente exóticos para las expectativas de los pacientes americanos, están atentos al enfermo y dan la impresión de poseer una buena formación.

Hay un aspecto en el que los hospitales ecotopianos han tomado una dirección profundamente diferente a la de nuestros modernos hospitales. Aquí no se emplea la observación electrónica, que permite a una estación central de enfermeras vigilar a muchos pacientes a la vez. La teoría, según he podido deducir, es que es la presencia personal de la enfermera lo que resulta esencial; el único gadget electrónico utilizado es un pequeño radioguía mediante el que puede localizarse, en cualquier lugar del hospital, a la enfermera que le corresponde a cada uno sin molestar a nadie más. Las enfermeras están muy preparadas en una variedad de especialidades desconocidas entre nosotros, particularmente, en la aplicación de masajes, que consideran un importante elemento para la estimulación de los poderes de recuperación del cuerpo.

Los ecotopianos están cubiertos por un tipo de seguro médico “de la cuna a la tumba” que ha tenido efectos muy drásticos en el sistema médico. Los hospitales y clínicas, en lugar de estar bajo el control de la profesión médica son responsabilidad de las comunidades, normalmente mini ciudades de unos 10.000 habitantes. Por ello, el poder del galeno para fijar sus propios honorarios se ha evaporado, aunque el médico puede, en cualquier caso, jugar a la alta entre los salarios ofrecidos por una u otra comunidad; de hecho, los médicos gozan de la reputación de figurar entre los profesionales de rentas más elevadas, a pesar de que son mucho más numerosos que en nuestro país. Los médicos cubren muchas de las tareas que las enfermeras y otros técnicos ejecutan en nuestro sistema, de mayor especialización; por otro lado, las enfermeras y los técnicos cubren un buen número de servicios que nuestros médicos se reservan para sí mismos. He notado que las conversaciones entre los doctores, el personal sanitario y los pacientes son mucho más relajadas que en nuestros hospitales; evidentemente, la autoridad moral y científica del médico ha quedado diluida. Sin embargo, no se les pueden poner a los médicos condiciones en exceso difíciles, ya que de hacerlo así, la mayoría de ellos se irían del país; según las informaciones de que dispongo, sólo unos pocos centenares se marcharon al principio (la mayoría de ellos, especialistas de muy altas rentas) y ninguno ha abandonado el país en los últimos tiempos. Ecotopía no importa médicos formados en el extranjero como personal para sus

hospitales, a diferencia de lo que nos vemos forzados a hacer en los Estados Unidos, ya que las facultades de medicina doblaron su capacidad inmediatamente después de la Independencia.

Mis fuerzas no me han permitido profundizar en mis investigaciones durante la hospitalización que he sufrido. No obstante, el problema más grave que hay planteado en la medicina ecotopiana es, al parecer, la escasez de médicos super-especialistas. Los especialistas existen y se les consulta en numerosas ocasiones, pero también se pide de ellos que ejerzan asimismo la medicina general. Este sistema despilfarrador se justifica con el argumento de que los mantiene en contacto con las necesidades médicas de la gente en general; pero ello significa claramente una grave reducción de las posibilidades de mejor utilización de la capacidad y experiencia del especialista. De hecho, algunas de las especialidades han desaparecido completamente. Por ejemplo, los niños nacen normalmente en casa de manos de las comadronas salvo en aquellos pocos casos que presenten complicaciones; los hospitales no tienen ni departamento de maternidad ni de obstetricia.

Las unidades de cuidados intensivos tampoco están tan desarrolladas como en nuestros hospitales, lo que supone claramente una cierta dureza de corazón hacia los pacientes en situación muy crítica o sin posibilidades de salvación, que no pueden ser mantenidos con vida mediante la increíblemente ingeniosa tecnología de los hospitales

americanos. Aunque ello, en parte, pueda responder a una necesidad económica, también los ecotopianos tienen una actitud curiosamente fatalista con respecto a la muerte. Prefieren morir en casa; los ancianos ecotopianos emplean una parte importante de su tiempo y energía preparándose para a muerte. A menudo se dice que, a semejanza de los indios americanos, los ancianos pueden seleccionar el día de su muerte, casi morir por sí mismos. En cualquier caso, cuando estiman que su tiempo ha llegado, lo dejan venir, extrayendo su fortaleza de sus convicciones ecológicas: su turno para ser, a su vez, reciclados, ha llegado.

Por otra parte, el sistema médico ecotopiano pone gran énfasis en la medicina preventiva. Las numerosas clínicas de barrio proporcionan sistemáticos y periódicos chequeos para todos los ciudadanos y son de fácil acceso para aquellos problemas menores que pudieran llegar a convertirse en graves enfermedades. A ningún ecotopiano le falta atención médica por motivos como son lo cara que resulta o su inaccesibilidad.

Todos los médicos ecotopianos reciben una formación que podríamos llamar psiquiátrica, ya que la psicología y la psiquiatría no constituyen ya especialidades separadas. Mi médico, por tanto, dedicó una atención considerable a mi estado psíquico, así como a mis heridas. Aseguran que las enfermedades mentales han disminuido desde la Independencia, pero sería extremadamente difícil verificar semejante información, ya que las circunstancias han sido

drásticamente alteradas. Puedo confirmar, sin embargo, que las ciudades ecotopianas no se ven animadas con los obvios y numerosos locos cuya presencia resulta tan familiar en nuestras ciudades. Por otro lado, la seguridad y confianza de los ecotopianos, con su estilo de comunidad vecinal densa y altamente personalizada y con su modo de vida basado en la familia extensiva, fueron logradas a costa de una pérdida sustancial de anonimato y libertad. Los ecotopianos tienen la sensación, así me lo dijo mi médico, de “no estar nunca solos”. El síntoma psiquiátrico más común que se presenta en las personas que visitan al médico es el tener fantasías sobre la soledad y la comisión de crímenes violentos. (Puede considerarse un extraño tributo a los juegos de guerra rituales el hecho de que sean principalmente gente de edad avanzada y mujeres, grupos ambos que no toman parte en los combates, los que más frecuentemente se vean asediados por tan violentos impulsos). Hay gente que resulta aliviada al efectuar escapadas a la naturaleza salvaje, en la que pueden estar totalmente solos durante semanas. A pesar de todo, es dudoso que los ecotopianos sean más felices que los americanos. Parece probable que los diferentes estilos de vida lleven consigo inconvenientes que compensen las ventajas, y ventajas que compensen los inconvenientes. Tal vez se trata simplemente de que los ecotopianos son felices y desgraciados de diferente manera que nosotros.

15 de Junio 1999, más tarde

Acabo de recibir un mensaje del secretario particular de la Presidenta Allwen: esperan que me recupere satisfactoriamente. Me dicen que les tenga al corriente de cuando puedo ponerme a trabajar de nuevo. ¡Buenas noticias!

La puerta corrediza existente en el grueso muro que me separa de la habitación contigua ha sido corrida y he tenido la ocasión de charlar con una mujer de unos 45 años que casi perdió el brazo con el cabestrante de un barco pesquero. Su enfermero es un hombre bonachón de unos 30 años, que cuenta buenos chistes y que, probablemente, hace otras cosas bien también. Hace reír mucho a la enferma, risas acompañadas de ocasionales sonrojos de placer. Ahora me dejan salir a pasear por las colinas de los alrededores. Vemos a otros pacientes, generalmente (aunque no siempre) acompañados de enfermeras del sexo opuesto. Le hice notar a Linda que métodos tan íntimos de tratamiento pudieran a veces plantear problemas a las enfermeras. Linda se irritó mucho por mi actitud. “Primero”, dijo, “cada tratamiento es único. Segundo, en cada persona hay algo que vale y puede ser amado” (al decir esto sonrió) “incluso un burro chauvinista, feo, americano, como tú. Tercero, las enfermeras también somos personas y tenemos nuestro propio control de lo que hacemos o dejamos de hacer.

¿Piensas que yo soy tu esclava o algo parecido?” Linda se puso de mala cara, me dio un empujón y me metió a la clínica de nuevo. Me temo que tenía razón. Mi cultura me ha proporcionado placeres, pero a veces me ha perjudicado.

He leído algunas novelas ecotopianas. De su lectura se desprende una curiosa sensación de seguridad parecida a la que se siente al leer novelas inglesas del siglo XIX: uno encuentra siempre la idea, probablemente derivada del principio del equilibrio basado en el no crecimiento, de que el mundo es un lugar decente y satisfactorio en el que el hombre podrá continuar viviendo a pesar de algunos pequeños problemas. Hay, por supuesto, incidentes terriblemente dramáticos y sucesos psicológicamente nihilistas como los de nuestras novelas. Al principio, estas narraciones me parecían totalmente insípidas; ¿cómo se les puede encontrar interés? No hay ni un solo detalle de tipo pesadilla que echarse al colete. ¡Incluso a veces tienen final feliz...! Después, poco a poco, he comenzado a valorar y a apreciar estas novelas: se parecen mucho a la vida; con su lectura se encuentra uno tranquilizado, relajado. Cuando te pones a pensarlo, Ecotopía en sí misma comienza a producir una sensación mucho más tranquilizadora: cuando necesité cuidado se ocuparon de mí.

16 de Junio 1999

Mi herida ha sido cubierta con una venda más pequeña. Linda y yo hemos celebrado el acontecimiento con una suave sesión amorosa que apenas me ha producido dolor; solamente y en ciertos momentos, unas pequeñas molestias muy especiales.

Linda, me estoy empezando a dar cuenta, no es en realidad tan maravillosamente hermosa como pensé en un principio y tampoco, quizás, la persona más perspicaz e inteligente del mundo, pero es una enfermera nata: inmensamente bondadosa, cálida, acogedora, con una presencia física extraordinariamente receptiva y amorosa. ¿Prefiere que me quede o que me vaya? (me parece adivinar que, probablemente, un ecotopiano que tuviera amigos y parientes en la vecindad se iría a casa y dejaría la clínica). Pero ella no quiere ni discutir este tema. “Sobre esto no hay más que hablar”, contesta siempre con cierto cabreo. “Cuando estés curado te irás. Ya sabrás cuando llega el momento”.

“¿Y entonces tú quedarás encargada del cuidado de otro paciente-amante?” “Imbécil”. De todas maneras ella sabe que todavía no he superado mi confusión sobre estos aspectos; así pues, los pasa por alto y me dice, abrazándome: “Cuando te vayas, yo me tomaré unas vacaciones; puedo viajar a donde quiera con mi pase para el ferrocarril. Estoy planeando marcharme a recorrer el desierto. Y pensaré

mucho en ti. Y tú escribirás sobre mí en tu diario. (Ha descubierto mi cuaderno de notas).

“Sí”. Es todo lo que pude responder, además de tomarla entre mis brazos y sentir que se me saltaban las lágrimas. Este país me ha enseñado, sin duda, a llorar y ello, por alguna razón, me sirve de ayuda. Como si no fueran solamente los lacrimales los que se liberaran...

17 de Junio 1999

Esta mañana, cuando salí del hospital y me dirigí al campamento a ver a Marissa, me paré en una especie de gran hipermercado, fantástico, dedicado a productos de acampada y le compré a Linda un super-saco de dormir: un aparato lleno de plumas que se enrolla para ser guardado en una pequeña mochila. Con este saco estará perfectamente equipada en las frías noches del desierto. Entre el verde oscuro, marrón, azul o naranja chillón, elegí el naranja. Sintiéndome un poco ridículo, le adjunté una nota: “Que sigas tan cálida. Te quiero”. Se lo envié por correo urgente al hospital, para que lo recibiera antes de irse de vacaciones.

Marissa estaba encantada de verme. Me hizo preguntas picajosas y llenas de malicia sobre las atenciones de Linda e insistió en inspeccionar mi cicatriz, bromeando sobre “la

preciosa enfermera que cuida al pobre Willie herido". Nos reímos e hicimos todo tipo de chorradas –me sentía, en verdad, sensacionalmente bien de volver con ella.

De pronto, sin saber cómo, nos enzarzamos en una feroz discusión. Sin darme cuenta, le había mencionado mi casi obsesiva fantasía de llevármela conmigo a Nueva York al acabar mi misión aquí. Ella reaccionó al instante, diciendo que era una idea estúpida, absurda: "¿Qué haría yo allí? No sería más que un apéndice tuyo. No hay forma de que yo pueda encontrar un lugar en un tipo de sociedad como ese". Ante mi sorpresa, me sentí muy dolido: era una situación en la que parecía como si nuestro mutuo amor no fuera viable en el mundo real. Estaba rabioso, furioso, le acusé de no amarme, de no desear estar conmigo. Me tranquilizó diciéndome que me amaba, pero que no se movería un ápice de su posición. Me invadió un sudor frío, una sensación horrible. Deseaba desesperadamente hacer el amor con ella, pero mis impulsos sexuales estaban como embotados; no se me hubiera empinado, como si se la menearan a un muerto.

Ante todo esto, dimos un largo paseo por el bosque. Ahora comienzo a entender lo que ella siente hacia los árboles. Caminamos valle arriba, sin prisa y a la vuelta pasamos ante el gran árbol hueco en que hicimos por primera vez el amor a fondo. Todavía es un lugar mágico. Pero esta vez nos sentarnos simplemente en silencio dentro del viejo tronco, viendo la luz transformarse en penumbra y acariciándonos suavemente. A pesar de la pelea, me siento más feliz que en

mucho tiempo y no me puedo hacer a la idea de que lo nuestro se pueda acabar. Voy a retrasar un día más mi regreso a la ciudad y la continuación de mi reportaje que, de todas formas, estará pronto terminado.

18 de Junio 1999

Me habían dicho esta mañana que Vera Allweiz me recibiría hoy a las cuatro, en una entrevista estrictamente informal y off the record. Acabo de regresar de su despacho y aquí me encuentro, escribiendo lo esencial de lo que ha sucedido.

La presidenta es una persona muy directa. A pesar de ser más bien pequeña y un poco regordeta, da una fuerte impresión de autoridad. Se le ve muy acostumbrada a ejercer el poder. Pero, a diferencia de muchos de nuestros políticos, no tiene ese aire frío de hombre de negocios, que hace que se les pueda difícilmente diferenciar –sus cabezas están llenas de cálculos impersonales que resultan ser ecuaciones de poder en lugar de ecuaciones de dinero. De ella emana poder como persona, no el poder del burócrata o del cabeza visible de una institución. Es difícil de expresar. (He oído decir que algunos de los líderes comunistas de la vieja guardia, Ho Chi Minh y Mao Tse–Tung, tenían también esta cualidad).

Me causó la misma impresión que he sentido en otras ocasiones al jugar al ajedrez con gente mejor jugadora que yo, de ser misteriosamente superdotada. Verdaderamente, una mujer excepcional. Me di cuenta de que me había refugiado ante sus ojos con la impresión de ser un emisario –no le llegaba ni a los tobillos, pero debía cumplir mi misión.

Le presenté la idea de nuestro Presidente de normalización de relaciones y le expliqué las ventajas, principalmente económicas, que ello podría suponer para Ecotopía. La Allwen no estaba en contra de ello –replicó que Ecotopía ya mantenía un cierto comercio con muchos otros países y que un aumento de las salidas de ciertos excedentes (sobre todo del vino) sería bien acogido, a cambio de la compra de unas cuantas cosas nuestras (aunque en este tema se anduvo por las ramas). La divisa empleada debería ser el yen japonés, pero ello podría serle ocultado a nuestra opinión pública.

Me preguntó la causa por la que estábamos dispuestos a arriesgarnos a tener consulados ecotopianos en nuestras más importantes ciudades, considerando la inquietud que normalmente generan las ideas ecotopianas entre nuestros jóvenes. No estoy seguro de haber sabido responderle y salir del paso –minimicé el peligro, expresé mi confianza, etc. Debí parecerle ridículamente ingenuo si verdaderamente sus servicios secretos son tan activos como pienso. Hasta donde yo sé, deben estar financiando los movimientos secesionistas que se comienzan a notar en la región de los Grandes Lagos y en el sureste de los Estados Unidos.

Punto clave: no existe la más mínima esperanza de reunificación, ni ahora, ni nunca. Me soltó un largo y apasionado discurso sobre este tema –que su misma noción muestra la falta de contacto con la realidad de nuestro gobierno, que en cualquiera de los principales indicadores sociales Ecotopía saldría perdiendo con la reunificación (la Presidenta revisó la lista), el problema es cómo se las arreglarían los Estados Unidos para ponerse a la altura de Ecotopía y no viceversa, añadió que todos los países grandes deberían quebrarse para dar paso a otros más pequeños, siguió diciendo que aunque su gobierno pudiese desear la reunificación, el pueblo no le apoyaría, etc. En suma, una salvaje diatriba nacionalista y agresivamente secesionista. Después, cortó en seco y clavó en mí su poderosa mirada: “Usted no puede estar hablando en serio”.

“Mi gobierno”, comencé, pero ella me interrumpió: “Usted no puede estar hablando en serio”. Silencio. Un largo silencio. Espero, recostándose en el respaldo de su sillón sin quitarme la vista de encima. Un momento incómodo, a decir verdad, había llegado a un punto en el que yo ya no veía claro qué podrá realmente ganarse luchando por la reunificación. Tanto para los Estados Unidos como para cualquier otro, empezando por mí mismo.

Me echó una mirada un tanto irónica. “¿Sabe usted?, dijo, “yo ya he dicho todo lo que tenía que decir oficialmente. Quizás a partir de ahora podríamos hablar como dos seres humanos”. Me sirvió un cognac (ecotopiano, según observé,

y no francés) que había cogido de una estantería próxima a su mesa de trabajo. Salió de detrás de la mesa y vino a sentarse junto a mí. Mire, estamos ya en la tarde del viernes, el final de una larga semana. Ya está bien de trabajar, pero me gustaría oír lo que usted realmente piensa de mi país, lo que ha visto y lo que ha hecho. Nosotros, naturalmente, hemos ido leyendo sus artículos con lupa. Para serle franca, hemos quedado gratamente sorprendidos por su creciente juego limpio y la poco corriente curiosidad que sus artículos reflejan. ¿Será, quizás, que se lo ha pasado en Ecotopía mejor de lo que esperaba?” Hizo un guiño que acompañaba a una sonrisa casi cómplice. Un poco sorprendido y mirándola sin verla, le dije como mejor pude, “Bueno, sí de hecho es verdad”.

“Usted no es tan personal en sus artículos como lo que suelen ser nuestros periodistas y por ello no hemos podido juzgar si usted se lo ha pasado bien entre nosotros”.

“Yo escribo mis experiencias personales en un diario. Muchas de ellas han sido muy buenas, pero no para ser publicadas. Tendría que comprender que, para nuestros standards, mis artículos probablemente han sido demasiado personales”.

“Sí, lo sé. También sé que usted ha hecho en Ecotopía lo mismo que los ecotopianos, siempre que le ha sido posible. También le estamos agradecidos por la moderación que usted ha mostrado. Pero, por supuesto, esperamos todavía

más de usted. Sospecho que tenemos mucho que darle, y aún hay cosas que no ha comprendido”.

“Pero, ¿he comprendido correctamente que no puedo dar a nuestro Presidente esperanza real alguna?”

“Absolutamente ninguna”.

“¿Y si nuestros halcones terminan por imponerse?”

“Sus halcones no estuvieron lo suficientemente locos como para destruir el país con el fin de reunificarlo en 1.980. Así pues, dudamos que vayan a estarlo ahora. Pero, ¡basta! De esto no hay más que hablar. Lo que me gustaría saber es qué ha sentido mientras ha permanecido entre nosotros. Puede ser sincero: yo no he llegado hasta el lugar que ocupó sin saber cerrar la boca y todo quedará entre estas cuatro paredes. Usted me cae bien, ya que ha hecho un trabajo bueno y valiente. Estoy interesada en todo lo que le haya podido suceder aquí”.

El resto de la conversación, incómodamente personal, no puedo ni siquiera escribirlo aquí, en mi diario. Fue casi como una sesión con el psiquiatra. Me quedé con la impresión de que ella estaba, en cierta manera y sin tú siquiera ocultarlo, probando mi lealtad, explorando las ambigüedades de mis sentimientos. Me mantuve citando lo que ya había escrito en mis artículos –a lo cual ella, en todo momento, hacía réplicas indirectas, que indicaban a las claras que entendía el

funcionamiento de mi mente. Incluso, daba la impresión de saber algo acerca de Marissa –lo cual no sería demasiado sorprendente. (¿Hace la conversación ordinaria en un país pequeño las veces del servicio secreto en uno grande?).

La conversación me dejó inmerso en una sensación de agotamiento, de depresión, como si una pesada losa hubiera sido depositada sobre mi cabeza. Este país es realmente demasiado. Hasta la misma Presidenta trata de mezclarse en tu vida... Nada de lo que yo esperaba de esta entrevista se había producido. Y lo que ella deseaba, tampoco; saqué la impresión de que estaba decepcionada, que esperaba otra cosa. Al retirarme, vi de pronto, como en un relámpago, surgir la imagen de mi abuela, cuyas decepciones han sobrevolado sobre varias generaciones de mi familia.

Regresé al Cove, donde todos estaban muriéndose de ganas por saber lo que había sucedido. No les dije ni pio y subí arriba para escribir estas notas. Hoy el día ha estado constantemente surcado de nubes. Malos augurios me rodean.

18 de Junio 1999

La visita a la Presidenta me ha dejado realmente hundido. Ahora todo el viaje parece una pérdida de tiempo. Sin duda

alguna, este lugar está perdido para nosotros. ¡Para siempre! Asunto terminado. Los periodistas del Cove me acosan para que les diga de qué temas tratamos. Yo, ni pío. Pero como no son tontos, saben que ha habido más razones que las del reportaje que justificaran mi visita aquí y pueden ver por mi estado mental decaído que la cosa, fuera lo que fuera, no marchó. Se muestran amables, pero, desde la entrevista, ha podido percibirse un cierto distanciamiento entre nosotros.

He agarrado algo parecido a una gripe: dolor de cabeza, irritación de garganta, fiebre. (El termómetro está señalizado en centígrados, por lo que yo no sé muy bien si la cosa es seria. Ahora sí: me doy cuenta de que mi temperatura está por encima de lo normal). Anoche no pude pegar ojo. Bajo de vez en cuando a picar algo, pero todos están acorralándome continuamente. Incluso Bert. Le tuve que decir abiertamente que me dejara en paz.

Será necesario que trate de juntar en mi cabeza todos los elementos de esta experiencia mediante un nuevo esquema. Me asusta que Marissa me sorprenda en semejante estado de debilidad y confusión. Esta facultad de analizar las cosas que ella decía amar en mí parece que me ha abandonado por completo. Debo telefonarla a toda costa y decirle que estoy enfermo para que no venga.

Estuve imaginando un balance en una hoja bajo el título de “Ecotopía”, con dos columnas largas en las que pondría los

pros y contras. La lista va creciendo grotescamente, cada vez más confusa, caótica, borrosa y oigo a Marissa reírse. Finalmente, rompo la hoja, mi cabeza da vueltas y me desespero.

XXIV. ECOTOPÍA: ¿DESAFIO O ILUSIÓN?

San Francisco, 19 de Junio, 1999

¿Hacia dónde va Ecotopía en el futuro? Después de más de seis semanas de estudio intensivo del país, encuentro todavía difícil el adivinarlo. No cabe duda, y me he visto forzado a llegar a esta conclusión, que los arriesgados experimentos sociales puestos en marcha aquí, han funcionado a nivel biológico. El agua y el aire ecotopianos están por doquier limpios como el cristal. La tierra está bien cuidada y es productiva. La comida abundante, integral e identificable. Todos los modos de vida funcionan basados en un equilibrio estable, y pueden funcionar así indefinidamente. La salud y el bienestar general de la gente son innegables. Mientras la descentralización extrema y la apertura emocional de la sociedad parecen chocar a primera vista a los americanos, también tienen mucho que decir en

su favor. Con respecto a esto, creo que Ecotopía nos plantea un desafío difícil, nos dan sopas con onda; no podemos, ni con mucho, comparar nuestros logros con los suyos.

Por otra parte, estos beneficios han sido conseguidos a un costo muy alto. No sólo la capacidad industrial ecotopiana y el estándar de consumo se hallan claramente por debajo de los nuestros, hasta el punto de que serían por lo general difícilmente tolerados por los americanos, sino que además el sistema político ecotopiano descansa sobre unos principios que no puedo por menos de concluir, son peligrosos en extremo. En mis primeros reportajes describí ciudades-Estado que en efecto ya habían conseguido la secesión dentro de Ecotopía.

Se habla mucho ahora de formalizar, dándole realidad jurídico-política, a la comunidad de habla hispana de San Francisco así como a la japonesa. Por supuesto, esta última pudiera tener un desarrollo siniestro, dada la amenaza de control por parte del capital japonés. Los judíos, los indios americanos y otras minorías albergan en su seno a militantes que desean una mayor autonomía para sus gentes.

Obviamente, es difícil para un americano criticar tales tendencias, cuando en nuestra propia sociedad, tras el fracaso de la campaña integracionista de los años sesenta, ha crecido una sociedad aún más segregada, a pesar de que en ciertos aspectos sea menos desigualitaria. Sin embargo, todavía es un ideal americano el que todos los hombres y

mujeres puedan obtener igual protección ante la ley y tengan igual status como ciudadanos de una gran y poderosa nación. El principio ecotopiano de secesión echa por tierra esta esperanza y esta fe. Aunque aparentemente idealista, es de hecho profundamente pesimista. Y las consecuencias son claras. La vía propugnada por los ideólogos ecotopianos conduce lejos de la antigua grandeza de América, unificada en espíritu “de un océano a otro”, hacia un continente balcanizado, una constelación de naciones pequeñas, de segunda clase, en la que cada una mantenga sus preciosas y ridículas diferencias culturales. En lugar de continuar la larga marcha hacia un mundo de paz y libertad, al cual América se ha dedicado en los campos de batalla de Corea, Vietnam y Brasil (sin mencionar nuestra propia guerra civil), los ecotopianos proponen sólo separatismo, antidesarrollismo, el volver a la vida mezquina de los principados de la Europa medieval o quizás, incluso, al tribalismo de la jungla.

Ante las ideas ecotopianos, la era de los grandes estados nación, con su promesa de un estado mundial, se disolvería como un terrón de azúcar. A pesar de nuestros éxitos en la red de comunicaciones planetaria y en los vuelos a reacción, la humanidad quedaría rota y aislada en pequeños grupos culturalmente homogéneos. En palabras de Yeats (un poeta romántico anarquista de principios del siglo XX, de Irlanda, país muy pequeño y secesionista) “El centro no puede con todo”.

Los ecotopianos argumentan que tal separatismo es

deseable, tanto en aspectos ecológicos como culturales, y que una pequeña sociedad regional puede explotar su “nicho” en el biosistema mundial más rica y sutilmente y con mayor eficacia (por supuesto menos destructiva) que las superpotencias. Esto, sin embargo, se me antoja a mí como un descentralismo dudosamente fetichista. Habría que admitir que las superpotencias no son capaces de utilizar con moderación los recursos que acumulan. Yo sería el último en negar que las grandes máquinas administrativas de nuestros gobiernos y las multinacionales cometen un error de vez en cuando o desperdician oportunidades únicas. A pesar de todo, si se las condenara y eliminara en favor de las innovaciones a pequeña escala modeladas por la experiencia ecotopiana, podría parecer que se corría el riesgo de tirar el bebé de la civilización junto con el agua contaminada de la bañera. Si deseamos lograr mejores condiciones de vida para nosotros y nuestros descendientes, el único camino de lograrlo será seguramente una utilización más correcta de los métodos que mejor dominemos.

20 de Junio 1999

Bla, bla, bla. Casi no puedo soportar el releer mi último

artículo: Probablemente les encantará en Nueva York. Esta forma, digamos objetiva, de presentar las cosas tratando a toda costa de llegar a una conclusión, ¡qué horror! Estoy a punto de decidirme a cortar por lo sano y volver a Nueva York. Si me quedo aquí agarraré, probablemente, una pulmonía. No puedo de ninguna manera hablar con Bert o con los otros; siguen a mi alrededor y encuentro a veces reconfortante el interés que muestran hacia mí, pero no debo dejarme arrastrar, ya que siento que ello terminará por hacerme perder los estribos. Por lo tanto, me encierro en mi habitación, intentando dormir sin mucho éxito, dando tumbos entre el deseo desesperado de ver a Marissa y el horror de pensarlo. No tengo absolutamente nada más que hacer aquí. Podría montarme unos cuantos artículos más detalles divertidos, alguna ampliación de uno u otro tema. Pero, básicamente, ya sé todo lo que necesitaba saber.

Marissa me dijo que quería venir al Cove para que alegrara la cara un poco. No se si seré capaz de soportarlo, teniéndome que marchar después. He sacado mi maleta y metido unas cuantas cosas dentro. Pienso en el tren de la tarde que va hacia las Sierras y hacia Reno. O también podría bajar, vía Los Ángeles, para volver por otro camino. No despedirme de nadie sería la mejor despedida.

Anoche, no pude pegar ojo. Rondaban constantemente en mi cabeza visiones de la entrevista con Allwen, retazos de momentos vividos. Ratos pasados con Marissa en los que no tenemos nada especial que decirnos y simplemente nos

mirábamos, acariciándonos dulcemente. Paseos entre la niebla de San Francisco envuelto en mi abrigo. Las placas receptoras de la central de energía solar, captando y almacenando el sol paciente y silenciosamente; quietud, solamente el canto de un ave. Y la forma en que las personas se miran aquí unas a otras –y entonces se vuelven en mis sueños fantásticos hacia mí, mirándome, expectantes y no puedo mirarles a los ojos. Excepto a los de Marissa. Espero no estar sufriendo una crisis nerviosa. Tengo que salir de aquí como sea.

21 de Junio 1999

Puede que me quiten el diario, pero, a pesar de todo, escribiré estas notas. ¡Me han secuestrado! Ayer, cuando me encontraba haciendo las maletas, tres hombres y una mujer entraron en mi habitación, conminándome a seguirles. “¿Para qué coño os voy a seguir?”, pregunté. Reconocía dos de ellos, uno con unas enormes y enmarañadas cejas que le daban un cierto aire diabólico, amigo del hermano de Marissa. (Mi primer pensamiento fue que se trataba de la Mafia ecotopiana). Pero sonrió al entrar y me puso la mano en el hombro durante un momento. Al otro le conocía de haberlo visto en alguna fiesta y también por el Cove, hablando con Bert. Una especie de científico, del que

recordaba ciertas conversaciones en las que daba la impresión de estar un poco chalado –hablaba de algo así como “vibraciones”. Nunca se acaba de ver claro con esta gente si se trata de chalados o de genios. A los otros dos no creo haberlos visto antes. La chica es atractiva, pero con un cierto aire de rubia peligrosa. Todos ellos parecen ser buenos amigos.

“Venga”. Comenzaron a llevarme hacia la puerta y uno de ellos metió el resto de mi ropa en la maleta. De pronto tuve la certeza de que debía tratarse de la policía secreta. Esperé hasta que estuvimos abajo, en el hall, y entonces grité pidiendo socorro. Bert y otros siete u ocho del Cove aparecieron y nos rodearon. Me sentí casi salvado. Sin embargo, mis secuestradores no parecían estar apurados. Comencé a pensar que debería ir pidiendo a alguien que telefonara a Washington. Uno de los secuestradores hizo un aparte con mis amigos y les dijo algo que no pude oír. Discutieron un poco, mirando hacia mí de vez en cuando, para llegar finalmente y por lo que parece, a un acuerdo. “Will” dijo Bert, “pensamos que te conviene ir con ellos”.

“¿Qué quieres decir con eso de que me conviene?”, grité. “No quiero ir. Este es un país libre, ¿no? Por favor, que alguien vaya al teléfono. Esto va a acarrear un gran conflicto diplomático, ¿entendéis todos? Quiero comunicárselo al Departamento de Estado, o a la Casa Blanca si es preciso. ¡Es ridículo!”

Bert se acercó a mí y apartándome me dijo: “¡Mira, Will. Sabemos que desde que viste a Vera Allwen estás pasando un mal momento. Sentarte en tu habitación no te va a ayudar en absoluto. Podrías cambiar de aires durante unos días. Esta gente son amigos, de verdad. Lo que quieren es llevarte a un lugar encantador, realmente extraordinario, cerca de aquí, para pasar unos días. Yo mismo he estado allí en momentos difíciles, y todos pensamos que es una buena idea. Yo iría contigo ahora si pudiera, pero esta mañana me es imposible. Nos han prometido que podrás telefonar al Cove siempre que lo desees y yo iré a verte mañana por la tarde”.

“¡Lo que debería hacer ahora mismo es largarme de este país de mierda!”, estallé. “¡Y ahora mismo! ¡Llévame a la estación!”

“Allí es donde te van a llevar”, dijo Bert. “Pero sería un fracaso que te fueses de Ecotopía en tu actual estado de ánimo. Esta gente piensa lo mismo. Venga, Will, cree nuestra palabra. Que no son policías, si eso es lo que te preocupa. Alguien de aquí del Cove podría ir contigo si crees que eso es fundamental para tí”.

Eso, en cierto modo, me tranquilizó. Me estaba comportando, al ir, como un loco de remate, pero había aprendido a fiarme de Bert, incluso en cosas un poco raras. Washington está lejos, y sé que me arrepentiría si me retirara sin más. Por otro lado, mis “secuestradores” habían

comenzado a parecerme menos gorilas desde que se habían puesto a hablar con la gente del Cove. Me invadió la idea de que aunque no fueran policías ecotopianos, pudieran ser agentes de nuestra CIA: ¡Si nuestro Presidente consideraba realmente importante mi misión, pudiera haber hecho los preparativos suficientes para asegurarse de que yo estaría en Ecotopía el tiempo necesario para llevarla a cabo! Bien sabe Dios que era un secreto a voces en el Cove la depresión que me causó mi visita a la Allwen; y varias personas me habían visto sacar la maleta del trastero...

Me llevaron al tren y salimos hacia el sur, pero bajamos era la tercera parada. Me cambiaron a un microbús que se dirigía hacia el este, penetrando en las montañas. Pronto estábamos remontando un riachuelo, atravesando un paisaje mitad bosque, mitad pastos. Nos apeamos al final de la ruta –en un lugar que, a la luz del atardecer, recordaba más a un balneario turístico que a una comunidad. A la derecha había un gran edificio bajo, en cuyos porches descansaba gente que iba y venía sin prisa. Alrededor, una serie de cabañas pequeñas de madera, no gran cosa, también con porches.

“Más tarde comeremos algo”, me dijeron, “Pero primero vamos a los baños”. Resulta que estoy enfermo en un famoso balneario termal que ha sido rehabilitado por una comuna japonesa. Mis secuestradores no parecen tener mucha fe en los afamados poderes curativos de estas aguas.

Dejamos nuestro equipaje en una de las cabañas y bajamos por la colina. Por el momento, nadie dice ni pío –un silencio resentido de mi parte y un mutismo indescifrable de la suya. Di un vistazo a mi alrededor para evaluar las probabilidades de fuga. Campo abierto por todas partes. Una vez que me hallara fuera de su vista, tendría muchas posibilidades de escapar con éxito. El primer problema sería darles el esquinazo, para después cruzar campo a través, sin apenas posibilidad de camuflarse, las seis u ocho millas que nos separan de la estación. Tendría que hacerlo de noche.

Los baños están situados en unos edificios muy hermosos, aunque sumamente sencillos. Cada uno dispone de una sauna y un vestuario. Nos quitamos la ropa y entramos, completamente desnudos, en la sala donde se toman los baños. La pileta tiene unos cuatro metros cuadrados y algo más de un metro de profundidad. Una vez enjabonados bajo la ducha, nos fuimos sumergiendo lentamente, palmo a palmo, en el agua caliente y humeante, que, contra lo que me temía, no huele mal: tiene un aroma extraño y un tacto sedoso. Ya dentro de la pileta, experimentamos una cierta relajación. Mis secuestradores me sonríen y dan pequeños gruñidos de placer. La tensión se relaja un poco. La bañera es lo suficientemente grande como para moverte dentro de ella; tiene rugosas paredes, contra las que te puedes frotar la espalda y una especie de banco sumergido en el que sentarte.

Al otro lado de la pilastra, una pareja de jóvenes están

sentados con los ojos cerrados, pasando de todo lo que no sea ellos mismos; a nuestro lado, un viejo japonés mete la cabeza bajo el agua de vez en cuando y la saca lentamente haciendo "Aaaaaahh". Estuvimos 15 minutos, tras los que salimos, y secándonos con enormes toallas, nos tumbamos a sudar, La sala de exudación tiene amplias ventanas, por las cuales se puede ver el horizonte que pardea y los árboles moviéndose suavemente. Todo esto me va calmando. Comienzo a pensar en que esta noche seré capaz de conciliar el sueño.

La conducta poco locuaz de mis secuestradores todavía me molestaba, pero me propuse dejar que comenzarán a hablar cuando y lo que quisieran. Mi única exigencia fue llamar al Cove, y me lo permitieron nada más acabar de cenar. Resultó que Bert no podría venir hasta dos días después, pero de todas maneras fue tranquilizador hablar con él; me dijo que ya había comunicado a Marissa donde me hallaba. Nos fuimos a instalar en unos mullidos sillones del salón. Había refrescado y la chimenea se hallaba encendida, lo que resultaba muy acogedor. Alguien descorchó una botella de coñac en la otra esquina de la habitación. Nos ofrecieron unas copas y todos brindamos a la salud del que nos invitaba. Por la sala se jugaba al ajedrez, dominó y al juego del "go". Pasé un rato agradable, pero pronto noté que mi nerviosismo retornaba. Mis compañeros parecían estar pacientemente esperando algo –¿o tal vez a alguien? Son los ecotopianos más silenciosos que he encontrado en este país

de charlatanes.

Por fin, me rendí y comencé el debate: “Está bien”; dije, “acabemos de una vez. ¿Qué es lo que queréis de mí? ¿A qué viene este juego?”

“No queremos nada de ti, dijo el diabólico que conocía a Bert. (Su nombre es Ron). “Simplemente te estarnos proporcionando la oportunidad de disfrutar de unos días de cambio de aires. Aprovechalos como quieras”. “¿Quién os manda?”, dije. “¿Quiénes sois vosotros, si se puede saber?” “No podemos decírtelo ahora. Pero somos amigos. No te haremos ningún daño. Nos gustaría que nos trataras como amigos. Recuerda que esta es Marie, este Vince y aquel Allan”.

“¿No me estáis dañando al retenerme aquí contra mi voluntad?” Nadie contestó; seguían frente a mí tal vez un poco incómodos, pero inmóviles. “Mirad”, les dije, “yo no sé para quién trabajáis, pero esto le va a crear un grave problema a alguien”.

“¿Por qué das por sentado que estamos trabajando para alguien?, preguntó Marie. “Es obvio”, repliqué. “En primer lugar, estáis llevando a cabo un acto ilegal. En segundo lugar, estáis jugando con un visitante casi oficial; cuyo bienestar no puede dejar indiferente a vuestro gobierno”.

“Eso es bastante cierto”, dijo ella. “Bueno, pues ¿qué

pasaría si nos dijeras cómo te encuentras ahora?” “Estoy hasta las narices de que me retengáis aquí contra mi voluntad. Este es el único aspecto de mi bienestar que os concierne”: “No”, dijo Ron, “te equivocas en eso, tu estado de ánimo nos concierne a todos” Parecía casi ofendido; los demás asintieron. Crucé los brazos con decisión y no volví a abrir la boca. Pocos minutos después salíamos de la cabaña. Ron y Marie se fueron a dormir; Vince y Allan están sentados, mirándome mientras escribo estas notas en mi diario.

22 de Junio 1999

Anoche, de nuevo, apenas pude pegar ojo. El hecho de estar vigilado complica aún más las cosas. Hacia las tres de la mañana los que me vigilaban despertaron a Ron y Marie, supongo que para ser relevados al ver que yo no me iba a dormir. Para entonces yo estaba muy nervioso. Pregunté si podrá salir y dar un paseo. Marie se ofreció a acompañarme. “Estaremos muy cerca”, dijo.

Paseamos durante un rato. Marie daba la impresión de estar en actitud amistosa, me cogió por el brazo. Su gesto generó en mí, sorprendentemente, una sensación sexual, pero me resistí a la tentación de dejarla crecer. Ella lo echó

todo por tierra al comenzar a implorar, como un pobre psicólogo amateur: “¿Por qué no te abres de una vez y nos dices lo que piensas? ¡No es humano tratar de encerrarse en uno mismo!”

Me solté de su brazo. “¿Por qué tengo que contaros nada? Dame una razón válida”. “Bueno, pues porque estamos aquí contigo”. “Ya me había dado cuenta. Ahora dame alguna buena noticia”.

Paseamos en silencio alrededor del patio del balneario. Me cogió de la mano y de pronto me di cuenta de que esta chica no tendría, probablemente, más de 20 años. “De acuerdo”, dije, “te diré una cosa. Quiero irme, quiero salir de este país. Todo esto me deprime. Esto no es real, sencillamente, no es real”

“Es real para nosotros, tú no estás dejando que lo sea para ti”. “Bueno, yo ya he hecho aquí lo que tenía que hacer y lo he hecho lo mejor que he podido; ya es hora de que me vaya”.

“¿Por qué piensas sólo en términos de trabajo?”, preguntó. “También ha sido una aventura, si es a lo que te quieres referir”. “Es todavía una aventura. Incluso aunque seamos nosotros los que te la estamos proporcionando”. Sonrió con sorna.

Regresamos a la cabaña. Ron nos recibió con cierta

curiosidad, pero yo no abrí la boca ni Marie dijo mucho tampoco. Me debí quedar traspuesto durante un par de horas, ahora son las seis de la mañana. Tendré que arreglármelas para pasar el día como sea. Con los nervios de punta, no me atrevo a tomar ni una gota más de café.

22 de Junio, por la tarde

Baños y paseos mañana y tarde. No sé lo que se les estará pasando por la imaginación. Da la impresión de que se hallan realmente interesados y que sienten una gran curiosidad por saber lo que pienso de Ecotopía, lo que me ha sucedido aquí, lo que voy a hacer en el futuro. Después de sudar con el baño de la mañana, me entraron ganas de hablarles de ello un poco. Se me hace difícil el ordenar mis ideas y sentimientos, y una especie de furia oscura me invade ante lo absurdo de mi situación. He observado un cierto número de cosas, muchas de las cuales me han parecido poco racionales. Desde el punto de vista personal, he pasado por situaciones excepcionales. A fin de cuentas, ¿qué prevalece?, ¿lo bueno o lo malo? Honestamente, soy incapaz de decirlo.

Hay cosas en este país que me seducen profundamente, por ejemplo, la belleza de sus paisajes e incluso de sus

ciudades, cuya calma y tranquilidad contrasta con la locura de las nuestras. Algunos aspectos de la vida de aquí me han afectado emocionalmente de una manera que yo no hubiera creído posible hace sólo unas semanas –todo lo relacionado con Marissa, el horror de los juegos de guerra rituales, la seguridad del hospital y del Cove. Otras cosas son simplemente desconcertantes: el sistema económico, por ejemplo. Sobre todo ello pende una especie de mullida cortina que quita al conjunto toda realidad. ¡Si al menos pudiera correrla o esconderme detrás!

Me escucharon mientras hablaba, pero no parecían encontrar muchos argumentos para responderme. En un momento dado, Ron me interrumpió impaciente, “Bueno, nos has contado todo un rollo de lo que piensas. Es interesante, pero nosotros ya sabíamos casi todo lo que pensabas. ¿Qué estás sintiendo? ¿Y qué vas a hacer?”

“¿Que qué voy a hacer? Muy simple, volverme a Nueva York, como es natural”. Al mismo tiempo que lo decía, sentí en mi cabeza como un terrible chasquido de dolor. “Dios mío” dije, “que terrible dolor de cabeza tengo”. Me acerqué, tambaleándome, hasta la cama y me eché en ella. Vince me depositó sobre la frente un paño mojado de agua fría. Mi paranoia se reanuda: ¡algo me pasa! ¡Los baños han debido afectar a mi circulación sanguínea! Nunca me había ocurrido nada semejante. Parecían bastante preocupados. Vince fue a la oficina y localizó a una doctora que se hallaba alojada en el balneario. Vino, me auscultó y me dio los nombres de

algunos tests que debería pasar cuando volviera a la ciudad, pero dijo que había un 99 por ciento de probabilidades de que lo mío fuera psicológico. En ningún caso, debido a los baños.

Para entonces ya era media tarde. Mi dolor de cabeza disminuyó un poco. Fuimos de nuevo a los baños. Ron, pensando que me ayudaría a encontrarme mejor, sugirió que enviara por teléfono, a su cargo, alguno de los breves reportajes que tenía guardados. Así pues, corregí uno de ellos. No uno de mis favoritos; pero el volver a trabajar hizo que me sintiera mejor. Todavía me rondaba por la cabeza el camuflar entre mi texto un mensaje a Max avisándole de mi secuestro. Pero decidí que eso podía arrastrarnos a cierto tipo de confrontación internacional y, al fin y al cabo, no parezco estar en situación de peligro personal.

XXV. LOS ECOTOPIANOS, TRABAJAN Y SE DIVIERTEN A LA VEZ

Aguas Termales de Gilroy, 22 de Junio de 1999

Cuanto más aprendo sobre las costumbres y formas de trabajo de los ecotopianos, más dudo de que su sistema pueda funcionar en ningún sentido. No se trata ya simplemente de que hayan adoptado la semana de 20 horas; lo que sucede es que ni siquiera puedes decir cuando un ecotopiano está trabajando y cuando está ocioso. Durante una discusión importante en una oficina del gobierno, uno, de pronto, decide ir a la sauna. La verdad es que se han montado unos mecanismos informales por los que se “cubren” unos a otros, según su propia expresión –uno u otro se queda para responder el teléfono o recibir visitas. Y también es verdad que nuestra discusión continuó en la sauna, a un nivel más personal, lo que resultó muy

agradable. Pero la sociedad ecotopiana ofrece tantas oportunidades para gozar y distraerse que es difícil comprender como puede esta gente arreglárselas para mantener el nivel de eficacia actual.

Sucedan cosas en sus fábricas, almacenes y tiendas que parecerían casi increíbles a nuestros gerentes y capataces. He visto a toda una sección pararse sin más, sin previo aviso, alguien trae cervezas o marihuana, y se monta el jolgorio allí mismo, entre cajas y máquinas. Los obreros de las empresas ecotopianas no tienen en absoluto la actitud normal de obreros. Tal vez a causa de que tienen su parte de propiedad en ellas, parecen considerar las fábricas como su casa, o al menos, como su propio terreno. Deben resultar inaguantables si se les pretende controlar: el mínimo cambio en los planes de trabajo supone una discusión de grupo en la que los capataces (que como son elegidos están siempre en posición de debilidad) tienen que tragarse buenas dosis de críticas sarcásticas, y tras las cuales sus planes originales de trabajo son raramente aceptados sin sufrir modificaciones. Los capataces, como es lógico, intentan tragar como pueden, incluso insisten en que los obreros proponen a menudo mejores ideas que ellos mismos; creen que el producto bruto por persona y hora en Ecotopía es notablemente alto. Pudiera ser cierto.

Señalaré, de paso, que al parecer, muchas personas de un cierto nivel intelectual forman parte de los equipos de trabajo de fábricas y granjas. Esto parece ser debido, en

parte, a la relativa falta de oportunidades para la diferenciación de clases en Ecotopía; en parte, también, es debido a una política deliberada que exige a los estudiantes el alternar un año de trabajo por cada año de estudio. Esta es, tal vez, una de las innovaciones más sorprendentes de toda la economía ecotopiana –ya que no sólo se prolonga la educación de los estudiantes, sino que su influencia ideológica ha sido el origen de muchas de las nuevas iniciativas políticas que prevalecen en las empresas ecotopianas. (Me dijeron, por ejemplo, que fueron los estudiantes los que estuvieron tras el movimiento obrero autogestionario).

Los ecotopianos son amigos de dar prácticamente la vuelta a cada situación y convertirla en placer, diversión y con frecuencia, intimidad. Al principio, me quedaba sorprendido por la facilidad con que se enrollaban en conversaciones muy personales con la primera persona extraña con la que se topaban. Ahora ya he conseguido adaptarme a esto, y, de hecho, disfruto con ello, especialmente cuando se trata de adorables mujeres ecotopianas. Pero todavía me quedo algo desconcertado cuando, después de haber estado hablando con alguien en la calle de una manera informal, relajada, sin prisas, durante, a veces, hasta más de diez minutos, me comenta de pronto que está trabajando y se larga. La distinción entre trabajo y no trabajo está, al parecer, desapareciendo en Ecotopía, junto con nuestro concepto del trabajo como algo separado de la “Vida real”. Los

ecotopianos, aunque parezca bastante increíble, *disfrutan* con su trabajo.

El paro no parece preocupar a los ecotopianos lo más mínimo. Había muchos parados antes de la Independencia, pero el cambio a la semana de 20 horas casi duplicó el número de puestos de trabajo –a pesar de que algunos fueron eliminados por criterios ecológicos o por la simplificación del proceso productivo. Y, como es lógico, la renta real media de la mayoría de las familias disminuyó bastante.

Cuando un concepto totalmente nuevo sobre los estándares de vida fue apareciendo, durante la transición, la política monetaria del país hubo de ser llevada con gran flexibilidad para contrarrestar las repentinas tendencias inflacionarias o deflacionarias. Sin embargo, parece que el resultado muestra que mientras a las empresas no les faltan trabajadores–miembros, no hay tampoco un número significativo de gente involuntariamente parada.

En cualquier caso, gracias al sistema de rentas mínimamente garantizadas y a las tiendas de necesidades básicas, los períodos de paro no son considerados como amenazas ni desastres para los individuos; las personas en tal situación consagran este período de ocio forzado –y a veces deliberadamente prolongado– a actividades creadoras, educativas o recreativas. Por ejemplo, en Ecotopía, cuando un grupo de amigos se encuentra en paro

(por lo general como consecuencia del cierre de la empresa en que trabajaban) suelen unirse para realizar unos estudios que les permiten crear una empresa propia.

Si a veces resulta difícil decir si los ecotopianos están jugando o trabajando, también hay que reconocer que son sorprendentemente generosos con su tiempo. Me dijeron, por ejemplo, que muchos de los trabajadores de las fábricas hacen horas extras para arreglar las máquinas que se han averiado. Evidentemente, ellos consideran la semana de 20 horas como aplicables únicamente al tiempo productivo, y asumen la reparación de la maquinaria casi como una responsabilidad adicional y complementaria. O quizás es que simplemente disfrutan con el bricolage, ya que, a pesar de la pérdida de afecto hacia los objetos, característica propia del ecotopiano, se ve que a los manitas les encanta arreglar aparatos. Si a una bicicleta se le rompe la cadena o sufre un pinchazo, su conductor se verá inmediatamente rodeado por cinco o seis voluntarios que querrán ayudarlo a repararla. Al igual que sucede durante numerosos encuentros sociales, alguno de ellos sacará un porro y lo pasará; la gente gasta bromas, se toca y se turnan para ayudar.

Es notable la tendencia de los ecotopianos a tocarse entre ellos. Para la mayoría de los americanos, el ser tocado familiarmente por un extraño es considerado ofensivo, excepto bajo circunstancias especiales, e incluso los amigos apenas mantienen contacto físico, que es reservado a los

enamorados y a los niños. Los ecotopianos parecen haber abandonado tales principios, y son prácticamente indiscriminados en sus contactos. No será difícil el ver a un adulto acariciar con aprobación a cualquier chiquillo que pase por su lado. Tampoco lo será el que los conocidos se estrechen rutinariamente la mano cada vez que se vean, aunque hayan estado juntos unas horas antes. Curando la gente se sienta a hablar, se rozan constantemente o se entrecruzan los brazos y las piernas con bastante intimidad. Hasta he visto a un hombre en la calle acercarse a una mujer atractiva, decirle algo con una sonrisa, darle un abrazo o un golpecito en el hombro y marcharse; mientras que la mujer continua su camino, mirando hacia atrás con afecto.

Para nosotros, esta conducta constituye una fantasía prohibida. Los ecotopianos practican tales fantasías continuamente. Se bañan y toman baños de vapor juntos con toda libertad. Hombres, mujeres y niños recorren las calles cogidos del brazo. Los viejos amigos que no se veían desde hace algún tiempo, se besan largo y tendido e incluso se retiran a veces, después de excusarse, en un aparte discreto, para celebrar sexualmente su reencuentro. Los masajes de grupo, sin ropa alguna, constituyen una diversión corriente y habitual.

Esta laxitud en el contacto personal muy bien pudiera ser resultado del uso generalizado de la marihuana; en cualquier caso, seguro que está relacionada con él. Uno de los experimentos más arriesgados del nuevo gobierno fue el

hacer deliberadamente de la marihuana un producto corriente. No sólo se acabaron las prohibiciones legales de todo tipo, sino que se distribuyeron semillas gratuitas de la más alta calidad, durante una campaña cuyo lema era “produce tu propio porro”. El resultado es que cada casa y cada piso puede tener su propio jardín o jardinera donde cultivan la hierba. Es como si, entre nosotros, tuviéramos un tercer grifo en la cocina que nos proveyera de cerveza gratis. Pero la mayoría de los ecotopianos parecen fumar marihuana con considerable discreción y es probable que la peor consecuencia de esta política sea que priva al gobierno de una importante fuente fiscal.

23 de Junio 1999

Anoche intenté la escapada. Los nervios debieron despertarme hacia las dos de la mañana; de repente, me sentí desbordadamente ansioso de salir de aquí. Miré a mi alrededor con precaución y me di cuenta de que todos mis vigilantes estaban –cosa sorprendente– dormidos; se había relajado mi, vigilancia. Marie, según noté con un poco de envidia, se había acostado con Ron: bandido. Busqué a tientas mis ropas, me las puse bajo las mantas, cogí mis zapatos, me deslicé hacia la puerta y salí. Fuera, todo en calma, ni brizna de viento. Caminé descalzo durante un rato;

me hizo bien. Me alejé de la concentración de edificios colina arriba –una vez alcanzado el alto de la colina, llegaría al claro del bosque. Había media luna, de forma que pude encontrar el camino con facilidad.

Al final de una empinada cuesta, encontré un claro en el que había una pequeña estructura cuadrada sostenida por postes, una especie de pabellón con techo y sin paredes. Atraído, no sé por qué, subí la escalera para otear el horizonte. Pude comprobar que había tomado el camino adecuado. Bajo la claridad de la luna, el paisaje era de una belleza irreal. Pude ver a un búho acechando silenciosamente a su víctima y me di cuenta de que podía oír el sonido del riachuelo, a pesar de hallarme a más de 50 yardas (45.7 metros) de distancia.

De pronto, sentí justo debajo del suelo sobre el que yo me había erguido, golpes secos y crujidos y a continuación, un grito que me heló la sangre en las venas. Me temblaban hasta las uñas de los pies. Me agarré a uno de los palos que sostenía el tejado y no me atreví siquiera a mirar para abajo por la abertura que dejaba la escalera. Los perros se pusieron inmediatamente a ladrar en la zona de la estación termal y por un momento, pude ver una sombra larga y oscura salir de debajo del pabellón y saltar en dirección al bosque. ¡Era un león de montaña que llevaba entre sus fauces al conejo que acababa de cazar! Cuando por fin comprendí lo que había sucedido y empecé a sentirme más tranquilo, ya era demasiado tarde –aparecieron dos enormes perros,

ladrando y olfateando, seguidos, unas pocas yardas más atrás, por Vince. No estaba seguro de que me hubiera localizado, pero estaba claro que mi ausencia había sido detectada, intento fallido. Bajé por la escalera, todavía bastante agitado y le dije a Vince: “Un león ha matado a un conejo justo debajo de la plataforma. Eso es lo que ha hecho ladrar a los perros”.

“Que susto, ¿no?”, dijo Vince. “Sin embargo hace una bonita noche. ¿Qué te parece este observatorio para adoradores de la luna?” “¿O sea que es un observatorio lunar? Precisamente estaba yo aquí sentado, mirando a la luna, cuando ese maldito monstruo apareció”.

Me miró tranquilamente. “¿Qué, dando una vuelta, eh? Hemos pasado un poco de miedo todos”. “Yo, por lo menos, sí”, le dije.

“Todos hemos pasado miedo”. Emprendimos el regreso hacia la cabaña. Evidentemente, los otros andaban buscándome también, pero, al cabo de un rato, volvieron. Nadie me acusó de nada, pero una cierta decepción vagaba en el ambiente. Me sentí deprimido y confuso. El resto de la noche alguien montó guardia, leyendo un libro de bolsillo en un rincón. Marie volvió a su propia cama.

Después del desayuno, decidí, por fin, que debía afrontar el hecho de que andaría todavía deprimido durante un tiempo y que podía disfrutar de compañía –así pues, telefoneé a

Marissa. No parecía estar preocupada en absoluto ni temer malas intenciones por parte de mis secuestradores; no es que minimizase mis angustias, pero me dio la impresión de que las encontraba un poco excesivas. Hoy tiene que hacer una gran tala de árboles, pero vendrá esta noche a última hora o mañana. Tengo que tranquilizarme como pueda.

25 de Junio 1999

Un sueño: Estoy en Nueva York, en mi apartamento. Debe ser de noche, y estoy escribiendo un artículo. Siento una tremenda necesidad de hablar con Marissa. Levanto el auricular del teléfono. Doy los datos a la operadora internacional y se produce una pausa. “Lo siento, señor, pero no puedo ponerle esta conferencia”. “¿Por qué no?” “No estamos autorizados a conectar con San Francisco en estos momentos” Discutimos sobre la posibilidad de poner la conferencia a través de Vancouver, sintiéndome cada vez más frustrado y desesperado; la telefonista me está volviendo loco con su estúpido “Siento que le afecte tanto, señor”. “¿Es que ha pasado algo? ¿Ha estallado la guerra?” Lo único que logro sacarle es que está haciendo su trabajo. Me despierto furioso y pienso en ese chalado de Jerry en la

oficina de telégrafos de San Francisco, que me sacaba de quicio porque jamás se limitaba a cumplir su cometido. Jerry tal vez se las hubiera arreglado para conseguir mi conferencia a través de quién sabe qué remoto lugar, ya que habría comprendido que se trataba de algo importante.

Después del sueño, permanecí despierto un buen rato. Eché una ojeada a mi alrededor y cual no sería mi sorpresa al comprobar que todos mis secuestradores estaban dormidos de nuevo. A lo mejor, habían dejado de preocuparse de mí. En mi imaginación me vi escapándome, haciendo dedo hasta el tren y, probablemente, atravesando la frontera cercana a Los Ángeles para cuando se hubieran despertado. ¡Podría estar en Nueva York para la hora de comer! Max todavía estaría en el periódico. Todavía podría localizar a Francine, quemar la ciudad, celebrar mi regreso sano y salvo.

¿Por qué la idea no me resultaba más tentadora? Estimulé mi imaginación un poco más, hacia el final de la noche con Francine, y con las deliciosas sorpresas con las que no dejaba de agasajarme.

Sin resultado. A todo lo que yo era sensible era al calor de mis mantas y al frescor nocturno del aire sobre mi rostro, y una enorme inclinación hacia la idea de yacer allí sin más, tranquilo, esperando el amanecer y aquello que pudiera suceder después.

Los ojos de Marie se abrieron y al mirar hacia donde yo

estaba vieron que estaba despierto. “Tienes mejor aspecto”; susurró. “¡Hala, duérmete!” Y entonces, la muy estúpida me sopló un beso. No supe más hasta la mañana siguiente.

Todos se bajaron a los baños temprano, pero a mí no me apeteció –por miedo a que mis males volvieran de nuevo o a que algo me ocurriera. Ron se quedó conmigo, sentado en un rincón, leyendo poesía. Decidí matar el tiempo ordenando mis ropas. Sacudí mi ropa neoyorquina y la deje toda ordenada. Después, dando vueltas de un lado a otro sin saber qué hacer, decidí ponerme la camisa que solía usar habitualmente en Nueva York, para ver qué aspecto tenían ella –hacia siete semanas que no me la ponía y me pareció que había adelgazado. Sentí una impresión más bien agradable al ponerme la camisa de tejido sintético inarrugable, y la metí por dentro del pantalón –era la primera vez, después de muchas semanas, que me ponía la camisa por dentro del pantalón. El cinturón me quedaba un poco flojo, pero no demasiado –sólo un agujero más. De repente, se me ocurrió que por qué demonios no me ponía la corbata también, para ver qué imagen presentaba. Me dirigí hacia el espejo, haciéndome el nudo de la corbata mecánicamente.

De pronto, me vi en el espejo. Se me erizaron los pelos de la nuca. Estaba horrible. ¡No parecía humano! Una imagen rígida; estirada. Me senté, anonadado. Entonces, con la curiosidad ya despierta, terminé de anudarme la corbata y me puse la americana, volviendo al espejo de nuevo. Esta

vez, mi horrible aspecto americano me produjo casi náuseas. Pensé realmente que iba a vomitar. Me invadió el intenso deseo de meterme en el agua cálida de los baños. Mi cuerpo suspiraba por desembarazarse de aquellas horribles vestimentas y sumergirse en las hermosas y reconfortantes aguas de las fuentes y flotar sin pensar en nada más. Me desprendí de la ropa, me puse un batín y le dije a Ron (que había observado mi experimento sin ningún comentario) que quería bajar a los baños.

Nos quedamos mucho tiempo en los baños –no me decidía a salir y me quedé sentado con la cabeza fuera observando el agua caer en cascada, oyendo su extraño canto. Mi cuerpo había perdido todo su peso y flotaba, liberado de toda sensación que no fuera la que me proporcionaba el líquido elemento, Cerré los ojos, sumergiéndome aún más. Prácticamente, la única parte de mi cuerpo que quedaba fuera del agua era mi nariz. Todas las nociones de lugar y espacio desaparecieron –no tenía conciencia de nada más, salvo del hermoso y rítmico sonido del agua surgiendo de las calientes entrañas de la Tierra hacia mí. No tengo idea de cuánto tiempo permanecí en este estado, pero, de pronto, oí mi propia voz diciendo, “¡Me quedo en Ecotopia!” –en un tono sorprendente y claro. Inmediatamente, mi cabeza volvió a sentirse ligera de nuevo, y comprendí que había debido estar luchando contra mi mismo durante semanas para decir esto. Me puse de pie, emergiendo del agua, chorreando agua tembloroso y sonriente. La tranquilidad de

la habitación se vio rota por los gritos de alegría de Marie; todos juntos subimos, tambaleándonos por las escaleras de la piscina, mientras me palmeaban la espalda, me agarraban por los hombros y me estrechaban en sus brazos: cinco adultos desnudos, riéndose como locos y dándose a todo tipo de excentricidades.

Entramos en la sala de exudación, levantando curiosas miradas de la gente que dormitaba por allí. Entonces Vince se puso el toallón a modo de poncho y se marchó, volviendo al minuto con Marissa –al parecer, había llegado a última hora del día anterior, pero le habían explicado mi proceso que, en sus propias palabras, iba camino de la “ruptura” y Marissa había decidido no influirme con su presencia, a pesar de la gran necesidad que pudiera sentir de verme. Tenía un aspecto esplendoroso, radiante. Nos abrazamos llorando a mares, con lágrimas liberadoras y cálidas, mientras que los otros nos rodeaban, obviamente satisfechos de sí mismos. Al cabo de un rato, nos levantamos, y poniéndonos las ropas de cualquier manera, salimos al exterior. No lejos de allí, había un claro en el bosque cubierto de agujas de pino; nos pusimos a bailar y saltar alrededor, deslizándonos sobre la alfombra de agujas o levantándolas con la punta de los pies. Marissa y yo bailamos una especie de danza nupcial en el centro, tras lo que nos retiramos los dos por nuestra cuenta. Pasamos junto al observatorio lunar y remontando la colina llegamos junto a un gigantesco roble, al pie del cual la hierba de la primavera estaba todavía

espesa y verde. Hicimos el amor lentamente, solemnemente, en comunión con la tierra sobre la que estábamos tendidos, plenamente conscientes de su pesadez, solidez, riqueza y fertilidad. Cuando estoy con Marissa, me da la impresión de que todo el deseo que puede existir en el universo se junta en mí para converger en ella; conciencia aguda de nuestra unicidad y, al mismo tiempo, de nuestra participación en el cosmos; es algo supremamente íntimo y casi impersonal al mismo tiempo. Después, ella sonrió perezosamente. “Buen lugar para concebir un hijo”, dijo, echando una mirada al roble. Pero no hubo manera de que me dijera si estaba en su época fértil o si todavía llevaba el esterilet puesto. “Es mi cuerpo”, es todo lo que logré sacarle. Sabiendo la actitud que mantiene hacia la familia y hacia la continuidad de las generaciones, la idea de una posible paternidad me trastornó profundamente –a pesar de todo, creo que estoy preparado para ello.

Después de un rato, descendimos la colina, nos juntamos con los demás y entramos a los baños para un último y rápido chapuzón. Después, volvimos a la ciudad y nos dirigimos hacia el Cove. No sé cómo se las habían arreglado, pero ya había una gran fiesta montada. (¡Los ecotopianos son expertos en celebraciones improvisadas!). Con gran sorpresa por mi parte, comprobé que Ben, el hermano de Marissa, se hallaba con un entusiasmo similar en grado a su anterior hostilidad: no dejaba de felicitarme y abrazarme.

Cuando me decidí a agradecer públicamente a mis

secuestradores el haberme llevado al balneario de aguas termales cuando yo pasaba por tan mal momento, insistieron en que Ben compartiera los honores. “Bueno”, dijo, “revelaré un secreto de estado. ¿Sabes una cosa, Will? Estaba tan enfurecido contigo que fui a ver a Vera Allwen para tratar de que te expulsaran del país. La Presidenta no quiso ni oírme hablar. Pero pensó que las aguas termales podrían venirte bien, ayudarte a salir del atolladero”.

Me quedé boquiabierto: esa extraña anciana debió entender lo que pasaba en mi mente cuando ni yo mismo lo sabía. “Después de todo”, me susurró Ron, ¡Ben se las arregló para proteger a su hermana! “Aquello fue demasiado. Rompí a llorar sin disimulo, lleno de felicidad entre todos aquellos radiantes rostros.

En el momento en que escribo esto, es el amanecer de la mañana siguiente. Marissa todavía duerme, con su negro cabello esparcido por la almohada. Empiezo a darme cuenta de que me he enamorado tanto de su país como de Marissa. Al llegar aquí, un nuevo ser ha hecho su aparición en mi, gracias tanto a Marissa como a su gente. Este nuevo yo es un extraño, un ecotopiano, y su advenimiento me llena de terror, emoción y fuerza... Pero, en fin, estoy preparado para ello. No sé qué significará todo esto, cómo viviremos, ni siquiera dónde. Pero todas las posibilidades resultan naturales y tentadoras. Quiero quedarme en el campamento forestal durante una temporada –nunca he vivido en tan estrecho contacto con la naturaleza y me gustaría saber lo

que se siente al trabajar con las manos. Me quedan por delante dolorosas rupturas con Francine y Pat. Por lo demás, he decidido pedir a Pat que me envíe a los críos para el verano. Si hace falta un pasaporte diplomático, recurriremos al Presidente; ¡me debe un favor! Y también quiero probar a escribir cosas de otro tipo. Hay muchas más cosas que decir sobre Ecotopía que el resto del mundo necesita conocer con urgencia. Puede que mi ayuda sea útil para ello.

XXVI. EPÍLOGO DEL DIRECTOR DEL *TIME POST*

El texto de este libro ha sido extraído del diario personal y de los artículos escritos por William Preston en su viaje a Ecotopía. A pesar de la naturaleza discutible o controvertida de algunas de las partes del diario personal, hemos respetado el deseo de Weston de publicar el texto tal y como él lo escribió. Los lectores pudieran también estar interesados en la siguiente nota, que venía acompañando al diario personal cuando llegó a la Redacción del *Times-Post*, dirigido al director:

Querido Max:

Me dijiste de ir a fondo y escribir toda la verdad pura y simple, pero me di cuenta, una vez que yo mismo andaba ya implicado en toda la historia, que no podría hacerlo de ninguna manera. Así pues, te envié mi diario personal,

incluso a pesar de que no estoy seguro de que puedas hacer algo, si cabe, con él. En lo que a mí concierne, puedes hacerlo circular por la oficina, enterrarlo en los archivos, o imprimirlo. (Por favor, intacto o nada). He decidido no regresar más, Max. Entenderás la razón cuando leas mi diario. En cualquier caso, gracias por enviarme a este cometido, que ni tú ni yo sabíamos adonde podría llevar. Me llevó a mi hogar.

WILL

XXVII. EPÍLOGO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO

Los orígenes del libro *Ecotopía* hay que buscarlos, convenientemente, en las alcantarillas. En 1971, habiendo terminado mi libro anterior titulado *Living Poor with Style* (“Como vivir pobre y con estilo”), Editorial Bantam Books, Berkeley, California, me hallaba dándole vueltas a la cabeza buscando otro proyecto de libro. Puesto que yo sabía que sucedían cosas extrañas en torno a nuestras aguas residuales urbanas, sospechaba que tenía tema para escribir un artículo sobre “El Escándalo de Nuestras Aguas Residuales” –en el que se documentase el despilfarro que suponían nuestros hábitos de enterrar, quemar o verter al fondo del mar los valiosos residuos orgánicos que debieron ser reciclados y devueltos a la tierra en forma de fertilizantes. Me fui a la biblioteca de la Universidad de California más cercana y comencé a leer revistas técnicas especializadas de los profesionales de infraestructura e

ingeniería urbana. Al cabo de unos cuantos días, comprendí por qué ninguna de nuestras ciudades americanas había seguido los pasos de Milwaukee, cuyos “socialistas de las alcantarillas” habían instalado en 1.919 un sistema de secado de los lodos resultantes de las aguas residuales –cuyo producto comercial, la Milorganita, sigue siendo vendido en numerosas tiendas de jardinería a lo ancho y largo de los Estados Unidos. La razón era, en una palabra, dinero: costaría ligeramente más el dar este tratamiento biológicamente sensible que lo que cuestan los tratamientos biológicamente insanos de hoy. Por esta razón, nadie lo tomó ni siquiera en consideración.

Me fui a casa profundamente deprimido. (Por entonces, no sabía lo que posteriormente averigüé: que los lodos y residuos sólidos del alcantarillado urbano de nuestras ciudades industriales están tan contaminados de metales pesados –como cadmio, cromo y mercurio– que es literalmente peligroso el desparramarlos por los campos). Durante varias semanas, estuve dándole vueltas al problema. Busqué lo que pude acerca de otros países: ¿existía un solo país, en cualquier parte del planeta, que estuviera basando sus tomas de decisiones en unos fundamentos biológicamente sensatos? Había, por supuesto, indicios de experiencias correctas en casi todos los países. Los chinos, una sociedad no industrial, estaban, probablemente, a la cabeza. Los israelíes iban transformando en suelo fértil el desierto. En los Estados

Unidos se habían llevado a cabo algunos trabajos destacables regenerando áreas estériles al echar sobre ellos materia orgánica procedente de las aguas residuales. Pero ningún país habrá sistematizado las posibilidades de manera coherente, casi todos nosotros, de hecho, estábamos tirando basuras y desperdicios en grandes cantidades a lo largo y a lo ancho de las tierras cultivadas, disminuyendo, poco a poco, nuestras probabilidades de supervivencia a largo plazo en la frágil superficie de la Tierra.

Yo procedo de una región agrícola del estado de Pennsylvania. Me crié en una granja de unas cinco hectáreas de terreno; mi padre era profesor de cría de pollos. Cuando yo era un chaval, ya reciclábamos todo (como todos los demás) porque no había otra alternativa: hacíamos compost con nuestra basura, enterrándola. Guardábamos las botellas y botes de cristal, enterrábamos los botes de hojalata, que se iban descomponiendo bajo tierra, utilizábamos el papel para encender el fuego de la chimenea. No hubiéramos podido sacar la basura fuera de nuestras cinco hectáreas aunque hubiéramos querido, ya que no había nadie que la recogiera.

Además, yo había leído en mis años de bachillerato un libro excelente del viejo socialista británico, Reginald Reynolds, titulado *Cleanliness and Godliness*. (“Limpieza y Devoción”. Había escrito gran parte de este libro mientras montaba guardia ante la llegada de los aviones bombarderos alemanes en la II Guerra Mundial). El libro recogió la historia

de la infraestructura e ingeniería sanitaria a través de los tiempos –desde los palacios de Creta hasta Sir John Harrington, hijo político de la Reina Isabel I (y poeta), quien inventó el primer inodoro moderno con caída de agua que denominó “Ajax”. Reynolds había sugerido que algo fundamentalmente erróneo sucedía con el sistema de alcantarillado que vertía al mar un fertilizante potencialmente valioso, y lo sustituía con fertilizantes químicos artificiales; y citó algunas sugestivas investigaciones que indicaban que los animales alimentados con piensos cultivados con estiércol y abono natural eran más fuertes y mejores –por razones que nadie sabía explicar científicamente– que los animales criados con piensos fertilizados químicamente.

Por todo esto, yo me inclinaba a pensar que se debería hacer algo. Pero, ¿el qué? Estaba claro que no podía terminar el artículo que me había propuesto escribir con un toque de clarín llamando a la reforma de nuestras plantas de tratamiento de aguas residuales; no tenía un final concreto para el artículo. Tras varias semanas de depresión, me vino la idea de que, si todavía no existía un país que tomara sus decisiones básicas de manera más biológica que económica, pudiera ser interesante el intentar inventarlo. Fue así como escribí sin ninguna idea de lo que estaba haciendo, la parte que más tarde se convirtió en la visita de Weston al Ministerio de Alimentación. Cuando terminé el artículo, parecía obvio que una gente que había llevado a cabo tan

fundamentales cambios en su ciclo alimentación–aguas residuales–fertilizantes–agricultura–alimentación, llevaría a cabo un gran número de otros cambios. De forma que comencé a explorar esos cambios.

Dos años después, pensé que había aprendido lo suficiente y escrito lo bastante como para comenzar a enseñar el manuscrito a mis amigos. Por entonces, el manuscrito no tenía la parte de diario personal; estaba compuesto, solamente, por artículos y reportajes. Y uno de mis amigos tuvo la brillante idea de que pudiera ser útil el dar a conocer el carácter del que, fuera quien fuera, estuviera escribiendo tales reportajes. Mi amigo me animó a que dijese más acerca de él y lo que le estaba sucediendo personalmente.

Yo me sentía bastante reacio. He pasado la mayor parte de mi vida como crítico y editor de revistas de cine; no soy un novelista. Pero mis amigos son muy persuasivos, y, después de un periodo de duda, probé con unas cuantas páginas. Una vez que se me ocurrió la obvia posibilidad de que Weston pudiera encontrar una maravillosa mujer como Marissa, mi interés por el asunto empezó a crecer. Y así fue como, poco a poco, el libro fue adquiriendo un aspecto personal de ficción, paralelo al aspecto –casi ficción– ecológico y político. (De paso diré que yo le llamo más política ficción que ciencia ficción. El contenido fue muy minuciosa y cuidadosamente investigado, de tal manera que lo que yo describo que están haciendo los ecotopianos en 1.999, nosotros seríamos, con toda certeza, capaces de hacerlo para entonces –de hecho,

casi todo podríamos hacerlo ahora. Quería impedir que los lectores pudieran decir, “Sí, claro, estaría muy bien hacer todo eso, pero, por supuesto, pertenece a un futuro muy lejano”. Lo que yo quería es que mis lectores tuvieran que decir: “Podríamos estar haciendo todas esas maravillas ahora –¿por qué no las estamos haciendo?”).

Yo creo en la crítica mutua entre escritores, y a medida que fui explorando estilos literarios, mis amigos me proporcionaron numerosas críticas. Por aquella época, yo formaba parte de un grupo de concienciación de hombres creado a imitación de los grupos formados por mujeres feministas. Hice circular el manuscrito en este grupo, así como entre mujeres que conocía y recibí muchas sutiles sugerencias orientadas a que redujera el sexismo a que tienen tendencia los tipos con un historial como el mío. Lo reescribí, amplié, reescribí de nuevo.

Por fin, el manuscrito quedó listo; lo había hecho lo mejor que podía. Lo envié a un amigo que era agente literario en Nueva York y que lo presentó a todas las casas editoriales más importantes. Todas lo rechazaron en el acto. Una dijo, “Lo siento, la moda de la ecología ya ha pasado”: (En Nueva York juegan a fondo a la moda, y cuando están cansados de algo, concluyen que la moda ha pasado). Otro editor dijo que el libro no tenía suficiente “sexo y violencia”. Muchos estimaron que el libro no era ni una novela propiamente dicha, ni un ensayo propiamente dicho, ni tampoco, el tipo de libro que ellos conocían; y como yo mismo soy un editor,

sé que la reacción en tales situaciones es decir, “Pues bien, si no puedo decir lo que es, lo mejor es rechazarlo e ignorarlo”: Así fue como, después de 25 rechazos, el manuscrito volvió a mis manos.

Bueno, yo mismo estoy en el mundo de la edición; trabajo cuatro días por semana para la Editorial de la Universidad de California (*University of California Press*). Tengo una cierta idea de lo qué es publicable y de lo que no lo es, y pensaba que Ecotopía no era un libro malo del todo. Si consiguiera que fuera publicado de alguna forma, tal vez podríamos vender unos cuantos miles de ejemplares. Afortunadamente, en Berkeley hay una compañía ecotopiana distribuidora de libros, propiedad de los empleados, llamada Bookpeople. Les mostré el manuscrito y les pregunté si me lo distribuirían en caso de que lograra imprimirlo. Dijeron que sí, que pensaban que podrían distribuirme unos quinientos. Así fue como comencé a pedir a la gente que invirtiera dinero en el libro. (Me acababa de divorciar y no tenía a mi nombre más que unos tres dólares). Para mi sorpresa, no sólo respondieron mis amigos, sino también los amigos de mis amigos. En tan sólo unos meses, pocos, había reunido 3.500 dólares (unas 250.000 pesetas), y había comenzado el penoso trabajo de reescribir todo el texto en una máquina especial cuya impresión pudiera ser “leída” por una computadora y pasada a la tipografía clásica del libro. Después, lo encuaderné y preparé para los impresores, pedí presupuesto a diferentes imprentas y

diseñé la portada. Incluso envié las pruebas a gente que, esperaba, comentarían el libro antes de su publicación; hasta preparé una sobreportada especial hecha para una pequeña edición en tela –confiando en que esta presentación de lujo influyera positivamente en la obtención de algunas críticas y comentarios en el “establishment” de los medios de comunicación de la Costa Este. (No fue así).

Por fin, en enero de 1.975, *Ecotopía* fue publicado. Di una gran fiesta en mi apartamento, en la que mi hijo, que por entonces tenía once años, vendió numerosos ejemplares entre los invitados. Envié ejemplares a los críticos literarios y esperé.

La espera no fue larga. Empezaron a aparecer reseñas en publicaciones bastante convencionales, e incluso, en otras más conservadoras. Eran amistosas en general. A lo largo de la Costa Oeste, tanto los periódicos de tipo general como las publicaciones especializadas prestaron atención al libro. La primera edición se agotó y tuvimos que imprimir una nueva tirada a toda velocidad. El libro comenzó a ser definido como “un clásico underground” y ciertos profesores, para mi sorpresa, comenzaron a utilizarlo en sus clases porque su lectura estimulaba a los alumnos a la discusión en torno a cómo debería orientarse nuestro país.

Como es lógico, yo estaba encantado. Y más bien sorprendido. Pero debo confesar que no del todo, pues había habido algo dulce y bueno en la redacción de este

librito. Yo me siento escéptico ante los escritores que dicen que ellos han sido simplemente el instrumento a través del cual su libro “se ha escrito a sí mismo”. Pero, como pasa con los niños, hay libros fáciles y libros difíciles, y Ecotopía dio siempre, como la frase hippy, “godd vibrations” (buenas vibraciones). Escribirlo me hizo sentirme feliz y, evidentemente, al leerlo se sentirán felices los lectores (a pesar de que, también, según me enteré –para mi sorpresa–, hizo llorar a algunos).

No podría decir con exactitud lo que había hecho, pero estaba empezando a tomar un aire como de algo importante. La gente comenzó a usar el término “ecotopiano” como adjetivo. Comencé a ser invitado a dar conferencias en todo el territorio ecotopiano. Un grupo de jóvenes de Oregón entró en contacto conmigo con el objetivo de sacar una revista periódica que se llamaría Seriatim: Journal of Ecotopía (Seriatim: Periódico de Ecotopía), para profundizar sistemáticamente ciertas ideas que yo no había hecho más que esbozar en el libro. La gente comenzó a escribirme cartas diciendo que el libro había cambiado sus vidas, y que en adelante, intentarían luchar para materializar la sociedad ecotopiana en la realidad.

Además, la audiencia del libro comenzó a extenderse más allá de los estrechos grupos de gente convencida, que estaban ya viviendo, en muchos aspectos, como ecotopianos. (Por supuesto, hay pocas ideas nuevas y originales en el mundo; quizás, incluso, la teoría de la

relatividad de Einstein fue el reflejo de tendencias de pensamiento que estaban en el ambiente en otras formas; no hay nada verdaderamente original en Ecotopía, y yo no tengo más mérito que el haber juntado todos los elementos y no el haber inventado las partes de que se compone). Comenzó a interesar a la gente politizada que sentía que las ideas izquierdistas convencionales no tenían contacto con las necesidades y aspiraciones de la gente moderna, ni con las necesidades ecológicas de nuestras vidas. En un momento en que se habían ya vendido unos 20.000 ejemplares, uno de los grandes editores de Nueva York que lo había rechazado en un principio, decidió cambiar de idea y publicar una edición masivamente distribuida. (En abril de 1.979, se habían vendido ya unos 130.000 ejemplares). Uno de mis amigos empezó a elaborar una campaña para preparar una versión cinematográfica del libro que sería proyectada en la red de televisión educativa –un plan que, desgraciadamente, se encontró con la oposición total de Washington, alegando que el programa piloto que se le mostró era “demasiado radical”. (Sin embargo, hay un nuevo plan en marcha para hacer una película cuyo argumento está basado, en el libro). Algunos artículos escritos por otros autores comenzaron a referirse a las ideas ecotopianas como una tendencia clasificada. En Sacramento, en la administración del Gobernador de California, Jerry Brown, funcionarios y gente de su equipo de trabajo dijeron que estaban tomando las ideas del libro “totalmente en serio”; uno de los Departamentos puso a

punto un plan de repoblación forestal en gran parte de California, sobre todo en las tierras abandonadas –un programa que, cosas de la vida, era lo primero que hizo el gobierno ecotopiano una vez que hubo obtenido el poder.

Tras aproximadamente un año de conferencias y de darle vueltas a la cabeza sobre lo que podría escribir a continuación, decidí que no escribiría las secuelas de Ecotopía, sino las “precuelas” (neologismo inventado por el autor) a Ecotopía, con el fin de explorar algunos de los temas sobre el urgente desarrollo político y cultural por el que me preguntaban cuando daba charlas. ¿Cómo, se preguntaba la gente, pasaremos de aquí a Ecotopía?

En la novela, solamente había indicado de manera muy esquemática algunas de las principales características de la transición. Ahora he estado trabajando –de nuevo en forma novelada– para sugerir un escenario con el que la sociedad americana contemporánea, llena de conflictos y confusiones, pudiera tratar de evolucionar en una dirección razonablemente ecotopiana. Esta nueva narración se centra en una estudiante de bachiller de 17 años de edad llamada Lou Swift; esta chica ha inventado una célula fotovoltaica barata y fácil de fabricar. Pero la nueva novela también cuenta como Vera Allwen y sus amigos fundaron el Partido de la Supervivencia y sentaron las bases de un nuevo consenso, alrededor del cual se podían tomar las decisiones políticas, de una vez por todas, en otro estilo que el puramente *ad hoc* tradicional en la política americana. La

devolución de ciertas funciones de gobierno a las entidades locales y la rotura de la gigantesca estructura de la gran sociedad anónima en organizaciones a escala humana, serán dramatizadas en este libro. Desgraciadamente, comienza a ser bastante largo y puedo ver con claridad que me llevará mucho tiempo el terminarlo. Se trata de una especie de panorámica construida con pequeñas piezas de mosaico, que tratará de los cambios en diversos niveles de la sociedad y entre muy diferentes tipos de gente, que, por fin, tras decidir que hay que hacer algo, comienzan a actuar. (Este libro, me temo, tiene una dosis de violencia mucho mayor –“comandos cáncer”, por ejemplo, que hacen saltar por los aires fábricas de productos químicos). Mi visión de la evolución social es biológica; me veo a mí mismo como una especie de materialista histórico, pero la dialéctica no es un instrumento muy útil para entender el cambio social. Necesitamos métodos y caminos para ver cómo crece y evoluciona la sociedad, de la misma manera que entendemos la sucesión de las diferentes plantas en los cambios de un ecosistema. El cambio social es siempre multicausal, y cada eslabón del desarrollo (“eslabón” no es ni tan siquiera la imagen apropiada –¡demasiado mecanicista, estilo siglo XIX!) está conectado con todos los demás. Espero dramatizar este complejo organismo social en el nuevo libro y tal vez ello nos ayude a todos a entender el papel que juegan en la historia tanto nuestras pequeñas acciones como aquellas más grandes. Una pequeña huerta, por ejemplo, especialmente una “huerta comunal”

compartida por mucha gente, no es sólo un medio de producir alimento barato y sin pesticidas. Es también, el mecanismo de detraer dinero de la industria agroalimentaria; así como una expresión de la insatisfacción política sobre la regulación de la calidad de los alimentos; es una forma de habituar a la gente al cooperativismo; de mejorar la salud (tanto emocional como física) de las personas que comparten la huerta, y ello les conducirá a tomar otras iniciativas en sus vidas y en la política. Como ya indicaba en mi relato sobre como escribí Ecotopía, ¡cuando uno comienza con la tierra y con el estiércol, nunca sabe lo que puede llegar a suceder!

Sabemos, llegados a este momento de la historia, que los movimientos radicales que intentan lograr el cambio “de arriba abajo”, producen, por lo general, resultados desastrosos. El experimento de lograr el cambio “de abajo arriba”, y, en particular, a través de transformaciones directas en las relaciones con los medios de producción mediante la formación de colectivos controlados y propiedad de los trabajadores, no ha sido nunca realmente intentado. Hay signos en todo el mundo desarrollado de que la gente está harta de los modelos autoritarios de trabajo y de las condiciones que hasta ahora han tenido que aguantar. Y a medida que nuestra gente esté mejor educada y mejor informada, encontrará cada vez más duro el aceptar las condiciones de trabajo sobre las que no ejerce ningún control personal. Puede llegar a concluir que será necesario

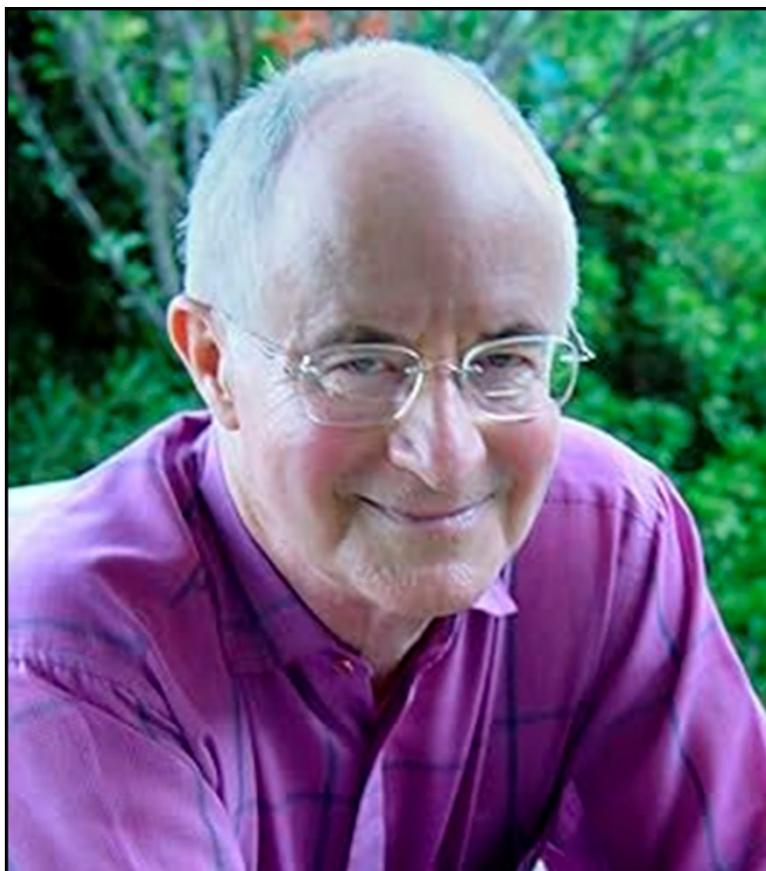
trabajar en trabajos serviles –después de todo, no todo el mundo puede esperar un empleo de tipo medio, pero ¡por Dios!, si les va a tocar hacer trabajos serviles, querrán tener un cierto control sobre el modo de organización de ese trabajo: horas, condiciones, equipo, contabilidad de la organización, ritmo de trabajo, etc.

Este tipo de presiones, junto con la creciente austeridad, causada por las limitaciones ecológicas y energéticas con que nos enfrentamos, a la que poco a poco se verán forzados tanto los americanos como el resto de las naciones industrializadas, nos conducirán lentamente, creo, a adoptar la vía ecotopiana. Existe mucha historia sobre un posible descenso en el consumo de energía, pero si consumiéramos la mitad de lo que consumimos ahora, nos encontraríamos todavía al nivel del año 1.963: no precisamente la Edad de Piedra. Y si aprendemos del pasado lo que deberíamos aprender, lograremos alcanzar una vida más amena, más humanamente relajada y confortable que la que llevamos ahora, esta carrera loca de automóviles devoradores de petróleo. Nuestros antepasados tuvieron, en tiempos, en este país, una densa red de trenes interurbanos agradables y eficaces energéticamente; tuvieron calles en las ciudades diseñadas para los peatones y no para los coches. Sabían cómo construir mecanismos para enfriar el aire usando agua que goteaba a través de un ventilador y supieron construir calentadores solares de agua en el alto de los tejados. Sabían cómo cultivar verduras y conservarlas y como reparar los

aparatos domésticos (diseñados de manera que pudieran ser reparados). Así pues, de manera extraña, la visión ecotopiana puede parecer tanto retrógrada como progresista, y no es raro que algunas personas de edad avanzada, al leer el libro, no hayan disfrutado mucho con los aspectos hippies de la historia, aunque hayan comentado: “Pues a mí me recuerda el estado de cosas de mi juventud”.

Todo esto me da cierta esperanza de que alcancemos alguna nueva forma de consenso en América sobre el modelo de sociedad en que vamos a vivir –no como explotadores y expoliadores del orden natural, sino como sostenedores y cuidadores de él. Curiosamente, un señor feudal tenía más motivación real para mantener sus propiedades en un estado productivo a largo plazo que las que puede tener una sociedad anónima moderna, cuyos planes económicos se limitan solo a una fracción de una generación. Pero, de alguna manera, necesitamos aprender a pensar a una escala temporal que, como mínimo, sea tan larga como la vida de un árbol: es decir, de cincuenta a setenta y cinco años. Esto sólo puede ser logrado mediante una conciencia colectiva de lo que es adecuado y orientado hacia la supervivencia; no es asunto que pueda producirse mediante un cálculo individual y racional, especialmente cuando tales cálculos son los de los hombres de negocios que no piensan más que en el margen estrecho de los beneficios, o los de los políticos que no piensan más que en el margen estrecho de la reelección. Y esta es la causa por la

que la revolución ecológica va tan al fondo como lo fue la revolución capitalista: cambiará nuestras nociones de los objetivos y prioridades sociales y no se reducirá simplemente a instalar otra gente en el gobierno, como las revoluciones socialistas habían propuesto. Los únicos cambios serios son estructurales. Y es precisamente en el hecho de que hacen falta nuevas estructuras en el que basará la revolución ecológica su verdadera y definitiva importancia.



ACERCA DEL AUTOR

ERNEST WILLIAM CALLENBACH (3 de abril de 1929 - 16 de abril de 2012) fue un autor estadounidense, crítico de cine, editor y partidario de la vida sencilla. Se hizo famoso gracias a su novela utópica *Ecotopía* de 1975.

Vida y obra

Nacido en una familia de agricultores en Williamsport, Pensilvania, Callenbach asistió a la Universidad de Chicago, donde se vio atraído por la entonces "nueva ola" de atención seria al cine como forma de arte. Después de seis meses en París, en la Sorbona, viendo cuatro películas al día, regresó a Chicago y obtuvo una maestría en Inglés y Comunicaciones.

Callenbach luego se mudó a California. De 1955 a 1991 formó parte del personal de la University of California Press (Berkeley). Redactor general durante varios años, editó *Press's Film Quarterly* desde 1958 hasta 1991. También impartió ocasionalmente cursos de cine en la UC y en la Universidad Estatal de San Francisco.

Durante muchos años, Callenbach editó las *Guías de Historia Natural* de UC Press. Comenzó a tomarse las cuestiones ambientales y sus conexiones con los sistemas de valores humanos, los patrones sociales y los estilos de vida tan en serio como se había tomado el cine. Fue fuertemente influenciado por Edward Abbey. Callenbach habló públicamente de haber sido influenciado, durante el trabajo en su novela *Ecotopía*, por numerosas corrientes de pensamiento: descubrimientos científicos en los campos de la ecología y la biología de la conservación; el movimiento de planificación urbana-ecológica, se preocupó por un enfoque

de la planificación urbana; y el movimiento de energía blanda, defendido por Amory Lovins y otros.

Callenbach es conocido como autor de libros verdes, concretamente como autor de las "utopías" ecológicas *Ecotopia* (1975) y *Ecotopia Emerging* (1981), así como de *The Ecotopian Encyclopedia* (1981), *Bring Back the Buffalo!* (1995) y *Ecología: una guía de bolsillo* (1998). (Si bien su primera novela popularizó el término "ecotopía", en realidad el término fue acuñado por el etnógrafo EN Anderson).

En cuanto a los conceptos de implicación humana con la ecología, así como algunos de los conceptos económicos y sociales, los libros de *Ecotopía* se relacionan con lo que se conoce como el movimiento de la sostenibilidad. El concepto ecotópico de Callenbach no es "ludita"; no rechaza la alta tecnología, sino que su sociedad ficticia muestra una selectividad consciente respecto de la tecnología. En *Ecotopía* la alta tecnología ecológicamente compatible coexiste con actitudes y estilos de vida posmaterialistas. Como ejemplo, con su énfasis en la interacción personal más que impersonal, la sociedad ecotópica de Callenbach anticipa el desarrollo y el uso de las videoconferencias.

De hecho, a pesar de su participación en la edición impresa, Callenbach siguió estando bastante interesado en los medios visuales. Algunos aspectos de su libro *Ecotopía* anticiparon de alguna manera a C-SPAN, que nació unos años

más tarde, porque en la historia la vida cotidiana de la legislatura y parte de la de los tribunales judiciales se televisa en esta sociedad ficticia, y se televisan debates (incluidos los debates técnicos sobre problemas ecológicos) que satisfacen una necesidad y un deseo de los ciudadanos.

Callenbach era parte del círculo de tecnólogos, arquitectos, pensadores sociales y científicos de la costa oeste que incluía a Ursula K. Le Guin, Sim Van der Ryn, Peter Calthorpe, Stewart Brand, Kevin Kelly, J. Baldwin y John Todd. Al igual que algunos de estos otros, a menudo fue orador, panelista de discusión y ensayista.

En 2006, Callenbach presentó la historia de un movimiento comunitario del mundo real en Japón que recuerda, en sus objetivos y prácticas, a su sociedad ecotópica. Visitó Japón e investigó el movimiento Yamagishi. Encontró que abarcaba unas tres docenas de comunidades intencionales fundadas sobre los mismos principios subyacentes: vivir una integración ecológica de las personas con la agricultura (cría de ganado porcino, vacuno y avícola, y cultivo orgánico de vegetales y frutas), y vivir una vida social basada en principios de democracia participativa en vez de representativa, comprensión mutua, apoyo y salud. Cada asentamiento individual se denomina jikkenji ('comunidad de demostración para el mundo').

En 2009, Callenbach recibió el doctorado honoris causa de la Universidad de Friburgo. Friburgo se caracteriza por su industria de energías renovables y ha sido llamada una "utopía verde". Murió de cáncer el 16 de abril de 2012 en Berkeley, California.